
BRAX
JESS GR

Brax

Jess GR



Copyright © 2023 Jess GR

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©JessGR

Diseño de cubierta: Luce G. Monzant
Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No hay luz sin oscuridad



Prólogo

Silas

Londres, 1920

Arrugo la nariz al pasar por una zona especialmente maloliente, pero no me detengo. Odio la ciudad de Londres. Bueno, en realidad, lo que no me gustan son los túneles subterráneos que usamos para movernos durante el día. Por encima de nuestras cabezas todo es muy distinto. Desde donde me encuentro junto a mi unidad, consigo escuchar el sonido de las ruedas de los carruajes sobre los adoquines. Nadie ahí arriba tiene ni idea de lo que ocurre en el mundo en el que viven. Lo humanos tienen la certeza de ser la especie dominante. Ilusos. Si no fuese por nosotros, por el trabajo que hacemos, todos ellos serían meros esclavos, trozos de carne expuestos en una vitrina, fuente de alimento para los inmortales.

—Silas —me llama Isaías. Es un licántropo de más de cuatrocientos años, sin embargo, aparenta tener poco más de veinte.

Me acerco en silencio, adaptando mis ojos a la oscuridad. No se me hace difícil. Para los vampiros, la sombra es nuestro hogar.

—¿Has encontrado algo? —susurro para que nadie más pueda escucharnos.

Cuatro inmortales más nos acompañan. Tres vampiros, un licántropo joven, que apenas está aprendiendo a controlar su temperamento, y también un brujo.

—Errantes —sisea, y señala a su espalda una puerta metálica incrustada en la pared.

Asiento. Estas galerías y alcantarillas subterráneas son los lugares en los que los errantes suelen ocultarse. Saben que, si se llegan a topar con nosotros, no durarán ni un suspiro. Los guardianes del equilibrio somos letales ante cualquier ser que no cumpla las normas. Nuestra misión es erradicar a los errantes, a todos aquellos que intenten romper el equilibrio entre el bien y el mal. Las órdenes de nuestro líder son claras: Ningún inmortal debe influir en el mundo humano, ni ayudarlos ni perjudicarlos. Sin embargo, cada vez son más los que piensan que deberíamos someterlos. A esos los denominamos errantes, y son exterminados.

—Adelante —mascullo, y enseguida escucho el gruñido bajo de mi compañero. Sus manos se

convierten en garras afiladas y en cuestión de segundos su transfiguración está completa. Donde antes había un hombre de apariencia humana, ahora solo hay una bestia de pelo largo y piel negra como la noche. Sus ojos rojos relucen en la oscuridad y unas orejas afiladas sobresalen de su cabeza. Me enseña los colmillos y hago que los míos se desplieguen también—. Entramos —digo para que los demás me escuchen.

No tardamos más de diez minutos en acabar con la pequeña colonia de errantes. Ha resultado fácil. En realidad, ha sido demasiado sencillo. Tanto que me pregunto por qué Brax me habrá ordenado venir con la unidad a este lugar. Mis misiones acostumbran a ser mucho más importantes y significativas.

Mientras el resto de guardianes terminan de quemar lo que queda de los inmortales errantes, salgo de nuevo a la galería principal y enciendo un cigarrillo. Enseguida noto la presencia de Isaías a mi espalda.

—¿Sabes a cuántos humanos mata esa cosa? —masculla pasando por mi lado, ya de nuevo con su aspecto humano—. Ellos no tienen ni idea. Inhalan esa porquería y después se quejan porque no pueden respirar.

—Por suerte, a nosotros no nos afecta. —Le doy una última calada y lanzo la colilla al suelo—. ¿Podéis ocuparos solos de lo que falta? Se supone que ya debería estar en casa.

—Algún día esa hembra te pondrá un collar en el cuello y te sacará a pasear —murmura.

Le enseño los dientes, aunque sé que está bromeando. Todos respetan a Samara como la guardiana de alto rango que es.

Ni siquiera me molesto en despedirme antes de marcharme. Cuando llego a la superficie, el sol ya empieza a ocultarse. Camino por las calles de la ciudad, intentando pasar desapercibido, hasta llegar a la calle Kensington, y espero a que varios carruajes pasen antes de cruzar la barrera invisible para los humanos que me lleva a la enorme mansión que hace de sede central de los guardianes. Debo informar del resultado de la misión antes de poder irme a casa con mi pareja. Cuando estoy a punto de abrir la puerta, un olor metálico me llega a la nariz. Inspiro hondo y frunzo el ceño. Yo conozco el aroma de esa sangre. Sé exactamente a quién pertenece.

—¡Samara! —exclamo, abriendo la puerta con tanta fuerza que el marco se resquebraja.

Sigo el olor de la sangre hasta la planta superior. Corro por las escaleras, con los colmillos expuestos y la respiración acelerada. En solo un parpadeo me planto frente a la sala personal de Brax y no necesito abrirla, alguien al otro lado lo hace por mí. Es Athan, mi hermano. Por la forma en la que me mira, sé que algo malo ha ocurrido.

—Tranquilízate —pide, estirando sus manos.

—¡¿Dónde está?! —rujo, y lo empujo para poder entrar en la estancia.

En cuanto se aparta, soy consciente de la intensidad del olor a sangre y enseguida mi mirada va a parar al suelo, donde Samara, mi amada, yace boca arriba con los ojos abiertos y un enorme agujero en el pecho, de donde sale toda la sangre que ensucia la alfombra de lana que tiene debajo. Caigo de rodillas y niego con la cabeza sin poder creer lo que veo. Está muerta. Alguien le ha arrancado el corazón. Aprieto ambos puños y casi me arrastro hacia ella. Sujeto su cabeza y la coloco sobre mi regazo. Grito y maldigo mientras Athan permanece en silencio a mi lado, Darick y Zella no tardan en llegar también. O tal vez ya estaban aquí y no los había visto.

—No pierdas el control —escucho una voz rasgada a mi espalda, y me giro sin dejar de apretar lo que queda de mi querida Samara contra mi pecho.

—¡¿Qué ha ocurrido?! —siseo con los dientes apretados.

Brax, nuestro líder, el inmortal al que respeto y venero, por el que daría mi vida si me lo pidiese, ladea su cabeza y me observa con atención.

—Rompió las reglas, Silas. Hice lo que tenía que hacer.

Tardo unos segundos en asimilar sus palabras. Entonces me fijo en su mano derecha, que está manchada de sangre, y en su camisa blanca, donde destacan pequeños puntos rojos de salpicaduras. Él ha hecho esto. Ha matado al amor de mi vida.

—¡¿Por qué?! —vocifero, enseñándole los dientes.

Se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Rompió las reglas —repite.

Miro a mi alrededor buscando la ayuda de alguno de los tres inmortales a los que siempre he considerado mi familia. Uno de ellos lo era incluso antes de que nos convirtieran en lo que somos.

—¿Vosotros habéis permitido esto? ¡Era vuestra hermana!

Zella es la única que aparta la mirada. Los otros dos solo se me quedan mirando, y en las manos de Darick me parece ver aparecer la sombra de sus garras. Está listo para atacar si yo lo hago antes.

—Hermano, tienes que entenderlo… —empieza a decir Athan, pero lo interrumpo con un rugido que sale del fondo de mi garganta.

—Ella rompió las reglas —repite de nuevo Brax, esta vez en un tono mucho más autoritario.

—Hijos de puta. La habéis matado. —Acaricio el pelo rubio de Samara, ese que hace solo unas horas brillaba bajo el sol y ahora está reseco y sin vida.

—Silas, deja que te lo explique. —Zella camina en mi dirección. Darick gruñe para advertirla, pero yo soy más rápido. En solo un parpadeo, la tengo cogida por el cuello y aprieto con fuerza. Ella sujeta mi muñeca con ambas manos y sus ojos empiezan a enrojecer. Gorjea algo que no soy capaz de entender y escucho cómo los demás me rodean.

—¡Suéltala! —ordena Brax.

—Ni un paso más —siseo—. Le separaré la cabeza del cuerpo, lo juro —amenazo, y ellos saben que soy capaz de hacerlo porque los tres retroceden. Al menos tienen el buen juicio de no transfigurarse. A excepción de las garras de Darick y los dientes estirados de Athan—. ¡No lo entiendo! ¡Lo he dado todo por los guardianes! ¡Ella era mi pareja!

—Aquí no hay permisos especiales, Silas —dice Brax sin perder la calma—. Si rompes las reglas, si comprometes el equilibrio, mueres. Sin excepciones.

—¡Esas son tus malditas reglas! —grito—. Te recuerdo que, si no fuese por mí, hubieses fracasado en tu misión. ¡Estuve a tu lado en tus peores momentos! ¡Te ayudé a volver!

Se endereza el nudo de la corbata y vuelve a ladear la cabeza como si me estudiara.

—Siempre te lo agradeceré, pero eso no cambia nada. —Da un paso en mi dirección y yo retrocedo sin soltar a Zella, que ya jadea en busca del aire que no llega a sus pulmones. Pequeñas chispas de color verde salen de las puntas de sus dedos, pero no me hacen daño. Está demasiado débil como para acceder a su poder—. Silas, no me obligues a hacerte daño. Suéltala ahora mismo.

Veo cómo sus ojos negros van profundizándose cada vez más, su rostro se desfigura hasta que casi parece una calavera, y decido soltarla. Sé que, si no lo hago, mi destino será mucho peor que el de Samara. Zella se aparta tosiendo y Athan corre a sujetarla antes de que caiga al suelo.

—¿Brax? —gruñe Darick. Le está preguntando si puede o no atacarme, así que me pongo en posición defensiva y me transfiguro, rugiendo con los dientes expuestos.

—No tiene por qué morir nadie más hoy, Silas. Puedes quedarte con nosotros o marcharte, si eso es lo que deseas. —Miro de reojo el cadáver de Samara—. Ella se queda. Incineraremos su cuerpo y la honraremos por respeto hacia ti.

—No necesito tu respeto —siseo. Me muevo de forma lateral hasta quedar al lado de Samara y alzo la barbilla de forma desafiante—. Haré que pagues por esto, Brax. Todos vosotros lo haréis. —Antes de que puedan darse cuenta de mi siguiente movimiento, ya he cogido el cuerpo de mi amada y corro hacia la salida.

Mientras el mundo se desdibuja a mi alrededor por la velocidad a la que avanzo, solo puedo pensar en lo que acabo de perder. Toda mi existencia he dejado que ese maldito demonio me controle y manipule. Fui su fiel siervo, y me ha traicionado.



Capítulo 1

Tara

En la actualidad

Hace unos años vi la película esa de Jim Carrey, Una serie de catastróficas desdichas, y recuerdo pensar que no es posible que alguien pudiese tener tan mala suerte. Incluso yo, con la vida de mierda que he tenido, me considero afortunada al lado de esos huérfanos. O al menos así era hasta esta mañana. Empecé por quedarme dormida. Bueno, eso tampoco es tan malo, ¿no? A cualquiera le puede pasar. Después me resbalé al salir de la ducha con las prisas y estuve a punto de romperme la cabeza. Aun así, me lo tomé como algo positivo. Seguía viva, dolorida, pero lista para irme a trabajar. Bueno, las cosas siguieron complicándose. No llegué a tiempo para coger el autobús y tuve que esperar el siguiente, que apareció tarde. La otra opción era recorrer a pie toda la ciudad. Santiago de Compostela no es enorme, pero ¿ir de una punta a otra a pie? Eso es una locura. Además, solo me haría presentarme aún más tarde.

Al fin conseguí llegar y tuve que soportar la bronca del encargado del restaurante en el que trabajo. Me corrijo, en el que trabajaba, porque este ha sido mi último día. Empecé mi jornada aún dolorida por el golpetazo de la ducha, aunque lo fui llevando bien hasta que, en mitad del servicio de comidas, dejé caer por accidente un plato de sopa hirviendo sobre el regazo de uno de los clientes. Pensé que en ese instante iban a despedirme, pero no, seguí trabajando tras escuchar otra regañina. El colofón final llegó cuando estaba a punto de terminar mi turno. En cuanto vi a Alex, mi exnovio psicópata, entrar en el restaurante, estuve a punto de hacerme el harakiri con un cuchillo de mantequilla y acabar así con mi sufrimiento. Ya esperaba sus constantes burlas y provocaciones, sin embargo, esta vez me sorprendió abalanzándose sobre un cliente porque, según él, me estaba mirando el culo. Creo que el haberle gritado delante de un salón lleno de comensales fue la gota que colmó el vaso, y, tras pagarme mi último sueldo, el encargado me pidió que no volviera al día siguiente.

Bien, pensé que ahí había terminado todo, pero ¡sorpresa! No es así. Aquí estoy yo, caminando lo más rápido que puedo hacia mi apartamento mientras Alex me persigue por toda la

calle. Ya lo he empujado varias veces, e incluso me planteo echar a correr, solo que sé que me alcanzará y entonces sí que no podré librarme de él.

Subo las escaleras de dos en dos hasta el cuarto piso. Es jueves, y eso significa día de fiesta para los estudiantes de la ciudad. En el edificio viejo en el que vivo desde hace ya más de un año la mayoría son universitarios, y sus fiestas suelen durar hasta bien entrada la madrugada. Paso por delante de la puerta de mi vecino de al lado y escucho la estridente música electrónica a todo volumen antes de introducir la llave en la cerradura. Estoy casi segura de haber podido despistar a Alex en la calle, pero cuando intento cerrar la puerta, una mano me lo impide.

—Vamos, preciosa, déjame pasar —dice mientras empuja la puerta y yo la sujeto con todas mis fuerzas.

—¡Por Dios, Alex! ¡¿Aún no has entendido que no quiero saber nada de ti?! —exclamo exasperada.

—Eso no es cierto. Estás cabreada y, vale, tienes razón, pero me quieres.

—¡No, joder! ¡No te quiero!

Intento cerrar la puerta apoyando mi espalda contra ella y empujando con las piernas, solo que él es más fuerte, y con un golpe contundente en la madera consigue apartarme y entrar en el piso.

—No lo dices en serio —sisea sin aliento.

Bufo y me llevo las manos a la cara. No entiendo qué fue lo que vi en este animal para estar con él durante casi tres años. Todo lo que me gustaba de su personalidad, sus atenciones, los detalles, la forma posesiva en la que me trataba, ahora lo detesto, incluso he dejado de verlo atractivo. Solo quiero que desaparezca de mi vida de una jodida vez. Tomé la decisión de dejarlo hace más de un año y aún sigue persiguiéndome. A veces pienso que tal vez debería marcharme de la ciudad, y ahora que me he quedado sin trabajo… Sí, eso es lo que haré. Cogeré mis cuatro pertenencias y echaré a andar. Así como llegué aquí puedo empezar de cero en otro sitio, donde nadie me conozca. Tal vez el sur. Tengo ganas de buen clima.

—Alex, de verdad. Ya no sé cómo pedirte que me dejes en paz —susurro en tono decaído—. ¿Crees que ya no tengo bastantes problemas en mi vida? Acabo de quedarme sin mi único sustento por tu culpa. ¿Qué más quieres de mí?

—Ya sabes lo que quiero. Te echo de menos, muñeca.

Resoplo de nuevo. Odio que me llame así.

—Si me echaras tanto de menos, no te bajarías la bragueta cada vez que una mujer se cruza en tu camino. ¡En serio, supéralo de una maldita vez!

—¿Ves? Estás celosa. —Da un paso en mi dirección y me pego más a la pared—. Muñeca, sabes que esas chicas no significan nada. Yo te quiero a ti.

Sigue acercándose. Estiro mis manos y las coloco sobre su pecho para detener su avance, pero él parece tomarlo como una señal de aprobación porque se pega a mí y me sujeta por la cintura.

—¡Aparta! —chillo, empujándolo con todas mis fuerzas.

—Tú no quieres eso. Me estás pidiendo a gritos que te folle como solo yo puedo hacerlo. —Pega su boca a mi cuello y sigo forcejeando para que me libere, sin embargo, no consigo moverlo ni un centímetro. Siento su miembro duro rozándose contra mi muslo y empiezo a preocuparme.

—Alex, suéltame, por favor —pido, porque sé que exigirlo no servirá de nada.

Sus manos ascienden por mis costados hasta alcanzar mis pechos y los estruja con fuerza.

—No te hagas la estrecha conmigo. Sé lo que te gusta que sea rudo. —Clava sus dientes en mi cuello y suelto un pequeño grito de dolor.

Tengo que buscar la forma de quitármelo de encima antes de que se salga con la suya. Inspiro

hondo y dejo que siga besando y lamiendo mi cuello mientras se frota contra mi muslo. Cierro los ojos un instante y me muevo un poco, buscando una postura más adecuada. Cuando al fin se retira para besarme en la boca, alzo la rodilla dispuesta a darle en la entrepierna, pero Alex adivina mis intenciones y me esquiva mientras sujeta mis hombros con fuerza y me empotra contra la pared.

—Déjame ir —suplico al ver su mirada encendida de rabia.

—¿Qué mierda pensabas hacer? —sisea, y me empuja de nuevo, haciendo que mi espalda impacte contra la pared una vez más. Hago una mueca de dolor—. ¿Crees que puedes jugar conmigo? No vas a calentarme la polla y dejarme con las ganas, muñeca. Eso solo lo hacen las zorras. ¿Eres una?

—Alex, por favor —suplico, e intento escaparme otra vez.

No lo consigo. Me agarra con más fuerza y lo siguiente que noto es un zumbido en la cabeza cuando su puño impacta en mi rostro.

—¡Joder! —Se aparta de forma brusca y me dejo resbalar hacia el suelo, aún algo atontada por el golpe—. ¡¿Cuántas veces te he dicho que no me fuerces a hacer una estupidez?! ¡¿Es que te gusta provocarme?! —Enseguida lo noto a mi lado de nuevo. Me aparto cuando sus manos buscan mi cara, pero él me fuerza a mirarlo—. Lo siento, muñeca. Ya sabes que no me gusta hacer esto.

—¡Apártate de mí! —grito sin aliento. Noto cómo algo caliente y viscoso cae de mi ceja, y me doy cuenta de que estoy sangrando—. ¡Fuera!

—Cállate, Tara —sisea zarandeándome.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

—¡He dicho que te calles, joder! —Me golpea de nuevo, esta vez en la mejilla, y mi cabeza rebota contra la pared—. ¿Es esto lo que te gusta? ¿Te pone cachonda que te dé una paliza?

Esquivo su beso y me arrastro por el suelo para escapar, pero consigue darme la vuelta y quedo tumbada sobre el suelo. Enseguida se coloca sobre mí y, con la vista borrosa, logro ver cómo se desabrocha el pantalón y se lo baja. Me resisto cuando intenta quitarme el mío. Lanzo patadas y puñetazos, sin embargo, con eso solo logro enfurecerlo aún más y termino con varios golpes en la cara y las costillas.

—No, por favor —susurro ya sin fuerzas.

Alex sujeta mi rostro con ambas manos y sonríe de oreja a oreja.

—Te va a gustar, muñeca. Vas a recordar lo bien que lo pasamos juntos.

Niego con la cabeza y hago un último intento de apartarlo cuando siento cómo su miembro empieza a sumergirse en mi interior. No sirven de nada mis súplicas ni las lágrimas. Termino dándome por vencida, me quedo inmóvil y me muerdo el labio inferior para no gritar a cada uno de sus empellones, a cada una de sus respiraciones pesadas sobre mi rostro. Rezo en silencio para que termine cuanto antes y se largue.

Por suerte, todo pasa deprisa. Noto el momento exacto en el que Alex se corre y empieza a besar mi cuello y mis mejillas húmedas por las lágrimas. Susurra palabras cariñosas y también de disculpas, pero no me deja moverme. Sigue sobre mí, aprisionándome con su cuerpo. Al ver que no reacciono, se aparta y empieza a abrocharse los pantalones en silencio. Yo me incorporo y, al alzar la mirada hacia él, retrocedo asustada, ignorando los latigazos de dolor de mis costillas. Su rostro ha cambiado. Sus ojos castaños se han convertido en dos pozos negros y venas oscuras recorren sus sienes y cuello.

Sacudo la cabeza de un lado a otro con la respiración acelerada. He visto esto antes. Creí que lo había superado, pero…

—No, no, no —susurro una y otra vez, sujetándome la cabeza.

—¿Tara? —Da un paso en mi dirección y esos ojos sin vida se clavan en mí—. Oye, tampoco hace falta que te pongas así. Lo hemos disfrutado los dos.

Vuelve a dar otro paso y me levanto de un salto. Ni siquiera sé cómo soy capaz de ponerme en pie. Todo me da vueltas. Veo la boca de Alex moverse, sin embargo, ya no consigo escucharlo. Un pitido insoportable se cuela en mi cabeza y me agacho, cerrando los ojos con fuerza para intentar soportar el dolor. Alex me zarandea. Noto sus manos en mis hombros, intenta tirar de mí, y entonces ocurre… No sé de dónde sale, creo que de dentro de mí. Lo siento retorcerse en mi pecho, y en cuanto abro los ojos, un destello ilumina todo el piso y Alex sale despedido hacia atrás.

La luz se apaga, como si jamás hubiese existido, y me doy cuenta de que él sigue ahí, tirado en el suelo. Me acerco despacio, confundida y creyendo haber perdido la razón por completo, y le doy una pequeña patada en la bota.

—Alex —lo llamo, pero no contesta—. ¿Alex? —Lo pateo de nuevo, esta vez en la cabeza, y esta se mueve un poco, lo suficiente para dejarme ver sus ojos abiertos. Me llevo la mano a la boca y retrocedo de golpe. Está muerto.

Dos horas después estoy sentada en el sofá. Me he duchado y cambiado de ropa tras convencerme a mí misma de que lo que ha ocurrido no fue real. Tal vez le golpeé o lo empujé sin darme cuenta y… Dirijo la mirada a la entrada, donde el cuerpo sin vida de Alex sigue tirado en el suelo. Ni siquiera he sido capaz de cubrirlo con algo. Temo acercarme y perder el control de nuevo.

«Piensa, Tara. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Llamar a la Policía?». Niego con la cabeza, descartando de inmediato esa idea. Con mi historial, lo más probable es que acabe encerrada en una celda, o peor aún, en una habitación acolchada. No, tengo que evitar eso a toda costa. No puedo volver ahí, con las pastillas, sin ser consciente de dónde estoy ni cómo me llamo. «Pastillas, eso es lo que necesitas, un lugar al que evadirte». Vuelvo a negar y hago una mueca de dolor al tensar la mandíbula. No he sido capaz de mirarme al espejo, pero, por la tirantez que noto en el rostro, apuesto a que estoy hecha una mierda. Casi no puedo ver por uno de mis ojos y siento los labios hinchados, además de las molestias en las costillas. «Vamos, Tara, sabes que es lo único que puede ayudarte a salir de esta mierda. Tienes que tomarlas y dejar de ver cosas que no están ahí».

Bufo con fuerza y me pongo en pie. Doy varios pasos en dirección a la cocina antes de detenerme y dar media vuelta. Estoy a punto de sentarme de nuevo en el sofá, pero, por más que intente resistirme, sé que voy a terminar cayendo. Mascullo una maldición y recorro los pocos metros que me separan de mi perdición. Abro uno de los cajones y meto la mano hacia el fondo. Cierro los ojos cuando toco la pequeña bolsa de plástico y la saco. Tras abrirla, dejo caer sobre mi palma las dos pastillas y me quedo observándolas durante varios segundos. Es una decisión difícil. Me prometí a mí misma que no volvería a caer en esta mierda, no después de lo que me costó salir de ahí. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada incluso antes de levantarme del sofá la primera vez, cuando esa voz en mi cabeza me recordó que sigo guardando estas pastillas en el cajón.

Suspiro y las dejo sobre la encimera, busco un vaso y, con la parte de abajo, las machaco bien hasta que quedan en polvo. No hay ni rastro de dudas o inseguridad cuando preparo varias líneas con mi propia identificación, y menos aún cuando acerco mi cara sujetando el billete enrollado en una mano y aspiro con fuerza por la nariz. Echo la cabeza hacia atrás y trago el sabor amargo que se instala en mi garganta. «Ahí estás, has vuelto», resuena en mi cabeza.

Desde la puerta, desvío la mirada y puedo ver las botas de Alex, todavía tumbado en el suelo de la entrada, aún muerto. Así que no tardo en meterme la segunda línea y después una tercera. Tras la cuarta, ya apenas siento dolor y una sensación de euforia me invade. Vuelvo al salón y me siento de nuevo en el sofá, riendo sola y dejando que mi mente se pierda en cualquier cosa que no sea la realidad que me rodea. La música que hace tambalear las paredes de edificio me recuerda que hay una fiesta justo al lado, y yo tengo dinero. Al menos el suficiente como para poder drogarme el resto de la noche y olvidarme de todo lo demás.



Capítulo 2

Tara

Tres meses después

En momentos como este me arrepiento de haber sido tan cobarde. Luché mucho para salir del pozo, para superar mi adicción a las drogas, y ahora… Ni siquiera sé qué estoy haciendo. Durante los últimos tres meses, desde lo que ocurrió con Alex, no he vuelto a levantar cabeza. No sirvió de nada cambiar de ciudad. Tengo un nuevo trabajo en un club nocturno, que apenas soy capaz de conservar porque me paso todo mi turno esperando el momento de poder salir y colocarme. Una puta mierda, eso es en lo que se ha convertido mi vida, que tampoco es que fuese maravillosa antes, pero al menos tenía claro qué era real y qué no. Bueno, más o menos. Mi cerebro lleva jugándome malas pasadas desde que era una niña, sin embargo, últimamente ha empeorado. No dejo de ver a esas cosas en la calle, en los rostros de las personas con las que me cruzo… Y después está esa sensación de estar siendo observada a cada instante. Manía persecutoria, eso es lo que dice Google. Un trastorno más a mi larga lista de jodidas locuras.

—Tara, ¿ya te marchas? —me pregunta uno de mis compañeros al verme con la chaqueta puesta.

Asiento e intento contener el temblor de mis manos. Necesito meterme algo cuanto antes. No puedo soportarlo más.

—Nos vemos mañana —mascullo, saliendo de la barra.

Ni siquiera me molesto en despedirme. Aún faltan veinte minutos para que termine mi turno y es probable que mañana tenga que soportar una charla del jefe, solo que me importa muy poco. Ahora mismo mis prioridades son otras.

Salgo a la calle y esquivo a varios grupos de chicos jóvenes que disfrutan de la noche de sábado en el corazón de Barcelona. Después de lo que pasó, creí que lo mejor sería mudarme a una ciudad grande donde pudiese pasar desapercibida y, con un poco de suerte, nadie me encuentre. Paso junto a un coche de Policía y bajo la cabeza para ocultar mi rostro. Por más que he intentado buscar información en la prensa, no parece que nadie me esté buscando. A veces

pienso que, tal vez, aún no han encontrado el cadáver de Alex en mi antiguo piso, pero ¿cómo es posible? Yo me marché sin avisar. Se supone que el casero ya debería haber entrado. ¿Seguirá ahí? Prefiero no darle vueltas. Cada vez que recuerdo lo que me hizo ese hijo de perra… No me gusta en lo que me he convertido. Lo maté, no sé muy bien cómo, sin embargo, lo hice. Soy una asesina, y lo peor es que no me arrepiento. No siento remordimientos ni culpa. Al contrario, celebro que ese maldito depredador no siga en la calle haciéndole daño a otras mujeres.

Giro a la derecha y me adentro en uno de los muchos callejones del barrio gótico mientras voy leyendo en mi teléfono el mensaje que acabo de recibir. La persona con la que voy a encontrarme ya se encuentra en el lugar acordado. Estoy ansiosa por llegar cuanto antes. Llevo todo el día esperando este momento. Ni siquiera me atrevo a pensar qué haré mañana porque se va a llevar el último dinero que me queda, y aún estamos a mitad de mes. Sé que, por mucho que lo pida, no van a darme un nuevo adelanto en el club. En fin… Algo me inventaré, como siempre. Lo que tengo claro es que no voy a poder pasar sin mi dosis diaria. Tal vez, si solo gasto hoy la mitad… Tonterías. Me conozco bastante bien para saber que no lo haré.

Tras un encuentro rápido con mi camello habitual, desando el camino recorrido y me dirijo al piso que comparto con otros cuatro, a veces cinco chavales, que al igual que yo no pueden permitirse pagar un alquiler. Solo espero que esta noche no recibamos una nueva visita de la Policía. Tiene pinta de que va a empezar a llover en cualquier momento y no me apetece nada pasar la noche a la intemperie.

Estoy a punto de llegar cuando veo a lo lejos las luces de un coche patrulla y me detengo en seco. Maldigo en voz baja y doy media vuelta. Supongo que al final sí que va a ser una de esas noches de frío. Decido buscar algún lugar apartado, aunque antes me meto en un portal y preparo un par de líneas que no tardo en inhalar. Mi idea inicial es buscar algún cajero o callejón poco transitado. Camino sin rumbo fijo, con la cabeza embotada por el efecto de las drogas y los pies destrozados después de una jornada laboral de más de diez horas. Ya casi ha amanecido cuando encuentro una calle estrecha sin salida. Apenas está iluminada y huele a orina y podredumbre, pero al menos sé que nadie vendrá a molestarme. Me adentro en el callejón y dejo mi mochila en el suelo, junto a un contenedor de basura. Estoy a punto de sacar de nuevo la pequeña bolsa de ketamina cuando un movimiento en la entrada del callejón llama mi atención. Estrecho la mirada y sacudo la cabeza al ver dos puntos amarillos, como un par de ojos, observándome. Sonrío. Son los efectos de la droga. A menudo me causan alucinaciones. Bueno, al menos, cuando estoy colocada sé a qué se deben.

Los dos ojos amarillos siguen acercándose y me quedo quieta, viéndolos. Poco a poco, un ser que solo podría catalogar como monstruoso, sale de las sombras y trago saliva con fuerza. Si no supiese que solo existe en mi cabeza, ahora mismo estaría gritando y corriendo por mi vida, pero no es real, no puede serlo. Camina encorvado, tiene brazos largos y musculosos que acaban en unas garras afiladas. Sus piernas son como las de un canguro, flexionadas, aunque más gruesas y con púas. La cabeza es alargada, un hocico con varias filas de dientes se abre y casi puedo notar su aliento impactando en mi rostro.

—No eres real. No eres real —murmuro, cerrando los ojos con fuerza.

Escucho un gruñido e inspiro hondo por la nariz. Esta droga es muy buena o he perdido la cabeza del todo porque juraría que puedo oler su aliento fétido a cada uno de sus pasos en mi dirección. Abro los ojos e intento aclarar mi mente. No puede ser real, ¿no? Los monstruos no existen. Esto es por lo que ni siquiera soy capaz de fiarme de mis propios ojos. Estoy alucinando. Respiro profundo una vez más. El monstruo está justo delante de mí. Estiro mi mano para cerciorarme de que no puedo tocarlo, y entonces vuelve a gruñir y golpea el lateral del

contenedor de basura con su cola. Me sobresalto y sacudo la cabeza de lado a lado. Eso ha parecido muy real. Me late el corazón con tanta fuerza que temo que en cualquier momento pueda atravesar mi pecho. Miro a mi espalda. No hay salida. No puedo huir y el monstruo sigue acercándose.

Retrocedo despacio, intentando alejarme lo máximo posible. Sus dientes emiten el sonido de una especie de repiqueteo al chocar unos contra otros. Aspira el aire como si siguiera el rastro de mi olor a pesar de estar mirándome con fijeza. Mi espalda choca contra la pared y hago mi mejor esfuerzo para fusionarme con la piedra y el cemento. Estoy aterrada. Todo mi cuerpo tiembla sin control y, aunque intento gritar, ni un solo sonido sale de mi garganta. Vuelvo a cerrar los ojos y aparto la cara al notar su cercanía. Una punzada de dolor atraviesa mi abdomen y, como si me hubiesen desanudado las cuerdas vocales, suelto un grito desgarrador que resuena en todo el callejón. Abro los ojos justo cuando el monstruo está a punto de abalanzarse sobre mí, y solo me da tiempo a cubrirme la cabeza con los brazos, pero el golpe nunca llega.

Escucho un rugido y después el llanto de un animal herido, como un perro cuando le dan una patada. Abro los ojos de golpe y veo al monstruo en el suelo y alguien sobre él, aplastando su garganta con la bota. Intento enfocar la mirada en la persona o la cosa que ha conseguido sacarme a ese bicho de encima, sin embargo, una fuente de calor húmedo recorriendo mi vientre me distrae. Miro hacia abajo y descubro que tengo la sudadera empapada de sangre. Intento taponarla con la mano, pero sigue saliendo a borbotones. Poco a poco voy notando cómo mis piernas flaquean. Me quedo sin fuerzas y mi espalda resbala por la pared hasta que quedo sentada en el suelo.

—¿Estás bien? —escucho su voz, solo que apenas soy capaz de mantener los ojos abiertos—. ¡Oye! —Unas manos sujetan mi rostro y entonces lo veo, sus ojos son de un color azul oscuro. Tiene el pelo rubio, peinado hacia un lado, pero muy desordenado. Mandíbula angulosa y… Una mancha negra cubre mi visión y pestañeo para librarme de ella—. ¡No te desmayes! —exclama el desconocido. Golpea mi mejilla con la palma de la mano, unos toquecitos suaves que consiguen espabilarme un poco, al menos lo bastante para recuperar la visión—. ¿Sigues conmigo? —Asiento—. ¿Cómo te llamas?

—Ta… Ta… —Carraspeo y sacudo la cabeza—. Tara.

El desconocido sonríe, enseñándome unos dientes blancos y perfectamente alineados.

—Muy bien, Tara. Ahora voy a sacarte de aquí. ¿Puedes caminar? —Niego con la cabeza—. En ese caso, tendré que hacer uso del plan B. —Quiero preguntarle cuál es ese plan, pero siento que la mancha negra vuelve a cernirse sobre mí.

Justo antes de perder la consciencia, lo último que logro ver es cómo sus dientes cambian y se estiran, y entonces siento sus labios sobre mi cuello y una punzada de dolor.

Silas

Dejo el cuerpo inconsciente de la chica sobre la cama y me aparto. Aún puedo sentir el sabor de su sangre en mi boca. Es lo más dulce que he probado nunca.

—¿Estás seguro de que es la persona que estamos buscando? —inquiere Kenia, deteniéndose a mi lado para observar a la muchacha.

Ni siquiera la he escuchado entrar en la habitación. Estaba demasiado ocupado intentando no abalanzarme de nuevo sobre la… ¿Tara? Sí, así es como se llama. Necesito morderla de nuevo. Carraspeo y retrocedo un par de pasos para mantener la oscuridad bajo control.

—Dímelo tú. Para eso estás aquí —farfullo.

No me pasa desapercibida la mirada furiosa que me lanza, solo que decido ignorarla. Kenia se

acerca a la cama con pasos cortos y gráciles. Todo en ella es sutil y casi majestuoso. El encantamiento típico de un hada. Se sienta al borde del colchón y aparta un mechón de pelo castaño del rostro de Tara antes de colocar su mano abierta en el centro de su pecho. Aún no ha terminado de cerrar los ojos cuando todo su cuerpo se envara y retrocede con un salto.

—¡Maldición! —exclama sin aliento.

—¿Qué ocurre? —Kenia me mira a los ojos y puedo ver reflejado en ellos el terror y la sorpresa.

—La has encontrado —susurra—. Su poder es inmenso, mucho más de lo que podríamos haber imaginado.

Respiro hondo y no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Sabía que ella era. Lo supe en el primer instante en que la vi.



Capítulo 3

Tara

Me despierto desorientada. Tomo una gran bocanada de aire y un pinchazo de dolor en mi vientre me despeja de golpe. Lo que pasó en el callejón… Ese monstruo y después el hombre que me salvó… Niego con la cabeza. Nada fue real. Estaba alucinando, puede que por las drogas o porque algo en mi cabeza no anda bien. Coloco la mano sobre mi abdomen y me cercioro de que no hay ninguna herida ahí. Sin embargo, aún me duele. Repaso con mis dedos la piel y noto cierta rugosidad, como la de una cicatriz antigua. Me incorporo a toda prisa y echo un vistazo a mi alrededor. ¿Dónde demonios estoy?

—Tranquila, estás a salvo —escucho la voz de un hombre, y muevo el cuello en su dirección con la velocidad de un látigo. Es él, el chico rubio del callejón. Es… real.

—¿Qué…? —Miro a un lado y a otro con confusión. Me encuentro en una habitación grande, decorada con cortinas gruesas y alfombras de lana. La cama tiene cuatro postes y un dosel. Nunca antes había visto un dormitorio tan bonito. Regreso la mirada al hombre rubio. ¿Cómo puede ser que esté aquí? ¿Es posible que me encontrara alucinando en ese lugar y me trajera a su casa?—. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Quién eres tú? —inquiero, apretando la ropa de cama contra mi pecho.

El hombre sonríe y se acerca despacio desde la puerta, con las manos en los bolsillos. Su pelo rubio y alborotado cae hacia un lado de su cabeza, creando una ola casi imposible. Lleva puesta una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, y por debajo asoma la tinta que cubre su pecho. O al menos eso es lo que me parece a primera vista, no obstante, al fijarme mejor soy consciente de que esas manchas negras no son tatuajes, y si lo son, no se asemejan a ninguno que yo haya visto nunca. Esa especie de tinta oscura parece estar grabada en su piel de alguna otra forma.

—Si quieres, puedo quitarme la camisa —dice, y aparto la mirada de su pecho de inmediato. Tiene un acento extraño. No soy capaz de descifrar de qué país es—. Tranquila, no me importa que me miren. —Lo escucho suspirar y sigue acercándose con lentitud—. ¿Cómo te encuentras?

—No has contestado a mis preguntas —mascullo, volviendo a mirarlo a la cara.

Sus ojos de color azul profundo se entrecierran un instante antes de cerrarse. Inspira hondo y se encoge de hombros.

—Cierto, quieres saber quién soy y dónde estás. Mi nombre es Silas y, tras encontrarte herida en ese callejón, decidí traerte a mi casa.

—¿Herida? —Vuelvo a colocar mi mano sobre el vientre. Toco esas líneas finas en forma de arañazo y sacudo la cabeza—. No estoy herida.

—Ahora no, pero lo estuviste. Le pedí a una buena amiga que se encargara de curarte. Has pasado casi una semana inconsciente, pero estás mucho mejor.

—¡¿Una semana?! —Asiente, y una sensación de ansiedad y angustia se instala en mi pecho. Miro hacia abajo y compruebo que la ropa que llevo puesta no es mía—. ¿Dónde están mis cosas? Necesito…

—¿Esto? —Alzo la mirada y compruebo que Silas tiene entre sus dedos índice y pulgar la bolsa de ketamina que llevaba encima en el callejón. Trago saliva con fuerza—. ¿Es esto lo que buscas, Tara?

—Dámelo —exijo, estirando mi mano con la palma hacia arriba.

Él niega con la cabeza y se guarda la bolsa de polvo blanco en el bolsillo delantero de su pantalón vaquero.

—No lo necesitas. Llevas ya una semana sin meterte esa porquería.

—Tú no lo entiendes —murmuro con el corazón acelerado—. Estuve inconsciente y no sé qué demonios está pasando aquí, pero vas a darme lo que es mío. No tienes ningún derecho a… —En lo que tardo en parpadear, se desplaza desde su lugar hasta mi lado. Doy un respingo y me echo hacia atrás, sorprendida y asustada—. ¿Cómo has hecho eso? —jadeo.

Recibo una sonrisa como respuesta y una de sus manos va a parar a mi rostro, acaricia mi mejilla con el pulgar y clava su mirada en la mía.

—Puedo hacer muchas cosas, Tara, y ha llegado el momento de que aprendas a distinguir lo que es real y lo que no. ¿Estás preparada?

—No sé de qué me hablas —susurro con un hilo de voz.

No soy capaz de apartar la mirada de sus ojos, y su voz es como una canción de esas que se te cuelan el cerebro y no eres capaz de sacarla de ahí. Respiro hondo, y por primera vez en mucho tiempo soy consciente de cada parte de mi cuerpo, de mi piel, de los latidos de mi corazón desbocado. Silas se acerca aún más, casi siento su aliento sobre mi rostro.

—Necesito que entiendas el mundo que te rodea, que dejes de pensar que hay algo malo en ti y aceptes la realidad que está a punto de abrirse ante tus ojos.

—¿Qué realidad? —Mi voz sale en un tono tan bajo que dudo que pueda escucharlo, pero lo hace porque lo veo sonreír de nuevo y con su mano libre sujeta el otro lado de mi cara.

—No te asustes —musita, y siento que, más que una advertencia, me está dando una orden.

Inspiro hondo y trato de contener el aliento cuando su rostro cambia. La tinta de su pecho se desliza por su cuello, sigue subiendo por su rostro hasta llegar a sus ojos, la oscuridad los rodea y el azul oscuro se convierte en negro. Me separo unos centímetros y su voz vuelve a resonar en mi cabeza: «No te asustes». Por algún motivo no lo hago y sigo observándolo con atención. Su pelo rubio se vuelve negro como la misma noche y sus rasgos se afilan, aunque lo que más me llama la atención es ver dos colmillos afilados asomándose entre sus labios abiertos. Trago saliva con fuerza y pestañeo un par de veces.

Cierro los ojos al ser consciente de que mi mente está volviendo a jugarme una mala pasada.

—No eres real —susurro entre dientes.

Siento cómo sus manos se aferran con más fuerza a mi rostro.

—Abre los ojos, Tara. Soy real. Todo lo que ves y escuchas es real. Necesito que lo aceptes. —Niego, apretando los párpados con fuerza—. ¡Tara! Abre los ojos. ¡Ahora! —Otra vez esa orden implícita en su tono. Casi me dan ganas de negarme, pero hago lo que me dice, y al obedecerlo soy consciente de que ese rostro de oscuridad y muerte que tengo frente a mí es cien por ciento real.

—No puede ser —susurro, aunque, por extraño que parezca, no me siento amenazada ni asustada.

—Voy a contártelo todo. ¿Quieres escucharlo?

—¿Tengo otra opción? —inquiero, y veo que una de sus comisuras se eleva en una sonrisa torcida antes de negar con la cabeza.

—Sé que te han hecho creer que esas cosas que ves, sientes y escuchas no son reales, que tu mente las inventa, pero eso no es verdad. La oscuridad que ves en el rostro de los humanos, esas caras torcidas y aterradoras, están ahí. Son el reflejo del mal que habita en el interior de todos los seres. Humanos e inmortales en lo único que nos parecemos es en eso, todos tenemos la opción de elegir cuál de nuestras versiones mostrar a los demás.

—No entiendo… —susurro.

Sus manos se deslizan por mis hombros y toma asiento en el borde de la cama. No puedo dejar de mirarlo. Incluso con esas manchas alrededor de sus ojos, con las mejillas huesudas y el mentón afilado, sigue siendo el hombre más hermoso que he visto nunca.

—Sé que va a parecer una locura lo que estoy a punto de decir, pero te aseguro que es la más absoluta verdad. —Toma una respiración profunda y entrelaza sus dedos con los míos—. No vives en el mundo que crees vivir, Tara. Hay vida más allá de los humanos y sus problemas. Aquí, en este lado de la existencia, estamos los monstruos, las pesadillas, las leyendas y mitos, todo aquello que los humanos creen que existe solo en las películas y cuentos de terror.

Trago saliva con fuerza y ni siquiera me planteo que lo que me está diciendo sea mentira. Lo veo. Él es distinto a todo lo que he conocido nunca.

—¿Qué eres? —pregunto con un hilo de voz.

Otra vez esa sonrisa, y después su pulgar se desliza por el interior de mi muñeca. Me estremezco sin dejar de mirar sus ojos.

—Esa es la pregunta que estaba esperando. ¿Estás preparada para conocer la respuesta? —Exhalo y asiento—. Soy un vampiro de más de ochocientos años.

Me quedo callada, sin aliento y con el corazón latiendo a toda velocidad. Un vampiro. No puede ser verdad. Los vampiros no existen. Trago saliva con fuerza sin dejar de mirarlo a los ojos. Debería estar corriendo, salir de este lugar cuanto antes, solo que no es eso lo que deseo. La forma en la que Silas me acaricia el dorso de la mano es hipnotizante. Quiero esas manos sobre mí durante el resto de mi vida.

—Cuéntame más —susurro, y su sonrisa se expande.

—Lo haré. Voy a contártelo todo. Quiero que conozcas este mundo, Tara, porque aquí es a donde perteneces de verdad.

—¿Cómo sabes eso? Yo solo soy una chica cualquiera.

—Te equivocas, y la prueba de ello es que eres capaz de ver la oscuridad que habita en los humanos. Sus rostros cambian, ¿verdad? —Asiento.

—Solo en algunas personas. ¿Eso significa que son malos? —Silas cabecea y sigue acariciando mi muñeca.

—No hay malos ni buenos, Tara. Cada ser puede elegir el camino que quiere tomar. Ves la

oscuridad en los humanos porque está ahí. A veces un pensamiento, una sensación, un sentimiento… Cualquier cosa puede despertar la oscuridad que vive en nosotros. Sin embargo, podemos controlarla y decidir no hacer uso de ella. Algunos humanos no son capaces de contener sus propios impulsos. Asesinos, violadores… Todos ellos han tomado la decisión de dejar que su oscuridad les domine.

—¿Y tú? —Señalo su rostro, que sigue siendo la viva imagen de la muerte, y Silas sonríe de nuevo antes de cambiar. Parpadeo un par de veces al ver su pelo rubio de vuelta. La mancha negra vuelve a instalarse en su pecho—. ¿Cómo…?

—Se llama transfiguración. Los inmortales hemos aprendido a controlar nuestra oscuridad. Somos más fuertes y más agresivos cuando la dominamos. Accedemos a ella cuando queremos, por eso nuestros rostros cambian.

Me quedo en silencio unos segundos, intentando asimilar sus palabras. Ha hablado en plural. ¿Él no es el único? Me sorprende que el simple hecho de pensar en ello no me provoque un ataque de pánico. Estoy tranquila y confiada, no siento ni un ápice de miedo. Creo que mi calma se debe a su tono de voz, actúa como un bálsamo relajante en mi sistema.

—¿Qué has querido decir con los inmortales? ¿Hay más como tú?

—Muchos más, y de diferentes especies. Licántropos, brujas y hechiceros, distintos demonios, hadas, elfos… —Sacude la cabeza—. No sabría decirte cuántos somos, pero te aseguro que superamos en número a los humanos.

—¿Y por qué nadie sabe que existís?

—Oh, lo saben, pero prefieren negárselo a sí mismos. El cerebro humano es demasiado frágil para entenderlo. Tienden a racionalizarlo todo. Si ven algo extraño, solo se convencen de que debe tener alguna explicación lógica y lo olvidan sin más.

—¿Por qué yo no lo olvido? —inquiero con un nudo de angustia en mi garganta.

—Esa es otra pregunta interesante, Tara. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Por qué te encerraron en ese centro psiquiátrico?

—¿Cómo lo sabes? —inquiero, frunciendo el ceño.

—Yo lo sé todo sobre ti. Te he investigado.

—¿Por qué?

—Tenía que asegurarme de que eras la persona que andaba buscando. Encontrarte en ese callejón no fue una casualidad. Vi al híbrido acecharte y…

—¿Al qué?

—Un híbrido, así es como llamamos a ese monstruo que te atacó. Es un engendro fallido, mitad vampiro y mitad licántropo. —Intento apartar mis manos de las de Silas, pero él me sujeta con fuerza y vuelve a clavar su mirada en la mía—. No te asustes. Conmigo estás a salvo. Nunca dejaré que te hagan daño.

Suspiro, con solo unas palabras ha conseguido tranquilizarme. Dejo escapar otra bocanada de aire y permito que me siga acariciando el interior del brazo, desde el codo a la palma de mi mano.

—¿Por qué vino a por mí? —pregunto.

—Porque sintió tu poder.

—Yo no tengo ningún poder.

—Una vez más, te equivocas, pero esa no es la contestación a la pregunta que te hice. ¿Por qué te encerraron, Tara? ¿Fue por lo que ves? —Asiento—. ¿Se lo contaste a alguien?

—Me adoptaron cuando tenía seis años. Intenté contener lo que sea que tenga en la cabeza, ignorarlo, pero no funcionó y mis padres adoptivos decidieron llevarme a un psiquiatra.

—Eso es lo que ocurre cuando un ser mágico crece y vive creyendo ser un simple humano.

—¡¿Qué…? Yo no… —Me quedo callada de golpe—. No soy como tú —musito en voz baja.

—Por supuesto que no. Yo antes era humano, me convirtieron en lo que soy, pero tú… Tara, tú naciste inmortal. ¿Alguna vez has enfermado? No me refiero a que te hicieses daño con algo y te llevaran al médico. Hablo de algo común, un virus tal vez, o un resfriado.

Me quedo pensando durante un rato. No recuerdo haber estado mala nunca. Siempre he sido una chica muy sana, a pesar de toda la mierda que me meto a diario. Niego con la cabeza.

—Eso no quiere decir nada. Tengo problemas mentales.

—No, tú no tienes ningún problema. Eres perfecta. —Acaricia mi mejilla y vuelve a sonreír—. Naciste siendo inmortal, por eso no enfermas.

—¿El síndrome de abstinencia no cuenta? Ese sí que lo sufro.

—No es cierto. Crees que necesitas esa mierda, pero no es verdad. Lo que de verdad te crea esa ansiedad es la falsa sensación de evadirte que te proporcionan las drogas. Mírate, llevas una semana sin consumir nada. Cuando aceptes que lo que llevas viendo y sintiendo durante toda tu vida es algo real, la ansiedad desaparecerá por completo porque ya no existirá ningún conflicto interno sobre lo que es correcto o no ver.

—Hablas como un loquero —susurro, y Silas me sorprende soltando una carcajada.

—Es posible. Ya sabes lo que dicen sobre el diablo, sabe más por viejo que por diablo, ¿no?

—¿Eso es lo que eres? —Se encoge de hombros y resoplo—. ¿No vas a contestar a mis preguntas?

—Solo a las trascendentes. —Retoma sus caricias en mi brazo y me tranquilizo de inmediato—. Ahora lo importante eres tú.

—¿Yo? —Asiente—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Todo, Tara. Lo quiero todo de ti, tu mente, tu cuerpo, tu alma, tu esencia… —Exhala con fuerza y su rostro vuelve a cambiar—. Sin embargo, lo que más me urge ahora mismo es lo que corre por tus venas. Necesito probarte una vez más.

No me asusto ni me aparto cuando se echa hacia adelante; con sus dedos, aparta mi pelo hacia un lado y dirige su boca a mi cuello. Tomo aire y espero su mordisco. Vuelvo a coger aire y siento sus dientes clavándose en mi piel. De pronto, una sensación de euforia y felicidad me invade mientras escucho cómo Silas succiona mi sangre y la bebe con ansia. Esto es increíble, más emocionante y placentero que cualquier droga que haya probado antes. Echo la cabeza hacia atrás y coloco mis manos sobre su pecho cuando un gemido involuntario escapa del fondo de mi garganta. Silas se detiene y noto cómo lame mi cuello una vez y después otra, se aparta y busca mi mirada con los labios manchados de mi sangre.

—¿Por qué? —cuestiono sin aliento y con la respiración entrecortada.

—Porque acabo de decidir que eres mía —responde justo antes de que su boca caiga sobre la mía.



Capítulo 4

Tara

—¿Lo has entendido? —Asiento con una mueca de hastío y Silas frunce el ceño—. Tara, esto no es una broma. Se trata de tu seguridad, y eso es algo con lo que no estoy dispuesto a correr riesgos.

Suspiro y doy un paso en su dirección. No me gusta cuando se pone tan serio. Después de tres meses a su lado ya debería estar acostumbrada a esos cambios de humor, pero no es así. Siempre espero ver en él al hombre cariñoso y atento que me despierta por las mañanas con besos y caricias. No obstante, en lo que concierne a cualquier cosa que tenga que ver con mantenerme a salvo se convierte en un gruñón.

—Si alguien entra en el búnker, voy directa a la salida de emergencia. No me paro a coger nada ni miro atrás, solo debo correr y salir cuanto antes —digo de forma mecánica.

—Bien. —Esboza una pequeña sonrisa y cruza el par de pasos que nos separan.

Sus brazos se enroscan alrededor de mi cintura y hunde su nariz en mi cuello. Aprovecho para acariciar los músculos de su espalda. Su cuerpo es impresionante. Me encanta ese punto posesivo que ejerce sobre mí. Sí, es posible que mi mayor problema con los hombres sea ese. Siempre me engancho a los chicos malos y posesivos, pero esta vez es distinto. Silas me respeta. Puede que en ocasiones se exceda al sobreprotegerme, sin embargo, con su historial, tampoco es algo que pueda reprocharle.

—¿A ella también la mordías? —suelto sin pensar, y soy consciente de cómo todo su cuerpo se envara en milésimas de segundo. Silas se aparta un poco y busca mi mirada—. Samara…

—Sé de quién hablas —me corta. Su mandíbula se tensa y resopla—. ¿A qué viene tanta curiosidad? Está muerta.

—Lo sé, pero nunca hablas de ella.

Se aleja de mí, farfullando algo ininteligible en voz baja, y me arrepiento de inmediato de haber sacado el tema. No quiero que se enfade conmigo por una tontería.

—¿Qué quieres saber, Tara? Te lo he contado todo. —Se cruza de brazos con las piernas

entreabiertas y la espalda recta. Un mechón de su pelo rubio cae sobre sus ojos y contengo el impulso de apartarlo yo misma—. Abraxas la mató. Es un monstruo. Él y sus seguidores exterminan a todo aquel que no esté de acuerdo con su forma de pensar.

Abraxas. En estos últimos meses he escuchado tantas veces ese nombre que casi siento como si lo conociera de toda la vida. Silas no deja de repetir lo despiadado y agresivo que puede llegar a ser con quienes se cruzan en su camino. Es un tirano, un dictador sin escrúpulos, un monstruo. Sé que lo que más le molesta a Silas no es haber sido uno de sus seguidores, ni siquiera que mataran a su mujer de forma despiadada. La traición por parte de las personas que él consideraba su propia familia, eso es lo que no puede olvidar a pesar de los años transcurridos.

—Lo siento —susurro, agachando la mirada.

Lo escucho resoplar y en pocos segundos vuelvo a sentir sus manos sobre mí, esta vez en mi rostro.

—Mírame. —Obedezco a su orden de inmediato. Ese acento suyo tan *sexy* y masculino, que ahora sé que proviene de los Países Bajos, es mi jodida perdición—. No soportaría que te hicieran daño, preciosa. Por eso es tan importante que sigas entrenando con Kenia. —Pongo los ojos en blanco—. Hablo en serio, Tara. Sé que ella no te cae bien, pero no puedes descuidar tus clases. Necesito que consigas acceder a tu poder.

—¿Y si no tengo ningún poder? ¿Has barajado en algún momento la posibilidad de que yo no sea ese ser mágico que tanto ansías?

—Lo eres. Kenia puede detectar el poder en un inmortal, y Tamandra lo ha confirmado.

Me estremezco al escuchar el nombre de esa mujer, hembra o lo que sea. Las pocas veces que la he visto me he sentido muy incómoda en su presencia. Tamandra es un súcubo. No estoy del todo segura de lo que significa eso, pero si algo tengo claro es que nadie le ha explicado el significado de la definición de espacio personal. Es como un pulpo: tocando, insinuándose, intentando llamar la atención… No, prefiero mantenerme alejada de ese ser.

—Si es así, ¿por qué no he podido acceder a ese poder del que tanto hablas? Llevo meses entrenándome a diario con la arpía de Kenia. —Silas vuelve a esbozar una pequeña sonrisa, que afloja el ambiente tenso, y rodeo su cuello con mis brazos—. Prefiero entrenar contigo, y si es posible, en la cama y sin ropa. Eso es mucho más divertido. —Muerdo su labio inferior y él ruge bajito antes de apartarse cabeceando.

—No me tientes, preciosa. Se me hace la boca agua solo con tu aroma. —Su mirada se oscurece y noto un leve movimiento en la mancha negra que cubre su pecho, aunque enseguida vuelve a su lugar. Sonrío. Sé que siente debilidad por el sabor de mi sangre, ¿y para qué negarlo? Yo disfruto de cada uno de sus mordiscos. Se ha convertido en mi nueva adicción—. Mejor vete ya. Seguro que te estará esperando para empezar la clase de hoy.

Hago una mueca de disgusto. Odio a esa perra. El primer día que la conocí supe que nunca nos llevaríamos bien, y el motivo no es otro que los celos que ella siente al vernos a Silas y a mí juntos. Está loca por él, eso salta a simple vista. Estoy segura de que el único motivo por el que aún no ha hecho nada en mi contra es porque, si se atreviese, él la mataría sin dudarlo ni un segundo.

Me acerco a Silas, y tras darle un beso en los labios, decido abandonar el despacho y encontrarme con Kenia en el gimnasio. Mientras recorro el que se ha convertido en mi hogar, no puedo dejar de pensar en lo mucho que extraño salir a la luz del sol. Durante los primeros días aquí, al ser consciente de que estaba bajo tierra, me sentí encerrada y aislada, aunque esa sensación no duró demasiado. Silas me explicó el motivo por el que debemos permanecer ocultos: Abraxas. Ese maldito cabrón se la tiene jurada, y si llega a encontrarnos, lo más

probable es que todos acabemos muertos. Echo de menos la superficie, sin embargo, aquí abajo tengo mucho más de lo que jamás tuve en el mundo de ahí arriba: alguien a quien de verdad le importo, que daría su vida por mí, que me quiere tal como soy.

—Llegas tarde —gruñe Kenia sin ni siquiera dignarse a mirarme cuando entro en el comedor. Contengo las ganas de contestarle con un gesto obsceno y esbozo la sonrisa más falsa que sé fingir—. Espero que, al menos, no pases toda la mañana quejándote.

Suspiro. «No pierdas la paciencia, Tara. Ella es importante para Silas», repito en mi cabeza una y otra vez.

—Lo siento. Estaba ocupada con Silas. —Gira su cuello en mi dirección con la velocidad de un látigo y amplío mi sonrisa—. Esta mañana estaba juguetón y le costó dejarme salir de la cama —comento con todas las malas intenciones del mundo.

Como ya esperaba, la mirada de Kenia se convierte en una cuchilla afilada. Sus ojos se envuelven en oscuridad, e incluso puedo notar que su cabello se vuelve más negro. No puedo insultarla directamente por orden expresa de Silas, pero eso no significa que vaya a quedarme callada e impasible ante sus ofensas.

No contesta, solo se va de la estancia murmurando algo que no soy capaz de escuchar y se dirige a la habitación que acostumbramos a usar como sala de entrenamiento. No la sigo de inmediato. Antes me sirvo un café y disfruto de mi pequeña victoria desayunando con tranquilidad. Es increíble lo rápido que me he acostumbrado a vivir entre estos seres. Tampoco es que haya tenido contacto con más inmortales aparte de Silas, Kenia y Tamandra, sin embargo, si alguien me hubiese dicho hace solo unos meses que estaría viviendo en un búnker subterráneo con un vampiro de ochocientos años y un hada, le hubiese ofrecido mi medicación y un lugar a mi lado en una habitación acolchada.

Suspiro y miro a mi alrededor tras darle un último trago a mi taza de café. Este es mi hogar y debo luchar por él. Silas está seguro de que, tarde o temprano, Abraxas y sus guardianes nos encontrarán y tendremos que salir huyendo, por eso insiste tanto en que debo entrenar y acceder al poder que se supone que llevo dentro. Tengo que ser capaz de defenderme y salvar mi propia vida cuando eso ocurra.

—Tal vez no he sido lo bastante claro en relación a tu entrenamiento —escucho su voz y alzo la mirada. Silas está junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de pocos amigos.

—Estaba desayunando —me excuso.

—Tara… —su siseo y la postura rígida de su cuerpo me hacen saber que lo estoy llevando al límite de su paciencia, así que me levanto y, sin decir ni una sola palabra más, camino hacia la sala de entrenamiento arrastrando los pies.

—Ya era hora —farfulla Kenia al escucharme entrar. Cierro la puerta y me siento frente a ella en el suelo. Cruzo las piernas y cierro los ojos con fuerza—. Pon la mente en blanco. Vamos a comenzar.

Hago lo que me pide y durante las siguientes horas no hago otra cosa que buscar en mi interior, meditar y frustrarme por no ser capaz de notar nada de lo que se supone que debería estar sintiendo. Kenia tampoco parece disfrutar con nuestras sesiones diarias, y me temo que, tras mi provocación de antes, he conseguido cabrearla más de lo habitual porque ni siquiera me permite tomarme un descanso a la hora de comer. Cuando terminamos, como siempre sin obtener ningún nuevo resultado, mis tripas rugen con fuerza por el hambre. Salgo de la sala en busca de Silas. He pensado que tal vez le apetezca que cenemos solos en mi habitación esta noche. No creo que pueda soportar ni un solo minuto más la compañía de la arpía. Estoy a punto de entrar

en su despacho cuando un sonido fuerte llama mi atención. Me detengo frente a la puerta cerrada y agudizo el oído. Hay alguien con él en el interior.

—¡No vas a sacarme nada! —grita Silas.

—¿Estás seguro de eso? —Escucho un golpe y después un quejido y un gruñido alto, como el de un perro furioso—. ¡Darick, contrólate!

¿Darick? Espera, yo conozco ese nombre. Silas me habló de él, es uno de los guardianes de Abraxas, el licántropo. Eso significa que… Las palabras de Silas resuenan en mi cabeza. «Si en algún momento Abraxas o los suyos irrumpen en el búnker, vete. No importa a quién dejes atrás. Tienes que ponerte a salvo. Yo te encontraré».

Ni siquiera me paro a pensarlo, echo a correr por el pasillo hasta llegar a la pequeña compuerta escondida que lleva a la salida de emergencia. Aparto el cuadro que la cubre y observo con detenimiento el hueco que se incrusta en la pared, no es mucho más grande que un conducto de ventilación. Temo quedarme atascada ahí dentro, pero tampoco es que tenga demasiadas opciones. Debo salir de aquí cuanto antes. Me sujeto con fuerza al borde metálico y subo de un salto. Me adentro en el estrecho túnel y casi estoy segura de haber conseguido huir cuando siento cómo una mano se cierra alrededor de mi tobillo. Noto un tirón fuerte e intento sujetarme a los bordes del túnel metálico, pero resbalo, y lo siguiente que siento es cómo mi cuerpo impacta contra el suelo con un sonido sordo. Gimo de dolor y alzo la mirada de unos zapatos negros muy relucientes.

—¿Tú quién eres? —Contengo el aliento cuando unos ojos grises como el metal fundido se clavan en los míos.

Un hombre… No, un ser, porque estoy segura de que el macho que tengo frente a mí no tiene ni una sola pizca de humano. Su mirada se estrecha sobre mí y da un paso en mi dirección. Lleva puesto un traje de tres piezas de color oscuro y una camisa blanca. Su pelo negro como el carbón está perfectamente peinado creando una onda hacia arriba. Su mandíbula es angulosa y está cubierta por un rastro de barba oscura, tiene los labios finos y una hendidura separa su barbilla en dos partes. Es hermoso. Una belleza poco común. Todo en él grita peligro y, aun así, no soy capaz de dejar de mirarlo.

—Abraxas —digo, en una mezcla de susurro y jadeo, al darme cuenta de que a quien tengo frente a mí no es otro que el demonio que asesinó a la mujer de Silas.

—Conoces mi nombre. —Se cruza de brazos y su mirada se agudiza aún más—. Eso está bien. Ahora contesta a mi pregunta. ¿Quién eres?

—Eso no es asunto tuyo —escupo, poniéndome en pie de un salto.

—No hay nada en este ni en ningún otro mundo que no sea asunto mío. ¿De qué conoces a Silas? ¿Eres su…? —Me repasa con la mirada desde los pies a la cabeza—. No quiero ser desagradable. Supongo que una humana como tú solo le sirve de alimento.

Me muerdo la lengua para no gritarle que soy mucho más para Silas que un sorbo que llevarse a la boca. Se alimenta de mí, sí, pero nuestra conexión es mucho más profunda que todo eso. Además, según él, yo no soy humana. «Si llegan a capturarte, no permitas que sepan que eres inmortal». La voz de Silas resuena de nuevo en mi cabeza y aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo. Abraxas parece querer decir algo más, pero es interrumpido por otro macho, un tipo alto, vestido de cuero y con los brazos y el pecho cubiertos de esa tinta negra igual a la de Silas.

—Ha escapado —anuncia tras resoplar.

—¿El hada? —inquiere Abraxas con voz ronca, y el recién llegado niega con la cabeza.

—Lo siento, Brax. Nos tomó por sorpresa. Salió huyendo como una rata escurridiza.

El tal Brax… Abraxas inspira hondo y vuelve a clavar su mirada en mí.

—Lo encontraremos de nuevo. Nos llevamos a la humana.

—¿Por qué? Seguro que solo la tiene como fuente de sangre fresca. Aquí abajo escasean los humanos de los que alimentarse.

—Haz lo que te digo —gruñe, y siento cómo, el que estoy segura de que es un vampiro, me sujeta por el brazo y tira de mí.



Capítulo 5

Silas

Miro de nuevo hacia la puerta mientras apuro el resto de mi copa. Aún no sé cómo me las arreglé para escapar del búnker. Tomé a Athan y a Darick por sorpresa y solo eché a correr hasta que llegué al club que regenta Tamandra, en pleno centro de la ciudad. Es la primera vez en meses que salgo al exterior.

—Llegarán en cualquier momento —tararea Tamandra mientras una de sus mascotas humanas se encarga de volver a llenar mi vaso.

Resoplo. Se supone que Kenia y Tara ya deberían estar aquí. Este era el plan. Si asaltaban el búnker nos encontraríamos aquí. Espero que hayan logrado escapar. Ni siquiera tuve tiempo para avisarlas. ¡Ese maldito Brax! La puerta del reservado se abre de par en par y me pongo en pie de un salto. Frunzo el ceño al ver a Kenia entrar sola.

—¿Dónde está Tara? —inquiero.

Por la expresión de su rostro sé que está a punto de decir algo que no va a gustarme. Pongo todos mis esfuerzos en mantener bajo control la oscuridad e inspiro hondo.

—No lo logró. Intenté ir a por ella, pero tu querido hermanito la estaba sujetando mientras salían del búnker. No pude hacer nada, Silas. Lo siento.

Un rugido feroz rasga mi garganta y lanzo el vaso de licor contra la pared. No puede ser. Ese maldito hijo de perra la tiene. Si le hace daño… La imagen de Samara sobre un charco de sangre con los ojos abiertos y un agujero en el pecho se cuela en mi mente y noto cómo la oscuridad me domina.

—¿Abraxas sabe quién es ella? —pregunta Tamandra. Niego y sigo bufando mientras me muevo de un lado a otro como un león enjaulado—. En ese caso, aún tenemos la oportunidad de recuperarla.

—¿Cómo? —siseo—. A estas alturas ya la tendrán encerrada en los calabozos de la mansión.

—Eso no lo sabes. Si creen que solo era tu fuente de sangre, es posible que la liberen.

—No parecían dispuestos a hacerlo cuando se marchaban —comenta Kenia, y dirijo la mirada

en su dirección.

—¿Qué hicieron? —inquiero con la mandíbula apretada.

—Tu hermano y el licántropo se fueron a pie y Brax se la llevó volando. No vi a la bruja.

Exhalo una gran bocanada de aire y me dejo caer de nuevo en el sofá.

—¿Qué probabilidades hay de que descubran lo que es Tara? —le pregunto a Tamandra.

—Sin la ayuda de un súcubo, muy pocas. Sin embargo, al igual que Kenia fue capaz de percibir el poder que contiene en su interior, la bruja también puede hacerlo si sabe qué buscar. No disponemos de demasiado tiempo.

Asiento y cojo el nuevo vaso de licor que me tiende Kenia.

—Tal vez eso sea algo bueno —mascullo—. Si descubren que es una inmortal, querrán asegurarse de qué tipo de criatura tienen entre ellos. Eso les dejará muy pocas opciones.

—¿Crees que acudirán a mí? —inquiere Tamandra, adivinando el rumbo de mis pensamientos.

—Conoces bien a Athan.

—Eso fue hace mucho tiempo, Silas. Lo más probable es que busquen a alguien más. Abraxas no se fía de mí.

—¿Quién podría ser? —pregunta Kenia.

Tamandra y yo nos miramos, y sé que estamos pensando lo mismo.

—Me pongo en marcha —afirmo, levantándome de un salto—. Si consigo que nos ofrezca su lealtad…

Tamandra suelta una carcajada, interrumpiéndome.

—Buena suerte con eso. Ceridwen solo es fiel a sí mismo. No tomará parte en ninguna guerra.

—Eso aún está por verse —siseo antes de salir de la estancia a toda prisa.

Mientras me dirijo a la salida del club, no puedo dejar de pensar en Tara y en lo asustada que estará. Voy a recuperarla, necesito hacerlo. De ella depende mi propia supervivencia.

Tara

Mantengo los ojos cerrados e intento no pensar en lo lejos que se encuentra el suelo. El viento golpea mi rostro y me desordena el pelo. Escucho el ruido que hacen sus alas al abrir y cerrarse mientras surcamos el cielo.

Por más que pataleé y grité, no pude evitar que me cogiera en brazos en cuanto llegamos a la superficie. Casi se me para el corazón al darme cuenta de que estábamos volando. Solo entonces me fijé en las enormes alas negras que salían de su espalda, negras y tupidas como las de un cuervo.

—Por favor, por favor —gimoteo, aferrándome con fuerza a las solapas de su chaqueta.

Me parece escuchar una risa, pero soy incapaz de abrir los ojos para comprobar si es el monstruo que me mantiene aferrada a su cuerpo con ambos brazos el que se está burlando de mí o se trata del simple silbido del viento nocturno. Estamos volando. ¿Cómo de loco es eso? Si ya me costó hacerme a la idea de que los vampiros y demás inmortales existen, lo de volar terminará creándome un trauma o algo.

El sonido de las alas se detiene y el viento cesa de manera abrupta.

—Ya puedes abrir los ojos —escucho que dice.

Inspiro hondo y le hago caso. En cuanto me doy cuenta de que estamos en el interior de una casa, lo aparto empujándolo con ambas manos y me deja sobre mis propios pies. Me doblo y busco llenar mis pulmones de aire. Me siento mareada y con náuseas.

—¿Dónde estoy? —siseo, aún sin ser capaz de alzar la cabeza por miedo a vomitar.

—En mi casa, también conocida por ser la sede de los guardianes del equilibrio en la ciudad.

Su voz es melodiosa, como una canción de cuna, calmada y serena. Cuando Silas me hablaba de Abraxas, siempre me lo imaginé mucho más… ¿Feroz? No sé si esa es la palabra correcta. Es un demonio milenario, malvado y terrorífico, ¿no? Alzo la mirada y observo su rostro. Entonces, ¿por qué tiene un aspecto tan humano? A excepción de las alas, claro, que ahora parecen haber desaparecido por completo.

—¿Por qué? —inquiero, colocando la mano sobre mi estómago para contener las arcadas.

—No tengo que darte explicaciones, humana —contesta de forma brusca, aunque sin perder esa elegancia y tranquilidad en su tono de voz. Da un par de pasos en mi dirección y yo retrocedo ante la intensidad de su mirada. No sé qué es lo que pretende, pero no me gusta nada. Sus ojos grises se oscurecen y aprieta ambos puños con fuerza—. Vete —ordena—. Tu habitación está en esta misma planta. Por el pasillo principal, segunda puerta a la derecha.

Me gustaría preguntarle qué quiere decir con lo de mi habitación. ¿No va a encerrarme en una celda o algo así? Sin embargo, una nueva arcada me obliga a tragar saliva con fuerza.

—El baño —musito, poniendo la mano sobre mi boca.

—¿Qué…? —Antes de que pueda terminar la frase, noto que todo el contenido de mi estómago sube por mi garganta y solo puedo echarme un poco hacia atrás y dejar que salga—. ¡Maldita sea!

Alzo la mirada al terminar y me doy cuenta de que Abraxas tiene la chaqueta y la camisa repleta de vómito. Carraspeo y estoy a punto de disculparme, pero cambio de idea y solo me encojo de hombros.

—¿Qué está pasando aquí? —Una chica bajita y delgada aparece de la nada. Su aspecto es bastante llamativo. Lleva el pelo teñido de gris y sus ojos son de un verde intenso, como el de la hierba fresca; arruga la nariz mientras mira el desastre que acabo de montar—. Brax, ¿eso es vómito?

Él solo ruge algo ininteligible y se quita la chaqueta haciendo muecas de asco.

—Llévatela —ordena sin mirarme.

—¿Es el juguete de Silas? —inquiere, señalándome con el dedo índice. Quiero decirle que soy mucho más que eso, que Silas y yo somos almas gemelas y no tardará en venir a buscarme y patearles el culo a todos, pero antes de que pueda abrir la boca, la chica, que supongo que será Zella, la bruja que forma parte del círculo íntimo de Abraxas, vuelve a hablar—. ¿Por qué la has traído aquí? Deja que Athan se ocupe de ella y…

—Haz lo que te he ordenado, Zella —sisea él, confirmando mis sospechas, con la mandíbula tensa y los puños apretados—. Sácala de aquí antes de que cometa alguna locura.

La bruja no rechista ni dice nada más. Siento cómo su mano rodea mi antebrazo y tira de mí hacia un pasillo. Podría resistirme, pero no lo hago. Sé que no serviría de nada. Silas me habló mucho de la bruja, de sus poderes y la forma en la que consigue doblegar a los demás. No, debo mantener la calma y esperar a que él venga a por mí. Ese es el plan. Si intento huir o hago algo que pueda ser considerado una afrenta hacia el demonio, no dudarán en matarme en lo que dura un pestañeo. Tengo que ser más lista que eso.

Dejo que la bruja me meta en una habitación de gran tamaño y se marcha enseguida. Miro a mi alrededor buscando una salida. Todas las paredes son de piedra antigua. Una cama enorme preside la estancia y a cada uno de sus lados hay una mesita de noche; al fondo una cómoda alta y junto a la ventana una mesa y una silla. Todos los muebles son de color blanco, al igual que los marcos de las puertas en forma de arco. Tres para ser exacta, una de ellas acristalada y, por su disposición, casi podría apostar que da a un balcón o terraza. Es la primera que abro, me asomo y compruebo que estaba en lo cierto. Reconozco la calle, estamos en el barrio gótico. Es más,

juraría que he pasado por delante de la casa en la que me encuentro docenas de veces, pero no recuerdo haberla visto. Por la altura, calculo que estaré en la segunda planta. ¿Cómo es que no recuerdo una casa como esta? Es enorme. «Magia», resuena en mi cabeza, y pongo los ojos en blanco.

Al ser consciente de que no hay forma de salir por el balcón sin terminar como una pegatina en la acera, decido volver a entrar y descubrir a dónde llevan las otras dos puertas. Una de ellas esconde un vestidor repleto de estanterías y perchas vacías; la otra da al baño más grande en el que he estado nunca. Aprovecho para refrescarme un poco y enjaguarme la boca antes de volver al dormitorio. Todo está decorado en tonos claros y en el suelo hay una gran alfombra gruesa. Se respira la opulencia y el lujo en cada rincón de la estancia.

Me siento sobre la cama y espero, agudizando el oído por si consigo escuchar algo al otro lado de la puerta, pero a excepción de los sonidos de la calle, no oigo nada. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa, creo que llego a quedarme dormida unos minutos cuando escucho cómo la puerta se abre y me enderezo de golpe. Abraxas entra en el dormitorio seguido por el vampiro y el licántropo: Athan, el hermano de Silas, y Darick. Se ha cambiado de ropa y su pelo negro está húmedo. No hay ni rastro de las alas.

—Quiero irme de aquí —digo con todo el valor que soy capaz de reunir.

No es algo sencillo, ya que la sola presencia de los tres inmortales me produce pavor. Athan, vestido de cuero negro, con todas esas manchas sobre su pecho y sus brazos; Darick, con vaqueros y sin camiseta, mostrando los músculos de su pecho, que parecen tallados en piedra a juego con la expresión de su rostro, sin embargo, el que más me asusta es Abraxas porque conozco el alcance de su maldad. Silas se encargó de que me quedara muy claro la clase de monstruo manipulador que es.

—No vas a salir de aquí hasta que me cuentes quién eres y por qué estabas en ese búnker —dice el demonio, adelantándose un par de pasos.

Aprieto los labios y me encojo de hombros. No van a sacar nada de mí.

—No tengo nada que decir —siseo.

—Niña, la paciencia no es una de mis virtudes. Contesta a mis preguntas y podrás marcharte. Si no lo haces…

—¿Qué? —Alzo la barbilla de manera desafiante, y, de nuevo, su mirada, tan intensa como un látigo afilado, me obliga a tragar saliva con fuerza.

—Si no colaboras, pasarás a ser tratada como una prisionera en vez de una invitada —contesta.

—¿Cuál es la diferencia?

Estrecha su mirada sobre mí y me parece ver cómo una de sus comisuras se eleva.

—No veo grilletes en tus manos ni una mordaza en tu boca —masculla, ladeando la cabeza como un verdadero depredador.

Contengo el aliento e intento controlar el pánico. Esto va en serio. ¿Piensa torturarme? «Claro que sí, idiota. Hará lo que sea para encontrar a Silas».

—Deja que yo me ocupe de ella, Brax —pide Athan, dando un par de pasos al frente para llegar a su lado—. Dos minutos y le sacaré todo lo que necesites.

Empiezo a temblar. Supongo que es ahora cuando empiezan las torturas. Ni siquiera puedo imaginar la clase de dolor que estos monstruos van a hacerme sentir. Abraxas parece valorarlo unos segundos sin dejar de observarme, y al fin niega con la cabeza.

—No. Vamos a darle unas horas para que descanse y piense bien cuál es la posición que quiere tomar nuestra invitada. —Se acerca aún más, y me quedo muy quieta cuando una de sus

manos aparta mi pelo para dejar mi cuello expuesto. Frunce el ceño y se aparta de inmediato—. ¿Vas a decirme tu nombre al menos?

Carraspeo para librarme del nudo de angustia y nervios que se ha instalado en mi garganta e inspiro hondo antes de contestar.

—Tara.

Abraxas esboza un amago de sonrisa.

—Muy bien, Tara. Mañana a primera hora volveré, y si no colaboras, tendré que asumir que prefieres ser tratada como una prisionera. ¿Entiendes lo que eso significa? —Tardo en responder y su mirada se oscurece—. Contesta a mi pregunta, Tara.

—Sí —musito.

—Bien. Espero que descanses. Buenas noches. —Antes de poder decir nada más, los tres se han marchado y vuelvo a quedarme sola en la enorme habitación.

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón y suelto todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Ahora sí que estoy muy jodida. ¿Cómo voy a impedir que me saquen la información que buscan? Apuesto a que lo único que pretenden es descubrir dónde se esconde Silas, y eso no seré capaz de decirlo porque no tengo ni la menor idea.

—Ven a buscarme, amor —murmuro para mí mientras intento contener el llanto—. Silas, ven a por mí.



Capítulo 6

Brax

«Mátala, imbécil. No dejes que esa humana se ría de ti. Acaba con ella».

Volvemos al salón en la primera planta y me sirvo una copa. Zella ya nos espera sentada sobre uno de los sofás, descalza y con un libro sobre su regazo.

—¿Qué tal ha ido? ¿Le habéis sacado algo sobre Silas? —pregunta, y es Darick el que contesta con un gruñido bajo antes de tomar asiento a su lado.

Athan se coloca junto a mí y suspiro al adivinar cuáles son sus intenciones.

—Brax, deja que yo me encargue de la humana. Puedo hacer que hable.

—Lo sé —farfullo, y le doy un trago a mi copa de licor.

—¿Entonces…?

—Mañana hablaré con ella. —Lo escucho bufar y me giro despacio en su dirección—. Déjalo ya, Athan. Silas huyó. Asúmelo y deja de sentirte responsable por algo que no puedes cambiar.

—Pero… —Solo necesito una mirada de reojo para acallarlo, y se deja caer en el otro sofá con un nuevo resoplido.

—¿Y cuál es el plan para encontrar a Silas? —inquiere Zella.

Tardo unos segundos en contestar su pregunta.

—Algo me dice que esa humana es más que una simple fuente de sangre para él —musito.

—Tiene marcas en su cuello —intercede Athan—. La han mordido recientemente.

Como siempre, Darick no toma parte en la conversación. Sus palabras son escasas, aunque casi siempre certeras.

—¿Una amante tal vez? —suelta al fin.

—¿Una amante humana? —Athan niega con la cabeza, sonriendo—. Conozco a mi hermano. Prefiere a las inmortales. Tienen más aguante.

No me pasa desapercibida la forma en la que Zella rueda los ojos de manera teatral.

—No sé qué o quién es, pero pienso averiguarlo —mascullo.

«Y después la matarás».

—¿Ese es el libro que trajimos del búnker? —le pregunta Athan a Zella.

Ella asiente y suspira antes de abrirlo de nuevo y echar un vistazo a sus páginas.

—Sí. Lo estoy estudiando.

—¿Algo interesante? —inquiero.

—No demasiado. Es un libro antiguo. Tiene algunas profecías y varios hechizos, sobre todo, de magia oscura y transformaciones.

—¿No hay ningún conjuro para encontrar al hijo de puta de mi hermano? —sisea Athan.

—Ya está bien. Marchaos a descansar —ordeno.

—Yo quiero salir esta noche con la patrulla de las afueras —comenta Darick. Asiento y enseguida se pone en pie—. Te mantendré informado.

Se marcha sin despedirse, como es habitual en él, y Zella no tarda en poner su atención de nuevo en el libro.

—Yo voy a dar una vuelta por los alrededores del búnker. Tal vez encuentre alguna pista del paradero de Silas —informa Athan.

Asiento, dándole permiso, y también se va. Sé que no va a poder dormir, aunque se lo ordene. Athan es un inmortal entregado a su trabajo, y hoy ha cometido un error al permitir que Silas huyera. La culpa lo carcome, y no podrá librarse de ella, al menos no durante esta noche.

Decido retirarme a mi dormitorio, y tras darme una ducha, la segunda después de que tuviese que sacarme de encima los restos de vómito de la humana, me tumbo sobre la cama y suspiro mirando el techo. Debo encontrar a Silas cuanto antes. Tiene que pagar por sus crímenes. Yo personalmente me encargaré de ello. Pasan varias horas en las que mi mente no deja de vagar. Pienso en la humana, Tara. ¿Qué pinta ella en todo esto? ¿Por qué estaba en el búnker? Sus ojos celestes, esa mirada desafiante… Parece como si no sintiese miedo en mi presencia. Eso es, como poco…, extraño. Los humanos suelen huir despavoridos en cuanto me acerco. Cierro los ojos e inhalo con fuerza. Casi puedo captar el aroma que desprende su pelo. Mientras volaba con ella sobre la ciudad, no pude concentrarme en otra cosa que no fuese ese olor y la forma en la que sus curvas se adaptaban a mi cuerpo. ¿La amante de Silas? Sí, eso tiene sentido. La humana es hermosa. Si incluso a mí me resulta atractiva, no me parece descabellado que Silas la tuviese encerrada en el búnker para su propio disfrute.

«Quieres follarla. Vamos. ¡Hazlo, maldita sea! Solo tienes que entrar en su habitación y…». Me levanto de un salto, sacudiendo la cabeza para apagar la voz, y resoplo. No tardará en amanecer. Hace ya un rato que escuché llegar a Athan y Darick. Probablemente estarán descansado, al igual que Zella. Eso si no se ha pasado toda la noche estudiando ese libro. Suele obsesionarse con facilidad.

Tan solo vestido con un pantalón de algodón, camino hacia el salón sin encender las luces, me sirvo una copa y me tumbo en uno de los sofás. Durante un buen rato vuelvo a perderme en mis propios pensamientos, y entonces escucho algo, parecen pasos por el pasillo, pero no los reconozco. Agudizo aún más el oído. Suenan muy débiles y titubeantes. Me concentro en su respiración descompasada y el sonido acelerado de su corazón. La humana, es ella. ¿Qué demonios hace paseándose por la mansión a estas horas? Me mantengo oculto en la oscuridad y en absoluto silencio. Yo puedo verla, pero sé que ella a mí no. La negrura de la noche es mi ambiente natural. Sin embargo, un humano no consigue orientarse ni adaptar la visión como lo hago yo. La observo mientras camina de puntillas. Parece estar buscando algo. ¿Una salida tal vez? Se tropieza con el aparador de la entrada y casi me echo a reír. Está claro que la sutileza no es lo suyo. Durante unos segundos se queda muy quieta y escucho cómo contiene el aliento, después continúa. Por un momento me planteo dejarla marchar y seguirla. Si sabe dónde está

Silas lo más probable es que vaya a buscarlo, pero cuando veo cómo coloca su mano sobre la manilla de la puerta, no puedo contener el impulso de levantarme.

—¿Vas a algún lado? —pregunto con tranquilidad.

Tara emite un sonido agudo que sale del fondo de su garganta y se gira despacio, con una mano sobre el pecho y la otra aún en el picaporte.

—¿Qué…?, ¿qué…? —balbucea.

—Te he hecho una pregunta. —Camino con lentitud en su dirección. Sigue sin verme, pero por la forma en la que retrocede, pegándose a la pared, sé que nota mi presencia muy cerca—. Daba la impresión de que intentabas huir, Tara. ¿Es eso cierto?

Traga saliva con fuerza e inspira por la nariz mientras sigo acercándome, me detengo a apenas unos centímetros de ella y frunzo el ceño. Ahí está de nuevo ese olor. No consigo identificarlo. ¿Cenizas? ¿Carbón? Sí, puede ser, y también algo dulce.

—Yo no… —Carraspea y endereza la espalda—. Estaba buscando la cocina. Tengo hambre.

Ladeo la cabeza. Miente. Hago chasquear los dedos y las luces del salón se encienden todas de golpe. Tara pestañea un par de veces para acostumbrarse a la claridad, y cuando centra su mirada en mí puedo notar su nerviosismo. Retrocede aún más, o al menos lo intenta. Parece como si quisiera hundirse en el interior de la pared de piedra solo para huir de mí.

—¿Tu amo no te dio de comer hoy? —pregunto, y mantengo la mirada fija en su rostro para intentar descifrar su reacción.

Tal como esperaba, solo encuentro una mirada desafiante y su mandíbula se tensa.

—No soy una puta mascota —sisea entre dientes.

Me encojo de hombros y doy el último paso que nos separa. Coloco mis manos en la pared, cada una a un lado de su cabeza, creando una jaula con mi cuerpo. Tara vuelve a contener el aliento y su mirada se dirige a mis brazos y después a mis hombros hasta llegar a mi pecho desnudo.

—¿Qué eres entonces? —susurro cerca de su oreja.

—No diré nada —replica con los puños apretados.

Me aparto unos centímetros, lo justo para poder mirar su rostro, y casi me dan ganas de reír cuando noto cómo intenta contener el impulso de mirar de nuevo mi pecho.

—¿Por qué lo proteges, Tara? Silas…

—Él me ama —dice interrumpiéndome—. Vendrá a por mí y vas a desear no haber nacido, maldito monstruo.

Esta vez soy yo el que retrocede por la sorpresa. Frunzo el ceño y clavo mi mirada en la suya.

—Te ama —repito sus palabras, y ella asiente con la barbilla en alto—. ¿Crees que Silas vendrá a buscarte?

—Por supuesto que lo hará.

La forma en la que me mantiene la mirada, la tensión en su voz… Realmente está convencida de que sus palabras son ciertas. Pobre ingenua. Silas jamás se arriesgaría a pisar esta casa. Sabe lo que le espera cuando lo encuentre.

—En ese caso, tal vez sea mejor que vuelvas a tu habitación a esperarlo —susurro, y esbozo un amago de sonrisa antes de acercar mi nariz a su pelo e inhalar con fuerza. Ese olor es embriagador. «Aquí la tienes, Brax. Solo tómala contra la pared. No importa que se resista. Que grite mientras le rasgas la garganta y después fóllate su cadáver». Me aparto de golpe con la mandíbula apretada y la espalda recta—. Lárgate de aquí, humana. Vuelve a tu dormitorio.

—¿Y si no quiero?

Inspiro con fuerza por la nariz y cierro las manos en dos puños apretados para contenerme.

—Créeme, quieres hacerlo. —Clavo los puños en la pared a cada lado de su cabeza y por primera vez puedo ver el terror dibujado en su mirada—. No va a gustarte lo que está a punto de suceder, así que vete. —Me aparto y dejo escapar una exhalación, pero ella no se mueve de su lugar—. ¡Ahora! —bramo.

Tara echa a correr por el pasillo, y enseguida escucho sus pasos acelerados por la escalera y después el sonido de la puerta de su dormitorio al cerrarse. Me dejo caer de nuevo en el sofá y termino el contenido de mi vaso en un solo trago. ¿Qué demonios me pasa con esta humana? Ella está convencida de que Silas la ama. ¿Será cierto? ¿Y ella también siente lo mismo por él? Bufo y vuelvo a tumbarme de espaldas. Ahora, al menos, sé que Tara no solo era su fuente de sangre. Hay alguna conexión entre ellos, y eso es algo que puedo usar a mi favor.



Capítulo 7

Tara

«Siento los labios de Silas en mi cuello, sus dientes perforando mi piel mientras se mueve sobre mí, clavándome en el colchón con sus embestidas certeras. Gimo de puro placer y éxtasis. Me encanta cuando bebe de mí justo antes de hacer que todo mi cuerpo se estremezca al llegar al orgasmo. Sus dedos ásperos se hunden en mis muslos y arremete aún con más fuerza a la vez succiona mi sangre con más intensidad. Por un segundo el placer es tan intenso que creo perder el conocimiento, pero enseguida me recupero y soy consciente de que ya no estamos en la cama. Ahora me tiene atrapada contra la pared, sus dientes se han convertido en una lengua húmeda y suave que recorre mi cuello de manera ascendente hasta llegar a mi oreja.

—¿Crees que Silas vendrá a buscarte? —ese tono de voz delicado y suave. Abro los ojos de golpe e intento empujarlo. Abraxas no se mueve ni un centímetro, solo aparta la cabeza de mi cuello y me mira sonriendo—. Sabes que no vendrá, Tara. Te ha dejado aquí conmigo para que yo te disfrute.

—No. —Niego con la cabeza y sigo empujando su pecho con mis manos. De pronto, sus alas se abren y nos envuelven a ambos. No veo nada, pero lo siento abrazándome por la cintura, su boca de nuevo sobre mi piel, esta vez en la clavícula, desciende por mi escote hasta llegar a uno de mis senos y muerde el pezón mientras nos movemos—. Por favor —gimoteo.

Abraxas aparta su boca de mi pecho y noto cómo su mano se desliza sobre mi vientre y se introduce en el interior de mi pantalón. Contengo el aliento mientras hurga entre mis pliegues húmedos y lo escucho sisear una maldición.

—¿Por favor? ¿Qué es lo que quieres, Tara? —Trago saliva con fuerza e intento ignorar el placer que recorre cada parte de mi cuerpo cuando sus dedos se mueven en círculos sobre esa parte tan sensible de mi sexo—. Pídelo. ¿Qué es lo que deseas?

Un escandaloso jadeo rasga mi garganta cuando hunde dos dedos en mi interior y siento su aliento en mi mejilla. Quiero ordenarle que se detenga, que deje de tocarme. Yo amo a Silas. El único sentimiento que me produce Abraxas es asco y miedo. Entonces, ¿por qué no puedo

pedirle que se detenga? ¿Por qué estoy disfrutando tanto con lo que me hace?».

Me despierto sobresaltada y empapada en sudor. Sacudo la cabeza para librarme de esa horrible pesadilla e inspiro hondo. Mi mente me está jugando malas pasadas. Todo esto es culpa de ese maldito demonio y lo que me hizo anoche.

Creí que podría escapar sin que nadie me viese, pero él estaba ahí, en ese salón, casi desnudo y… ¿Por qué actuó de esa manera tan… íntima? No dejaba de olerme el pelo y susurrarme al oído. Por un momento llegué a pensar que me forzaría a… En fin. Pude sortear esa bala, o algo así. De pronto su actitud cambió y me ordenó que me marchara. Parecía como si se estuviera conteniéndose. No pude evitar contarle que Silas y yo nos amamos, que no solo soy su mascota. Creí que al decírselo lo mantendría alejado de mí, pero no fue así. Me temo que, tal vez, ese error vaya a costarme muy caro.

Me levanto de la cama y me dirijo al baño para darme una ducha. Mientras el agua templada cae sobre mi cuerpo, no puedo dejar de pensar en ese sueño, o al menos en la primera parte, cuando era Silas el que estaba conmigo. Lo extraño tanto… No sé, es algo raro, como una necesidad de verlo, de sentir sus manos sobre mí, sus dientes en mi cuello, su aliento en mi boca. Incluso noto cierta ansiedad en el centro del pecho. Silas se ha convertido en mi nueva adicción, y creo que empiezo a ser víctima de los primeros síntomas del síndrome de abstinencia. Necesito mi dosis de él antes de que las cosas se pongan mucho más feas.

Tras ducharme, me visto con la única ropa que tengo. Solo son unos pantalones y camiseta de algodón. La ropa que acostumbro a usar en mis clases con Kenia. Está sucia y sudada, pero no tengo nada más. Ato mi pelo húmedo en lo alto de la cabeza en un moño desordenado y, tras pensarlo un rato, salgo del dormitorio en busca de algo que desayunar. Me ruge el estómago por el hambre. No he comido nada en más de veinticuatro horas. Abraxas dijo que soy una invitada en esta casa, y si es así, significa que puedo moverme por donde me dé la gana, ¿no? No estoy segura, supongo que lo descubriré pronto.

Deambulo por la enorme mansión. Descubro que en la planta superior solo hay habitaciones, así que desciendo hacia el salón en el que estuve anoche. No hay nadie. Me tienta el deseo de comprobar si la puerta está abierta. Tal vez, si nadie se da cuenta… Me acerco despacio, conteniendo incluso la respiración, y tiro de la manilla. Nada, está cerrada con llave. Resoplo y dejo caer los hombros con decepción. Habría sido demasiado sencillo para ser real. Mi estómago vuelve a rugir y decido seguir con mi búsqueda de alimentos antes de terminar desmayándome. Atravieso un pasillo largo, paso por varias estancias que tienen la puerta abierta. Un despacho, lo que parece ser una biblioteca y también un baño. Escucho voces al otro lado de una puerta cerrada y decido pasar de largo y seguir el aroma de café recién hecho hasta la cocina. Me sorprende el tamaño y el lujo de la estancia. Estoy tan ensimismada mirándolo todo que no soy consciente de que hay alguien más en su interior hasta que escucho su voz.

—¿No deberías estar en tu dormitorio? —Giro la cabeza rápido y frunzo el ceño. La bruja me mira sonriendo mientras le da un trago a su bebida, después deja la taza sobre la mesa, en la que está apoyado un enorme libro de hojas amarillentas, y arquea una ceja—. Tara, ¿verdad? —Asiento, tensándome de pies a cabeza—. ¿Tienes hambre?

Respiro hondo y me planteo no contestar a ninguna de sus preguntas, pero un nuevo rugido proveniente de mi estómago me delata.

—Sí —mascullo entre dientes, apartando la mirada.

—Hay café y algunos bollos. Sírvete tú misma —dice, y vuelve a beber de su taza mientras pone su atención en el libro que tiene frente a ella.

¿Eso es todo? ¿No va a amenazarme ni hacerme alguna advertencia? Incluso Kenia intentó

amedrentarme la primera vez que nos vimos, pero esta chica… Bueno, bruja, eso es lo que es, una bruja malvada y peligrosa. ¿Por qué me ignora como si mi presencia le fuese indiferente?

Espero inmóvil un rato, por si la bruja cambia de idea y decide venir a por mí, pero no lo hace. Sigue leyendo el libro y dando pequeños sorbos a su taza de vez en cuando, así que me atrevo a dar unos cuantos pasos. Rodeo la isla que preside la estancia y localizo una cafetera moderna. No necesito buscar demasiado para encontrar una taza, hay tres sobre la encimera. Cojo una y la lleno con café, después me fijo en unos bollos que parecen recién hechos y también me hago con uno. Lo devoro con ansias y tomo otro. Bebo café para empujarlo por mi garganta y, uno a uno, me los como todos. Estoy dándole el último trago a mi café cuando escucho unas voces acercarse. Me giro y me encuentro con el vampiro, el hermano de Silas.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta, frunciendo el ceño.

Por primera vez en mucho tiempo, la bruja levanta la cabeza y se encoge de hombros.

—Desayunar. La chica tenía hambre.

—Debería estar encerrada —gruñe el licántropo, atravesando la entrada.

Retroceso un par de pasos bajo la intensa mirada de Athan. No me olvido de que hace solo unas horas le pidió a su jefe ocuparse de mí. No sé de qué forma, pero tampoco quiero averiguarlo. Entonces aparta su mirada y se fija en algo a mi lado, sobre la encimera. Arruga aún más el entrecejo y se cruza de brazos.

—Zella, ¿has dejado que se comiera todos los bollos?

—Deja de quejarte como una niña —farfulla ella sin alzar la mirada de las páginas.

—¿Qué está pasando aquí? —escucho esa voz suave y armoniosa y enseguida acude a mi mente la pesadilla, esa en la que él y yo… Sacudo la cabeza para librarme de esos pensamientos y me tenso de pies a cabeza. Abraxas no tarda en entrar en la cocina y se me queda mirando con fijeza—. Buenos días, Tara. ¿Qué has hecho para cabrear a Athan a primera hora de la mañana?

—No le hagas caso. Está haciendo un berrinche porque se han terminado los bollos —contesta la bruja por mí.

Abraxas hace un gesto con sus ojos. Por un instante me parece ver cómo los pone en blanco, pero enseguida descarto esa idea. No, eso es algo demasiado humano para él. No puedo olvidar que estoy tratando con monstruos peligrosos que me despedazarán si les doy algún motivo para ello.

—Lo siento. Yo solo… Estaba hambrienta y…

—No te disculpes —me interrumpe Abraxas. Coloca la mano sobre el hombro del vampiro y alza una comisura esbozando una sonrisa ladeada—. Athan se pone muy sensible con los bollos.

El aludido solo gruñe en respuesta, y retrocedo un poco más.

—Tranquila, no va a morderte —comenta la bruja, sonriendo de oreja a oreja.

—No lo jures —sisea el vampiro sin apartar su mirada de mí—. Brax, deja que me ocupe de ella, te lo suplico.

Trago saliva con fuerza y aprieto los puños como si de esa manera estuviese adoptando una postura defensiva. Sé que si se abalanza sobre mí no podré hacer nada, pero al menos debo intentarlo. Dejo mi mente en blanco e intento pensar en todo lo que me ha enseñado Kenia. Busco la fuente del poder en mi interior, intento visualizarlo, sin embargo, y para no variar, fracaso estrepitosamente. El vampiro camina despacio hacia mí. Las manchas oscuras que adornan su pecho se van extendiendo por su cuello, suben a su rostro y se concentran alrededor de sus ojos. Sé lo que está pasando. Lo he visto muchas veces en Silas. Transfiguración, así es como lo llaman. Los inmortales cambian cuando acceden a esa parte oscura que vive dentro de ellos. Va a morderme, o tal vez solo me rompa el cuello sin más. ¡Maldita sea, tengo que hacer

algo!

Busco una salida, un hueco por el que huir mientras él sigue avanzando. Estoy a punto de salir corriendo, solo que ¿hacia dónde? He visto lo rápido que se mueven los vampiros. Antes de siquiera llegar a la puerta, él estará sobre mí. Además, no puedo salir de la casa a no ser que me tire por una ventana. Espera, estoy una planta más abajo. Tal vez eso no sea tan mala idea. Me muevo de forma lateral. A cada uno de sus pasos, yo me acerco más al enorme ventanal abierto que ocupa casi por completo una de las paredes de piedra maciza. Noto la mirada de todos sobre mí, aun así, no me detengo.

—¡Athan, para!

El vampiro titubea un instante y aprovecho para echar a correr hacia la ventana. No me lo pienso demasiado, ni siquiera miro abajo antes de lanzarme al vacío con los ojos cerrados. Espero sobrevivir a la caída, y si no es así, al menos habré muerto de una forma menos dolorosa que la que esos malditos monstruos tenían planeado para mí. Siento el viento en mi rostro solo un segundo y espero el impacto. Sin embargo, este no llega, y en su lugar noto cómo unos brazos se aferran a mi cuerpo y en un parpadeo vuelvo a estar de nuevo en el interior de la casa, junto a la ventana.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —Con la respiración acelerada miro a mi alrededor. El vampiro, la bruja y el licántropo me observan con los ojos muy abiertos, pero la expresión de Abraxas es de furia contenida. Solo cuando veo sus alas soy consciente de lo que ha ocurrido. Él me cogió antes de impactar contra el suelo y me trajo de vuelta—. ¿Por qué lo has hecho? —siseo, intentando contener el llanto—. ¡¿Qué mierda queréis de mí?!

—¡¿Se puede saber en qué estabas pensando?! —Su tono es agresivo, pero sigue pareciéndome… ¿Dulce?—. Tara, te estoy hablando. ¿Qué pretendías al lanzarte por la ventana?

Enderezo la espalda, reuniendo el poco valor y valentía que aún me quedan, y carraspeo antes de hablar.

—Yo decido cómo morir y cuándo. —Desvío la mirada hacia el vampiro—. Y te aseguro que no serás tú quien me arrebate la vida, puto chupasangre.

Durante unos segundos la habitación se queda en absoluto silencio hasta que empiezo a escuchar una risa baja que no tarda en convertirse en carcajadas. Es la bruja, ella se ríe de forma histérica señalando al vampiro.

—Una frágil humana acaba de ponerte en tu sitio —se burla entre carcajadas.

El vampiro frunce el ceño y da un paso en mi dirección. Estiro la mano para detener su avance, escucho que Abraxas le dice algo, y él sigue acercándose. Miro de nuevo la ventana. Si la primera vez no funcionó, dudo que ahora lo haga. Inspiro hondo y la voz de una de las educadoras del orfanato en el que me crie resuena en mi cabeza. «Algún día esa bocaza tuya te traerá muchos problemas, Tara». Cuánta razón tenía. ¿Cómo se me ocurre insultar a un vampiro furioso?

—¡Athan, ya está bien! ¡Athan! —Esta vez el vampiro no se detiene.

Llega a mí y me sujeta por el antebrazo. Soy consciente de que mi final está cerca. Intento empujarlo, pero no se mueve.

—¡Suéltame! —grito. La rabia se apodera de mí y no puedo evitar que una cascada de lágrimas recorra mis mejillas—. ¡¿Quieres matarme?! ¡Adelante! ¡Hazlo, joder! —Vuelvo a empujarlo, colocando ambas manos sobre su pecho, y entonces lo noto de nuevo. Esa sensación extraña recorriendo mi cuerpo y después un destello cegador que me obliga a cerrar los ojos con fuerza antes de perder el conocimiento.



Capítulo 8

Brax

Veo cómo Athan atraviesa la cocina por el aire y su espalda impacta en la pared, haciendo que parte de la piedra se resquebraje. Entrecierro los ojos e incluso pongo la mano en la frente a modo de visera para evitar que la luz dorada cegadora que sale del cuerpo de Tara me permita avanzar en su dirección.

—¿Qué mierda acaba de suceder? —Zella es la primera en hablar. Me giro y la veo agachada junto al cuerpo inerte de Athan.

—¿Está bien? —pregunto.

—Sí, solo un poco aturdido —es Darick el que responde. Él también está pendiente de su compañero.

Doy un par de pasos más hacia ella y noto cómo la intensidad de ese destello extraño se va apagando poco a poco. En solo unos segundos se extingue por completo y compruebo que Tara está tendida en el suelo con los ojos cerrados. Contengo el aliento al pensar que tal vez pueda estar muerta, aunque solo necesito agudizar un poco el oído para escuchar el latido constante de su corazón.

—¿La humana está bien? —inquiere Zella. Noto su presencia a mi derecha, pero no me giro—. En realidad, después de lo que acaba de pasar, creo que llamarla humana no es lo correcto. ¿Habías visto antes algo así?

—Esa luz salió de su interior —dice Darick a mi espalda.

Athan suelta un quejido mientras yo sigo observando a la chica con fijeza.

—La luz es lo de menos. Esa cosa me ha lanzado por los aires como si fuese un puto muñeco de trapo. ¿Qué es ella?

—No lo sé —murmuro entre dientes.

—Siento su poder desde aquí —susurra Zella—. No sé cómo no pude percibirlo antes. Es algo antiguo y… ¡Maldición! ¡¿Qué está pasando?!

—Queríamos saber el motivo por el que Silas la mantenía encerrada en el búnker con él, y

ahora ya lo sabemos. Ella es inmortal —afirmo.

—Ya, pero ¿qué clase de inmortal puede hacer algo así? —inquiere Athan, adelantándose un par de pasos. Se agacha a su lado y mueve su cabeza para dejar expuesto su cuello—. Las marcas están desapareciendo. Si me dejas…

Ni siquiera permito que termine la frase antes de moverlo hacia un lado y coger a Tara en brazos. Salgo de la cocina sin decir ni una sola palabra y camino con rapidez hasta la planta superior. Cuando la dejo sobre su cama, me aparto e inspiro hondo por la nariz. Su aroma se ha intensificado. Es como si toda la casa oliera a humo y cenizas. Acerco la mano a su rostro y aparto el mechón castaño que cubre una de sus mejillas.

—¿Qué eres, Tara? Más vale que despiertes pronto. Tienes muchas explicaciones que dar —susurro.

«¿Qué importa lo que es? Solo mátala. Aprovecha ahora mientras está inconsciente. Ella puede ser un peligro para todos, un peligro para el equilibrio. Mátala ya y acaba de una vez con esto».

Tara

Me estiro en la cama y bostezo, sintiéndome fuerte y descansada. Me giro y busco con la mano el lugar donde se supone que debería estar Silas, pero no lo hallo. Tampoco es algo que me resulte extraño. Por algún motivo, siempre se escabulle en mitad de la noche. No entiendo por qué lo hace. Se supone que estamos juntos, que nos amamos y somos una pareja. Entonces, ¿por qué seguimos durmiendo en habitaciones separadas? Solo permanecemos juntos en la cama mientras hacemos el amor; cuando despierto, él ya no está.

—Buenos días, bella durmiente —sonrío al escuchar esa voz dulce y armoniosa. Aunque enseguida frunzo el ceño y abro los ojos de par en par.

Trago saliva con fuerza y mi corazón se acelera al darme cuenta de que ya no estoy en el búnker y el inmortal que tengo frente a mí no es otro que el demonio Abraxas. Los recuerdos de todo lo que sucedió en el búnker y después aquí, en la cocina, acuden a mi mente de golpe, atropellándose entre ellos, y sacudo la cabeza para intentar poner algo de orden.

Me siento sobre la cama y echo un vistazo hacia la puerta acristalada del balcón. No hay luz en el exterior.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —pregunto tras carraspear.

—Todo el día —contesta Abraxas de inmediato.

Su mirada plateada no se aparta de la mía en ningún momento, y aunque sigue apoyado en el marco de la puerta, noto su presencia en toda la habitación. Suspiro. Me ha pasado de nuevo lo mismo que ocurrió en Santiago con Alex. Cuando yo lo maté y… Carraspeo de nuevo.

—¿Athan está bien? —pregunto casi en un susurro.

Puedo notar cómo sus ojos se entrecierran de forma casi imperceptible y después asiente.

—¿Preferirías que no lo estuviese? —Me encojo de hombros y lo escucho suspirar antes de empezar a acercarse. Afloja un poco el nudo de su corbata y desabrocha los botones de la chaqueta de traje sin dejar de mirarme—. Necesito respuestas, Tara.

Me tenso y alzo la barbilla de manera desafiante. No sé por qué, pero después de la siesta me siento mucho más segura y la ansiedad en mi pecho casi ha desaparecido.

—No tengo nada que decir —mascullo.

Abraxas bufa y se sienta a los pies de la cama. Encojo las piernas para escapar de su cercanía y mantengo la espalda recta. Si quiere sacarme información, solo podrá hacerlo torturándome.

—Estoy teniendo mucha paciencia contigo, ¿sabes? En cualquier otra situación, ya habría

dejado que Athan se encargara del asunto. Es más, después de lo que hiciste esta mañana, te aseguro que está deseando pasar un rato a solas contigo.

Trago saliva con fuerza. Me aterra pensar que ese vampiro pueda ponerme las manos encima, sin embargo, me mantengo firme y disimulo lo mejor que puedo.

—¿Por qué no lo has hecho? —inquiero.

Frunce el ceño durante unos segundos; parece estar pensando su respuesta. Al fin, se encoge de hombros y se pone en pie.

—No lo sé. —Suspira de nuevo—. ¿Vas a contarme qué fue lo pasó? Está claro que te he subestimado. No eres una simple humana.

—Nunca dije que lo fuera —suelto sin poder contenerme.

—¿Y qué eres exactamente? —Al darse cuenta de que no voy a contestar, continúa hablando—. Todos en esa cocina pudimos percibir tu poder. Soy muy viejo, ¿sabes? —Camina de un lado a otro del dormitorio con lentitud y me parece verlo sonreír un poco—. Precedo a la era de los humanos. He estado presente en todas las grandes batallas que se han librado en este mundo, he luchado y derrotado a seres de un poder inconmensurable, pero jamás había visto algo como lo que ha salido de tu interior. ¿Puedes explicarme el motivo?

Tardo unos segundos en procesar toda la información que acabo de recibir. Silas me dijo que nadie sabe a ciencia cierta cuántos años tiene Abraxas ni de dónde viene. Un demonio milenario, así es como lo definió, pero jamás imaginé que fuese tan viejo. Lo repaso de la cabeza a los pies. No aparenta tener más de treinta y cinco años. Respiro hondo y vuelvo a encogerme de hombros.

—Supongo que, al ser tan antiguo, no se te da bien eso de las nuevas tecnologías. ¿Has pensado que tal vez sea una especie de androide mecánico en plan *Terminator*? —Arruga el entrecejo con confusión y pongo los ojos en blanco—. La película. ¿Arnold Schwarzenegger? «Hasta la vista, *baby*» —digo, poniendo voz grave.

Una de sus comisuras se alza y sonríe, negando con la cabeza.

—La conozco —afirma. Camina hacia el lateral de la cama y coloca su mano sobre una de mis rodillas. Mi primer impulso es el de apartarme, pero por la forma en la que me mira sé que no pretende hacerme daño—. No eres una máquina —susurra.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquiero en su mismo tono bajo.

—Porque escucho el latido de tu corazón. Lo oigo en todo momento: cuando duermes, cuando te mueves, cada vez que se acelera porque sientes miedo… —Trago saliva con fuerza y su mano se desliza hacia arriba, rozando el interior de mi muslo—. Ahora mismo está latiendo enfurecido. Sé que intentas controlarlo, que crees que Silas es el amor de tu vida, tu salvador, pero te equivocas, y voy a demostrarlo.

—¿Por qué? —pregunto con un hilo de voz.

—Porque puedo y porque quiero —contesta, y sin más, da media vuelta y se marcha a toda prisa.

Me quedo mirando con fijeza el lugar donde hace solo unos segundos estaba su mano. Aún puedo sentir su calor sobre mi piel. Respiro hondo y niego con la cabeza. ¿Por qué mi cuerpo se rebela contra mis propios deseos cuando lo tengo cerca? ¿Es posible que esté ejerciendo algún tipo de magia de manipulación sobre mí? Sí, seguro que es eso. Intenta doblegar mi voluntad el muy hijo de puta. Cierro los ojos con fuerza y aprieto las rodillas contra mi pecho. Solo tengo que aguantar un poco más. Sé que, en cualquier momento, Silas vendrá a buscarme y todo este infierno llegará a su fin.



Capítulo 9

Brax

Han pasado ya cuatro días desde que ocurrió el incidente en la cocina. Por más que he intentado sonsacarle algo de información a Tara, se cierra en banda en cuanto hago la primera pregunta. No consigo llegar a ella, y tampoco hemos avanzado nada buscando explicaciones por nuestra cuenta. Cada noche me quedo despierto escuchando los latidos de su corazón. Echa de menos a Silas, o al menos eso es lo que dice. No la conozco demasiado, pero parece sincera.

Me detengo frente a la puerta cerrada de su habitación y valoro si debería hacer un nuevo intento de hablar con ella. «Matarla, eso es lo que tienes que hacer. Tíratela primero, lo estás deseando, idiota, pero después cárgatela». Bufo con fuerza. Cada vez me cuesta más silenciar la voz de mi cabeza, y lo peor es que, en esta ocasión, estoy totalmente de acuerdo. Si fuese listo, ya habría permitido que Athan se encargara de ella, solo que, por algún motivo que desconozco, sigo dándole una oportunidad tras otra.

Echo un último vistazo a la puerta y decido retomar la marcha en dirección a la cocina. Mientras bajo las escaleras, puedo escuchar a Athan y a Zella discutir sobre el tema estrella de los últimos días: Tara y su verdadera naturaleza. En cuanto entro en la estancia, ambos se callan de manera abrupta.

—Podéis continuar —murmuro, pasando de largo para servirme una taza de café.

—Nos has escuchado —deduce Zella.

Le doy un trago largo y hago una mueca de asco al ver que Athan tiene las comisuras manchadas de sangre. Supongo que acaba de llegar de una de sus cacerías nocturnas.

—Os escucho en todo momento. Eso es algo que ya deberías saber, Zella. —Me muevo por la estancia hasta llegar a su lado y señalo el libro del que se ha vuelto inseparable desde que lo encontramos en el búnker donde Silas se escondía—. ¿Has hallado algo?

—No demasiado. Ya me lo sé casi de memoria. Aparte de los hechizos de transformación y alguna que otra maldición, solo hay una especie de profecía incompleta.

—¿De qué se trata? —inquiero, dejando la taza junto al libro y colocándome detrás de ella

para mirar por encima de su hombro.

Zella pasa algunas páginas y señala un pequeño texto en la parte inferior. Son solo un puñado de renglones que Zella comienza a leer en voz alta.

—En los turbulentos días que se avecinan, cuando el fénix elija su camino, la balanza de equilibrio temblará, entre el bien y el mal, su destino se sellará. Con fuego ardiente en su interior, posee un poder sin igual. Magia antigua que cambiará el rumbo de la humanidad.

—¿Qué mierda significa eso? —pregunta Athan perplejo.

—No tengo ni idea. —Zella resopla y, tras cerrar el libro con un golpe seco, se echa hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla—. He buscado en todos los libros antiguos de la biblioteca, pero no hay ninguna referencia a un fénix.

—Interesante —murmuro para mí, apartándome de la mesa y caminando despacio hasta la ventana.

—¿Qué es lo interesante? —pregunta Zella.

—La mención al fénix.

—Son cuentos para niños —masculla Athan en tono burlón. Arqueo una ceja en su dirección y sonrío—. ¡No me jodas! —exclama—. ¿Los fénix existen? Eso de renacer de sus cenizas y toda esa mierda…

—No estoy seguro —respondo, encogiéndome de hombros—. Yo personalmente nunca he tenido contacto con algo así, sin embargo, si les preguntas a los humanos, nosotros también somos mitos y leyendas. Lo que está claro es que esa profecía no está completa. Si conseguimos encontrar la parte que falta…

—Espera, ¿crees que Tara puede ser un fénix? —pregunta Zella con los ojos abiertos como platos.

Me encojo de hombros. «Fuego ardiente en su interior». «Magia antigua». Tal vez… Eso sería algo muy extraño.

—Si tú no lo sabes, ¿quién puede saberlo? —comenta Athan, y giro la cabeza hacia él sonriendo de oreja a oreja.

—El único ser que lleva más tiempo que yo en este mundo —mascullo.

Zella y Athan se miran con confusión y después a mí.

—¿Ceridwen? —pregunta la bruja.

—Exacto.

—Es una gran idea. Además, él podrá localizar la procedencia del poder de Tara. Si la llevamos con nosotros…

—Os estáis dejando algo importante —gruñe Darick, entrando en la cocina—. Ceridwen es totalmente imparcial. Si sabe que vamos tras Silas no nos ayudará.

—Yo también lo soy —le recuerdo. Puedo notar, por la forma en la que apartan la mirada, que ninguno de ellos está de acuerdo con mi afirmación. Me cruzo de brazos y frunzo el ceño—. ¿Hay algo que queráis decirme?

Se hace un silencio generalizado hasta que Zella carraspea y se dirige a mí.

—Brax, no dudamos de tu criterio. Sabes que estamos aquí para servirte y ayudarte en tu tarea de mantener el equilibrio, pero hemos notado que… Eh…

—La humana te ha sorbido el puto cerebro —suelta Athan, ganándose una mirada de reproche de la bruja—. ¡¿Qué?! Tú no te atrevías a decirlo.

No es una novedad para mí lo que están diciendo. Sé que han hablado de ello a mis espaldas. Sin embargo, me preocupa que piensen que he perdido la perspectiva. Conozco mi misión en este mundo, llevo entregado a ella desde mucho antes de que ellos nacieran siquiera.

—¿Hay algo más que os preocupe? —siseo entre dientes.

Darick y Zella tienen el buen juicio de permanecer en silencio, pero el bocazas de Athan, como siempre, no tarda en replicar.

—Brax, no te enfades por esto. Solo digo que no es lógico que protejas a la humana…

—No es una humana —le corto.

—Ya, bueno, lo que sea. Sabes que en cualquier otra circunstancia ya me habrías dejado ocuparme del asunto. Esa cría se burla de nosotros y tú se lo permites.

Alzo el mentón y estrecho la mirada sobre él.

—Por lo visto, ya habéis decidido quién será vuestro nuevo líder, ¿no?

—Brax, no es eso… —empieza a decir Zella, pero la detengo con solo una mirada.

—Por supuesto que sí. —Me acerco a Athan y palmeo su hombro con una sonrisa forzada—. Si pensáis que mis métodos no son efectivos, tal vez sea el momento de que aquí el vampiro empiece a tomar las decisiones importantes. ¿Qué te parece?

—Brax… —dice tras carraspear.

—¡No, adelante! Dinos lo que tenemos que hacer. ¿Quieres mi puesto? Te lo cedo con gusto, pero recuerda que con él también viene la responsabilidad de mantener el equilibrio, que, si algo va mal, tú serás el único responsable de millones de vidas humanas e inmortales. No importa lo que tú desees o sientas. ¿Estás dispuesto a ir en contra de tu propio código moral para llevar a cabo tu cometido? Vamos, Athan, no te quedes callado ahora. Dime, ¿qué es lo que vas a hacer cuando encontremos a tu hermano? ¿Vas a matarlo tú mismo? ¿Le arrancarás el corazón?

—Brax, es suficiente —protesta Zella, y me giro para mirarla.

—¡No lo es! —exclamo sin perder la compostura—. Esto no es una jodida democracia. Yo doy las órdenes y vosotros las cumplís. Quien no esté de acuerdo, puede marcharse ahora mismo. —Todos se quedan callados y suspiro—. Eso pensé.

—Iré a ver a Ceridwen para solicitar una audiencia —informa Athan tras carraspear.

Inspiro hondo y asiento, dándole permiso para que se retire. Lo hace cabreado. Sé que ahora mismo no soy una de sus personas favoritas, pero me importa muy poco. Darick lo sigue y Zella y yo nos quedamos a solas en la cocina. Tras terminar el resto de mi café en un par de tragos, le devuelvo la mirada. No ha dejado de observarme con gesto enfadado.

—¿Tienes algo más que decir?

—Unas cuantas cosas, pero prefiero guardármelas para mí.

—Eso demuestra que eres más inteligente que Athan —farfullo.

—Él tiene razón, y lo sabes. —Le lanzo una mirada poco amistosa, que ella ignora sin problema, y sigue hablando—. Actúas de forma extraña con todo lo que respecta a Tara. No sé si eso es parte de alguno de tus planes macabros o… —Abre mucho los ojos y casi puedo escucharla jadear—. ¿Te gusta?

—¿Qué?

—Es eso, ¿verdad? Te gusta la chica.

Contengo el impulso de poner los ojos en blanco. Hasta ahora pensaba que el idiota del grupo era Athan, pero Zella empieza a recortar ventaja.

—Tienes que dejar de pasar tanto tiempo con ese vampiro —mascullo.

—¿Me equivoco? —Se pone en pie y me mira directamente a los ojos.

—Es una teoría ridícula. Lo digo en serio. Deja de acostarte con ese imbécil. Te está quitando el buen juicio a base de polvos.

—¡Oye! Lo que yo haga en mi dormitorio es asunto mío.

—Y no puede importarme menos, siempre que no afecte a vuestro trabajo.

—Ahora resulta que nosotros hacemos mal nuestro trabajo, pero tú, siendo como un cachorrito adorable con esa chica, que ni siquiera sabe quién es o de dónde viene, no te dejas llevar por tus emociones, ¿cierto?

—Mis emociones —murmuro—. ¿Alguna vez has visto que mis emociones hayan interferido en mi misión?

—Hasta ahora, no.

—Zella, estás viendo cosas donde no las hay. —Resoplo y señalo el libro—. Concéntrate en esa maldita profecía. Consigue la parte que falta y descubre si tiene algo que ver con Tara o es solo una coincidencia.

—Muy bien. Tú mandas. Esta tarde iré a ver a un par de conocidas. Necesito más documentación de la que puedo obtener en esta casa.

—Haz lo que tengas que hacer —farfullo.

—¿Y la chica?

—Yo me ocupo de ella —digo antes de abandonar la habitación.

«Ellos tienen razón. Estás siendo demasiado blando con la chica».

Tara

Doy vueltas en el interior de mi dormitorio. Me aburro. Llevo varios días encerrada aquí dentro durante la mayor parte del día. Solo salgo para coger comida de la cocina e intento no cruzarme con nadie. He probado varias veces a abrir la puerta principal, pero siempre está cerrada con llave. También he valorado lo de salir por alguna ventana, pero están demasiado altas. Hace un par de noches decidí investigar la mansión por mi cuenta. Es enorme. En la tercera planta solo hay una especia de biblioteca repleta de libros viejos y con olor a moho, y también una terraza. No pude detenerme a inspeccionarla porque escuché un ruido y enseguida bajé a encerrarme de nuevo en mi cuarto, sin embargo, por lo poco que pude ver, me pareció preciosa.

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón y resoplo con fuerza. ¿Por qué Silas no ha venido a buscarme aún? Cada día que pasa siento cómo el lazo que nos une desaparece poco a poco. No dejo de tener esas pesadillas en las que Abraxas lo sustituye besándome y… Cierro los ojos e intento borrar esas imágenes de mi mente. Es culpa de ese maldito demonio. No sé cómo lo hace, pero está logrando meterse en mi mente y hacerme olvidar a Silas. Me doblega con su magia demoníaca. Por eso he tomado la decisión de no dirigirle la palabra, aun así, él aparece en mi dormitorio cuando le da la gana. A veces me hace preguntas sobre mí, otras ni siquiera dice nada, solo me observa en silencio hasta que se cansa y se marcha. Intento resistirme a su manipulación. No quiero que se meta en mi cabeza, solo que no tengo ni idea de cómo detenerlo. Silas intentó entrenarme para usar mi poder, no para impedir que otros usaran los suyos en mi contra.

Escucho el rugido de mi estómago y decido levantarme e iniciar una nueva aventura rumbo a la cocina. No tengo nada mejor que hacer, así que, para distraerme, he estado vigilando los movimientos de los monstruos que viven en esta casa. Solo dispongo del oído para reconocerlos. El licántropo es fácil de detectar, es muy grande y pesado, por lo que sus pasos resuenan sobre el suelo de madera como una jodida apisonadora. El vampiro es más rápido, casi parece que levita por lo deprisa que se mueve. Zella, la bruja, me resulta más complicada. Parece un fantasma. Sus pisadas son tan ligeras que me cuesta mucho escucharlas, y después está Abraxas. Con él ya he desistido. Es indetectable. Hasta ahora he descubierto que todos duermen en esta misma planta. El lobo gruñe y ronca mientras duerme, y creo que la bruja y el vampiro están liados porque hace un par de noches me pareció escuchar gemidos cuando pasé frente a la puerta de la habitación de ella. O tal vez fuese Abraxas el que estaba allí. La imagen de su pecho desnudo, carente de

marcas y de piel aterciopelada, se cuela en mi mente. Pude verlo cuando me arrinconó en la sala de estar, la primera noche que pasé aquí.

Sacudo la cabeza para librarme de esos pensamientos y salgo del dormitorio intentando no hacer ruido. Bajo las escaleras con cuidado, y cuando llego a la cocina ni siquiera enciendo la luz. Me doy prisa en rebuscar dentro del frigorífico. Enseguida encuentro lo necesario para prepararme un sándwich. Vuelvo a subir a toda prisa. Estoy a punto de regresar a mi habitación, pero la curiosidad se apodera de mí y decido echarle un vistazo a esa terraza de la tercera planta. Compruebo que todas las luces estén apagadas y no se escuche nada antes de adentrarme en la biblioteca, dándole pequeños mordiscos a mi sándwich. La luz que entra por el enorme ventanal que va del suelo al techo es suficiente para iluminar toda la estancia. Hay tantos libros que no soy capaz de contarlos todos, y la verdad es que tampoco me esfuerzo demasiado en esa tarea ya que las vistas de la ciudad bajo la luna llena atraen por completo mi atención.

Camino despacio hacia la puerta acristalada en forma de arco y la abro con cuidado. Salgo a la terraza y sonrío maravillada por la belleza de la imagen que tengo ante mis ojos. Las vistas son sublimes. Me asomo a la barandilla de piedra y suspiro justo después de tragar el último trozo de mi cena.

—Parece salido de un cuadro —murmuro para mí.

—Eso es porque los artistas pintan paisajes —escucho su voz a mi espalda y me giro sobresaltada.

Casi no puedo verlo hasta que se mueve. Su cabello negro y esos ojos grises como el metal fundido aparecen entre las sombras y mi corazón se acelera. Durante unos segundos me quedo paralizada, tal vez por miedo o porque, de alguna manera, noto cómo sus garras penetran en mi mente e intentan doblegar mis pensamientos y voluntad.

—Deja de hacer eso —siseo, clavando mi mirada furiosa en la suya.

Una de sus comisuras se eleva.

—¿Qué es lo que estoy haciendo?

—Intentas manipularme.

Sus ojos se entrecierran y suspira antes de levantarse y caminar hacia mí. Retrocedo a cada uno de sus pasos, pero él no se detiene. Contengo el aliento cuando todo su cuerpo queda al descubierto por la luz blanquecina de la luna y compruebo que lleva puesto solo un pantalón oscuro de algodón. La parte baja de mi espalda choca contra el borde de piedra de la barandilla y miro a un lado y a otro en busca de una ruta de escape.

—Tara —pronuncia mi nombre en un susurro tan dulce que casi puedo notarlo como una caricia sobre mi piel. Sigue avanzando hasta que solo unos centímetros separan su cuerpo del mío—, ¿crees que intento meterme en tu mente?

Tomo una respiración profunda y alzo la barbilla de manera desafiante. No puedo demostrar temor o debilidad.

—Sé que lo haces—siseo.

—¿Sí? —Levanta una mano y desliza el dedo índice por mi hombro, desciende despacio por el brazo hasta llegar al dorso de mi mano—. ¿Qué es lo que se supone que estoy haciendo, Tara?

Otra vez ese susurro. Empiezo a pensar que no solo utiliza sus poderes mentales conmigo, también hay algo en su tono. Sí, eso tiene sentido. Su voz me afecta como una especie de hipnosis.

—Para —susurro. Ladea la cabeza despacio y estira los labios, formando una sonrisa torcida. Mi corazón deja de latir un segundo antes de retomar su golpeteo acelerado. Cierro los ojos con fuerza e intento resistirme a su embrujo—. No vas a lograr que me olvide de él. Hagas lo que

hagas, lo seguiré amando hasta mi último aliento.

Permanezco con los ojos cerrados durante varios segundos. Abraxas no dice nada, pero sé que sigue cerca de mí, puedo notar su aliento golpeando mi rostro. Seguramente esté intentando meterse en mi cabeza. Respiro de forma acelerada y busco en mi memoria todos esos recuerdos de los momentos que pasé junto a Silas. Fueron los meses más felices de mi vida. Creí que al fin había encontrado mi lugar en el mundo, a su lado, con él.

—Interesante —susurra Abraxas, y, de pronto, esas imágenes de besos entre las sábanas, de sus caricias, de momentos únicos de placer indescriptible, se vuelven borrosas y desdibujadas.

—No —gimo, abriendo los ojos de golpe e intentando retener las lágrimas—. Devuélvemelos, son míos.

Abraxas vuelve a sonreír, esta vez mostrando los dientes, y niega con la cabeza.

—Voy a hacer que lo olvides, Tara. —Siento sus manos en mi cintura y soy incapaz de contener el llanto por más tiempo—. Voy a borrarlo todo y crear nuevos recuerdos para ti, recuerdos en los que solo esté yo.

Sigo llorando, pero soy incapaz de apartarme cuando veo cómo se inclina hacia mí y su boca cae sobre la mía. Contengo la respiración al notar su lengua abriéndose paso entre mis labios, y vuelvo a cerrar los ojos. Deseo apartarlo, golpearlo con los puños y gritarle que me deje en paz, sin embargo, no me muevo, ni siquiera cuando él me atrae con fuerza contra su pecho y empieza a besarme con voracidad. Intento contener el impulso de responder a ese beso, pongo todo mi empeño en ello, solo que, una vez más, él gana: el poder que ejerce sobre mí consigue doblegar mi voluntad y rodeo su cuello con mis brazos antes de mover mis labios sobre los suyos.



Capítulo 10

Tara

Abro la puerta de mi dormitorio y vuelvo a cerrarla. Ya es la cuarta vez que intento salir y me acobardo. Cualquier otro día esperaría para bajar a desayunar, pero hoy es distinto. Después de lo que ocurrió anoche… Bueno, en realidad no estoy del todo segura de qué fue lo que pasó. Yo estaba en la terraza con Abraxas, me esforzaba por mantenerlo fuera de mi mente, y de pronto me besó, o eso creo. Cuando volví corriendo a mi habitación, estaba completamente segura de que ese hecho había ocurrido, sin embargo, al despertar las dudas se agolparon en mi mente. ¿Es posible que solo fuese una más de mis pesadillas? ¿Me lo imaginé todo? Tal vez fue Abraxas el que implantó esas imágenes en mi mente para torturarme y doblegarme. Sí, eso tiene sentido. Por lo que recuerdo, él estaba ahí y después una ráfaga de viento me sacudió, y al abrir los ojos estaba sola en la terraza.

—Me estoy volviendo loca —murmuro para mí con un quejido lastimero.

«Siempre lo has estado», me recuerdo, y sonrío negando con la cabeza. Lo he estado pensando mucho. Vampiros, demonios, brujas… Lo más lógico de todo esto es que esté encerrada en un puto manicomio y los últimos meses de mi vida formen parte de una especie de alucinación prolongada. Eso sí tendría sentido. Miro a mi alrededor y suspiro. Esto parece muy real, tanto como el gruñido de hambre que emite mi estómago vacío. Inspiro hondo por la nariz y me armo de valor antes de abrir de nuevo la puerta. No voy a poder permanecer escondida para siempre. Si me quieren aquí, tendrán que soportar mi presencia, al menos el tiempo que me lleve coger algo de comer y volver a mi habitación. Tampoco soy tan valiente como para quedarme demasiado rato.

Camino con paso firme e intentando no titubear hacia la primera planta. Sigo vestida con uno de los tres pantalones de algodón que aparecieron en mi vestidor y una camiseta del mismo material, todo en color blanco. Mis zapatillas deportivas están viejas y desgatadas, por lo que ni siquiera me planteo ponérmelas, y me he atado el pelo en una cola alta sobre mi cabeza. Respiro profundo una vez más antes de entrar en la cocina. Supongo que el vampiro me escuchó llegar

porque, nada más poner un pie en el interior de la estancia, sus ojos se clavan en mí.

—Mira a quién tenemos por aquí… —canturrea.

No sé qué es lo que me asquea más, si su sonrisa petulante o el rastro de sangre que asoma de sus comisuras. Me pregunto de quién será, puesto que está claro que acaba de ingerirla. Miro a la bruja, que permanece sentada frente a la mesa estudiando varios libros viejos y polvorientos. ¿Ella lo alimenta? Si están juntos, es lógico que lo haga. Entrecierro los ojos e intento ver más allá de su pelo grisáceo que cubre el cuello. Si la ha mordido recientemente tendrá marcas. Las mías ya casi han desaparecido por completo.

—¿Podemos ayudarte en algo? —escucho una voz ronca y profunda, y me giro despacio. No me había fijado en la presencia del licántropo al otro lado de la estancia.

—Tengo hambre —digo, alzando la barbilla de manera defensiva.

—No quedan bollos —replica el vampiro, volviendo a sonreír de manera burlona—. Qué pena que me los haya comido todos, ¿verdad?

—¿No te llega con la sangre? —suelto sin pensar, y su sonrisa desaparece.

Está a punto de responder, pero es interrumpido por un resoplido que proviene de la bruja. Ambos la miramos.

—Athan, déjala en paz. Solo quiere desayunar —farfulla.

—Da igual. De todas formas, ya me iba. —Le da un trago a una taza que, por lo que puedo ver desde mi posición, está manchada de líquido rojo y, tras hacerle un gesto a su compañero, ambos se marchan.

Me acerco a la cafetera, y al pasar compruebo que, en efecto, lo que estaba bebiendo el vampiro era sangre. Olfateo de manera disimulada y el aroma metálico se cuela en mi nariz, aunque también hay algo más. ¿Canela? ¿Qué clase de vampiro bebe en taza y le pone canela a la sangre?

—No le hagas caso —dice Zella desde su lugar en la mesa, y me sobresalto. Me apresuro en llenar una taza de café caliente mientras la escucho moverse. Cuando me giro de nuevo, la tengo justo al lado—. Athan puede parecer muy fiero, pero cuando lo conoces bien, te das cuenta de que no es más que un gatito asustado.

Frunzo el ceño. ¿Por qué parece que esté intentando iniciar una conversación casual conmigo? «Quiere manipularte, Tara. Es otro de sus trucos». Me encojo de hombros y me giro de nuevo para buscar algo de comer. Encuentro madalenas industriales en una alacena y decido llevarme un par. Me doy la vuelta para irme, pero la bruja se interpone en mi camino.

—¿Qué? —inquiero a la defensiva.

—¿Por qué te vas, Tara? No es necesario que pases todo el día encerrada en tu dormitorio. Eres libre para moverte por la mansión a tu antojo.

—¿Se supone que debo estar agradecida por eso? —Estrecha su mirada sobre mí y chasqueo la lengua contrariada—. Soy una prisionera. Lo tengo muy claro, y si lo que pretendes es caerme bien para manipularme…

—Solo intento ser amable —me interrumpe. Se acomoda la melena gris sobre el hombro y puedo echarle un vistazo a uno de los laterales de su cuello. Ninguna marca de mordida—. En realidad, he hablado esta mañana con Brax y él está de acuerdo en que me acompañes a dar un paseo.

Su comentario llama mi atención y frunzo el ceño.

—¿Un paseo a dónde?

—Fuera. —Estira el brazo en dirección a la ventana para enfatizar su respuesta—. Necesitas ropa y algunos enseres personales.

¿Va a dejarme salir de esta casa? No, eso no tiene ningún sentido.

—¿Dónde está la trampa? —inquiero, clavando mi mirada en sus ojos verdes.

—Muchacha, tienes que relajarte un poco. No hay ninguna trampa. Iremos a comprar algo de ropa y después a comer. Si te apetece, claro. También puedo hacerlo sola. Solo dime lo que quieres y…

—Está bien —me apresuro a decir. Tal vez esté cometiendo un gran error. Está claro que hay algún plan oculto en todo esto, pero si al menos tengo la oportunidad de salir de esta casa y buscar la manera de huir, me aferraré a ese clavo ardiendo—. ¿Cuándo nos marchamos?

Su expresión cambia de inmediato y esboza una pequeña sonrisa.

—Desayuna con tranquilidad. —Señala una de las sillas que rodean la mesa—. Yo tengo que terminar de revisar un par de cosas y después nos vamos.

Asiento, y sin decir ni una sola palabra más, me siento en el lugar que me ha indicado y empiezo a desayunar en absoluto silencio. Zella vuelve a enfrascarse en la lectura de los libros, está tan concentrada que parece no ser consciente de mi presencia. Termino el café y las madalenas y recojo las migajas antes de fijarme en el lomo de uno de sus libros, al que le pone más atención. Yo lo conozco. He visto a Kenia estudiarlo en muchas ocasiones en el búnker.

—¿Qué lees? —me atrevo a preguntar.

Alza la mirada y vuelve a sonreír.

—¿Te suena? —pregunta, mostrándome las tapas del libro—. Estaba en el despacho de Silas cuando entramos en el búnker. —Niego con la cabeza y ella chasquea la lengua—. Mientes fatal, chica. En fin… Es una especie de libro de hechizos, pero hay algo que me llama la atención. ¿Quieres saber qué es? —Me encojo de hombros. Lo que de verdad me inquieta es que sea tan amable y agradable conmigo. ¿Qué está tramando? Gira el libro y lo empuja sobre la superficie de la mesa hasta que lo tengo justo delante—. Lee esta parte. —Señala un texto y la miro con desconfianza antes de centrar mi atención en él.

«En los turbulentos días que se avecinan, cuando el fénix elija su camino, la balanza de equilibrio temblará, entre el bien y el mal, su destino se sellará.

Con fuego ardiente en su interior, posee un poder sin igual. Magia antigua que cambiará el rumbo de la humanidad».

—¿Qué significa eso? —pregunto confusa.

La bruja tira del libro hacia ella y niega con la cabeza.

—Aún no estoy segura. Creo que es una antigua profecía, pero está incompleta, y, por cierto, suponemos que tiene algo que ver contigo y tu verdadera naturaleza.

Me quedo paralizada ante su forma de observarme, tan atenta a cada una de mis expresiones. Sé que solo me ha contado esto para detectar cuál sería mi reacción, así que pongo la mejor cara de póker que sé y me encojo de hombros.

—No sé de qué me hablas —farfullo.

—Ya, eso dices. —Señala mi taza vacía con el dedo índice—. ¿Has terminado? —Asiento—. Bien, entonces nos vamos.

Da una palmada y se pone en pie de un salto antes de cerrar los libros y apilarlos con cuidado al borde de la mesa. De pronto, me mira y frunce el ceño.

—¿Qué ocurre?

—¿No tienes abrigo? Hace un poco de frío ahí fuera. —Niego con la cabeza—. Vale, pues buscaré algo que te sirva en mi ropero. Vuelvo enseguida.

Se marcha y me quedo esperando de pie en la cocina hasta que regresa con un abrigo colgado del brazo. El suyo ya lo tiene puesto.

—No creo que me sirva. —La señalo a ella y después a mí. Soy mucho más alta.

—Este me queda grande, por eso no lo uso. Pruébatelo. —A desgana, hago lo que me pide y resulta no estar tan mal, incluso me cierra la cremallera—. Un poco apretado en la parte delantera, pero es que tienes unos pechos bastante más grandes que los míos. —Se encoge de hombros y vuelve a sonreír. Mira hacia mis pies y niega con la cabeza—. Con los zapatos no puedo hacer nada. Apuesto a que calzas varias tallas más que yo.

—Estoy bien así —mascullo, golpeando el suelo con la punta de una de mis zapatillas deportivas de tela.

—Ya, esperemos que no llueva. Marchémonos.

Sigo a la bruja, dejando una distancia prudencial entre nosotras. Se detiene frente a la puerta principal y escucho cómo susurra unas palabras antes de que un destello verde salga de la cerradura y la puerta se abra. Un cerrojo mágico. Por eso no encontré ninguna llave por más que la busqué durante mis escapadas nocturnas. «Eso no importa ahora, Tara. Vas a salir. Debes tener cuidado y, en cuanto la bruja se descuide, podrás huir».

Bajamos un tramo largo de escaleras y descubro que la totalidad de la planta baja es un enorme gimnasio en el que el vampiro y el licántropo parecen estar entrenando. Se lanzan puñetazos y esquivan patadas el uno del otro. El suelo está cubierto por colchonetas finas de color oscuro y hay docenas de armas colgando de las paredes. Espadas, hachas ornamentadas, incluso pistolas… Parece una especie de campo de entrenamiento para asesinos. Me dan escalofríos al pensar en la cantidad de vidas que habrán arrebatado con ellas. Los dos están tan concentrados que ni siquiera se percatan de nuestra presencia cuando nos dirigimos al portal. Esta vez, Zella solo tira de la manilla y salimos al exterior.

Inspiro hondo ya en la calle y veo la gente pasar. Humanos ignorantes de lo que hay a su alrededor. Echo la vista atrás y estudio la fachada de la enorme mansión. Es imposible que no la haya visto antes. Pasé por esta misma calle cientos de veces.

—Ellos no pueden verla, ¿verdad? —Señalo la casa y después a una pareja que cruza frente a nosotras.

Zella sonríe y niega con la cabeza.

—Ocultación mágica. Solo los inmortales pueden verla, y que tú puedas hacerlo es una prueba más de que no hay ni una pizca de humanidad en tu interior. —La forma en la que lo dice me eriza la piel. No soy humana. ¿Eso en qué me convierte? Sé que Silas intentaba averiguarlo. Tal vez por eso tenía ese libro en su despacho.

Zella sigue caminando ajena a mis pensamientos. Recorremos Las Ramblas a pie hasta llegar al Paseo de Gracia. Cuando veo su intención de entrar en una de las tiendas de moda más caras ya es demasiado tarde. Solo puedo seguirla y permanecer callada mientras ella habla con una dependienta. La chica joven que la atiende parece conocer a la bruja y la trata de forma amistosa; juraría que está haciéndole la pelota. O tal vez solo esté influenciada por su poder. Sí, eso también es posible. Zella escoge varias prendas que no tarda en ordenarme que me pruebe. Vaqueros, camisetas, zapatos, todo con un precio más elevado de lo que nunca antes he visto. Va descartando todo aquello que, según ella, no me favorece y poniendo en un montón lo que se supone que vamos a comprar. Una hora después, salimos de la tienda cargadas de bolsas que la bruja no tarda en hacer desaparecer con solo un chasquido de sus dedos.

—¿A dónde han ido? —pregunto alucinada.

—¿Eso? —Hace un gesto con su mano para restarle importancia—. Oh, ya está todo en tu vestidor. Cosas buenas que tiene la magia. —Se encoge de hombros y sigue caminando por la calle como si nada.

Entramos en otras cuatro tiendas más. Intento decirle que deje de comprar cosas para mí. Jamás podré usar toda esa ropa, pero ella me ignora. Incluso me obliga a probarme varios vestidos elegantes y zapatos de tacón. No me molesto en hacerle ver que no tiene ningún sentido comprar algo tan bonito para usarlo dentro de la mansión, que es el lugar donde permanezco encerrada las veinticuatro horas del día. Solo dejo que ella haga lo que le dé la gana y, mientras tanto, busco la forma de despistarla para poder huir. Cerca del mediodía nos acercamos a un restaurante cercano para comer. Antes de entrar, miro a un lado y a otro en busca de una ruta de escape. Hay una estación de metro cercana. Si consigo escaquearme y llegar allí, podré huir. Después buscaré a Silas. Él dijo que me encontraría. Bien, tengo un plan, ahora solo debo buscar el momento adecuado para llevarlo a cabo.

Zella se encarga de pedir comida para las dos. Apenas pruebo bocado mientras ella habla sin parar. No presto atención a lo que dice. Estoy demasiado ocupada observando todo lo que ocurre a nuestro alrededor. El camarero se acerca en varias ocasiones a la mesa y me pregunta si quiero cambiar el plato, pero niego con una sonrisa forzada.

—No tengo mucha hambre —digo tras carraspear cuando la bruja se me queda mirando con fijeza.

—Ya, y la conversación tampoco te interesa demasiado, ¿no?

Suspiro y dejo la servilleta sobre la mesa antes de echarme hacia atrás y cruzarme de brazos.

—No entiendo a qué viene todo esto. ¿Por qué actúas como si fuésemos amigas? Yo soy vuestra prisionera.

—Bueno, puedes ser las dos cosas —comenta antes de meterse el tenedor en la boca.

Frunzo el ceño y clavo mi mirada en la suya.

—No vas a engañarme, bruja. Sea lo que sea que estés tramando, no funcionará. Él ya lo intentó anoche y fracasó.

—¿Él? —Arquea una ceja en mi dirección.

—Ya sabes de quién te hablo. Abraxas me besa y ahora tú me sacas a pasear como si fuese vuestra mascota. Queréis manipularme.

—¡¿Brax te besó?! —exclama, abriendo mucho los ojos.

Chasqueo la lengua y aparto la silla hacia atrás para ponerme en pie bajo su atenta mirada.

—Tengo que ir al baño —informo.

No espero su respuesta, solo me marcho en dirección a donde supongo que se encuentran los servicios. Antes de llegar, me cruzo con un camarero, el mismo que nos ha servido la comida.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —pregunta en tono servicial.

—¿Hay alguna salida más que la puerta por la que entramos? —Se me queda mirando con confusión. Esbozo una falsa sonrisa—. Es que mi cita no está yendo como esperaba —susurro en tono confidencial—. Ya sabes, conoces a una chica por una de esas aplicaciones y resulta que no es para nada como te la imaginabas. Seguro que te ha pasado alguna vez.

El chico parece pensárselo unos segundos y al fin asiente con la cabeza.

—La entiendo. Puede ir por la parte de atrás. Hay una puerta de emergencia junto a las cocinas.

Le sonrío de oreja a oreja y mi corazón empieza a latir con fuerza.

—Muchas gracias —digo, y salgo casi a la carrera hacia el lugar que me ha indicado.

Consigo salir sin dificultad por la puerta de emergencia. Al llegar a la calle, trato de ubicarme y casi echo a correr al ver a lo lejos la boca de metro que estaba buscando. Cruzo la calle, y estoy a punto de llegar cuando alguien me toca el hombro. Me giro y veo a Zella con una ceja arqueada y expresión divertida.

—¿Te has perdido? —inquiere.

Cierro los ojos con fuerza y suspiro. Casi lo tenía. Solo unos metros más y… ¡Mierda!

—Por favor, déjame ir —suplico.

—No puedo hacer eso, Tara. Además, ni siquiera tienes un lugar al que ir. ¿O sí? ¿Sabes dónde está Silas? —Niego con la cabeza—. ¿Entonces?

—Sé arreglármelas sola. ¿Por qué no dejáis que me vaya? No os he hecho nada.

—Solo queremos…

—Encontrar a Silas —escupo con rabia—. ¡Ya lo sé, joder!

—En realidad, el paradero de Silas se ha convertido en algo secundario —informa—. Ahora mismo estoy mucho más interesada en ti y en lo que llevas dentro.

—No llevo nada dentro. Solo soy una chica normal.

Niega con la cabeza y sonríe de oreja a oreja.

—Lo que percibí en ti el otro día te aseguro que no fue normal en absoluto. Eres portadora de una magia antigua y muy poderosa. ¿De verdad no sabes qué eres?

—¿Lo sabes tú? —siseo, perdiendo la paciencia.

—No, pero pienso averiguarlo. Tenemos que volver a casa. —Chasqueo la lengua y desvío la mirada hacia la boca de metro. Está a solo unos metros. Si echo a correr…—. Ni siquiera lo pienses —me advierte.

—¡Sal de mi jodida cabeza! Si soy tan poderosa como dices, tal vez no deberías llevarme la contraria.

Zella estrecha su mirada sobre mí y puedo ver cómo sus ojos verdes se oscurecen. Las puntas de su pelo se vuelven de un color verde intenso de inmediato.

—Ten cuidado, Tara. Ya ves que puedo ser una persona amable y agradable, pero no te atrevas a amenazarme.

Trago saliva con fuerza. Ahí está el verdadero monstruo. La simpatía y la amabilidad solo eran una pantalla, una cortina de humo para ganarse mi confianza y llegar hasta Silas, pero esta es la bruja asesina y despiadada de la que él me habló. Respira hondo y tanto tus ojos como su pelo vuelven a recuperar su color natural.

—Estuve a punto de conseguirlo —mascullo entre dientes.

Zella ríe con fuerza. La miro confusa hasta que empieza a explicarse.

—¿Crees que soy idiota? Allí. —Señala un hombre al otro lado de la calle—. Es un guardián. Lleva siguiéndonos desde que salimos de la mansión, y hay cuatro más escondidos. —Niega con la cabeza sin perder la sonrisa—. Nunca tuviste una sola oportunidad, Tara. Ahora vuelve al tema del beso con Brax. —La miro frunciendo el ceño—. ¿Qué? Soy una bruja malvada, pero me encanta un buen cotilleo.



Capítulo 11

Tara

Mi plan no ha salido exactamente como pretendía. Lo intenté, pero esa bruja es demasiado lista. Como ella misma afirmó, nunca tuve una oportunidad. Durante todo el trayecto a pie de vuelta a la mansión siguió insistiendo para que le contara lo del beso con Brax de la noche pasada, solo que no dije ni una sola palabra más. Mis labios estaban sellados, y al fin dejó de hacer preguntas. Nada más llegar, me encerré en mi dormitorio y no he vuelto a salir. Esperaré a que todos se vayan a dormir o salgan de la casa para cenar. Ya he tenido demasiado de esos monstruos por un día. Empiezo a pensar que jamás podré salir de aquí, que me mantendrán prisionera el resto de mi vida. Lo que no logro entender es por qué aún no han llegado más lejos conmigo. Esperaba torturas, interrogatorios aterradores, amenazas al menos, sin embargo, hasta ahora lo único que he obtenido ha sido un vestidor repleto de ropa de lujo, la comodidad de una habitación para mí sola y… Oh, cierto, un beso.

Escucho unos golpes suaves en la puerta y me encojo contra el cabecero de la cama. Sé que es él. No respondo, pero, por supuesto, el maldito demonio que me tiene prisionera entra de todos modos. Se queda junto a la puerta, observándome con fijeza. Yo desvío la mirada. No he podido dejar de pensar en ese beso. Estoy casi segura de que fue real. Me está manipulando a su antojo, o al menos eso es lo que pretende. No se lo pondré fácil.

—Zella me ha dicho que hoy intentaste huir. —Se queda callado esperando una respuesta, y de mi boca no sale ni una sola palabra—. Tara, sería todo mucho más sencillo si hablaras conmigo. —Otra vez silencio. Pocos segundos después, lo escucho resoplar. Me atrevo a alzar la cabeza y contengo el aliento. Su mirada es como un látigo afilado cortando el aire entre nosotros—. ¿Qué te parece si empezamos desde el principio? —Camina hacia la cama y se sienta al borde del colchón. No puedo evitar observarlo con detenimiento, desde su pelo negro y bien peinado, su mentón cubierto con una fina capa de barba, la camisa blanca, el traje oscuro a juego con la corbata… Parece un jodido ejecutivo de éxito, o un modelo de revista, no termino de tenerlo claro—. ¿Puedes decirme de dónde eres? —Arqueo una ceja en su dirección—. Es una

pregunta amistosa. Solo pretendo conocerte mejor.

—Para poder manipularme mejor —siseo.

Suspira de nuevo y vuelve a caer el silencio sobre nosotros. Espero a que se levante y se marche, pero no lo hace, solo sigue mirándome con fijeza.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Ya he paseado bastante por hoy —respondo cortante.

—Te aseguro que jamás has estado en el lugar a donde quiero llevarte.

—No, gracias —mascullo.

Abraxas se pone en pie y al fin respiro aliviada. Va a marcharse, o al menos ese es mi pensamiento inicial porque no tarda en acercarse más a mí, tan rápido que apenas soy consciente de lo que ocurre hasta que estoy agarrándome con ambos brazos a su cuello para no caerme.

—Te va a gustar —afirma.

—¡Suéltame! ¡Joder, que me dejes!

Intento apartarlo, sin embargo, me sujeta aún con más fuerza. Entonces veo cómo sus alas se despliegan y me quedo ensimismada y maravillada por su belleza, tanto es así que ni siquiera me percato de que abre la puerta del balcón y salimos al exterior. Me aferro a su cuerpo con terror mientras ascendemos hacia el cielo salpicado por un pequeño puñado de estrellas. Quiero gritar y exigirle que me lleve de vuelta, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Estoy volando, de nuevo, y aunque parezca increíble esta vez no me parece tan malo, incluso miro hacia abajo, la gente camina por las calles de Barcelona sin ser conscientes de nada de lo que ocurre a su alrededor. Los observo e inspiro hondo. Supongo que debería querer ser como ellos, vivir en la ignorancia, no conocer la existencia de todos estos monstruos que ahora forman parte de mi vida, solo que no es así. En el fondo, siento que este es mi lugar, entre ellos. Como una humana corriente jamás encajé, era demasiado… Rara.

Perdida en mis propios pensamientos, y disfrutando culpablemente de las vistas y la forma en la que Abraxas se desliza con suavidad por el cielo, pierdo la noción del tiempo y del espacio. Solo cuando aterriza en lo alto de un rascacielos caigo en la cuenta de que se supone que debería estar cabreada y asustada y, sin embargo, no lo estoy. Me suelta sobre mis pies y me aparto de inmediato, dejando una distancia considerable entre nosotros.

—¿Ha sido muy malo? —inquiere, y mantengo el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho—. Vamos, solo intento ser amable.

—Prueba a no secuestrarme —replico.

Una de sus comisuras se estira e introduce las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón de traje.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez. Ahora que estamos aquí, ¿te apetece ver algo increíble? —Estoy a punto de negarme, pero su dedo extendido hacia lo que sea que hay a mi espalda consigue despertar mi curiosidad.

Me giro despacio y mis ojos se abren hasta el nacimiento del pelo.

—¡Hostia puta! —exclamo alucinada.

Estamos en lo más alto de una de las torres de la Sagrada Familia. En la oscuridad de la noche, las titilantes luces de la ciudad crean una especie de paisaje místico y al mismo tiempo más hermoso de lo nunca antes he sido testigo.

—Sabía que te gustaría —lo escucho decir, pero no aparto la mirada de la ciudad.

Nos quedamos en silencio durante mucho rato, creo que más de una hora. Intuyo que nunca más tendré la oportunidad de vivir algo así y quiero disfrutarlo al máximo. En cierto momento decido mirar de reojo a Abraxas, y descubro que me está observando a mí en vez del hermoso

paisaje que tenemos justo debajo.

—No lo sé —suelto sin pensar. Su mirada se estrecha y arruga la nariz con confusión. Suspiro. Creo que estoy cometiendo un gran error. Esto es justo lo que él quería que hiciese. Me trae aquí, es amable y simpático para que yo ceda ante sus manipulaciones—. Me preguntaste de dónde soy, y no puedo darte una respuesta porque no conozco mi lugar de nacimiento. Crecí en un orfanato. —Asiente con la cabeza y no dice nada más, sin embargo, al darle una respuesta a su pregunta, me siento con valentía suficiente para saciar mi propia curiosidad—. ¿Por qué me besaste? —inquiero sin mirarlo. Al no recibir contestación, giro la cabeza hacia él y frunzo el ceño—. Esto funciona en ambos sentidos, Abraxas.

—No me llames así —replica.

—Ese es tu nombre, ¿no?

—Uno de muchos, sí, pero prefiero que me llamen solo Brax.

—Yo prefiero no ser tu prisionera y aquí estoy. —Me encojo de hombros y él esboza una pequeña sonrisa.

—Invitada suena mejor, ¿no crees?

—Los invitados pueden marcharse cuando lo desean —le recuerdo.

—¿Y a dónde irías?

Me cruzo de brazos y giro mi cuerpo por completo para tenerlo frente a mí.

—Ya lo sabes. Solo hay un lugar en el que deseo estar.

—Con Silas —dice con su habitual tono dulce y calmado, sin embargo, detecto algo más en su voz. ¿Amargura? ¿Desprecio? ¿Odio? No consigo descifrarlo. Respira hondo y clava su mirada en el paisaje nocturno de la ciudad. De pie, con esas enormes alas repletas de plumas negras a su espalda, parece un ángel caído. El ángel de la oscuridad—. ¿Lo conoces bien? —me pregunta, dándose la vuelta. Aparto la mirada de inmediato y decido no contestar. Arqueo una ceja y él sonríe—. Cierto, quieres saber por qué te besé anoche.

—Sí, me gustaría, y también que no volvieras a hacerlo nunca más.

—¿No te gustó? —Da un paso hacia mí y yo retrocedo—. ¿O es todo lo contrario? Temes estar traicionando a tu querido Silas, ¿verdad?

—Cállate —siseo entre dientes.

—Oblígame. —Alza una ceja y contengo las ganas de cruzarle la cara de un bofetón. Es un maldito arrogante y… Lo odio con todas mis fuerzas—. Vamos, Tara. Si lo piensas, tampoco es para tanto. ¿Crees que él te estará guardando fidelidad eterna? Tiene más de ochocientos años. ¿Sabes cuántas hembras han pasado por su cama?

—¿A cuántas de ellas mataste aparte de Samara? —escupo con rabia.

Su mirada gris se clava en la mía y aprieta los labios, convirtiéndolos en dos líneas finas.

—No hables de lo que no sabes —sisea. Es la primera vez que lo veo perder la calma y tranquilidad que siempre lo acompaña—. Samara incumplió las normas. Ella conocía las consecuencias.

—Tus normas, tus consecuencias… ¿Quién mierda te crees que eres para jugar a ser Dios?

No lo veo venir, siento el impacto de mi espalda contra la pared y, al alzar la mirada, compruebo que tan solo unos centímetros separan su rostro del mío. Trago saliva con fuerza. Sus ojos se han convertido en dos pozos de oscuridad infinita. Un frío helador recorre mi cuerpo cuando ladea la cabeza y su sonrisa se convierte en una mueca macabra y espeluznante. Todo su rostro cambia, se convierte en una especie de calavera tenebrosa, e incluso podría jurar que veo la sombra de dos largos cuernos salir de su frente, aunque solo dura una milésima de segundo. Abraxas se aparta enseguida, me da la espalda, y cuando se gira de nuevo ya ha recuperado su

aspecto habitual. No obstante, no soy capaz de sacarme la imagen de ese rostro aterrador de mi cabeza. ¿Ese es su verdadero cuerpo? El pelo, la sonrisa… Todo es una fachada, un espejismo para ocultar toda esa maldad.

—Te llevaré a casa —murmura. Da un paso hacia mí y debe notar mi temor porque se queda a medio camino—. No voy a hacerte daño, Tara.

Quiero gritar y mantenerlo alejado, incluso llego a barajar la idea de tirarme desde lo alto de la torre, pero sé que él me alcanzaría antes de llegar al suelo; entonces tendría que enfrentarme a su ira, tal vez a ese monstruo que esconde bajo la piel. Dejo que me coja en brazos, cosa que hace con extrema facilidad, y en solo unos segundos ya estamos surcando el cielo.

Brax

No me despido de Tara cuando la dejo en su habitación. Ni una mirada de reojo, ni una sola palabra. Me marcho volando y aterrizo en la terraza superior. Dejo que mis alas se escondan bajo la piel de mi espalda y resoplo con fuerza. He perdido el control, y eso no debería haber sucedido. Me esfuerzo a diario para mantener oculta esa parte de mí que me expone ante el mundo como lo que soy, un monstruo de oscuridad y dolor. Suspiro al escuchar las pisadas de Zella en el interior de la biblioteca. No tarda ni dos segundos en venir a mi encuentro.

—¿Has disfrutado del paseo? —pregunta a modo de saludo.

—No estoy de humor para jueguecitos —farfullo—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Nada. —La miro con una ceja arqueada y ella se encoge de hombros—. Esta mañana evitaste el tema, pero no por ello va a desaparecer. ¿Qué ocurre con Tara, Brax? La besaste.

—No es asunto tuyo.

—Por supuesto que lo es. Mi lealtad está contigo, iré a donde quiera que me ordenes, lucharé con quien me lo pidas, moriré por ti si es necesario, pero, a cambio, solo pido que seas sincero y me informes si hay algún motivo por el que debo preocuparme.

—No lo hay —escupo con rabia.

—¿Estás seguro? A mí me parece que estás a punto de perder el control, y ambos sabemos que eso no sería nada agradable.

Bufo con fuerza y siento su mano en mi hombro. Trago saliva e intento poner en orden mis pensamientos.

—Solo es una chica que ni siquiera conozco. Esto no tiene ningún sentido —mascullo.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

Me giro despacio y busco su mirada.

—Lo que siento. Yo no… —Tomo una gran bocanada de aire—. Me hace sentir cosas.

Zella esboza una sonrisa burlona y chasqueo la lengua contrariado. Estoy a punto de lanzarme de nuevo hacia el vacío y largarme, sin embargo, me detiene sujetando mi brazo.

—¡No! Espera, Brax. No me estoy riendo de ti. Es que todo esto me ha tomado por sorpresa. Hace solo unos días que conocemos a esa muchacha y… Vale, voy a admitir que me gusta. Se enfrentó a Athan sin titubear y a ti te tiene embrujado. Es una mujer con agallas, eso tengo que concedérselo.

—Eso no explica quién es ni de dónde procede.

—Sinceramente, creo que ni ella misma lo sabe. En realidad, sospecho que ni siquiera es capaz de acceder a ese poder que lleva en su interior. Lo que pasó cuando atacó a Athan fue algo instintivo.

—Puede que eso sea lo que ella quiere que pensemos. Es posible que su estancia aquí no sea una casualidad —murmuro para mí, solo que lo bastante alto como para que ella pueda oírme.

—¿De qué hablas? ¿Crees que todo esto forma parte de un plan de Silas?

—Es posible. ¿Y si él conoce su poder? Tal vez su intención no es otra que destruirme desde el interior de mi propia casa dejando que esa hembra me confunda.

—Supongo que nuestras dudas serán aclaradas mañana por la noche. ¿Estás listo para la reunión?

—No tenemos más opciones. Ceridwen es el único que puede arrojar algo de luz sobre todas estas incógnitas.

—El precio a pagar…

—Yo lo asumiré —le corto—. Es mi responsabilidad, Zella.

—Lo sé. —Suspiro de nuevo e introduzco la mano en uno de los bolsillos de mi pantalón. Saco el colgante que se supone que iba a darle a Tara esta noche y se lo entrego a la bruja—. Asegúrate de que mañana Tara lleve esto puesto. No quiero problemas.

—Es muy bonito —dice sonriendo mientras lo gira en su mano. Pongo los ojos en blanco y suelta una carcajada—. Ahora resulta que el gran demonio Abraxas, el señor de la oscuridad, el amo de la noche, es un romántico.

Vuelvo a rodar los ojos y, antes de que pueda seguir diciendo algo que me haga perder el control por segunda vez esta noche, dejo que mis alas se extiendan y me lanzo por la barandilla mientras de fondo, mezclándose con el murmuro del viento, sigo escuchando sus carcajadas.



Capítulo 12

Silas

Remuevo mi vaso en círculos viendo cómo el líquido ambarino se mece de un lado a otro rozando el cristal. Alzo la cabeza y clavo la mirada en uno de los seres más poderosos que he conocido jamás.

—¿Vas a decirme ya qué es lo que te trae a mi hogar, Silas?

—Eres alguien muy difícil de ver —respondo, encogiéndome de hombros—. Me ha costado acceder a ti.

—Me gusta la intimidad —replica, sin apartar su mirada de ojos casi amarillos de mi rostro—. Sigo sin saber qué es lo que quieres.

—¿Necesito un motivo para visitar a un amigo y tomarme una copa con él?

—Yo no soy tu amigo —responde en tono cortante.

—Cierto, tú no tienes amigos, ¿verdad? Solo aliados.

—¿Eso es lo que estás buscando? ¿Quieres una alianza?

Estiro una de mis piernas sobre los cojines en los que estoy sentado. No sé qué le ven los árabes a lo de acomodarse en el suelo. Qué incómodo.

—Tal vez eso sea beneficioso para ambos.

Se queda callado unos segundos antes de dirigirse a mí de nuevo.

—Supongo que Abraxas no está enterado de nada de esto, ¿no?

Frunzo el ceño e intento contener las ganas de resoplar con fuerza. No lo consigo.

—No respondo ante Abraxas ni ningún otro. Estoy aquí por mi cuenta —siseo.

—Ya, eso veo. —Estrecha su mirada sobre mí y niega con la cabeza—. Entiendo tu postura, Silas. Te arrebataron al amor de tu vida y buscas venganza, pero yo no puedo ayudarte con eso. Mi deber es mantenerme imparcial.

—Haciendo eso solo consigues darle más poder a ese monstruo. Y sí, él me arrebató al amor de mi vida, dos veces. Primero asesinando a Samara y ahora secuestrando a una humana que he acogido bajo mi protección.

Si le sorprende mi declaración no se le nota. Su expresión sigue rígida e inamovible.

—Siento escuchar eso. Aunque el hecho de que estés protegiendo a un ser humano va en contra de nuestras reglas. Si Abraxas ha decidido tomar cartas en el asunto es porque así lo cree conveniente.

—¿Por qué le tienes tanto miedo? —escupo sin pensar. Me levanto de un salto y me muevo de un lado a otro de la sala—. Tú eres más poderoso, podrías arrebatarle todo, pero, en vez de eso, le comes los huevos como todos los demás.

Me doy cuenta de mi error demasiado tarde, cuando una enorme bola de fuego impacta contra mi pecho y me lanza a varios metros de distancia. Con dificultad, consigo ponerme en pie y descubro que la piel de mi torso está quemada y sanguinolenta. No tardaré en recuperarme, pero, aun así, resulta extremadamente doloroso.

—Esto ha sido una advertencia —ruge—. La próxima vez no seré tan benévolo.

—Quiero hacer un trato —susurro con la respiración entrecortada.

Mis palabras parecen llamar su atención. Alza la barbilla y cabecea despacio.

—¿Qué trato? ¿Estás dispuesto a pagar el precio?

Trago saliva con fuerza. No esperaba tener que llegar a estos extremos, pero si es la única opción, me aferraré a ella. Haré cualquier cosa para recuperar a Tara.

—Tal vez quieras servirme otra copa, Ceridwen. Esta conversación está a punto de volverse interesante.

Tara

—No entiendo por qué debo vestirme con esto —digo, señalando el vestido negro y dorado que Zella ha sacado del vestidor y colocado sobre la cama.

—Vamos a ir a ver a un… amigo, o algo así. El lugar es bastante exclusivo y hay que cumplir unas normas de etiqueta para poder acceder a su interior.

—Pues no voy. —Me cruzo de brazos y ella suspira—. Ese es vuestro problema, no el mío.

—Tara, no es algo que esté en discusión. Brax me ha ordenado venir aquí y ponerte al tanto de lo que va a ocurrir esta noche. Debes acompañarnos.

—¿Por qué?

Toma una bocanada de aire y clava su mirada en la mía.

—¿De verdad quieres saberlo? —Asiento—. Ceridwen puede arrojar algo de luz sobre todas las dudas que tenemos respecto a tu procedencia.

No puedo evitar que sus palabras calen hondo en mi mente. Yo también necesito respuestas. ¿Qué soy? ¿Por qué tengo este poder en mí? Sin embargo, sé que ellos utilizarán esa información en contra de Silas, y no es algo que vaya a permitir.

—Yo sé lo que tengo que saber —digo, encogiéndome de hombros.

—En serio, chica, tus dotes de mentirosa son patéticos. —Se acerca y, tomándome por sorpresa, sujeta mis manos entre las suyas. No es un gesto amenazador, más bien todo lo contrario, parece algo… ¿cariñoso? Debo estar perdiendo la cabeza—. Tú quieres respuestas. Necesitas saber qué es lo que te ocurre. Puedo notarlo.

—¿Qué pasa si me niego? —Suelto sus manos y vuelvo a cruzarme de brazos.

—No es una opción. Athan puede obligarte a acompañarnos sin que ni siquiera lo notes. —Frunzo el ceño y ella sonríe de forma burlona—. ¿No te lo dijo? Creí que Silas y tú os lo contabais todo. Supongo que ese pequeño detalle se le pasó.

—¿De qué mierda estás hablando?

Veo cómo rebusca en su pequeño bolso, que hace juego con el vestido color verde que lleva puesto, y saca una pequeña caja negra.

—Toma, es un regalo de Brax, aunque se supone que eso no deberías saberlo. Quiere que lo lleves puesto esta noche.

—No quiero nada que venga de ese monstruo —siseo, alzando la barbilla de manera desafiante.

La bruja vuelve a resoplar y abre la caja. Saca de su interior un colgante de lo que parece ser plata antigua y trabajada, en el centro hay una piedra en forma de corazón de un color rojo muy intenso.

—Esta joya no solo es algo decorativo. Te protegerá del vínculo de los vampiros. Yo también tengo una. —Señala su cuello y compruebo que, en efecto, ella lleva puesto un colgante con una piedra roja, pero el suyo es mucho más sencillo.

—¿Qué es eso del vínculo? —inquiero.

—Algo en lo que los vampiros son realmente buenos. Cuando uno de ellos muerde a otro ser, mágico o humano, se crea una especie de conexión. El vampiro puede controlar su voluntad, sus sentimientos, incluso su estado de ánimo durante el tiempo que dure el vínculo.

¿Qué? Eso no puede ser verdad. Silas me ha mordido cientos de veces, pero él jamás me manipularía. No, la bruja miente. Quiere ponerme en contra de él.

—Mientes —siseo.

Rueda los ojos y me rodea para ponerme el colgante. No me resisto. Sé que, si lo intentara, ella podría acabar conmigo de inmediato. En cuanto termina con su tarea, vuelve a colocarse frente a mí y sonríe de oreja a oreja.

—Te queda increíble. Parece haber sido hecho para ti.

—Si, como dices, este colgante puede impedir que un vampiro me manipule…

—Bueno, no solo los vampiros. Sí, se crearon especialmente para ellos porque son los que más usan su poder de sometimiento, pero, en realidad, son útiles contra cualquier inmortal que intente robarte tu voluntad.

—No lo entiendo —susurro.

Zella bufa una vez más y aparta un poco el vestido para tomar asiento a los pies de la cama.

—¿Qué sabes sobre los inmortales? Me da la impresión de que casi no conoces nuestras reglas y costumbres. —Permanezco en silencio y ella chasquea la lengua—. Oye, yo estoy dispuesta a compartir información contigo. Si quieres saber algo, pregúntalo y prometo contestar con sinceridad, pero necesito la misma intención por tu parte.

¿Es este otro de los jueguecitos de los monstruos? Intentan ganarse mi confianza y sacarme información. Aunque puedo intentar jugar yo también. Necesito respuestas, y si ella puede dármelas…

—Hasta hace unos meses vivía como una humana sin tener ningún conocimiento de la existencia de los inmortales —suelto.

«Eso es, Tara. Una respuesta escueta. Ella no necesita saber que desde niña soy capaz de ver la oscuridad en los humanos».

—Eso explica muchas cosas —masculla—. ¿Silas te encontró a ti o…? —Arqueo una ceja y ella hace una mueca—. Vale, me toca a mí. Los vampiros. ¿Sabes cómo funcionan?

—Son inmortales, no les afecta la luz del sol, el ajo, los crucifijos ni nada de eso —digo, y no puedo evitar recordar lo mucho que se rio Silas de mí cuando saqué el tema.

—En efecto, todo eso son mentiras que se inventó Hollywood para romantizar a los vampiros, y lo de la comparación con los murciélagos ya ni lo mencionamos. Sin embargo, sí que están en lo cierto en lo que respecta a la manipulación mental, o al menos se acercaron bastante. Nadie sabe muy bien cómo obtuvieron esa información. Es posible que alguien que haya estado

vinculado con un vampiro y haya sobrevivido tenga vagos recuerdos sobre lo ocurrido.

—¿Qué es lo del vínculo?

—Oh, no, te toca a ti. —Me señala con el dedo índice y sonríe—. Quiero saber por qué estabas encerrada en ese búnker con Silas.

—Porque lo amo —contesto sin pensar.

—Eso no es una respuesta válida.

—Dijiste que debía ser sincera y lo estoy siendo. Amo a Silas, y ese es el motivo por el que permanecí a su lado en el búnker y en cualquier otro lugar en el que estuviese.

Entrecierra los ojos y cabecea despacio.

—Voy a aceptar esa respuesta esta vez, pero te advierto que la siguiente no puede ser tan ambigua. Bien, sigamos… ¿El vínculo? —Asiento—. Como habrás podido comprobar, la resistencia, la fuerza y la velocidad de los vampiros son algo impresionante, sin embargo, su mayor poder está en la manipulación, en crear ese vínculo con los humanos. Así consiguen alimentarse de ellos y que estos lo olviden de inmediato.

—¿Borran su memoria? —Cabecea de manera afirmativa—. ¿Cuánto dura el efecto de ese vínculo?

—Eso depende de la fortaleza del ser que haya sido mordido, en un inmortal pueden ser horas. Como ya sabrás, nosotros podemos acceder a nuestra oscuridad, y nuestro poder y fortaleza aumenta considerablemente. En el caso de los humanos, si los muerden una sola vez puede durar años, a veces toda su vida.

—¿Cómo funciona? ¿Los muerden una vez y pueden manipularlos siempre?

—Sí, en los casos más extremos. No es como en las películas que los inducen a un trance raro. Nada de eso. Solo les hacen creer que sienten, piensan o deben comportarse de la forma que ellos les ordenen.

Si esto es verdad, Silas… No, no es posible. Él me ama. Jamás me haría algo así.

—Y si…

—Creo que ya he contestado muchas preguntas. Es mi turno.

Inspiro hondo y me preparo. Debo tener extremo cuidado con lo que digo.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Fue Silas quien te llevó al búnker? —Asiento—. ¿Por qué?

Estoy a punto de negarme a contestar, pero por la forma en la que me mira sé que no puedo echarme atrás en estos momentos.

—Fui atacada por un híbrido. Silas me salvó.

—¿Un híbrido? —Entrecierra los ojos y arruga el entrecejo—. ¿Vampiro y licántropo? —Vuelvo a asentir—. ¿Por qué te atacó?

—No lo sé.

—Se supone que ibas a ser sincera.

—Lo estoy siendo. No sé por qué me atacó. Estaba en la calle, en mitad de la noche, y ese monstruo vino a por mí. Es la verdad.

Se queda callada unos segundos y al fin asiente.

—Bien. Sigamos con los vampiros. Son muy veloces, más aún cuando se transfiguran por completo, y su fuerza los hace letales. La única forma de matarlos es cortándoles la cabeza o arrancándoles el corazón. Y sus dientes… Bueno, son afilados, pero eso tú ya lo sabes. Cuando te trajimos aquí tu cuello estaba repleto de marcas.

Alzo la barbilla y me encojo de hombros.

—No creo que eso sea asunto tuyo —siseo.

—No lo es, pero te aseguro que yo jamás permitiría que un vampiro clavara sus dientes en mí. No es algo que se hace a alguien que de verdad te importa porque esa persona jamás sabrá si ha sido o no manipulada.

—¿Es posible ser mordida y que no te manipulen?

—Lo es. Por ejemplo, yo confío en Athan, es mi compañero y daría mi vida por él, pero el nivel de complicidad, de respeto y de confianza que debe haber entre una pareja para permitir algo tan… íntimo no es algo que cualquiera pueda plantearse. Estamos hablando de poner tus sentimientos, tu mente y tu completa voluntad en manos de ese vampiro. Algunas inmortales se han atrevido a ello, pero siempre terminan poniéndose uno de estos para estar seguras. —Señala el colgante en mi pecho.

—¿Qué hace el colgante? ¿Rompe el vínculo?

Frunce el ceño y creo que no va a seguir contestando a mis preguntas a cambio de nada, solo que, poco después, su cabeza se mueve de un lado a otro.

—Solo la fortaleza del que ha sido mordido puede romper el vínculo. No hay fórmulas mágicas. Tu cuerpo, tu mente… Debes darte cuenta de la manipulación y luchar contra ella.

—¿Los colgantes…?

—Me toca, Tara. No pienses que no me doy cuenta de que, por cada una de mis preguntas, tú haces tres o cuatro. —Suspiro y le hago un gesto con la mano para que siga adelante—. ¿Quién más estaba con vosotros en ese búnker? Y piénsate bien si vas a mentirme porque este acuerdo puede romperse de inmediato.

Me paro a pensarlo unos segundos. Decirle el nombre de Kenia es algo demasiado arriesgado. No quiero delatar a nadie. Estos malditos monstruos podrían ir a por ella y obligarla a entregar a Silas.

—Un hada —suelto tras darle muchas vueltas.

—¿Nombre?

—No lo sé.

—Tara… —sisea en tono de advertencia.

—Es la verdad. No sé su nombre. Ella solo aparecía de vez en cuando y se marchaba enseguida.

Contengo el aliento e intento poner mi mejor cara de póker. Espero que se lo trague. Durante unos segundos, Zella se queda en silencio.

—Está bien —dice al fin—. No tengo del todo claro si estás siendo sincera, pero por esta vez lo dejaré pasar. Me alegra que hayas mencionado el tema de las hadas. Si conociste a una, sabrás que son desconfiadas y muy inteligentes.

Me encojo de hombros. Sé que Kenia es una perra asquerosa que disfruta jodiéndome, sin embargo, no puedo hacerme una idea general de todas las hadas porque solo la conozco a ella.

—Ya te he dicho que no tuve mucho contacto con ella.

—Pues así son. Aunque a ellas les debemos los colgantes. Estas piedras son talladas con sangre de hada muerta.

—¿Hada muerta? —inquiero, haciendo una mueca de asco.

—Sí. Antiguamente los vampiros solían alimentarse de ellas, era una forma de no romper el equilibrio ya que matar a humanos, aunque sea para alimentarse, va en contra de las normas. Entonces ellos cazaban a las hadas, y también a las brujas, pero no en igual medida. Nosotras nos defendemos con algo más que hechizos elementales y polvo de purpurina. —Sonríe y hace un gesto de desdén con su mano—. Sin embargo, una bruja, cansada de tantas matanzas, creó una especie de maldición. La sangre de las hadas que habían perecido a manos de cualquier vampiro

serían su perdición.

—Por eso tallan las piedras con sangre de hada muerta —murmuro para mí, toqueteando el colgante.

—Exacto. La piedra no impide que un vampiro pueda alimentarse de ti, ni siquiera rompe el vínculo, pero lo que hace es producir un dolor intenso y desgarrador en el vampiro que intente manipular a cualquiera que lo lleve encima. Como un amuleto protector.

—¿Tú por qué lo llevas, entonces? Dijiste que nunca dejarías que te mordieran.

—Y no lo he hecho —responde, encogiéndose de hombros.

—Entonces…

—Me toca a mí —me corta.

¡Mierda! A saber qué va a preguntar ahora. Si sigue insistiendo en lo del hada…

—Creo que no necesito saber nada más por el momento —comento.

Zella frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Tú misma. Ahora pensaba empezar con los licántropos y después… ¿Brax? Sí, tengo bastante información sobre él.

La idea de saber más sobre ese ángel de la oscuridad me tienta a seguir jugando a este juego, pero sé que no podré seguir esquivando sus preguntas durante mucho más tiempo.

—Estoy bien —digo, y me encojo de hombros.

—Como desees. Ponte el vestido, vendré a buscarte en una hora.

—Sigo sin querer ir.

—Tara, lo digo en serio. Si en una hora no estás vestida y arreglada para acudir a la reunión con Ceridwen, será Athan el que te convenza. Yo misma me encargaré de quitarte el colgante para que él pueda morderte y someterte a su voluntad.

Se marcha de mi habitación, cerrando la puerta a su espalda, y me dejo caer sobre la cama. Necesito unos minutos para asimilar toda la información que acabo de recibir y decidir si debo o no creer en ella. Zella podría estar mintiéndome. Nada se lo impide.



Capítulo 13

Tara

Camino con tranquilidad por el pasillo que lleva a la cocina. Creí que no lograría mantenerme en pie sobre estos tacones altos, pero lo cierto es que tampoco se me está haciendo tan difícil. Lo del vestido de seda tan ajustado es otro asunto distinto. Me siento desnuda con esta cosa puesta. En realidad, creo que casi lo estoy, al menos mi escote y una de mis piernas, ya que, a pesar de que la tela me llega a la altura los tobillos, por un lateral tiene una abertura que asciende hasta muy cerca la cintura.

Inspiro hondo y acomodo mi pelo suelto hacia atrás con un movimiento rápido y sutil. La conversación con Zella en mi dormitorio de hace un rato me ha dejado con más dudas de las que ya tenía. No termino de creerme del todo sus explicaciones respecto a todo el tema de los vampiros y ese vínculo que se supone que se crea cuando muerden a alguien. No puede ser verdad. Es algo muy serio como para que Silas ni siquiera lo mencionara. A no ser que… Sacudo la cabeza de un lado a otro. No, eso no es posible.

—Sabemos que estás ahí. ¿Vas a entrar de una vez o tengo que ir a por ti? —escucho la voz burlona de Athan en el interior de la cocina y soy consciente de que llevo ya un buen rato junto a la puerta sin llegar a asomarme.

Tengo miedo, y no solo de lo que pueda ocurrir esta noche en la casa de ese tal Ceridwen, o como se llame, también de volver a ver a Abraxas después de lo de anoche. Debo andar con cuidado con él. Ahora que he visto su verdadera cara, sé que puede acabar conmigo en cualquier momento.

Respiro hondo una vez más y doy un paso al interior de la estancia. No sé exactamente qué me esperaba encontrar. Zella dijo que para entrar en ese lugar al que vamos exigían una vestimenta formal, sin embargo, la imagen del vampiro vistiendo con camisa negra no es algo que vaya a olvidar nunca. ¿Por qué los inmortales son tan atractivos? Miro a mi alrededor y descubro que Darick también ha cambiado su habitual vaquero roto por uno mucho más nuevo, y es la primera vez que lo veo usar una prenda que cubra su torso desnudo. También lleva una camisa, pero la

suya es de color gris oscuro.

—Ahora que estamos todos, pongámonos en marcha —escucho la voz serena y dulce de Abraxas y contengo el aliento. No quiero mirarlo, pero una parte de mí se niega a obedecer mi voluntad y termino echando un vistazo en su dirección por el rabillo del ojo. Como siempre, viste con un traje de tres piezas, camisa blanca y corbata oscura, y también lleva un pañuelo en el bolsillo superior de chaqueta. Un pañuelo dorado.

—Yo conduzco —comenta el vampiro, y enseguida escucho cómo Darick va tras él cuando sale de la cocina.

Aparto la mirada de inmediato del demonio, que no parece tener ningún reparo en observarme con fijeza. Su mirada gris recorre cada parte de mi cuerpo que queda a la vista. Zella sonríe y me roza el brazo antes de hacer un gesto con su cabeza para que la siga. Lo hago sin rechistar. Necesito salir de aquí cuanto antes. No me gusta lo que estoy sintiendo cerca de Abraxas. Prefiero el miedo, a ese lo entiendo y soy capaz de controlarlo.

Nos dirigimos a la planta inferior del edificio por las escaleras, pasamos por el gimnasio y salimos al exterior. Athan, que había desaparecido justo después de atravesar la puerta de la cocina, llega enseguida conduciendo un enorme todoterreno de lujo en color negro. Se detiene frente al portal y el licántropo sube junto a él en la parte delantera del vehículo. Abraxas abre una de las puertas traseras y espera a que Zella entre antes de extender su mano en mi dirección. No la cojo. Decido meterme en el coche por mi cuenta. Al pasar por su lado, noto cómo sus dedos rozan la parte baja de mi espalda y todo mi cuerpo se tensa. Me apresuro a tomar asiento junto a Zella en uno de los dos mullidos bancos dispuestos uno frente al otro. Abraxas entra y se pone frente a nosotras, desabrocha los botones de su chaqueta y da un pequeño golpe en el techo del automóvil para que Athan se ponga en marcha.

Durante los primeros minutos del trayecto, en la parte trasera nadie dice nada, aunque puedo escuchar los murmullos a mi espalda que provienen del vampiro y el licántropo. Sea lo que sea lo que están diciendo, no quieren ser escuchados.

—Parecéis dos viejas cotillas —comenta Zella, girando la cabeza para mirar hacia ellos.

Alzo la mirada por primera vez desde que salimos de la mansión y descubro que Abraxas sigue con sus ojos clavados en mí. Una vez más, esa sensación extraña se apodera de mi cuerpo, es como un cosquilleo, y mi corazón se acelera. Intento ignorarlo mientras la bruja se enzarza en una especie de discusión con los pasajeros delanteros del vehículo, sin embargo, la intensidad de esa sensación va en aumento a cada minuto que transcurre, y soy incapaz de permanecer impasible por más tiempo.

—Para —siseo, clavando mi mirada en los ojos grises de Abraxas.

Todas las voces se apagan y, aunque no los veo, sé que sus miradas están puestas en mí. Tal vez las del vampiro a través del retrovisor, ya que sigue conduciendo el todoterreno.

—¿Hablas conmigo? —pregunta el demonio. Ladea la cabeza, esbozando una sonrisa torcida que consigue erizarme la piel.

—Sea lo que sea que estés haciendo, detente. No vas a conseguir manipularme. —Su sonrisa se expande y mira directamente al centro de mi pecho, donde reposa el collar con la piedra roja en forma de corazón—. Deja de intentar meterte en mi mente.

—Tara, él no está haciendo nada —susurra Zella a mi lado. Giro la cabeza en su dirección y la fulmino con la mirada—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el colgante? Cualquiera que intente someterte, sufrirá un dolor terrible.

—No espero que me digas la verdad, bruja. Todos estáis metidos en esto —siseo.

—Yo he sido sincera contigo. Hicimos un trato —masculla.

—¿Un trato con monstruos? Permíteme dudar de la veracidad de tus palabras. Estáis dispuestos a hacer cualquier cosa para llegar a Silas. No soy idiota. Vuestra única opción de encontrarlo es a través de mí, pero yo no os lo entregaré jamás.

—Tara… —empieza a decir Zella, pero Abraxas le ordena que se calle con solo un gesto de su mano.

Sus ojos vuelven a los míos y esta vez no aparto la mirada. Sé que con mi actitud me arriesgo a que me maten, aunque la alternativa no creo que sea mucho mejor. Ni siquiera sé a dónde vamos ni quién es ese tal Ceridwen. Durante unos segundos, Abraxas no dice nada, solo me mira con fijeza hasta que un suspiro rompe el silencio y veo cómo se inclina hacia mí despacio. Todos mis instintos gritan que retroceda, sin embargo, me mantengo firme y espero a que se detenga con su rostro a apenas unos centímetros del mío.

—Entiendo que estás confusa y asustada. Quieres respuestas y yo también. Si lo que temes es que te esté usando para encontrar a Silas, puedo… —Suspira de nuevo—. Te prometo que no es esa mi intención, no esta noche. —Me parece escuchar una especie de jadeo ahogado desde el lugar de Zella a mi lado, pero no aparto la mirada del rostro de Abraxas—. Vamos a visitar a un amigo. Él puede saber cosas sobre ti, sobre lo que eres y el poder que posees. Puede que las respuestas que nosotros buscamos también sirvan para aclarar tus dudas.

Trago saliva con fuerza y frunzo el ceño, girando la cabeza en dirección a la bruja. Sabía que se lo diría, que le contaría todo lo que hablamos en mi dormitorio, aun así, no puedo evitar tener cierto sentimiento de decepción. Al menos ella tiene la decencia de parecer avergonzada y agacha la mirada.

El vehículo se detiene, sin embargo, nadie se mueve de su interior. Abraxas sigue mirándome con fijeza.

—No necesito saber más de lo que ya sé —farfullo.

—Pues yo sí. Mírame, Tara —ordena, y por alguna razón obedezco. El metal fundido de sus pupilas brilla con fuerza cuando coloca una mano sobre mi rodilla y le da un pequeño apretón—. No voy a permitir que nadie te haga daño. Pase lo que pase durante la reunión, tú estás con nosotros, y te prometo que te protegeremos con nuestras propias vidas.

Cierro los ojos con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro. ¿Intenta manipularme de nuevo? ¿Por qué dice estas cosas? Respiro hondo y me echo hacia atrás con el corazón latiendo a toda velocidad.

—¿Qué es lo que me espera en esa reunión? —me atrevo a preguntar.

No me pasa desapercibido el amago de sonrisa que se dibuja en sus labios antes de apartarse también y acomodar el nudo de su corbata.

—Ceridwen es un genio —dice Zella.

Frunzo el ceño y la miro con confusión.

—¿Un genio? ¿Cómo el de *Aladdin*?

—En realidad, él es el genio, único en su especie —aclara Abraxas—. Y te aconsejo que no vuelvas a hacer ninguna referencia a la película de Disney en su presencia. Es bastante susceptible con ese tema.

—Tampoco concede deseos —suelta el vampiro en tono burlón desde el asiento del conductor.

—Entonces…

—Solo deja que nosotros nos encarguemos de todo —me corta Abraxas, y hace un gesto con su mano para que empecemos a salir del vehículo.

Ya en el exterior, y con mil dudas rondando mi cabeza, me coloco junto a la bruja. No confío en ella, pero al menos no me parece tan peligrosa como cualquier otro de ellos. Miro a un lado y

a otro intentando averiguar dónde estamos. No conozco este sitio. Me pregunto si aún seguimos en Barcelona. La zona es muy arbolada y el suelo está cubierto de hierba corta. ¿Un parque tal vez? Llegamos a un camino de piedra iluminado junto a un pequeño lago, y al alzar la mirada puedo ver una enorme construcción. Parece un palacio de estilo árabe. Imágenes de la película de Disney que se supone que no debo mencionar vuelven a mi mente. Si incluso hay una cúpula en lo más alto… ¿Cómo no voy a compararlo?

Llegamos a la entrada del palacio de Agrabah, así es como lo he bautizado en mi cabeza, y dos hombres nos esperan, aunque no necesito mirarlos más de un par de segundos para darme cuenta de que no son humanos. Por la forma en la que arquean la espalda y enseñan los dientes al vernos, el cabello largo, manchas negras en sus pechos desnudos… Licántropos, estoy segura. Todos nos detenemos, menos Abraxas. Camina hacia ellos con su habitual templanza y señala la enorme puerta en forma de arco de madera tallada.

—Ceridwen los espera —gruñe uno de ellos, y el otro se encarga de abrirla.

Athan y Darick se adelantan para escoltar a su líder hacia el interior, Zella y yo nos quedamos detrás. Me siento muy inquieta. No sé qué me depara ahí dentro, pero tampoco es que pueda salir huyendo. Ellos vendrían a por mí, me alcanzarían sin el menor esfuerzo. Agacho la cabeza y sigo caminando junto a la bruja.

—Escúchame bien, Tara —susurra. La miro de reojo mientras otros dos inmortales aparecen de la nada, en esta ocasión no tardo en identificarlos como vampiros, nos guían por los interminables pasillos y salas decoradas con telas gruesas y de colores chillones. Enormes tapices cuelgan en las paredes—. Tara, presta atención —sisea—. Pase lo que pase, no aceptes ningún trato con Ceridwen. Él puede ofrecerte todo aquello que desees, pero deberás rechazarlo. ¿Me estás entendiendo?

Tengo ganas de preguntar más, de saber qué es lo que puede ofrecerme el genio y por qué no debo aceptarlo, así que solo asiento con la cabeza y sigo caminando. Todas las salas por las que pasamos están vacías, a excepción de una. Nos detenemos junto al umbral, y la más de una docena de mujeres que hay en el interior de la estancia dirigen sus miradas en nuestra dirección. Todas ellas visten con ropas de estilo árabe, pantalones anchos y camisetas que dejan el ombligo al descubierto. Se escuchan risitas y un fuerte olor a distintas especias. Las mujeres, que a simple vista parecen humanas, son bastante parecidas entre ellas. Pelo oscuro, piel aceitunada y ojos castaños.

—¿Son humanas? —le pregunto a Zella en un susurro.

—Huríes —responde mientras retomamos la marcha acompañados de varias de ellas. Creo que no va a decir nada más, pero la bruja sigue hablando en susurros—. Son las vírgenes de Ceridwen. —La miro con los ojos muy abiertos y ella sonríe—. No es que duren así mucho tiempo. Según tengo entendido, las cambian cada poco. —Se acerca más para hablarme al oído—. Ceridwen tiene fama de ser un amante insaciable, pero solo se acuesta con vírgenes.

—Al menos tengo la seguridad de que no estaré en el menú esta noche —murmuro para mí.

Escucho a alguien toser por delante, y Abraxas gira la cabeza en mi dirección esbozando una pequeña sonrisa. ¿Me ha escuchado? Arqueo una ceja. Niega con la cabeza y vuelve a mirar al frente.

Al fin, después de un buen rato recorriendo gran parte del palacio, llegamos a una enorme sala. Está decorada de forma muy similar al resto que hemos pasado. La única diferencia es que aquí, sentado en el suelo sobre unos cojines, se encuentra el ser más extraño que he visto nunca. Lo que más llama mi atención no es su rostro, ni las joyas antiguas que lleva puestas, ni siquiera su ropa o la forma en la que su pelo rizado cae sobre su frente. Sus ojos… Esos son los que me

tienen fascinada, de color amarillo y pupilas rasgadas como las de un felino.

—Brax, me alegra verte —saluda, poniéndose en pie. Es alto, de unos dos metros, y la túnica azul que lleva puesta le llega a la altura de los tobillos—. Por favor, tomad asiento.

El demonio contesta con un simple asentimiento, sin embargo, no lo hace.

—Gracias por la invitación, Ceridwen, pero no vamos a quedarnos demasiado. Y también te agradezco que accedieras a llevar a cabo esta reunión.

—Por los viejos tiempos, compañero —contesta, cruzándose de brazos. Desvía la mirada hacia Athan, después a Darick, pasa por Zella y por último en mí. Me observa durante un par de segundos y una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios—. ¿Me has traído un regalo?

Todos mis instintos me gritan que eche a correr, pero consigo mantener la calma. El genio amplía su sonrisa y dirige su atención hacia Abraxas.

—Está conmigo —la voz del demonio sigue siendo calmada, sin embargo, puedo notar cierta amargura en sus palabras.

—No es eso lo que he escuchado. No está bien ir por ahí robando las hembras que no son tuyas, Brax. Con todo lo que has vivido, creí que eso era algo que ya habrías aprendido.

Tardo unos segundos en poder asimilarlo. Es Abraxas el que confirma mis sospechas.

—¿Silas ha estado aquí? —inquiere.

—Oh… —Ceridwen se encoge de hombros—. Él aún está aquí.

De pronto, una puerta se abre en no sé dónde y me quedo paralizada al ver a Silas entrar en la sala con parsimonia. Me busca entre la gente, y cuando nuestras miradas se encuentran, sonríe de oreja a oreja.

—¡Silas! —exclamo, corriendo en su dirección.

Quiero llegar a él, pero alguien me sujeta por el brazo y me impide avanzar. Es Zella. Intento sacudirme, sin embargo, no tarda en obtener la ayuda de Athan que, en solo un parpadeo, me tiene sujeta por el otro brazo. Silas aprieta la mandíbula y frunce el ceño.

—Soltadla —ordena.

Abraxas va hacia él, parece tranquilo, pero puedo ver más allá de esa mascara bajo la que esconde su verdadero ser. Silas retrocede un par de pasos, y antes de que el demonio se abalance sobre él, Ceridwen se interpone entre ambos.

—Te recuerdo que mi casa es terreno neutral. Un acto de violencia aquí puede significar el inicio de una guerra.

Silas y Abraxas se mantienen la mirada. Sé que ambos están deseando pelearse, tal vez matarse el uno al otro, solo que ninguno toma la iniciativa. El primero en retroceder es el demonio. Pega las manos, apretadas en puños, a sus costados y da un paso hacia atrás.

—Soltadla —ordena con voz ronca. Parece como si intentara contener su carácter.

—Brax… —Solo necesita una mirada para que Zella abra su mano y me libere. Después llega el turno de Athan, y al fin puedo volver a correr.

Los brazos abiertos de Silas me reciben. Me pego a su pecho y dejo que me apriete contra su cuerpo.

—Te dije que te encontraría, preciosa —susurra contra mi pelo.

Inspiro hondo para inhalar su aroma. Huele… Raro. Me aparto y busco su mirada. Esos ojos castaños que hace muy poco tiempo eran el bálsamo capaz de curar todas mis heridas, ahora son extraños para mí. Sus manos recorren mi espalda con suavidad, acariciándome, aferrándose a mí, sin embargo, ya no las siento tan cálidas y reconfortantes como antes. Algo ha cambiado. En mí, en él… ¿En nosotros?

Por el rabillo del ojo veo a Kenia acercarse con un libro grande y antiguo entre sus manos. Se

acerca a Ceridwen y se lo entrega.

—El hada —sisea Zella con furia.

—Has hecho un trato con él —Abraxas se dirige al genio, aunque su mirada no se aparta de mí en ningún momento.

—Yo tengo lo que quiero… —Palmea el lomo del libro y se encoge de hombros—. Y Silas también. Puedes llevarte a la humana.

—Ella no es humana —replica Abraxas.

Ceridwen entrecierra los ojos, mirándome con fijeza, y antes de ser consciente de su siguiente movimiento, lo tengo frente a mí. Coloca una de sus manos en el centro de mi pecho y cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, sus ojos felinos se han convertido en un par de faros que alumbran directamente a Silas. Su piel aceitunada se oscurece por completo, y unos grandes cuernos, que parecen estar hechos de oro macizo, salen de su frente.

—Me mentiste —sisea.

—No lo hice. —Silas rodea mi cintura con su brazo y tira de mí para alejarme del genio—. El trato era que tú me entregabas a Tara y yo te daba el libro de las profecías muertas. Jamás dije que ella era humana o inmortal. No durante el ritual del trato.

—¿De verdad crees que puedes jugar conmigo?

El cabello rubio de Silas se vuelve negro como el carbón al mismo tiempo que su rostro cambia. De inmediato, Athan, Darick y Zella también se transfiguran, preparándose para una posible pelea. Incluso Kenia cambia el color de su pelo y ojos, y unas alas pequeñas, como las de una mariposa, pero en negro, aparecen en su espalda. El único que permanece impasible es Abraxas.

—Un trato es un trato, Ceridwen. Debes dejarme ir.

Los cuernos del genio retroceden, metiéndose de nuevo en su piel, e inspira hondo.

—Muy bien. No seré yo quien rompa las normas, pero te advierto que las puertas de mi casa están cerradas para ti de ahora en adelante.

—Puedo vivir con ello —replica Silas, sujetándome con más fuerza. Me gira entre sus brazos y pega su frente a la mía—. Nos vamos, preciosa. Volvemos a estar solos tú y yo. Vas a… —De pronto, suelta un grito desgarrador y cae al suelo de rodillas, sujetándose la cabeza.

—¡¿Silas?! —Me agacho a su lado y sujeto su rostro, intento que me mire, pero sus ojos están clavados en mi pecho.

—Sangre de hada muerta —susurra entre quejidos.

Tardo unos segundos en asimilar lo que está ocurriendo. Recuerdo las palabras de Zella. «La piedra no impide que un vampiro pueda alimentarse de ti, ni siquiera rompe el vínculo, pero lo que hace es producir un dolor intenso y desgarrador en el vampiro que intente manipular a cualquiera que lo lleve encima. Como un amuleto protector».

—No —susurro, negando con la cabeza—. Tú no… —Mis ojos se empañan y retrocedo despacio al mismo tiempo que Silas se levanta, aún con gestos notables de dolor, y extiende su mano en mi dirección—. ¿Has intentado manipularme?

—No digas tonterías, Tara. Vámonos de aquí —me ordena. Dudo, y en solo un pestañeo vuelvo a tenerlo pegado a mi cuerpo—. Quieres irte conmigo. Tú me amas. Debes… —Otro grito, esta vez aún más fuerte, y se desploma de nuevo en el suelo.

—¡No! —exclamo, y siento cómo mis rodillas flaquean.

Me ha engañado. Todo este tiempo… Me estuvo manipulando para que creyera que lo amaba. ¿Eso es cierto? ¿Mis sentimientos no son reales? ¿Cómo es posible? Silas se pone en pie, renqueante, y vuelve a extender su mano en mi dirección.

—Tara, vámonos de aquí. Volveremos a estar juntos, mi amor.

—¿Hay algo real entre nosotros? ¿Todo fue mentira? —pregunto entre sollozos.

—Claro que no. Solo ven conmigo y te lo explicaré todo. Yo te amo, lo sabes.

—No tienes que irte con él —escucho la voz de Abraxas a mi espalda, y me giro despacio. Él no se mueve de su lugar. Solo me observa, al igual que todos estos últimos días desde la puerta de mi habitación. Paciente, dejando que sea yo la que tome la iniciativa.

—¡Te matarán! —brama Silas, y siento cómo me sujeta por los brazos—. Van a matarte en cuanto me vaya. Solo puedes confiar en mí. Lo sabes, preciosa. Sabes que yo… —Se calla y hace un gesto de dolor. Sigue intentando manipularme. Lo empujo con fuerza y niego con la cabeza—. Tara, ¿qué estás haciendo? —sisea entre dientes—. Hice todo esto por ti, para recuperarte.

—Y para utilizarme —suelto, siendo al fin consciente de sus intenciones. Jamás me quiso. Lo único que le importa es acabar con Abraxas, llevar a cabo su venganza, y para ello necesita el poder que reside en mi interior.

—¡Tara! —grita con la respiración acelerada—. Ven aquí.

Retrocedo aún más sin poder dejar de sollozar. Soy consciente del instante en el que Silas intenta venir hacia mí. Solo le da tiempo a dar un paso antes de que una sombra esquelética de grandes alas negras se abalance sobre él. Es Abraxas, o más bien el monstruo que vive en su interior, el que pude ver anoche, aunque no de esta forma. El ser que sujeta a Silas por el cuello con una sola mano no tiene nada de humano. Es un demonio de largos cuernos. La parca, el ángel de la muerte, esas son las definiciones que me vienen a la mente al verlo alzar a Silas en el aire. Echa el brazo huesudo que tiene libre hacia atrás y está a punto de golpear su pecho, pero Ceridwen se interpone en su camino y lo detiene.

—En mi casa no —sisea.

Abraxas parece pensárselo unos segundos. Todo su cuerpo, que apenas son huesos de color negro, se estremece de pura rabia y después lo suelta. Silas se mueve rápido hacia el extremo más alejado de la habitación con la mirada de un hombre aterrado.

—Vete —le ordena el genio.

—El trato…

—El trato era que te entregaba a la muchacha. Si ella no quiere marcharse contigo, no puedo ni quiero hacer nada.

—Tara… —Estira una vez más su brazo hacia mí.

Paseo la mirada por la palma de su mano, subo por el brazo hasta llegar a su rostro. Quiero confiar en él, deseo que todo vuelva a ser como antes, encerrados en aquel búnker donde por primera vez en mi vida conocí la felicidad, pero en el fondo soy consciente de que sus besos, sus caricias, el amor que se supone que siento por él nunca fue real.

Un sollozo rasga mi garganta y retrocedo, colocándome al lado de Zella. He tomado mi decisión. Me quedo con los monstruos porque acabo de descubrir que el hombre al que creo amar es uno mucho peor. Silas maldice en alto y me mira una vez más antes de sujetar a Kenia por el brazo y desaparecer a toda velocidad.

—Brax, ¿estás bien? —pregunta Athan.

Alzo la mirada, borrosa por las lágrimas, para comprobar que el demonio ya ha vuelto a su forma habitual, en la que no parece un engendro del mismísimo Satanás. Sin embargo, algo es distinto en él. Su mirada, su postura rígida, la forma en la que su pecho se mueve con violencia a cada una de sus respiraciones pesadas me hace pensar que algo no va bien. Y sus compañeros parecen tener la misma opinión porque lo miran con preocupación. Después de unos segundos,

respira hondo y me mira a mí.

—Lo tengo controlado —susurra.

No sé a qué se refiere, y tampoco me importa. Estoy demasiado ocupada hundiéndome en mi propio sufrimiento para ser consciente de nada más que no sea la herida abierta en mi pecho, partiéndome en dos, sangrando a borbotones.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta alguien. Solo al alzar la mirada reconozco el rostro de Darick. El feroz licántropo se inclina hacia abajo para ponerse a mi altura—. Solo dilo y te llevaré a casa. ¿Quieres que te saque de aquí?

Trago saliva con fuerza. No deseo otra cosa que encerrarme en algún lugar a solas para llorar, pero confiar en este animal… No.

—Estoy bien —logro decir tras carraspear.

—No lo está —señala Zella. Me sujeta por los hombros y me mira a los ojos—. Deja que Darick te lleve. Nosotros volveremos enseguida. —Niego con la cabeza—. Tara, sé que estás asustada y ahora mismo no confías ni en tu propia sombra, pero es lo mejor. Él te dejará en tu dormitorio, a salvo.

No sé por qué busco la mirada de Abraxas, como si esperara obtener su aprobación, pero lo cierto es que lo hago, y cuando su cabeza se mueve con un leve asentimiento no siento ni una pizca de duda antes de aceptar.

—Sí, sácame de aquí —le digo al licántropo.



Capítulo 14

Silas

—¡¿Me puedes explicar qué demonios ha pasado?! —exclama Tamandra cuando termino; al fin dejo de golpear las paredes de su oficina privada. Afuera, en el club, vampiros y humanos se entremezclan, bailan, beben y se alimentan. Resoplo con fuerza y abro una botella de licor. Bebo un par de tragos sin necesidad de usar un vaso y me paso el dorso de la mano por la boca. Estoy furioso, y decepcionado también. Ese hijo de puta me ha quitado otra vez lo que más deseo—. ¿Dónde está Tara?

—La tiene Abraxas —contesta Kenia, y la fulmino con la mirada antes de beber de nuevo directamente de la botella.

—¿Cómo es eso posible? Creí que habías hecho un trato con Ceridwen. Los tratos son inquebrantables.

—Ella decidió quedarse con Abraxas —sisea Kenia entre dientes.

Yo sigo bebiendo y moviéndome de un lado a otro de la habitación, que a duras penas sigue en pie después de mi ataque de ira.

—¿Y el libro? —inquiere Tamandra. Bufo con fuerza y lanzo el resto de la botella contra la pared, haciéndola añicos—. ¡Genial! Entonces no tenemos el libro de las profecías muertas y tampoco al fénix. Solo ella puede…

—¡Lo sé! —bramo con furia.

—Necesitamos la tercera parte de la profecía, Silas —insiste.

—¡Que ya lo sé, joder! —Me desplazo rápido hacia ella y la sujeto por el cuello—. Deja de quejarte por todo y busca soluciones. —Tamandra intenta apartarme para que deje de estrangularla, pero aprieto con más fuerza—. Me ha robado a mi mujer, otra vez. Quiero que sufra, que se pierda a sí mismo.

—Tal vez exista otra forma —escucho decir a Kenia. Suelto a Tamandra y ella comienza a toser mientras yo me giro despacio para poner toda mi atención en el hada—. Hasta ahora creímos que el fénix poseía el hechizo de invocación que estamos buscando, pero ¿y si no es así?

—Explícate —ordeno.

—Tú estabas allí, Silas. Viste a Abraxas perder el control cuando intentaste ir a por la chica. La estaba protegiendo. No fue algo meditado.

—Fue instintivo —murmuro para mí. Repaso en mi mente ese momento en el que Abraxas se anticipó a mi intención de llevarme a Tara en contra de su voluntad. Parecía fuera de sí. Tal vez…—. ¿Estás sugiriendo que debemos hacerle daño a Tara para provocarlo?

—¿Crees que podrás? —pregunta Tamandra a mi espalda, con voz ronca y la respiración acelerada—. Sé que te has encariñado con la chica. Si la única manera de lograr nuestro objetivo es matándola, ¿podrías soportarlo?

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo para intentar pensar con claridad. Estos meses en el búnker con Tara han sido maravillosos. No era mi intención enamorarme de ella, pero… ¡Maldición! ¿Por qué ese idiota tiene que robarme siempre lo que es mío?

—Se lo debo a Samara —susurro, abriendo los ojos con determinación—. Haré lo que tenga que hacer para que su muerte no haya sido en vano.

—En ese caso, debemos planear nuestro próximo movimiento —dice Tamandra, moviéndose por la habitación. Llega junto a Kenia y se coloca a su espalda, sonriendo de manera ladina—. Aunque antes nos vendrá bien un poco de diversión para relajarnos.

Veo cómo aparta el pelo de Kenia hacia un lado y besa el lateral de su cuello. Sé lo que viene a continuación, y me gusta. Ella tiene razón. Debo mantener la calma antes de dar otro paso en falso.

—Silas… —susurra Kenia, mirándome con los ojos muy abiertos. Hay miedo en su mirada. Me acerco en solo un parpadeo y coloco mi frente sobre la suya mientras Tamandra sigue mordisqueando su cuello.

—Tranquila, preciosa. Quieres esto. Te encanta. Vamos a divertirnos un rato. —Dejo que mis órdenes entren en su mente como verdades escritas a fuego. Su actitud cambia de inmediato. Sonríe y mueve la cabeza hacia un lado para darme lo que sabe que necesito—. Eso es.

Tamandra se retira y abro la boca, dejando que mis colmillos se deslicen hacia abajo, sonrío y ataco su cuello.

Brax

—Esto sí que ha sido algo inesperado —comenta Ceridwen en cuanto Darick sale de la estancia acompañando a Tara.

«Ve con ella. No la dejes sola con ese macho. Debiste arrancarle el corazón a Silas. Cobarde». Sacudo la cabeza y sigo intentando tranquilizarme. Debo recuperar la compostura, aunque aún siento que todo mi cuerpo tiembla de rabia. Estuvo a punto de llevársela a la fuerza. Si no hubiese actuado a tiempo… «Arrancarle la cabeza y jugar con ella a baloncesto, eso es lo que debiste hacer, pero lo dejaste marchar. Inútil».

—Brax, ¿de verdad estás bien? —insiste Zella.

Carraspeo y me enderezo el nudo de la corbata.

—Sí, perfectamente. —Camino hacia Ceridwen y me cruzo de brazos frente a él—. ¿Tan importante es el libro como para hacer un trato con esa escoria?

—¿Esto? —Sonríe y acaricia el lomo con suavidad—. Aquí está la posible salvación del mundo tal y como lo conocemos, Brax.

—Y supongo que no estás dispuesto a compartir esa información conmigo, ¿verdad?

Su sonrisa se amplía y se encoge de hombros.

—Recuerda que hubo un tiempo en el que luchamos codo con codo, éramos como hermanos,

pero entonces nuestros creadores decidieron convertirnos en enemigos.

—Creo que tenemos una visión del pasado bastante distinta. Nuestra misión es la misma, mantener el equilibrio, impedir que humanos e inmortales vuelvan a matarse entre sí.

—Cierto, pero cada uno tiene sus métodos. Tú creaste esa especie de organización… Los guardianes del equilibrio —se burla—. Yo, sin embargo…

—¿Prefieres quedarte encerrado en tu palacio apareándote con todas las vírgenes que seas capaz de recolectar? —inquiero con sarcasmo.

—Sí, es una forma sencilla de explicarlo, pero no significa que por ello deje de hacer mi trabajo. —Palmea el libro y se dirige hacia una esquina de la sala, donde hay una mesa redonda de madera. Lo posa sobre ella y lo abre—. Lo que ya he dicho, nuestros métodos son distintos.

Pasa las páginas del libro y se queda callado unos segundos leyendo algo, después sonríe de nuevo y me mira.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? Te vi un poco descontrolado hace un rato.

—¿A qué viene esa pregunta?

Señala una página del libro con el dedo índice.

—Acabo de leer algo que podría resultar un poco preocupante. No me gustaría tener que enfrentarme a ti, Brax. —Athan se coloca en posición defensiva y se adelanta un paso—. Tranquilo, puedes decirle a tu perro que no corres ningún peligro, al menos, no por el momento.

Coloco la mano sobre el hombro del vampiro y le doy la orden silenciosa de que retroceda. No quiero enfrentarme a Ceridwen, pero, en caso de tener que llegar a ese extremo, no permitiría que ninguno de los míos estuviese presente. Ellos no sobrevivirían.

—¿Vas a mostrarme qué es eso tan preocupante?

—Depende, estoy dispuesto a hacer un trato. —Esta vez soy yo el que sonrío—. Vamos, tú obtendrás lo que desees y yo también.

—¿Y exactamente qué es lo que quieres? —inquiero.

—Acceso a la chica siempre que lo desee.

Un rugido de furia resuena en mi cabeza. «Mátalo. Acaba con él ahora mismo. No va a tocar a Tara». Inspiro hondo e intento mantener la compostura.

—Ella no es tu tipo —mascullo.

—Oh, tranquilo, no la quiero para eso. He sentido su poder, Brax, y me gustaría tener la oportunidad de investigarlo más a fondo.

—¿Qué obtendría yo a cambio?

«¡No! Deja de negociar con su seguridad, ¡maldita sea!».

—¿Qué es lo que quieres?

—Información sobre ella, y también… Hay una profecía, algo sobre el fénix.

—Interesante —murmura con una sonrisa burlona—. Creo que estamos bajo la misma pista, hermano. ¿Hay trato?

—No vas a tocarla ni lastimarla. Ella está bajo mi protección.

—Tranquilo, solo pido un poco de tiempo para averiguar si mis sospechas son ciertas.

—Está bien, hay trato.

«Imbécil».

No tardamos en unir nuestras manos mientras ambos pronunciamos en voz alta los términos de nuestro acuerdo. Es un trato inquebrantable, si alguno de los dos no lo cumple las consecuencias serán terribles. La muerte es el principio. En cuanto terminamos, Ceridwen estira su brazo para que yo mismo pueda ver lo que sea que esté escrito en el libro.

—Como ya dije antes, estamos bajo la misma pista. Supongo que ya habrás leído la primera parte de la profecía, aquí tienes la segunda.

Aunque me sorprende, no dejo que nadie lo note. Bajo la vista hacia la página amarillenta y empiezo a recitar en voz alta.

—Ignorante de su poder, el fénix será tentado por las dos caras de la oscuridad. Si su corazón se tiñe de sombras, liberará el mal dormido y llegará una nueva era de muerte y sufrimiento. En la encrucijada de la elección final, el destino de todos quedará sellado. El fruto de la unión con su destino será la clave del equilibrio.

—Creo que ya lo has entendido —susurra Ceridwen al notar que todo mi cuerpo se tensa—. La chica es el fénix, la portadora de la llama eterna. Solo ella puede salvarnos o matarnos, y tú eres la clave para que eso pueda ocurrir.

«Oh, esto se pone interesante».



Capítulo 15

Tara

Hace ya cuatro días que mi vida se desmoronó, otra vez. Los primeros dos fueron una mezcla de llanto, dolor y rabia. Después llegó la tristeza y ahora… La verdad es que esta mañana me he despertado mucho mejor. Entiendo lo que ocurrió. Silas jamás me quiso y yo a él tampoco, solo me manipuló para que pensara que era así. La verdad es que esos sentimientos eran tan reales… No obstante, pensándolo con la cabeza fría, soy consciente de que todas las señales estuvieron ahí desde el principio. Que me rescatara en ese callejón y me llevara al búnker; me mordió nada más conocerme. ¿Cómo es posible que no me volviera loca cuando me enteré de la existencia de los inmortales? Mantuve la calma, me adapté demasiado rápido, y eso fue porque en todo momento él estuvo controlando mi voluntad, mis sentimientos y mi estado de ánimo.

Escucho una risa al otro lado de la puerta y me tenso de pies a cabeza. Solo Zella ha venido a verme durante estos días. Me trae comida y después se va. Ni una palabra, nada. Empiezo a pensar que he hecho o dicho algo malo, ya que, por lo poco que la conozco, sé que no es de las que se callan las cosas. Lo he pensado mucho. Tal vez Abraxas y los suyos no sean tan malos como Silas los pintó. Me protegieron de él. Pero, por otra parte, tampoco es que hayan sido sinceros conmigo. Todo en ellos es un misterio, y creo que ha llegado la hora de empezar a buscar respuestas. Quizá incluso me dejen marchar ahora que saben que Silas y yo ya no tenemos nada en común. Podría comenzar una nueva vida lejos de aquí, otra vez.

Salgo de la habitación y me dirijo a la planta baja. Las voces y risas provienen de allí. En cuanto me encamino por el pasillo, de pronto, todo el sonido cesa. Sé que me han escuchado. Pienso en retroceder, solo que, tras respirar hondo para armarme de valentía, sigo avanzando y entro en la cocina. Athan, Darick y Zella están sentados alrededor de la mesa. No hay rastro de Abraxas por ningún lado.

—Hola —susurro, alzando la mano a modo de saludo. Athan esboza una sonrisa burlona y me siento ridícula. Bajo el brazo de inmediato—. Eh… Tengo hambre.

—Pensaba llevarte la cena en un rato —dice Zella.

—No hace falta.

—¿Cómo estás? —pregunta el licántropo, fijando su mirada en mí.

—Aún no lo tengo muy claro —contesto, haciendo una mueca con los labios.

Agacho la cabeza avergonzada. Aún recuerdo cómo me derrumbé esa noche al volver del palacio. Él estaba ahí y fue muy atento. Me dejó sobre mi cama, y cuando creí que se marcharía, dio media vuelta y me abrazó. Estuvo a mi lado todo el rato, aguantando mis lágrimas y reconfortándome hasta que me quedé dormida.

—Tienes buen aspecto —comenta Athan—. Apuesto a que ya no te quedan ganas de escaparte para ir en busca de… ¡Auch! —se queja cuando Zella le golpea el cogote con la palma de la mano.

Darick gruñe y niega con la cabeza.

—No le hagas caso al bocazas —dice la bruja. Señala una silla libre a su lado—. ¿Quieres cenar con nosotros?

—Eh… No sé. La verdad es que esperaba poder hablar un momento con Abraxas.

—No está —suelta Athan.

—¿Cuándo volverá?

—Después de la cacería —responde el vampiro, levantándose de un salto—. Llegamos tarde, Dar.

Su compañero asiente y también se pone en pie. Al pasar por mi lado, no puedo evitar llamarlo.

—Darick. —Se gira y clava su mirada en la mía—. No te di las gracias por lo que hiciste. Yo… —Trago saliva con fuerza mientras él sigue mirándome—. Solo… Gracias.

Se encoge de hombros y esboza una pequeña sonrisa antes de salir de la cocina tras el vampiro.

—No esperes un bonito discurso por su parte —dice Zella divertida. Vuelve a señalar la silla, y esta vez decido aceptar su invitación y sentarme a su lado—. Darick es un hombre de pocas palabras, como ya habrás podido notar.

—Sí, eso parece. —La bruja se levanta y se mueve por la estancia, cuando vuelve, deja un plato a rebosar de espaguetis frente a mí—. Gracias —susurro.

—Dos agradecimientos en menos de cinco minutos. Empiezo a pensar que estás tramando algo.

—No, yo no…

—Tranquila, Tara —me corta—. Solo era una broma. —Vuelve a sentarse en su lugar y se cruza de brazos, mirándome—. Athan es un bocazas, pero tiene razón. Tienes mejor aspecto. ¿Has podido descansar?

—Entre otras cosas —mascullo mientras lleno mi boca de los deliciosos espaguetis.

—Lo sé. No quiero que te sientas mal, pero en esta casa, con un vampiro, un licántropo y un demonio, la privacidad es un lujo del que no disfrutamos. —Hace una mueca con los labios—. Ellos pueden escuchar el aleteo de una mosca a cientos de metros. Los volviste locos con tanto llanto.

Trago la comida y suspiro, removiendo el resto del contenido del plato con el tenedor.

—Lo siento. No era mi intención molestar a nadie.

—No lo hiciste. Solo se sintieron incómodos e impotentes. No están acostumbrados a escuchar a una mujer llorar y no hacer nada al respecto. Aunque no lo creas, son buenos tipos.

—Ya no sé lo que creo —murmuro, dejando el tenedor sobre el plato.

—¿Al menos nos das el beneficio de la duda?

La miro frunciendo el ceño. No estoy segura de que lo correcto sea hablar con sinceridad, pero… ¿Qué demonios? No puedo seguir guardándomelo todo.

—Ahora mismo no sé quiénes son los buenos y quiénes los malos. Silas me manipuló, entro en mi cabeza, en mis sentimientos y los hizo pedazos. ¿Cómo sé que vosotros…? —Bufo con fuerza—. No importa.

—Claro que importa. Entiendo cómo te sientes.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. Yo también fui mordida por un vampiro. Por eso siempre llevo el colgante puesto. Me pilló desprevenida y… Me obligó a atacar a mis amigos. En ese momento mi lealtad estaba con ese hijo de perra y no con las únicas personas a las que he considerado mi familia.

—¿Qué pasó?

—Brax lo partió en dos, literalmente —contesta, sonriendo orgullosa.

Pongo los ojos en blanco. Después de lo que vi en ese palacio, la ira, la agresividad que emanaba ese ser, lo creo capaz de hacer eso y mucho más.

—¿Sabes si va a llegar muy tarde? —Echo un vistazo por la ventana y descubro que ya ha anochecido.

—No lo creo. Tienen una misión de reconocimiento. A Athan le encanta la palabra cacería, pero, en realidad, no creo que encuentren nada esta noche.

—Buscáis a Silas, ¿verdad? —pregunto en un susurro.

—Sí, entre otras cosas.

—¿Habéis tenido noticias suyas?

Niega con la cabeza.

—Esa rata sabe esconderse bien por las alcantarillas. Aunque ayudaría bastante que tú… —Bufa—. Estoy intentando ser sutil, pero lo de la paciencia no se me da demasiado bien. Si fuese por mí, te habría hecho mil preguntas estos días, pero Brax nos ordenó que te dejáramos en paz.

Abro muchos los ojos. Ahora entiendo su actitud cada vez que venía a verme a mi dormitorio.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Con quién trabaja, aparte de Kenia, claro.

Inspiro hondo y me detengo un segundo a pensar si debo o no contarle la verdad. No le debo nada a Silas. Por mí que se pudra en el infierno. Sin embargo, ayudarlos a ellos… ¿Por qué debería? Me tienen encerrada aquí. Soy su prisionera.

—Tal vez, cuando llegue Abraxas, pueda negociar con él las condiciones de mi liberación —comento con una ceja arqueada.

Zella se me queda mirando unos instantes y me sorprende echándose a reír a carcajadas.

—Estás loca —sigue riendo y niega con la cabeza—, aunque admito que tu valentía es digna de admiración. No vas a negociar con él. Brax está empecinado en protegerte incluso de ti misma.

—¿Qué significa eso? Silas ya no es problema mío. Puedo contarle todo lo que sé a cambio de que me libere.

—¿Te libere? —Deja de reír y me mira muy seria—. Tara, tú no eres una prisionera, nunca lo has sido.

—Entonces, ¿qué soy?

—No lo sé, aunque, conociendo la obsesión de nuestro líder por ti, empiezo a hacerme una pequeña idea —masculla entre dientes.

Bufo y aparto el plato de un empujón.

—A eso me refiero. Queréis que yo os cuente todo lo que sé, pero vosotros no soltáis prenda. Ya he pasado por esto antes. Silas era el que tomaba todas las decisiones, el que ordenaba, y yo solo…

—Estabas bajo la influencia del vínculo. No te culpes por eso.

—¡Fui imbécil! —grito—. ¡Dejé que me manipulara y se aprovechara de mí!

—Eso es lo que hace el vínculo.

—¡A la mierda el puto vínculo! ¡Yo lo deseaba! Estaba tan desesperada por encontrar algo que diese sentido a mi vida que acepté lo primero que se me cruzó por delante. Era un puto clavo ardiendo, y yo me aferré a él con todas mis fuerzas.

El silencio cae sobre nosotras y resoplo con fuerza. Supongo que solo necesitaba decirlo en voz alta para que se volviera real. Siento la mano de Zella sobre la mía y me giro extrañada.

—No dejes que él te siga manejando, Tara. Recuerda lo que te dije sobre el vínculo, lo primero es darse cuenta de que existe. Tú eres fuerte, más de lo que cualquiera de nosotros podría haber imaginado. Te estás librando de él. Ahora depende de ti seguir adelante con tu vida o quedarte anclada en el pasado, reviviendo una y otra vez lo que ese hijo de perra hizo contigo. Puedes ayudarnos a dar con él y que pague por sus delitos.

—Porque vosotros sois los buenos, ¿no?

Zella sonríe y niega con la cabeza.

—Aquí no hay buenos ni malos. En el interior de cada ser que pisa este mundo hay oscuridad, está ahí, esperando ser liberada. Nosotros debemos controlarla. El trabajo de los guardianes es mantener el equilibrio, preservar la vida ante todo lo demás.

—¿Y Silas?

—Él tiene sus propios planes.

—Planes que nadie me va a contar, ¿cierto?

La bruja suspira y se echa hacia atrás en su asiento.

—Pregunta todo aquello que quieras saber. Lo que sea. Yo lo contestaré.

—¿Todo? —Asiente y empiezo a acumular en mi cabeza las miles de dudas que tengo—. ¿Sabías que Silas me estaba manipulando? Me refiero a antes de lo que pasó en el palacio de Agrabah.

—¿Palacio de Agrabah? —Sonríe, negando con la cabeza—. A Ceridwen no le hará mucha gracia el apodo, pero me gusta.

—No me has contestado.

—Sí, Tara. Todos lo sabíamos. Llegaste aquí con un montón de marcas de mordeduras en el cuello. La forma en la que lo defendías fue una clara señal de que él estaba manejando los hilos. Aunque… —Parece pensar muy bien sus siguientes palabras—. Al principio creímos que solo eras una humana, su fuente de alimento, pero después tumbaste a Athan con esa luz cegadora y sentimos tu poder. Fue toda una revelación, la verdad.

—¿El qué? ¿Sabéis qué soy?

—Pues… Hay una profecía. Encontramos la primera parte en el libro que sacamos del búnker, y aquella noche, después de que te marcharas, Brax consiguió que Ceridwen nos mostrara la segunda parte.

—¿Qué profecía? ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —pregunto confusa.

—Al principio no estábamos seguros. Es complicado. Tenemos un nombre: Fénix.

—¿Fénix? ¿Cómo el ave fénix?

—Hay algunas referencias en libros antiguos, pero hasta ahora creímos que no eran más que leyendas y mitos. Algunos lo llamaban el portador de la llama eterna.

—No entiendo una mierda —murmuro.

—Ya, tampoco creas que nosotros estamos mejor. Esperamos encontrar la tercera y última parte de la profecía muy pronto. Por eso Brax ha estado ausente. Nos dieron una pista y él decidió seguirla.

—Vamos, que no tenéis ni puta idea de nada.

—Básicamente, pero estamos en ello.

—Pero…

—¿Interrumpo?

Escucho la voz dulce y serena de Abraxas a mi espalda y un escalofrío recorre mi columna, después unos pasos y enseguida su sombra se cierne sobre mí. Carraspeo e intento no hacer contacto visual.

—Estoy poniendo a Tara al día de toda nuestra investigación —le dice la bruja.

—Ah, ¿sí? —Hago verdaderos esfuerzos para mantener la mirada sobre la superficie de la mesa, pero no lo logro. Contengo el aliento y me enderezo. Los ojos grises de Abraxas se clavan en los míos y esboza una pequeña sonrisa ladeada—. ¿Has decidido dejar de compadecerte de ti misma y salir al mundo? Me alegro por ti.

«¡Será hijo de puta!».

—Puedes meterte el tono condescendiente por el…

—¡Vale! —Zella se pone en pie, sonriendo de oreja a oreja—. Ya veo que esto está a punto de convertirse en un campo de batalla y no tengo ganas de quedarme a recoger los destrozos. —Me señala con el dedo índice—. Ella quiere negociar contigo las condiciones de su liberación.

La sonrisa burlona de Abraxas se amplía.

—No me digas… ¿Eres una prisionera?

—Sin grilletes, pero sí —siseo con rabia.

—Bien. ¿Qué es lo que puedes darme a cambio de tu libertad?

—Información. —Alzo la barbilla, desafiante, y me encojo de hombros—. Tal vez, si conocéis a los aliados de Silas, sabréis dónde buscarlo.

Se queda callado unos segundos, golpeando su labio inferior con la punta de su dedo corazón. Me está poniendo nerviosa. ¿Por qué hace eso?

—Bien. Está claro que va a ser una negociación muy dura, así que propongo un cambio de escenario. ¿Te apetece que demos un paseo?

Sigo su mirada hacia la ventana abierta y me doy cuenta de lo que quiere decir. «Dar un paseo». Esas fueron las mismas palabras que usó cuando me llevó volando a lo alto de la torre de la Sagrada Familia.

—No vas a llevarme a la fuerza otra vez —replico.

—Te estoy invitando, Tara. No es una obligación.

—Podemos hablar aquí. Tienes una enorme mansión llena de habitaciones.

—Pero a mí me apetece tomar el aire. —Estira su mano en mi dirección—. ¿Vamos? —Niego con la cabeza—. En ese caso, doy la negociación por terminada.

—¡¿Qué?! ¿No quieres saber lo que tengo que decir?

—Lo sabré tarde o temprano —comenta, encogiéndose de hombros.

Zella nos mira a uno y a otro como si estuviese disfrutando de un entretenido partido de tenis, pero no dice nada.

—¿Por qué tienes que llevarme volando? Hay coches, o también puedes andar.

—¿Dónde está la diversión en eso?

Bufo con fuerza y al fin decido darme por vencida. Otro vuelo corto no me matará. Además,

las vistas desde ahí arriba son espectaculares. Estaría bien volver a disfrutarlas. Me levanto y me cruzo de brazos, frunciendo el ceño.

—Hace frío. Necesito una chaqueta.

Al instante, Brax chasquea los dedos y noto cómo mis brazos desnudos quedan cubiertos. Me ha puesto un abrigo con magia.

—Como me dejes caer…

—Oh, no lo hará —dice Zella—. Brax prometió que nada malo te pasaría, y él siempre cumple sus promesas.



Capítulo 16

Brax

Mentiría si digo que no me siento tentado a dar vueltas en círculos solo para seguir sosteniendo a Tara entre mis brazos. Su aroma a humo y ceniza me tiene embriagado. Ella, como siempre, mantiene la espalda recta y los brazos tensos alrededor de mi cuello, pero no aparta la mirada de la ciudad que tenemos bajo nuestros pies. En cuanto aterrizo en la torre más alta y la dejo en pie, se aparta de mí como si mi piel la quemara.

—Algún día vas a admitir que te encanta volar conmigo —comento en tono burlón.

Recibo unos ojos en blanco como respuesta y contengo las ganas de reír. Esto no puede ser bueno. Lo que esta chica me hace… No, es demasiado peligroso. Inspiro hondo y espero a que ella se coloque junto al borde para mirar el paisaje nocturno. Me acomodo a su lado, embelesado también, aunque lo que en realidad me fascina a mí es su rostro, la curva de su cuello, la forma en la que frunce el ceño en un gesto claro de concentración… Dijo que quería negociar las condiciones de su libertad. Está loca si cree que voy a dejarla huir. Haré cualquier cosa para mantenerla a mi lado.

«Puedes empezar por partirle las piernas. Así no irá a ningún lado». Bufo con fuerza y el sonido logra atraer la atención de Tara.

—Querías venir aquí para hablar y eso hemos hecho. ¿Podemos comenzar ya?

—Claro. Negociaciones, ¿cierto? —Asiente y me contengo para no soltar una carcajada. ¿Cómo puede ser tan ingenua? ¿Es que no puede ver que lo que ella cree desear es un maldito suicidio?—. ¿Qué es lo que propones?

—Yo te digo todo lo que sé sobre Silas, te lo cuento todo, y a cambio tú me dejas marchar. Me iré de la ciudad esta misma noche.

«Sobre mi jodido cadáver».

—Analicemos con detenimiento toda la situación, ¿quieres? —Camino de un lado a otro de la torre dando pequeños golpecitos en mi labio inferior con el dedo—. Tu parte de trato es sencilla y justa también. No le veo fisuras. La información que posees puede ser muy interesante.

—Pues ya está. Hagámoslo.

—Un momento. —Miro sus ojos azules y sonrío—. Pongámonos en el caso de que yo acepto. Tú me lo cuentas todo, volvemos a la mansión, recoges tus cosas y te marchas. ¿Cuánto crees que durarás en la calle sin mi protección?

—¿Cómo? —pregunta, y por su reacción creo que está realmente sorprendida.

—Tara, le has dado la espalda a Silas. ¿De verdad crees que va a quedarse quieto? Ahora mismo estará buscando la forma de recuperarte. Quiere el poder que hay en tu interior, lo necesita para acabar conmigo y cumplir su venganza.

—Eso no… ¿Por qué? Yo no quiero nada de esto. Te lo regalo, a ti, a él, a quién sea.

—Esto no funciona así. Has nacido con ese poder, está en tu interior.

—Pero si Silas puede usarlo en tu contra, eso significa que hay alguna manera de pasárselo a él o a otra persona.

—No. Lo que Silas planea es usarte a ti en mi contra. Quiere que tú me mates.

Se echa hacia atrás, como si acabara de recibir un puñetazo en el pecho, y niega con la cabeza.

—Yo no sé… No podría hacer eso.

—Sin embargo, yo estoy seguro de que serías muy capaz, y por lo que dice la profecía, o al menos lo que conocemos de ella, lo harás.

Sigue negando y camina de un lado a otro con la cabeza gacha.

—¿Yo voy a matarte?

—Es una posibilidad. Prefiero tener la última parte de la profecía antes de empezar a redactar mi testamento.

—Pero, ¿qué dice esa profecía? ¿Por qué nadie me cuenta las cosas claras?

—Porque este es un camino de ambos sentidos. ¿Quieres que confiemos en ti? Bien, esperamos lo mismo por tu parte.

—Compartir información —masculla entre dientes.

—Exacto. Nadie te ocultará nada. Podrás trabajar y luchar con nosotros para hacer justicia.

—¿Justicia? ¿Como la que hiciste con Samara?

—No sabes nada de eso.

—Pues cuéntamelo. Lo tomaré como una muestra de buena voluntad por tu parte.

—Qué amable —me burlo. Respiro hondo y me asomo a la ventana de piedra—. ¿Sabes cómo llegó Silas a mí?

—No.

—Él y Athan habían sido convertidos por un vampiro errante, un ser que idealiza un mundo en el que los humanos se convierten en esclavos de los inmortales. Ambos se dedicaban a matar, torturar y alimentarse de cualquier humano que se cruzara en sus caminos. Estaban descontrolados, habían dejado que la oscuridad que hay en ellos ganara la batalla. Yo fui a buscarlos para darles su merecido, ese es mi trabajo.

—¿Qué pasó? —susurra, y parece muy interesada.

—Cuando los encontré y estaba a punto de matarlos, Athan me pidió que fuese rápido, que acabara con él cuanto antes para que no pudiese seguir haciendo daño. Fue una llamada de auxilio. Estaba dispuesto a morir porque nadie le había enseñado nunca a controlar toda esa oscuridad. Le perdoné la vida, y también a Silas. Unos años después apareció Samara. Su historia era bastante similar a la de los dos hermanos. A esas alturas ellos ya se habían convertido en parte de mi círculo, y, por supuesto, cuando Silas me pidió que ayudara a la mujer que amaba, lo hice sin dudar ni un solo segundo.

—¿Y dónde encaja que decidieras matarla? ¿Tan grave fue lo que hizo?

Giro la cabeza y busco su mirada antes de contestar.

—Samara, al igual que Silas, Athan, Darick y Zella, era una de mis personas de confianza. Miembros de alto nivel de los guardianes, pero descubrí que su llegada a mi organización no había sido algo casual. El mismo errante que convirtió a Athan y a Silas la envió para espiarme desde dentro y acabar conmigo.

—Un caballo de Troya —murmura.

—Exacto. Trabajaba con una colonia entera de errantes. Cuando llegamos a su base, encontramos cientos de cuerpos humanos sin vida, y a los que aún respiraban los habían convertido en meras mascotas para su uso y disfrute. Tenía que matarla, aunque las consecuencias de ese acto fuesen perder a uno de mis mejores hombres, a… un amigo.

—¿Silas lo sabía? ¿Supo lo que ella estaba tramando?

—No lo creo. Pretendía explicarle todo, pero no nos dio la menor oportunidad. En cuanto noté su furia, toda esa rabia… Supe de inmediato que nada de lo que dijese o le intentase hacer ver apaciguaría su sed de venganza.

Se queda callada durante un buen rato hasta que la escucho suspirar.

—No sé si lo que dices es verdad o tú también intentas mentirme. Sé que has manipulado antes mi voluntad, mis sentimientos y también mis pensamientos.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Tara, tengo mucho poder, pero ese no es uno de ellos. No puedo meterme en tu cabeza. Si sentiste o pensaste algo extraño fue cosa tuya.

—No. Tú dijiste que ibas a borrarme sus recuerdos.

—Porque sabía que tarde o temprano te darías cuenta de lo del vínculo y que tienes la suficiente fuerza para romperlo.

—Y… ¿Cómo lo sabes? Lo que pienso. A veces te adelantas y adivinas…

—Eres un jodido libro abierto, muchacha. Tus expresiones, la forma en la que te retraes o sacas pecho cuando te sientes amenazada… No tengo poderes mentales, solo soy observador.

—¿Lo dices de verdad? ¿Cómo puedo confiar en ti?

Inspiro hondo y me giro para tenerla frente a mí.

—Hagamos un trato. Confiaré en ti si tú haces lo mismo conmigo. Te estoy haciendo una promesa, Tara, protegerte, ayudarte a crecer, a convertirte en la inmortal que estás destinada a ser.

—¿Qué pides a cambio?

—Tu lealtad, nada más que eso.

Parece meditarlo unos segundos y niega con la cabeza.

—Necesito pensarlo.

«No se ha negado. Al final va a resultar que no eres tan idiota como pensaba».

—Está bien. Tómate tu tiempo.

—¿Y lo de mi libertad? —Arqueo una ceja y ella resopla—. Ya, me voy olvidando, ¿no?

—Hasta que Silas esté muerto, el único lugar seguro en el mundo para ti es a mi lado.

Respira profundo y asiente.

—Bien, estoy lista para volver a la mansión.

Contengo una sonrisa y, tras cogerla en brazos, regreso volando a casa. Esta vez sí que doy varias vueltas antes de aterrizar en el balcón de su dormitorio. La acompaño al interior y espero que sea ella la que hable. No ha dicho ni una sola palabra desde que salimos de la torre. Empiezo a pensar que debería marcharme y dejarla sola cuando abre la boca.

—Él intentaba entrenarme. Kenia me ayudaba con meditación y un montón de mierdas más.

Quería que controlara mi poder. —Chasquea la lengua y resopla con fuerza—. También me llevó a ver a una tal Tamandra, es un súcubo que…

—La conozco —la corto—. ¿Esto significa que tenemos un trato?

—Zella comentó que los tratos entre inmortales son inquebrantables.

—Así es.

—¿Cómo se hace? ¿Nos damos la mano o algo así?

—Sí, ese es el procedimiento habitual. —Sonrío y doy un paso en su dirección. Estiro mi brazo y ella duda unos segundos, pero termina estrechando mi mano—. Sin embargo, en esta ocasión voy a cambiar un poco las normas. —Llevado por un impulso, y antes de que pueda darse cuenta de mis intenciones, tiro de ella y estampo mis labios sobre los suyos.



Capítulo 17

Brax

Antes de perder el control sobre mis propios actos, salgo del dormitorio de Tara a toda prisa. Sigo sin entender por qué me comporto de este modo en su presencia. No quería besarla, o sí, pero no… ¡Maldición!

«¿Qué mierda haces? Vuelve con ella, arráncale la ropa y…».

—¿Todo bien?

Me detengo de golpe al ver a Zella frente a la puerta abierta de su habitación. No me gusta la sonrisita que luce. Parece estar burlándose de mí. Mis sospechas se confirman al ver la sombra de Athan a su espalda, desnudo y riendo socarrón.

—¿Una noche dura, jefe? —canturrea.

Gruño en voz baja. Se lo está pasando en grande a mi costa. Seguro que ambos estaban con la oreja puesta y saben lo que acabo de hacer con Tara en su dormitorio.

—No quiero escuchar ni una sola palabra —siseo al pasar frente a ellos sin ni siquiera detenerme.

Los escucho reír a carcajadas cuando ya he cerrado mi propia puerta y me estoy quitando la chaqueta del traje. La lanzo sobre la cama y después me encargo de librarme del chaleco y la corbata. ¿Por qué esta situación les parece tan divertida? No lo es. Se supone que debería estar preocupándome por los planes de Silas y los grupos de errantes, que cada vez están más organizados por los bajos fondos de la ciudad. No obstante, aquí estoy yo, llevando a una chica que apenas conozco a lo alto de la Sagrada Familia, besándola, huyendo como un jodido adolescente y fantaseando con algo que jamás podré hacer realidad.

«Eres un imbécil, pero eso ya lo sabías. Deja de contenerte, Brax. No le debes nada a nadie. Solo ve a por la chica y hazla tuya como tanto deseas».

Bufo de nuevo y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. Tengo que restablecer mis prioridades antes de que el mundo se me caiga encima.

Tara

—Inténtalo de nuevo —insiste Zella.

Llevo ya varias semanas entrenando con ella. Desde que hice ese trato con Abraxas no hemos parado de trabajar. Bueno, no fue el único momento memorable de esa noche, pero lo del beso he decidido borrarlo de mi mente. En realidad, aún intento averiguar si fue algo real o una nueva jugada de mi imaginación. En fin, prefiero invertir mis esfuerzos en algo mucho más seguro, como defenderme de los ataques de un vampiro y un licántropo que podrían arrancarme la cabeza con un solo movimiento de sus dedos.

—Esta vez voy a ser más duro —afirma Athan, sonriendo con malicia.

Lucho contra el impulso de salir corriendo. Se supone que esto forma parte de mi entrenamiento. Abraxas no solo quiere que acceda a mi poder y aprenda a manejarlo, también que pueda defenderme sola en un combate cuerpo a cuerpo. La primera vez que me lo dijo casi me echo a reír, sin embargo, después de todas las intensas sesiones de ejercicios, lucha y técnicas de combate, debo admitir que me encanta la sensación de tener el control por una vez. Tal vez, si me hubiese sentido así antes, tan segura de mí misma y mis capacidades, no habría permitido que Alex, Silas o cualquier otro me destrozara.

Athan empieza a acercarse con lentitud, flexiona las rodillas como un gato a punto de abalanzarse sobre su presa. He aprendido a leer sus movimientos, sé que ahora me atacará a las piernas antes de lanzarme un golpe cruzado al rostro. Espero a que se mueva, y consigo esquivarlo con facilidad una vez y después otra.

—¡Eso ha estado genial, Tara! —grita Zella desde el otro extremo del gimnasio.

Sonrío mientras siento cómo las gotas de sudor se escurren por mi espalda. La parte física se me da bien. Soy una mujer obstinada, y lo de tener más fuerza y resistencia que un humano es algo que empiezo a notar, sin embargo, lo que no llego a controlar del todo es ese poder que se supone que vive en mi interior. Por más que lo intento con meditación, magia e incluso algunos rituales que Zella aseguró que podrían funcionar, sigo sin tener ni idea de cómo usar a ese maldito.

—¿Crees que vas a poder hacerlo de nuevo? —masculla Athan, abalanzándose otra vez sobre mí.

Salto como puedo y hago eso que tanto me repite Zella a cada instante, seguir mis instintos, y ahora mismo estos me gritan que eche a correr, así que lo hago. Athan me sigue, y en lo que tardo en parpadear lo tengo de nuevo frente a mí, con sus dientes afilados muy cerca de mi cuello. Lo empujo y consigo apartarlo un poco. Mi fuerza también va en aumento. Se supone que proviene del poder del fénix, y lo que sea que signifique eso.

—Darick, tú también —le escucho decir a Zella, y abro mucho los ojos.

—¿Qué? —No me da tiempo a reaccionar.

En solo un par de segundos veo cómo una bestia peluda viene hacia mí. Salto hacia atrás, pero no tengo escapatoria. Mi espalda golpea contra la pared e intento fundirme con ella.

—El conejito se ha quedado encerrado en su madriguera —canturrea Athan, y Darick gruñe en respuesta. Ambos se acercan milímetro a milímetro, acechándome. No voy a poder con los dos. A duras penas consigo esquivar los golpes de cada uno por separado—. Lo siento, muñeca. No quería hacer esto —dice justo antes de tirarse sobre mí.

Cierro los ojos y la imagen de Alex diciéndome unas palabras muy similares consiguen robarme el aliento. «Muñeca». Odio que me llamen así. Entonces lo siento, lo mismo que aquella noche en mi apartamento. La rabia, el miedo, la desesperación… Esa chispa que sé que está ahí

dentro, esperando para ser avivada y convertirse en una enorme hoguera capaz de arrasar con todo a su paso. Abro los ojos de golpe y sonrío al notar cómo esa llama se extiende por todo mi cuerpo y recorre mis venas como lava líquida. Athan y Darick parecen haberse ralentizado. Siguen avanzando hacia mí a cámara lenta mientras los observo. Extiendo mis brazos hacia ellos cuando casi los tengo sobre mí y dejo que el fuego, la rabia y el terror salgan en forma de destello cegador.

Cuando la intensidad de la luz dorada disminuye, compruebo que tanto Darick como Athan están tumbados en el suelo en el extremo opuesto de la sala. Miro mis manos, que aún siguen emitiendo un leve brillo.

—¡Lo has logrado! —exclama Zella.

—¿Ellos están bien? —inquiero, viendo cómo el vampiro y el licántropo, de nuevo en su forma humana, empiezan a incorporarse.

—Lo estarán —responde Zella, haciendo un gesto con su mano para restarle importancia—. Los has tumbado a los dos, Tara. ¿Cómo lo has hecho?

—Creo que lo hemos enfocado mal desde el principio. —Muevo mis dedos. La luz deja una especie de estela fugaz en el aire. Es hermoso—. Intentaba acceder al poder desde la meditación, manteniendo la calma y la serenidad, pero debo hacer todo lo contrario.

—No entiendo —susurra.

—Al igual que vosotros cuando os transfiguráis, accedéis y controláis vuestra oscuridad. —Dejo que la llama vuelva a mi mano y consigo crear una pequeña bola de luz dorada en el centro de la palma—. Tengo que dejar que salga lo malo, no lo bueno.

—Eso explica lo de pelo —escucho que dice Athan entre quejidos.

Lo miro confusa y espero a que llegue a mi lado cojeando. Darick lo sigue, aunque antes se abrocha bien lo que queda de su pantalón vaquero. Cada vez que se transfigura destroza uno. Me pregunto si tendrá un guardarropa ilimitado para él solo.

—Tu pelo se ha vuelto negro —explica Zella—, y tienes… —Señala algo sobre mi mejilla izquierda—. Es una marca de oscuridad. Creo que acabas de transfigurarte, Tara.

Esbozo una pequeña sonrisa. No estoy segura de que eso sea precisamente lo que estaba buscando, pero es un medio para llegar al fin, que no es otro que conseguir controlar mi poder.

—Creo que ya está bien por hoy —dice Athan, moviendo el cuello a un lado y a otro—. Esta noche vamos de cacería y necesito poder moverme sin gritar de dolor.

—No voy a decir que lo siento —señalo, encogiéndome de hombros.

Athan sonríe. En estas semanas he descubierto que en realidad no es tan malo como pensaba. Me sigue asustando un poco, pero ahora sé que su bravuconería no es más que una fachada. En realidad, el vampiro vive torturado por la culpa de los pecados de su hermano, y respecto a Zella… Entre ellos hay mucho más de lo que ninguno es capaz de admitir. La bruja insiste en que son amigos que lo pasan bien teniendo sexo. Yo creo que son gilipolleces. Se gustan de verdad. No obstante, no seré yo la que abra esa puerta. Aún no he conseguido adaptarme por completo a esta nueva vida con esta gente.

—¿Cacería? —inquiero, arqueando una ceja. Zella asiente—. ¿Puedo ir?

Athan comienza a reír a carcajadas mientras niega con la cabeza.

—La muñequita acaba de dar sus primeros pasos y ya está pensando en correr una maratón —se burla.

Frunzo el ceño y lo señalo con el dedo índice.

—Deja de llamarme así —siseo.

El vampiro alza ambas manos en el aire, perdiendo la sonrisa.

—Está bien. No hace falta que te enfades, chica. Solo era una broma. Respecto a tu petición… —Hace una mueca con los labios—. Aunque quisiéramos llevarte con nosotros, Brax jamás lo permitiría.

—¿Por qué? Se supone que el objetivo de todo el entrenamiento y las horas de gimnasio recibiendo golpes es poder defenderme sola.

—Tara, una cosa es defenderse y otra muy distinta salir a buscar pelea —comenta Darick.

Desde la noche en que me derrumbé, no puedo evitar mirar al licántropo con otros ojos. Él estuvo a mi lado, consolándome, ofreciéndome su ayuda y lo que más necesitaba en ese momento: una salida. No hemos vuelto a hablar de ello, pero muchas veces me parece ver algo de compasión en su mirada.

Inspiro hondo por la nariz y me cruzo de brazos con la barbilla en alto.

—Esa es mi decisión. Se supone que no soy una prisionera, ¿no?

—Tara… —empieza a decir Zella, pero la corto con una mirada fulminante.

—Quiero hablar con Abraxas.

—No lo harás cambiar de idea. A tozudo no le gana nadie —murmura Athan.

—¿Está en su despacho? —Zella resopla y asiente.



Capítulo 18

Tara

Salgo del gimnasio a toda prisa y subo las escaleras hacia la planta principal. Durante estas últimas semanas me he movido por la mansión como si estuviese en mi propia casa, por lo que no tardo en encontrar el lugar donde Abraxas suele refugiarse la mayor parte del tiempo. Abro la puerta sin llamar y no sé quién de los dos se sorprende más. Abraxas me mira frunciendo el ceño, y a su lado el genio, Ceridwen, sonríe de oreja a oreja. Sé que la mansión, aparte de la morada habitual del demonio y su círculo íntimo, también es la sede de los guardianes del equilibrio, sin embargo, nunca antes había visto a ningún desconocido entre estas paredes.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta Abraxas con su habitual tono sereno.

—Necesito hablar contigo —le lanzo una mirada poco amistosa al genio— a solas.

—Me alegra volver a verte, Fénix —canturrea Ceridwen.

—Me llamo Tara, y siento no poder decir lo mismo.

—Tara… —sisea el demonio a modo de advertencia.

—Tranquilo, amigo. Me gusta que sea tan efusiva, eso la hace muy… especial. —Camina hacia mí sin perder la sonrisa y coloca su mano sobre mi hombro. Por algún motivo, no siento ningún tipo de amenaza en ese gesto, así que no me aparto—. ¿Estás lista para nuestro tiempo juntos?

Frunzo el ceño y miro a Abraxas en busca de una explicación.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquiero. Por primera vez desde que lo conozco, el demonio aparta la mirada y parece… ¿Avergonzado?—. Abraxas, te he hecho una pregunta —insisto.

Alza la cabeza y suspira con fuerza.

—Ceridwen, ¿te importa dejarnos?

El genio amplía su sonrisa.

—Por supuesto. Nos vemos pronto —me susurra, y al instante desaparece, dejando un halo anaranjado en el lugar en el que se encontraba, el cual no tarda en desvanecerse.

Espero unos segundos sin cambiar mi postura, con los puños apretados a cada lado de mi

cuerpo y la espalda tensa.

—Sigo esperando —mascullo—. ¿Qué ha querido decir con eso de «tiempo juntos»? Yo no tengo ninguna intención de estar con él.

—No tienes alternativa —replica, buscando mi mirada—. Hice un trato con él. A cambio de la segunda parte de la profecía, él puede tener acceso a ti cuando quiera.

Retrocedo un par de pasos, sintiendo cómo mi garganta se cierra, y niego con la cabeza.

—¿Que tú hiciste qué…? —Mi voz sale ahogada, como un graznido bajo.

—Era la única manera de conseguirla, Tara. Ambos necesitábamos respuestas.

—¿Y para conseguirlas no se te ocurrió otra opción mejor que prostituirme?

Frunce el ceño y puedo notar que todo su cuerpo se tensa.

—Yo no hice tal cosa. Ceridwen no te pondrá un dedo encima. Solo quiere investigar sobre el poder que llevas dentro. Es algo nuevo para todos y…

—¡Eres un hijo de perra! —grito.

Durante un instante parece sorprendido por mi arrebato, y después frunce el ceño.

—Eso era completamente innecesario, ¿no te parece?

—Me he quedado corta. ¿Cómo has podido venderme a un desconocido?

—Conozco a Ceridwen desde hace mucho tiempo. Te aseguro que es de fiar.

—Eso dijiste de ti y mira a dónde he llegado —farfullo.

—Tara, estás sacando las cosas de quicio. Te aseguro que pasar un rato con Ceridwen de vez en cuando no es algo peligroso. Estarás segura con él.

—Lo mismo pensaba no hace mucho de Silas. Dices que no es para tanto, pero ni siquiera te has parado a pensar que lo que menos deseo en estos momentos es exponerme a mí y a lo que sea que llevo dentro ante otro monstruo.

Se queda callado un momento y después resopla.

—No creí que fuese algo tan importante para ti.

—Ya, supongo que lo de la empatía no es algo que te salga de forma natural. Piensa por un instante lo que sentirías si alguien se hubiese metido en tu cabeza y lo hubiese cambiado todo: tu forma de pensar, tus sentimientos, tu percepción del mundo… Es una violación mucho peor que el que cualquier imbécil decida que quiere tener tu cuerpo te guste a ti o no, y créeme, sé de lo que hablo.

Sus ojos grises se oscurecen hasta perder todo el color, en su lugar solo quedan dos pozos negros y sin vida. La mirada de la muerte.

—¿Quién? —Su voz sale ronca y con rabia contenida, incluso me parece ver un pequeño temblor en su barbilla.

—Eso no es importante ahora.

—Para mí sí. Necesito saber quién es el cadáver andante que te hizo daño, Tara. Dímelo —exige.

Trago saliva con fuerza y empujo al fondo de mi mente los recuerdos de esa noche en la que me convertí en una asesina.

—Está muerto —contesto en un susurro.

Abraxas inspira hondo y poco a poco recupera el brillo en sus ojos. Parece… ¿aliviado? Rodea su mesa y camina hacia mí con lentitud. Se detiene a unos pocos pasos.

—Siento mucho lo de ese trato. Creí que estaba haciendo lo correcto.

Suspiro y asiento. Parece sincero, aunque… No sé por qué no termino de fiarme del todo. Hay algo en él que me produce una sensación extraña, y no me refiero al cosquilleo entre mis piernas.

—No importa. Ahora ya está hecho, pero, a cambio, vas a tener que darme algo.

—Creí que nuestro trato ya estaba cerrado —susurra, y una de sus comisuras se eleva.

Recuerdo esa noche que me besó para sellar el trato, justo antes de largarse sin dar explicaciones. ¿Estará él pensando en lo mismo? Sacudo la cabeza para librarme de esas imágenes y resoplo.

—A la vista de la falta de información que tenía en el momento en el que pactamos los términos de nuestro acuerdo, creo que deberíamos valorar una renegociación.

—¿En qué estás pensando? —inquiere, arqueando una ceja.

—Yo me voy con el genio, dejo que investigue conmigo o lo que sea, y a cambio, tú permites que salga con Athan y Darick esta noche.

—No —responde tajante.

—Pero…

—Insiste lo que quieras, Tara, la respuesta seguirá siendo la misma.

—¡¿Por qué?! He entrenado mucho. Mira… —Alzo mi mano y no tengo ninguna dificultad en conseguir que una estela de brillo dorado ilumine mis dedos—. Consigo acceder a mi poder. Sé cómo hacerlo.

Abraxas sonríe y estira su brazo. Cuando su piel toca la mía siento un escalofrío por todo mi cuerpo. Su sonrisa se amplía y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Eres única, Tara —susurra.

—Entonces, ¿puedo ir?

Se aparta de inmediato y su sonrisa desaparece.

—No.

—¡Oh, vamos! Dijiste que podría luchar a vuestro lado.

—No estás preparada. La cacería de hoy… —Chasquea la lengua, contrariado—. Irás otro día.

Por la forma en la que aparta la mirada, me da la sensación de que hay algo que no me está contando.

—Se supone que no habría más secretos. Eso sí formaba parte del trato, ¿recuerdas? Yo confío en ti y tú en mí.

Bufa y se frota el mentón cubierto de barba corta y negra. Sus ojos grises se clavan en los míos.

—Solo intento protegerte —murmura en voz baja.

—¿Encerrándome? Eso fue lo mismo que hizo Silas. Creí que tú eras distinto, que me enseñarías a protegerme sola.

Durante unos segundos no dice nada, solo me mira con fijeza. Al fin, tras un rato largo, suspira y se apoya en el borde de la mesa, cruzando las piernas por delante.

—Tenemos una pista de dónde puede estar Silas. Esta noche iremos a comprobarla —confiesa.

Respiro hondo y asiento. Ahora entiendo a qué venía tanto secretismo. Es por Silas, siempre él.

—¿Qué pasa con lo que te conté de Tamandra? ¿La habéis ido a buscar a su club?

—Sí, pero, aparte de una montaña de cadáveres, no encontramos nada.

Mis ojos se abren hasta el nacimiento del pelo. Recuerdo ver a muchos humanos en el club las pocas veces que fui, Silas los llamaba «mascotas humanas». Alguna vez le pregunté por ellos y me dijo que se prestaban voluntarios para alimentar a los vampiros y a algunos otros inmortales, como Tamandra.

—¿Los humanos que estaban allí…? —Antes de que pueda terminar la frase, Abraxas asiente, confirmando mis sospechas—. ¿Por qué? Se supone que eran voluntarios.

—¿Quién te ha dicho eso? —inquiere, frunciendo el ceño. Rueda los ojos y masculla una maldición—. Silas, ese hijo de… No hay humanos voluntarios, Tara. Algunos inmortales, como los vampiros, súcubos, íncubos… necesitan alimentarse de los humanos, su sangre, su esencia vital, su excitación sexual… Yo no puedo hacer nada al respecto porque se trata de la supervivencia de la especie, pero siguen unas reglas estrictas, o al menos es lo que deberían hacer.

—¿Qué reglas?

—Para empezar, los humanos no deben morir, ni tampoco recordar nada de lo sucedido. Todos los inmortales que se alimentan de ellos, de una u otra forma, poseen el don de la manipulación mental.

—¿Quieres decir que Tamandra también puede haber entrado en mi cabeza sin que yo me enterara?

—No, a menos que te hayas acostado con ella. —Abro mucho los ojos y siento que mis mejillas se calientan. Abraxas sonríe, como si estuviese adivinando mis pensamientos. Va a ser verdad que soy como un libro abierto, al menos para él—. Los súcubos atraen a sus presas mediante feromonas. Durante el sexo se alimentan de ellos, también son capaces de manipular sus mentes.

—Y si…

—No lo hizo —me corta—. Si te hubiese tocado dejaría una marca.

—¿Qué tipo de marca?

—Como un rastro, un aroma, y Darick lo habría detectado nada más olerte.

Suspiro, más tranquila, bajo su atenta mirada.

—¿Sabías que esas personas estaban en el club?

—Sí.

—Entonces… No entiendo. Se supone que tu trabajo es impedir que estas cosas pasen, ¿no?

—Lo es, pero hay lagunas legales y algunos inmortales se aprovechan de ellas. —Frunzo el ceño y él decide explicarse—. La ley dice que los inmortales no podemos influir en la vida de los humanos. Si encuentran a personas sin familia ni amigos, sin nadie que vaya a echarlos de menos, pueden manipularlos durante un tiempo, alimentarse de ellos y después borrarles la memoria y devolverlos a su vida normal. Pensarán que les ha ocurrido algo raro, tal vez un accidente que les borró la memoria, pero no se incumple ninguna norma, por lo que mi gente y yo no podemos actuar.

—Eso es injusto. Son personas.

—Lo sé, pero no soy yo el que dicta la ley, Tara. Solo me aseguro de que se cumpla.

—¿Y quién lo hace?

Resopla y niega con la cabeza.

—Esa es una historia para otro momento. Ahora deberías irte a descansar.

—Sigo queriendo ir a la cacería. Me importa una mierda que Silas esté ahí. Necesito salir de esta casa y enfrentarme al mundo, Abraxas.

Estrecha la mirada sobre mí y exhala una gran bocanada de aire.

—Con dos condiciones.

Me contengo para no dar saltitos de alegría. Creo que acabo de salirme con la mía.

—Tú dirás.

—Vas a hacer lo que te diga en todo momento. No me importa si crees que eres el ser más poderoso sobre la Tierra, cualquiera de esos errantes puede matarte.

—Se supone que soy inmortal —bromeo.

No todos los llamados inmortales lo son, al menos no en la forma estricta de la palabra. A la mayoría se les puede matar arrancándoles el corazón o cortándoles la cabeza, y después están las brujas, hadas y demás… Ellas pueden morir de un golpe, puñalada o disparo como cualquier mortal, a diferencia de que las enfermedades no les afectan y cuando están heridas sus cuerpos se curan con más rapidez y facilidad. Por lo que sabemos de mi naturaleza, es probable que me encuentre en esa categoría.

—La segunda condición es…—continúa, ignorando mi comentario—, que dejes de llamarme Abraxas de una maldita vez.

Me cruzo de brazos y sonrío burlona.

—Acepto la primera, la segunda voy a tener que meditarla. ¿Cuándo nos vamos?

Abraxas resopla, negando con la cabeza.

—En dos horas. Dile a Zella que te ayude a prepararte.



Capítulo 19

Tara

Vestida con ropa de cuero y con mi melena atada en una cola de caballo, sigo los pasos de Athan hacia el gimnasio. Darick y Zella ya nos esperan, ambos con ropas de cuero también. Frunzo el ceño.

—Creí que tú no vendrías —comento, dirigiendo mi mirada a la bruja.

—Tengo órdenes expresas de no perderte de vista —responde, encogiéndose de hombros.

Resoplo con fuerza y busco en la sala a Abraxas, pero no lo veo por ninguna parte.

—Ni siquiera te molestes en quejarte —me dice Darick, llegando a mi lado con un par de espadas que enseguida me ayuda a colocar en mi espalda con unas cintas ajustadas—. Solo intenta protegerte, Tara. Deja que al menos haga eso.

—¿Habéis terminado de cuchichear? —vocifera Athan—. Llegamos tarde.

Darick pone los ojos en blanco antes de marcharse en dirección a su compañero y Zella se coloca justo a mi lado.

—Voy a tenerte pegada a mí en todo momento, ¿verdad? —inquiero.

—Como una maldita sombra —contesta sonriente.

Veo cómo Athan y Darick se dirigen al fondo de la sala y abren una puerta oculta tras un panel de madera. No tenía ni idea de que eso estaba ahí. No hago preguntas y los sigo. La puerta da a unas escaleras empinadas que no tardamos en descender. Al llegar abajo, me sorprendo al ver lo que parece ser una especie de sede empresarial. Hay oficinas y también salas de entrenamiento, incluso un mostrador de recepción. Distintos inmortales se mueven de un lado a otro, algunos sonríen, otros gruñen mientras ajustan armas afiladas y puntiagudas a sus cinturas y espaldas. Esta es la verdadera guarida de los guardianes del equilibrio, no la mansión, sino lo que hay bajo ella. Es alucinante. Athan se acerca a una chica joven, que enseguida reconozco como un hada por la sutileza de sus movimientos y las dos alas membranosas en color purpura que sobresalen de su espalda; está sentada tras el mostrador de recepción.

—¿Todo listo? —le pregunta el vampiro.

—Casi. Los tritones no están del todo seguros de que puedan acceder a esa parte de la ciudad por los túneles y las banshees no logran ponerse de acuerdo en quién de ellas liderará el grupo.

Athan bufa con fuerza y niega con la cabeza.

—¿Tienes los mapas que te pedí? —El hada enseguida asiente y le tiende una carpeta con papeles—. Está bien, yo me encargo de los tritones. Darick…

—Hablaré con las banshees —gruñe el licántropo antes de alejarse a toda prisa.

Pasan cerca de veinte minutos en los que nadie parece reparar en mi presencia. Incluso Zella se aleja unos pasos e inicia una conversación con el hada, aunque, tal como prometió, no me pierde de vista en ningún momento. Solo cuando Athan y Darick regresan seguidos por una veintena de inmortales, ella se coloca a mi lado de nuevo.

—Bien, ya todos han salido hacia sus puestos —informa Athan—. Vamos a atacar tres ubicaciones distintas al mismo tiempo. Nosotros seremos la segunda oleada del primer asentamiento. No quiero errores. Erradicamos a los errantes a excepción de que decidan rendirse. En ese caso nos los llevamos. Sobra decir que la prioridad es encontrar y capturar a Silas. ¿Alguna pregunta?

Estoy a punto de levantar la mano, como cuando estaba en el colegio de niña, pero decido no hacerlo. Ni siquiera sé a qué se refieren con lo de «erradicar a los errantes». ¿Matarlos? ¿Herirlos?

—Tú solo quédate detrás de mí en todo momento. No atacaremos si no es necesario —susurra Zella cuando todos empiezan a ponerse en marcha.

Una vez más permanezco en silencio. No era esto lo que esperaba. Los guardianes están muy organizados, parecen militares. Está claro que Athan y Darick son los que mandan en todos ellos, aunque, al mismo tiempo, reciben órdenes directas de Abraxas. Me pregunto dónde estará.

—¿Abraxas no va a venir? —le pregunto a Zella en un susurro mientras caminamos a paso rápido por lo que parecen ser túneles subterráneos que recorren la ciudad.

—No lo creo. Durante estas misiones suele delegar responsabilidades en Athan y Darick. Ellos son sus generales.

Asiento y seguimos avanzando durante un buen rato más. En cierto momento, todos se detienen y veo cómo comienzan a transfigurarse. Giro la cabeza para mirar a Zella y compruebo que ella también ha cambiado ya, las puntas de su pelo se han teñido de color verde oscuro y sus ojos son negros brillantes como dos estrellas, además de las pequeñas manchas negras en sus mejillas.

—No creo que yo pueda hacerlo —murmuro. Solo lo logré una vez y fue sin querer.

—Mejor así. Tampoco es bueno que todo el mundo pueda ver lo que eres capaz de hacer y se empiecen a hacer preguntas. Coge las espadas y permanece en posición defensiva.

Obedezco de inmediato. Me sobresalto al escuchar varios gritos, rugidos, gruñidos y sonidos de golpes. Parece ser que la cacería ya ha empezado. Los inmortales que nos acompañan, la mayoría vampiros y licántropos, aunque también hay algún otro que no soy capaz de identificar, se lanzan hacia el interior de lo que parece ser una galería de servicio abandonada. No logro verlo bien porque enseguida, del interior de ese lugar, comienzan a salir varios monstruos. Híbridos muy parecidos al que me atacó en aquel callejón el día que conocí a Silas. Una idea macabra se abre paso en mi cabeza cuando uno de ellos posa su mirada sobre mí. ¿Es posible que el propio Silas ordenara a ese monstruo venir a por mí? ¿Él los controla?

—¡Cuidado, Tara! —grita Zella, y me empuja antes de lanzar un rayo verde con sus manos que impacta justo en el centro del pecho de uno de los híbridos—. ¡¿A qué esperas?! ¡Empieza a cortar cabezas!

Más híbridos corren hacia nosotras con las bocas abiertas, repletas estas de varias filas de dientes afilados. A pesar de sus posturas encorvadas, son muy rápidos y ágiles. Uno de ellos consigue esquivar los ataques de Zella y llega hasta a mí. Inspiro hondo por la nariz y planto los pies en el suelo con ambas espadas levantadas. Espero a que se acerque lo suficiente, y cuando está a punto de abalanzarse sobre mí, hago un arco con una de las hojas afiladas y le corto el cuello. El monstruo cae de espaldas y se retuerce mientras la sangre sale a chorros del corte de su garganta.

—¡Remátalo! —Me giro despacio al reconocer su voz, y compruebo que Abraxas está justo detrás de mí, vestido con uno de sus trajes a medida perfectamente planchado. Más que a una batalla parece haber venido a una reunión de negocios—. Tara, no dudes. Solo hazlo. —Estoy tan ocupada repasándolo con la mirada que apenas soy consciente de lo que dice. Lo escucho, pero sus palabras no terminan de entrar en mi mente—. Se está levantando. Tara… ¡Tara!

Me doy la vuelta a toda prisa, pero el híbrido ya está de nuevo abalanzándose sobre mí. Intento levantar la espada. El corazón me late a toda velocidad y siento pánico cuando esos dientes asquerosos se acercan a mi rostro. Retrocedo, y entonces una bola de fuego pasa justo por delante de mí. El monstruo vuelve a caer al suelo y escucho a Abraxas chasquear la lengua. Frunzo el ceño.

—¿Qué? ¿Vas a burlarte de mí?

—No es eso en lo que estoy pensando precisamente —sisea entre dientes. Sus ojos grises han vuelto a oscurecerse—. Córtale la cabeza antes de que se levante otra vez.

Hago una mueca con los labios, y tras moverme un par de pasos en dirección al híbrido, alzo la espada y la dejo caer con fuerza sobre su garganta. Su cabeza se separa de su cuello, expulsando un enorme chorro de sangre que me salpica la cara.

—Hijo de… —Me limpio como puedo y Abraxas pasa por mi lado. Al mirarlo, compruebo que se está aguantando la risa—. Yo no le veo la gracia —mascullo.

—Eso es porque no te has visto la cara —dice, y sigue caminando como si nada.

Le saco la lengua y hago un gesto obsceno con el dedo medio a sus espaldas antes de seguirlo. Zella no está aquí. Supongo que ella también habrá entrado en la sala en la que los guardianes parecen haber controlado ya toda la situación. En cuanto me asomo, soy consciente de la cantidad de inmortales que han perdido hoy sus vidas. Hay cuerpos ensangrentados y mutilados cubriendo casi todas las superficies. El lugar parece una especie de refugio, con mesas y sillas en el centro y camastros pegados a las paredes. Me mantengo detrás de Abraxas mientras él recorre la estancia con tranquilidad.

—Creí que no vendrías —dice Athan nada más verlo.

—Solo estoy de paso —responde, y se encoge de hombros—. ¿Silas?

—No está —es Darick quien contesta. Ya ha recuperado su forma humana y sus pantalones vaqueros se han convertido en un par de harapos desgarrados—. Un par de hembras y crías de licántropo han pedido clemencia.

—Bien. Llevadlos a la sede y comprobad que las hembras estén siendo sinceras. Si lo que buscan es la redención, les haremos un hueco entre nosotros.

Al fondo puedo ver cómo dos mujeres altas y de pelo negro son escoltadas por varios guardianes. Con ellas también están un pequeño grupo de niños, uno de ellos se detiene al pasar por mi lado. No creo que tenga más de cuatro o cinco años. Va vestido con un pantalón roto y desgastado y unos tenis que algún día fueron blancos. Se me queda mirando unos segundos y después me enseña los dientes. A pesar de que su aspecto es el de un licántropo, con el pelo oscuro y largo, espalda ancha y tez morena, en su boca relucen un par de colmillos de vampiro.

—¡Lleváoslos! —ordena Zella, tirando de mí hacia atrás para alejarme del chico.

—Era un… Sus dientes…

—Un híbrido —aclara Darick.

—¿Cómo es posible? Creí que los híbridos eran monstruos.

—No todos. En algunas ocasiones, la mezcla entre especies no sale bien, de ahí vienen las cosas que viste antes. Son animales salvajes. Los errantes los usan como perros de guardia. —Athan señala el fondo de la sala, donde hay una fila de jaulas con barrotes gruesos—. Los tenían encerrados, y en cuanto llegamos los soltaron. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los híbridos son perfectamente funcionales.

Asiento, dándome cuenta de que, una vez más, Silas decidió ocultarme esa información. ¿Cómo pude estar tan ciega? Sé que me manipuló a través del vínculo, pero, aun así… Yo no hice preguntas, solo aceptaba lo poco que me daba y rogaba por más.

—¿Y esa sangre? ¿Estás herida? —Darick señala mi cuello.

—No es mía —contesto.

—Tara hoy ha ejecutado su primera muerte —señala Abraxas. Me parece distinguir cierto tono de orgullo en voz.

—No ha sido mi primera muerte —mascullo sin poder contenerme. Todos me miran de manera interrogante, pero decido ignorarlos y cambiar de tema—. ¿Silas no ha aparecido?

—Aquí no estaba —responde Athan—. Interrogamos a un par de vampiros antes de matarlos y confesaron que estaban preparándose para algo grande bajo sus órdenes.

—Espera… ¿Estás diciendo que Silas es el líder de estos errantes? —Puedo notar, por la forma en la que se miran entre ellos, que esa era una información de la cual yo no debería estar al tanto—. ¿En serio? ¿Cuándo se van a terminar los secretos?

—Creemos que Silas y Samara podrían haber trabajado juntos en el pasado para organizar a los errantes —dice Abraxas—. Tras su muerte, él siguió adelante con la misión en solitario al mismo tiempo que planeaba su venganza en mi contra. Todo va de la mano, Tara. Rompiendo el equilibrio, logrando que los inmortales sometan a los humanos, consigue destruirme a mí y mi cometido en este mundo.

—Creí que era yo la que iba a destruirte. Eso dice la profecía, ¿no?

—Aún nos falta la tercera y última parte —intercede Zella—. Lograremos dar con ella.

—Bien, aquí ya no hay nada que hacer —señala Abraxas—. Volved a casa y descansad.

—¿Los otros dos objetivos? —pregunta Zella.

Abraxas niega con la cabeza.

—El mismo resultado. Muchos muertos, algunos apresados y ni rastro de Silas.

—Ese hijo de perra sabe ocultarse bien —gruñe Darick.

—Colega, sé que mi hermano es un puto grano en el culo, pero te recuerdo que su madre también era la mía. Un poco de respeto.

Darick vuelve a gruñir y Zella sonríe.

—Volvamos a casa. Quiero darme una ducha y meterme en la cama cuanto antes.

—¿Eso es una invitación? —inquiere el vampiro, rodeando sus hombros con el brazo.

Zella rueda los ojos y se lo sacude de encima antes de salir de la sala sin esperar a nadie.

Brax

Recorro el camino de vuelta a casa por los túneles subterráneos junto a los demás. Llegaría antes volando, pero no quiero desperdiciar la ocasión de ver a Tara enfundada en ese pantalón ajustado de cuero durante un rato más. La miro de reojo cada pocos segundos y, a pesar de que

ella intenta disimularlo, sé que también está pendiente de mí. Athan, Darick y Zella van unos pasos por delante de nosotros, lo suficiente como para que podamos tener algo de intimidad, aunque sé que el vampiro puede escuchar cualquier cosa que diga.

—¿Qué has querido decir con que no era tu primera muerte? —pregunto cuando ya casi hemos llegado a la sede.

Tara contiene la respiración, durante unos segundos creo que no va a responder, entonces suspira y gira la cabeza en mi dirección.

—Es una larga historia de la que no me gusta hablar.

—Creí que no habría más secretos entre nosotros —replico.

—¿En serio? Abraxas, a cada segundo descubro algo que intentáis ocultarme.

—Créeme, si hay algo que quiera ocultarte, nunca te enterarás. —Chasquea la lengua y noto cómo se tensa su espalda—. Lo que quiero decir es que, en el fondo, deseo que lo sepas todo, Tara. Algunas cosas me cuesta confesarlas, pero no pretendo engañarte ni mentirte.

—Yo tampoco. Sin embargo, prefiero guardarme algo de información para mí.

—¿Algún día me lo contarás?

Llegamos a la puerta que esconde la sede de los guardianes y, tras abrirla, Athan, Darick y Zella se pierden en su interior. Yo me detengo y sujeto a Tara por el brazo para que lo haga también.

—No hagas esto —susurra.

—¿El qué?

—Esto. —Señala mi mano rodeando su brazo y frunce el ceño—. Si vas a besarme de nuevo y salir corriendo, ahórratelo.

—¿Quieres que me ahorre el beso o la huida? —inquiero en tono burlón.

—Ambas. —Resopla de nuevo y tira de su brazo para liberarse—. Me confundes, Abraxas.

«No permitas que se aparte. Arrástrala hacia cualquier lugar y fóllatela».

Inspiro hondo y meto las manos en los bolsillos para contener el impulso de hacer justo lo que resuena en mi mente.

—No me llames así —pido.

Tara solo pone los ojos en blanco y esboza un amago de sonrisa antes de emprender de nuevo la marcha y cruzar la entrada a la sede. La sigo por los pasillos estrechos hasta llegar a la escalera y dejo que suba primero, pero no la pierdo de vista. Ascendemos hasta el gimnasio y después a la planta principal. Ella no vuelve a abrir la boca, ni siquiera cuando se dispone a seguir subiendo otro tramo de escaleras en dirección a su dormitorio. Estoy a punto de llamarla por su nombre y preguntarle si le apetece ir a dar un paseo conmigo, tal vez volando, o si lo prefiere a pie, solo que justo en ese instante un movimiento sutil a mi derecha llama mi atención. Un halo anaranjado empieza a aparecer de la nada y sé lo que viene a continuación.

—Hola, amigo —saluda Ceridwen.

Contengo el impulso de gruñirle y lanzarle un puñetazo directo a la mandíbula. ¿Por qué tiene que ser siempre tan inoportuno? Tara, que se había detenido justo en la base de la escalera, se gira y frunce el ceño.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta confusa.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —farfullo—. Resulta que, para poder verte, yo tengo que pedir una audiencia y esperar contestación, vestirme de manera adecuada y pasar por un protocolo de seguridad estricto, pero a ti nadie te impide aparecer en mi casa cuando te da la gana y sin avisar.

—Veo que no llego en buen momento —se burla el genio. Esta vez soy incapaz de contener

un gruñido—. Hiciste ese trato en el que me dabas acceso al fénix, y resulta que ella vive aquí, por lo tanto… —Se encoge de hombros y escucho cómo Tara resopla.

—Deja de llamarme Fénix —sisea. Arqueo una ceja en su dirección. Eso es justo lo que le pido siempre, pero ella no me hace ni puñetero caso. Tara hace una mueca al darse cuenta de mi reproche silencioso y vuelve a bufar con fuerza—. ¿Qué es lo que quieres? —le pregunta a Ceridwen.

—Vengo a buscarte. Aunque… —La señala con el dedo y arruga la nariz—. Tal vez quieras ducharte antes y cambiarte de ropa.

—¿Tiene que ser ahora? Estoy cansada.

—Ceridwen…

—Tenemos un trato, Brax —me corta. Aprieto los puños y tenso la mandíbula para no perder el control y hacer algo que pueda provocar una jodida guerra.

«¡A la mierda la guerra! No permitas que se la lleve. Mátalo ahora mismo y quédate con la chica».

—Está bien —sisea Tara—. Dame diez minutos.

Se marcha escaleras arriba y me giro de inmediato hacia Ceridwen.

—Como la toques…

—Lo sé. Relájate, hermano. No voy a negar que esa hembra es hermosa, pero sabes que yo sigo mis propias reglas. Ya está manchada. Es mercancía defectuosa.

«¡Hijo de puta! ¡Arráncale la maldita garganta! Puedes hacer un bonito colgante para Tara con sus cuerdas vocales, así, al menos, dejará de decir tanta mierda».

—Ella no es mercancía, ni está defectuosa y mucho menos manchada. Si vuelves a hablar así de Tara, juro que tendrás que prepararte para luchar contra mí, Ceridwen.

—Qué susceptible —murmura tras unos segundos en silencio. Después sonríe y coloca su mano sobre mi hombro—. No haré ni diré nada que la ofenda, te lo prometo. A mi lado estará segura.

Inspiro hondo y asiento. Ceridwen y yo somos lo bastante parecidos como para tomarme en serio una promesa que sale de él. Ninguno de los dos suele hacerlas a menudo, y, si es así, las cumplimos a como dé lugar.



Capítulo 20

Tara

—Deja de moverte —me pide el genio mientras me sujeta por los hombros para mantenerme tumbada sobre la camilla acolchada.

Resoplo. Desde que llegamos al palacio de Agrabah, hace ya más de dos horas, no he hecho otra cosa que permanecer en esta posición. Él solo está de pie a mi lado, con los ojos cerrados.

—¿Esto sirve para algo?

—Callada —replica en tono neutro. Bufo de nuevo y me remuevo incómoda—. Está bien, puedes incorporarte un rato.

Me siento de golpe y hago una mueca de dolor.

—¿Para qué es todo esto?

—Intento conectar e identificar el origen del poder que llevas en tu interior.

—¿Cómo?

—Magia —murmura, y se mueve por la sala, que está decorada con colores llamativos y gruesas alfombras—. ¿Quieres beber o comer algo?

—No, pero me encantaría irme a dormir ya. —Bostezo de manera involuntaria y él sonríe.

—De acuerdo, podemos seguir en otro momento. Aunque me gustaría hacerte unas preguntas antes de llevarte de vuelta a la mansión.

—¿Qué preguntas? —inquiero, frunciendo el ceño.

—¿A qué viene tanta desconfianza? No soy tu enemigo, Tara.

—Estabas dispuesto a entregarme a Silas.

—No sabía que él te estaba controlando. Me dijo que solo intentaba recuperarte.

—Ya —mascullo entre dientes.

—Tara, digo la verdad. Prueba de ello es que estás aquí. Podría haberte entregado a él, pero no lo hice. Cuando me di cuenta de que me había engañado…

—Lo dejaste marchar —siseo—. ¿Por qué? Es un maldito psicópata y tú permitiste que se fuese sin más.

El genio toma asiento al borde de la camilla y suspira.

—Este lugar es un templo de paz para mí y los míos. He vivido muchos años y luchado muchas guerras, el único lugar en el que mi gente se siente a salvo es aquí.

—¿Tu gente? —Arqueo una ceja en su dirección—. Querrás decir tu harén, ¿no?

—Sí, ellas también, pero no son las únicas que viven bajo este techo. —Se pone en pie y da una palmada—. Ven conmigo, te lo mostraré.

—Prefiero irme ya.

—Vamos, solo serán unos minutos. Es más… —Extiende su mano en mi dirección, tal como hizo antes de transportarnos mágicamente hasta este lugar. Suspiro y la cojo con reticencias. En solo un pestañeo, mi vista se emborrona y descubro que hemos vuelto a saltar. Así es como él lo llamó. El sitio donde vamos a parar es otra sala muy parecida a todas las demás, sin embargo, aquí hay gente, personas, o más bien inmortales—. ¿Qué te parece? —pregunta mientras yo miro todos esos rostros con curiosidad.

Son de distintas especies, a algunos no consigo identificarlos. Hembras, machos, crías… Parecen familias, todos sentados alrededor de mesas ovaladas, comiendo, conversando y riendo.

—¿Qué es todo esto?

—Un refugio —responde, encogiéndose de hombros—. Algunos de estos inmortales trabajan para mí, otros simplemente buscaban algún lugar donde vivir. Todo aquel que necesite ayuda, sea de la especie que sea, encontrará las puertas de mi hogar abiertas de par en par.

—Todos menos los humanos —deduzco al no ver ninguno entre la multitud.

—Eso sería transgredir las normas del equilibrio. Humanos e inmortales deben permanecer separados.

—¿Por qué? No entiendo a qué viene todo esto del equilibrio. ¿Quién creó esas normas?

—Quién no, quiénes. Algunos los llamaron dioses y los veneraban, otros simplemente los temían. Nosotros, los que vivimos esa época, los conocemos como creadores.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué separar a los humanos de los inmortales?

—Porque son incapaces de vivir en paz, Tara. Créeme, vi cómo lo intentaban. Hubo un tiempo en el que reinó el libre albedrio. Los inmortales, al saberse más poderosos, no tardaron en hacerse con el control e intentar esclavizar a los humanos. Ellos contratacaron: crearon armas para defenderse y empezaron a organizarse. Fue una matanza que duró siglos y casi acaba con la extinción de ambas especies. Los creadores decidieron tomar cartas en el asunto y por eso nos crearon a Brax y a mí.

—¿Crearon? Hablas como si fueseis una especie de experimento científico.

Ceridwen sonríe y se encoge de hombros.

—Supongo que en parte lo somos. Antes de eso trabajábamos con los creadores, éramos sus soldados y protectores de confianza. Pero nuestro poder no era suficiente para llevar a cabo la misión que nos habían encomendado, por lo tanto, nos dotaron con nuevas habilidades, muchas, demasiadas incluso. No hay ningún ser que iguale nuestro poder, solo así conseguimos mantener el orden.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

—No veo que tú estés haciendo demasiado por llevar a cabo esa misión. Abraxas lucha contra los errantes, pero tú… ¿Qué más haces aparte de revolcarte con tu harén?

—Me encanta esa chispa tuya —dice riendo—. Verás, Brax y yo tenemos distintos puntos de vista. Él prefiere atajar los problemas antes de que sucedan. Perseguir errantes, cazarlos y erradicarlos. Yo solo dejo que actúen, y antes de que el mundo se vaya a la mierda, tomo cartas en el asunto. Si lo piensas, eso fue lo mismo que hicieron nuestros creadores.

—Un mínimo esfuerzo —mascullo.

—Sí, aunque eso no significa que sea inefectivo. —Se queda callado unos segundos y después suspira—. Ahora hablemos de ti.

Desvío la mirada hacia los inmortales, que siguen comiendo ajenos a nuestra presencia. No sé hasta qué punto puedo confiar en el genio. Hay información que prefiero seguir manteniendo oculta.

—No hay mucho que decir. Silas me encontró en la calle, me llevó a su búnker y descubrí que, por algún motivo, tengo una especie de poder que no soy capaz de controlar del todo. Después llegó Abraxas con los suyos, me secuestró y el resto ya lo sabes.

—Ya, pero lo que a mí me interesa es lo que ocurrió antes de que Silas llegara a ti. Es muy extraño que hayas vivido toda tu vida pensando que eras una simple humana.

—Pues así fue —miento.

—¿Nunca te sentiste distinta? ¿Alguna vez viste o hiciste algo que…?

—Nada —le corto. Resoplo con fuerza y frunzo el ceño—. ¿Podemos dejar el interrogatorio para otro momento? Me siento agotada.

Parece querer replicar, pero solo asiente y vuelve a tenderme su mano. Esta vez la agarro de inmediato y espero a que nos marchemos, sin embargo, Ceridwen se me queda mirando a los ojos con fijeza.

—Ahora entiendo por qué Brax está tan interesado en mantenerte a su lado —susurra. Estira la mano que tiene libre y aparta un mechón de pelo de mi rostro—. Eres una mujer valiente y con carácter.

—Espero que no estés ligando conmigo —mascullo, apartándome un poco, pero sin soltar su mano—. No soy tu tipo, créeme, el tren de la virginidad hace mucho tiempo que pasó por mí.

El genio empieza a reír a carcajadas y niega con la cabeza.

—¿Sabes? Incluso me plantearía romper mi propia norma por alguien como tú, pero eso significaría entrar en una guerra con Brax.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿De verdad no lo sabes? —pregunta, arqueando una ceja.

—¿El qué?

Sonríe de nuevo de manera enigmática.

—No seré yo quien abra ese baúl, muchacha. Vamos, te llevaré a casa. Y haz el favor de no contarle esta parte de nuestra conversación a Brax. Lo que menos me apetece es pelear con él después de tantos años siendo aliados.

Aunque intento seguir preguntando, no logro hacerlo antes de que nos desvanezcamos. Solo un pestañeo después estoy en mi dormitorio de la mansión, sola. Bufo y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. No entiendo qué ha querido decir con que Abraxas está interesado en mí. A ver, no soy imbécil, me ha besado varias veces, pero, aparte de eso, no es que muestre ningún otro signo de que… No, es una locura. Además, yo tampoco quiero eso. Acabo de librarme no de uno, sino de dos exnovios pirados. Lo que menos me apetece es engancharme a un tercero. Aunque admito que hay algo en ese demonio que me atrae. Tal vez sea ese halo de misterio y oscuridad que lo envuelve. La forma en la que me mira o… «¿Como besa?», resuena en mi mente. Oh, sí, eso también.

Pensando en esos momentos que hemos compartido juntos desde que llegué aquí, siento cómo el cansancio va venciéndome poco a poco. Bostezo un par de veces, y entonces debo quedarme dormida porque solo soy consciente de que alguien está conmigo en la habitación, pero no lo he visto entrar. Me incorporo y miro a mi alrededor, sin embargo, no logro ver nada debido a la

oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —inquiero con el corazón acelerado. Estoy a punto de intentar invocar el destello en la palma de mi mano para alumbrar la estancia, solo que antes de poder hacerlo veo cómo una figura oscura camina hacia el centro de la habitación. Contengo el aliento al reconocerlo—. ¿Abraxas? ¿Qué estás haciendo en mi dormitorio?

Durante unos segundos creo que no va a contestar. Siento su mirada penetrante sobre mí y, por algún motivo, en vez de sentir miedo o terror, las sensaciones que recorren mi cuerpo son otras muy distintas. ¿Nerviosismo? ¿Excitación? Escucho su respiración acelerada y una especie de gruñido bajo que rompe el silencio de la noche.

—Estaba decidiendo si debía despertarte antes de follarte.

Su voz es más grave y ronca de lo habitual. Abro la boca un par de veces para decir… En realidad, no tengo ni idea de lo que quiero decir. ¿Vete? ¿No me hables así? ¿Cumple tu promesa y fóllame? No me da tiempo a pensarlo demasiado ya que su silueta se acerca tan rápido que apenas consigo tomar una respiración profunda antes de caer de nuevo de espaldas sobre el colchón. Los labios de Abraxas se pegan a los míos y siento cómo sus manos se aferran a mi cintura con fuerza. Actúo por instinto al rodear su cuello con los brazos mientras nuestras lenguas se entremezclan en el interior de mi boca. Sin embargo, él no parece conforme con mi movimiento porque se aparta y sujeta mis manos contra el colchón a la vez que hunde su boca en mi cuello y me muerde. Grito por una mezcla de placer y dolor. Siento su cadera encajada en la mía y la dureza de su miembro rozándose con lascivia e intensidad en la unión de mis muslos. Apenas soy capaz de hilar un pensamiento coherente. La excitación y el deseo se han apoderado de cada uno de mis sentidos.

Abraxas no dice ni una sola palabra cuando rasga mi ropa con solo una mano a la vez que con la otra sigue reteniendo las mías sobre mi cabeza. Jadeo en busca de aliento, pero solo encuentro su boca, que vuelve a asaltarme. La forma en la que me besa, en la que me acaricia… No hay cariño ni dulzura en ninguno de sus actos. Solo pasión desmedida, e incluso agresividad. Lo peor de todo es que lo estoy disfrutando tanto que no quiero que se detenga. Su boca abandona la mía y exhalo una gran bocanada de aire entre gemidos.

—Abraxas… —susurro sin aliento cuando deja de sujetarme las manos y desliza la lengua por mi cuello.

—Quieta —gruñe, y continúa con su camino descendente por mi pecho, dejando un reguero de saliva caliente hasta llegar a mis senos. Muerde uno de mis pezones y soy incapaz de contener un nuevo grito—. Callada.

Lo intento, de verdad que sí, pero sentir sus dedos en mi sexo, la forma en la que me toca haciendo círculos sobre esa protuberancia sensible, es más de lo que puedo soportar. Un sonido, mezcla entre gemido y jadeo, rasga mi garganta y noto cómo lo que promete ser el orgasmo más intenso que he sentido jamás empieza a formarse en la parte baja de mi abdomen.

—Abraxas, necesito…

—Yo sé lo que necesitas —sisea.

Me suelta y escucho cómo rasga su propia ropa antes de colocarse entre mis piernas. Noto su carne dura rozando la entrada a mi cuerpo y no me da tiempo a prepararme antes de que se hunda en mi interior de una sola estocada. En esta ocasión, mi grito se parece al aullido de un lobo. Aprieto la ropa de cama entre mis puños cerrados, y espero a que el dolor disminuya y dé paso al placer mientras él sigue moviéndose como un animal salvaje dentro y fuera de mí. Ese orgasmo dormido no tarda en volver a la vida y me retuerzo de placer bajo su cuerpo. Nuestras pieles desnudas y húmedas por el sudor resbalan la una contra la otra. Escucho cómo Abraxas jadea en

busca de aliento, pero no se detiene, sigue clavándome al colchón con sus embestidas demenciales. Intento tocarlo, sin embargo, se detiene, y a través de la oscuridad puedo notar que tiene su mirada clavada en mí.

—Solo quiero…

—He dicho que te estés quieta y callada —gruñe, y antes de que sus palabras penetren en mi mente, me gira con un movimiento rápido y ágil. Mi cara queda pegada al colchón. Siento sus manos en mi cintura. Sus dedos se clavan tan fuerte en mi carne que me lastima. No le pido que se detenga. Sea lo que sea que pretenda hacer conmigo, lo quiero, lo quiero todo. Abraxas tira de mí para dejarme de rodillas y vuelve a hundirse en mi interior. Recibo cada uno de los golpes de cadera con gusto. Dejo que su mano en la parte trasera de mi cuello empuje mi rostro contra el colchón una vez más, haciendo que mi espalda se arquee. Lo noto golpear tan dentro de mí que temo que termine rompiéndome en dos, solo que lo disfruto tanto que soy incapaz de dejar de gemir y pedirle que se detenga. El segundo orgasmo me pilla desprevenida, me sacude como un maldito huracán. Siento cómo Abraxas me sujeta aún con más fuerza, clava sus dientes en mi hombro, araña mi espalda y se queda muy quieto mientras el calor de su semilla invade mi interior y cae por mis muslos.

Agotada, me dejo caer boca abajo e intento recuperar el aliento. El corazón me late con tanta fuerza que llego a pensar que es posible que atraviese mi pecho y termine tirado debajo de la cama.

Mientras cierro los ojos y dejo que los besos y pequeños mordiscos que Abraxas reparte por mi espalda, costados y caderas me relajen un poco, no dejo de pensar en lo que dijo el genio: «Ahora entiendo por qué Abraxas está tan interesado en mantenerte a su lado». ¿Para esto? ¿Quería acostarse conmigo o tal vez hay algo más? Inspiro hondo y siento que el agotamiento intenta arrastrarme de nuevo hacia un sueño profundo. ¿Qué importa lo que él quiera? Yo sé lo que deseo. Lo sé, ¿verdad?



Capítulo 21

Silas

Me levanto de la cama y me agacho para recoger el pantalón que hace solo unas horas Tamandra me desabrochó con la boca. Hundo los dedos en mi pelo para peinarlo hacia atrás y echo un vistazo al lugar donde las dos hembras siguen durmiendo con sus piernas entrelazadas. Admito que jugar con ellas es divertido, aunque agotador. La súcubo es insaciable, su apetito voraz de esencia vital casi acaba con la vida de Kenia en un par de ocasiones en los últimos días. Al menos ella no lo recuerda, me he encargado de eso. Cree que lo pasa bien con nosotros, que disfruta como nunca antes lo había hecho. Pobre ingenua.

Termino de ponerme el vaquero y estiro la espalda para desentumecer los músculos. Odio este lugar. El colchón es incómodo y las paredes parecen estar a punto de derrumbarse, pero es lo mejor que pude conseguir con tan poco tiempo, y una vez más, volvemos a estar bajo tierra. En fin, tuvimos suerte de ser alertados por uno de mis aliados, que aún sigue infiltrado entre los guardianes. Él nos advirtió de que Brax y los suyos estaban a punto de asaltar el club de Tamandra, así que huimos, y desde entonces nos hemos ocultado aquí, en un antiguo refugio antibombas de la guerra civil. Solo he salido un par de veces para organizar a mi gente. Esos hijos de puta los han estado cazando. Varios asentamientos muy numerosos han sido erradicados; si piensan que eso me detendrá, no pueden estar más equivocados. Los errantes somos y seguiremos siendo suficientes para iniciar el cambio. Solo tengo que encontrar la manera de librarme de Brax y Ceridwen.

—Estás muy pensativo —susurra Tamandra, poniéndose en pie. Camina hasta llegar a mi lado y se sienta sobre mi regazo—. Todo saldrá bien, Silas. En cuanto llevemos a cabo nuestro plan…

—Aún no tenemos la tercera parte de la profecía. La necesitamos para saber cómo acabar con Brax.

—En realidad, tampoco nos hace falta. Tú y yo sabemos qué hacer. La única manera de librarnos de él es poniendo al otro de nuestra parte. —Chasqueo la lengua, ella sujeta mi rostro entre sus manos y sonríe de oreja a oreja—. Piénsalo, mataríamos dos pájaros de un tiro. Los

errantes tendríamos un líder invencible y, al mismo tiempo, él mismo se encargaría del genio. Es perfecto.

—Te olvidas de la parte en la que Brax no permite que nada de eso suceda. Además, la profecía dice que solo el fénix puede liberarlo, por lo tanto, necesitamos a Tara.

—No, dice que ella puede liberarlo, pero existen otras formas. Ya ha sucedido antes, lo sabes.

—Eso fue hace mucho tiempo. Han pasado más de ochocientos años. Ahora Brax es más fuerte.

—La chica es su debilidad. —Resoplo con fuerza y ella frunce el ceño—. Aunque también la tuya. ¿De verdad estás dispuesto a renunciar a todos tus ideales por ella?

—Yo no he dicho eso —farfullo, apartándola para ponerme en pie.

—Pues es lo que parece. Piensa en todo lo que sacrificaste para llegar hasta aquí. Piensa en Samara, ella creía en lo que estamos haciendo. Su mayor deseo era devolver a los inmortales aquello que nos pertenece por derecho. Los humanos son parásitos, seres inferiores que no merecen ser comparados con nosotros. Su misión será servirnos, alimentarnos o morir. Si no estás seguro…

—Lo estoy —la corto.

—Ya dudaste una vez cuando estabas con ellos. Samara seguía siendo la misma, pero tú cambiaste, te volviste contra los suyos. Derramaste sangre inmortal a las órdenes de ese demonio.

—Te aseguro que he aprendido la lección. —Inspiro hondo y clavo la mirada en la suya—. No volveré a cometer el mismo error. Haré cualquier cosa por vengar la muerte de Samara y recuperar lo que nos arrebataron.

Tara

Me miro al espejo y hago una mueca de dolor al tocar un enorme hematoma de color púrpura que cubre por completo mi hombro derecho. Mi cuello también tiene marcas oscuras en forma de mordedura, y el resto de mi cuerpo… Creo que no hay un solo sitio que no esté magullado o ennegrecido tras lo que ocurrió anoche. Suspiro y termino de vestirme. Al despertar esta mañana, Brax ya no estaba. No sé por qué se marchó ni cuándo lo hizo. En realidad, eso es algo que ya esperaba que sucediese. Ese demonio tiene la maldita costumbre de salir huyendo en cuanto me descuido un segundo, sin embargo, esta vez no voy a dejarlo pasar. Tiene que darme una explicación. No es normal que se cuele en mi dormitorio de madrugada, me asalte como lo hizo y después se marche sin decir nada. Si lo que pretende es actuar como si no hubiese sucedido nada, al igual que las anteriores veces en las que me besó, la lleva clara.

Ya vestida y con el pelo atado en un moño desordenado en lo alto de mi cabeza, salgo de la habitación y me dirijo al lugar donde, con toda probabilidad, está Abraxas. Ni siquiera me molesto en golpear la puerta de su despacho antes de abrirla. Como ya esperaba, lo encuentro sentado frente a su mesa, revisando una montaña de papeles.

—Buenos días —dice tras alzar la mirada—. Sabes que, por educación, debes pedir permiso antes de entrar a una sala cerrada, ¿cierto?

Una de sus comisuras se eleva y frunzo el ceño.

—Lo mismo te digo. No te escuché llamar a mi puerta anoche.

El amago de sonrisa desaparece y ahora es él quien arruga el entrecejo mientras camino hacia el interior de la estancia. Fija su mirada en mi cuello.

—¿Qué te ha pasado ahí? —Se levanta y rodea su mesa. Tomándome por sorpresa, sujeta mi rostro entre sus manos y lo gira para tener mejor visión del lateral de mi cuello—. Estás herida.

Intento contener el escalofrío que me recorre de pies a cabeza al sentir sus manos sobre mi piel. Su cercanía tampoco me ayuda demasiado. No dejo de rememorar lo que hicimos anoche, lo que me hizo sentir y… ¡Maldición, tengo que parar esto! Me aparto un poco y sacudo la cabeza de un lado a otro para librarme de esos libidinosos recuerdos.

—Tiene gracia que justo tú me preguntes eso —digo tras carraspear—. Podrías haber sido un poco más cuidadoso. Tengo el cuerpo repleto de cardenales. Tampoco es que me esté quejando, solo…

—¿Yo te he hecho eso? —inquiere, interrumpiéndome.

Frunzo el ceño al ver la tensión en su rostro. Parece… ¿Asustado? O arrepentido tal vez.

—No es nada. Seguro que se curan enseguida. Aunque no vas a librarte de darme unas cuantas explicaciones. ¿A qué vino ese arrebato nocturno? —Espero a que me conteste, pero él sigue mirando mi cuello con la misma extraña expresión—. ¿Me estás escuchando?

Carraspea y, tras sacudir la cabeza, agacha la mirada.

—Prometí que no permitiría que nadie te lastimara —susurra. Me mira de nuevo, y en esta ocasión puedo distinguir los remordimientos y la culpa en sus ojos—. Lo siento mucho, Tara. Yo no quería…

—Oye, tampoco es para tanto. Fuiste un poco rudo, pero…

—No. —Niega con la cabeza—. Todo esto… Yo… —Su respiración se acelera y mira a todos lados menos a mí.

—Abraxas…

—¡Deja de llamarme así! —ruge, golpeando la superficie de la mesa con el puño con tanta fuerza que la madera cruje y se resquebraja. Retrocedo un par de pasos, sobresaltada por su arrebato, y él se da cuenta de ello—. Me temes —murmura, y no es una pregunta. Intento contestar, pero ni una sola palabra sale de mi boca—. Haces bien. Deberías mantenerte alejada de mí.

Veo que, tras bufar con fuerza, se dirige a la salida, y me doy la vuelta confundida.

—¡¿A dónde demonios vas?! —grito.

Se detiene con la mano sobre el tirador, sin embargo, no se gira. Solo escucho su respiración acelerada y veo cómo su espalda sube y baja con violencia.

—Lejos de ti, a algún lugar donde no pueda lastimarte.

—¡¿En serio?! ¡¿Vuelves a huir?! Ya me estoy cansando de estos juegos, ¿sabes? Entras en mi habitación en mitad de la madrugada, me echas un polvo y ahora actúas como un jodido idiota.

—Cierto, no volverá a ocurrir, eso puedo prometerlo —susurra, y después se va.

En cuanto me quedo sola en el despacho, echo las manos al cielo y bufo con fuerza.

—Genial, Tara, tres pirados de tres. Tú sí que tienes ojo para escoger a los hombres —murmuro para mí.

No veo a Abraxas durante el resto del día, ni tampoco a ninguno de los demás. Paso el día encerrada en la biblioteca, leyendo libros antiguos y autoflagelándome por haber permitido, una vez más, que un imbécil tuviese acceso a mí sin oponer resistencia. Incluso escribo un poema. ¡Un puto poema! Para él, Abraxas, el príncipe de la oscuridad. Si es que no aprendo. Primero tengo una relación con un maldito maltratador psicópata, después dejo que Silas me manipule y ahora… Ahora siento cosas que no quiero por ese maldito demonio inestable y desquiciado. ¿Por qué no puedo conocer a un chico normalito?

Casi al anochecer decido bajar al gimnasio y pagar mi frustración con el saco de boxeo. También entreno algo mi poder. Lo de hacer aparecer el destello es mucho más sencillo cuando estoy cabreada, y de eso voy sobrada, por lo que termino destruyendo varias vitrinas de armas y

alguna que otra colchoneta. Noto cómo mi poder va creciendo a cada momento, y solo me detengo al caer agotada bien entrada la madrugada.

Por la mañana, al despertar, me doy cuenta de que todas las marcas han desaparecido. Cuanto más crece mi poder también se acelera el proceso de curación. Revitalizada tras una ducha caliente, salgo de mi dormitorio y voy en busca de Abraxas. Tal vez ya esté más tranquilo y al fin podamos conversar como dos adultos. Sigo cabreada con él, pero también soy consciente de que vivimos bajo el mismo techo y, si no llegamos a una especie de arreglo o acuerdo, la convivencia puede convertirse en un auténtico infierno. Lo busco en su despacho y no lo encuentro, después voy a la biblioteca y nada, así que empiezo a recorrer toda la mansión. No está por ningún lado. Termino en la cocina, donde los que sí están son Athan, Darick y Zella. Nada más verme, los dos machos se marchan a toda prisa y me da la sensación de que la bruja intenta evitar el contacto visual conmigo.

—¿Ocurre algo? —pregunto tras servirme una taza de café.

—No, nada importante. Esta mañana vas a entrenar con Darick en el gimnasio.

—¿Dónde está Abraxas? Lo he buscado por todos lados. Necesito hablar con él.

Suspira y niega con la cabeza.

—Eso va a tener que esperar. Brax ha tenido que ausentarse unos días.

—¿Se ha marchado? —inquiero con la taza a medio camino de mi boca.

—Sí.

—¿Por qué? ¿A dónde ha ido?

—A una misión —masculla.

Dejo la taza sobre la encimera de granito con un golpe seco y al fin consigo atraer su mirada hacia mí.

—¿Vas a seguir ocultándome cosas? Dime de una jodida vez qué es lo que pasa. ¿Por qué se va sin dar explicaciones?

Zella resopla con fuerza y niega con la cabeza.

—No tiene que darlas, Tara, por algo es el jefe. —Le lanzo una mirada poco amistosa y ella vuelve a bufar—. No me pertenece a mí contártelo, ¿vale? Espera a que Brax regrese y hablas con él. Solo puedo decirte que está tras una pista bastante fiable del lugar donde puede estar la tercera y última parte de la profecía.

—Vamos, que estará fuera de combate un tiempo, ¿no? —Asiente y suspiro—. Y, mientras tanto, ¿qué hago yo? Ayer pasé todo el día sola y encerrada en esta casa. El aburrimiento puede ser peligroso. Como tenga que seguir así, acabaré escribiendo un jodido poemario.

—¿Cómo? —pregunta confusa.

—Da igual —murmuro—. Necesito hacer algo, una misión, lo que sea.

—Por lo pronto, vas a seguir con tu entrenamiento. Ceridwen también vendrá a buscarte cuando él lo vea pertinente y Brax ha dejado órdenes de que te incluyamos en las cacerías si así lo deseas.

—¿En serio? —Asiente de nuevo—. ¿A qué viene ese cambio? Creí que con eso de protegerme no volvería a dejarme salir con vosotros.

—Ahora mismo Brax está convencido de que el mayor peligro para ti es él —susurra, aunque lo bastante alto como para que yo pueda escucharla.

Decido no comentar nada al respecto y dejo que ella siga hablando de entrenamientos, cacerías y nuevas técnicas de combate con armas. La escucho con atención, aunque mi mente sigue siendo un hervidero de interrogantes y preguntas sin responder. ¿Por qué Abraxas ha huido? ¿Tan mal se siente por lo que ocurrió entre nosotros? ¿Se arrepiente? En fin… Supongo que

tendré que esperar a que regrese para preguntárselo.



Capítulo 22

Tara

—¿Estás lista?

—Sí, espera, no. ¡Sí! Sí, estoy lista. —Inspiro hondo y espero a que Athan ataque primero.

Después de una semana de entrenamiento intenso y algunas cacerías, mi rendimiento físico ha mejorado de manera considerable. Mi poder también ha aumentado, aunque creo que eso se debe más al cabreo que arrastro desde que Abraxas desapareció. No he sabido nada de él durante los últimos siete días con sus noches, y no es por falta de interés. Me he cansado de preguntar por él, pero, por algún motivo, nadie quiere darme información sobre su paradero o en qué momento regresará, así que he dejado de indagar. Si no quiere volver nunca, por mí bien. Tampoco es que lo eche de menos o algo así. Resoplo, eso no me lo creo ni yo.

Estoy tan distraída con mis patéticos pensamientos que casi no soy capaz de reaccionar cuando el vampiro se abalanza sobre mí, aunque mi poder sí lo hace. Es algo instintivo, ni siquiera tengo que pensarlo, el destello se activa ante cualquier peligro y lanzo una onda de energía en forma de luz cegadora que termina enviando a Athan a varios metros de distancia.

—¡Mierda! —exclama, haciendo muecas de dolor mientras intenta ponerse en pie—. Se supone que no ibas a usar tu poder.

—Lo siento, me sale solo —replico, encogiéndome de hombros.

—¿Ya ha vuelto a tumbarte? —inquiere Darick, apareciendo en el gimnasio, como siempre, sin ninguna prenda que cubra su torso.

—¿Quieres probar tú? —le dice Athan.

—Paso, aún me duelen las costillas del entrenamiento de ayer. Creo que ya va siendo hora de admitir que la novata ha alcanzado un nivel mayor del esperado. Si seguimos entrenándola nosotros, en algún momento podría ocurrir lo inevitable.

—¿Es miedo lo que detecto en tu voz, grandullón? —me burlo.

Athan ríe y Darick niega con la cabeza.

—Sé cuándo debo retirarme —contesta, alzando ambas manos a modo de rendición.

Sonrío por su confesión. La verdad es que, en esta última semana compartiendo tiempo con ellos, me he sentido genial, como nunca antes. No sé, es una sensación extraña. Cuando los miro a ellos y a Zella es como si fuesen… Familia. Aparte de los entrenamientos y las cacerías, también compartimos las comidas todos juntos y conversaciones tontas e insustanciales en las que casi siempre terminamos riendo a carcajadas. Me han aceptado como a una más en muy poco tiempo, y no sé cómo sentirme al respecto. Yo jamás he formado parte de un grupo, ni siquiera en el orfanato tuve amigos. Tampoco es de extrañar, siempre fui la rarita que veía cosas. «Tara, la pirada», así me llamaban.

—¿Estáis listos para la cacería? —pregunta Zella desde lo alto de las escaleras. Los tres la miramos mientras desciende—. Quiero acabar pronto esta noche. Aún tengo un montón de papeleo de la organización pendiente. —Resopla y se pinza el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar—. Nunca he deseado tanto que Brax esté en casa como ahora. Lo de tomar decisiones y organizar a los guardianes es agotador.

Me muerdo los labios para retener la pregunta que está a punto de salir de mi boca. ¿Cuándo volverá? Zella parece notarlo porque arquea una ceja en mi dirección y se le escapa un amago de sonrisa.

—¿Nos vamos ya? Yo estoy lista.

—¿De dónde demonios sacas la energía? —masculla Athan, aún quejándose del dolor en el costado tras el golpe.

«Del cabreo contra tu jefe», tengo ganas de decir, pero, una vez más, permanezco callada y solo me encojo de hombros.

—Preparaos y poneos en marcha. Hoy solo asaltaremos una localización. Se supone que hay un gran grupo de errantes escondidos en un edificio abandonado del centro, pero tienen protección mágica —informa Zella.

—¿Una bruja? —inquiero.

—Es poco probable. Tal vez algún hada. Según tengo entendido, los hechizos son elementales. Nada que no pueda neutralizar en poco tiempo.

Asiento y enseguida nos ponemos en camino. Tras bajar al subsuelo y reunirnos con el grupo de guardianes que nos acompañará en la misión, partimos hacia nuestro objetivo a través de los túneles subterráneos que recorren gran parte de la ciudad. Como siempre, Athan y Darick van delante, atentos a cualquier movimiento o peligro que pueda aparecer. En medio de la formación nos encontramos Zella y yo junto a un guardián que nos ha acompañado en otras misiones durante la última semana. Un híbrido llamado Basil. No me cae del todo mal, aunque apenas hablamos. Nos siguen un par de licántropos y una banshee. Somos un grupo reducido para no llamar demasiado la atención.

No tardamos en salir a la superficie. Ya es bien entrada la madrugada, por lo que conseguimos camuflarnos bastante bien entre las sombras y la oscuridad nocturna. Nos detenemos frente a un enorme edificio de varias plantas que parece estar a punto de derrumbarse en cualquier momento, y, tal y como Zella predijo, no le lleva más de unos minutos neutralizar los hechizos protectores de la entrada. Todos se transfiguran menos yo. Podría hacerlo, pero eso sería darles demasiada información a los guardianes que nos acompañan. Durante las cacerías no expongo mi poder. Ellos no tienen ni idea de a qué especie pertenezco. Me han visto luchar, soy veloz, me curo con rapidez y mi resistencia física es envidiable. Supongo que creerán que soy una bruja o algo así.

—Atención —susurra Athan.

Él siempre va delante para poder escuchar a nuestros enemigos antes de llegar al lugar. Según Zella, su audición está mucho más desarrollada que la de los vampiros corrientes. Él es más viejo

y está mejor entrenado. La mayoría de errantes que nos encontramos no llegan a superar los trescientos años de edad. Para mí eso es una locura, sin embargo, en comparación con ellos, resulta una cifra ridícula.

Casi no respiramos mientras nos acercamos a la entrada de la planta en la que se supone que están. Zella recita unas palabras en un tono casi inaudible y enseguida asiente. Ha creado un hechizo de ocultación. Ahora podremos acercarnos más sin ser detectados. Los errantes no podrán oírnos hasta que nos vean. Darick se sacude, moviendo su pelaje negro de un lado a otro, y abre la boca repleta de dientes afilados. Sus orejas puntiagudas vibran con el sonido de nuestros pasos. Athan abre la puerta de una patada y el infierno se desata. Más de una treintena de inmortales, en su mayoría vampiros, nos atacan con furia. Alguien libera a los híbridos, a los malformados, esos monstruos sin control que arremeten contra nosotros por puro instinto. Empiezo a notar cómo la adrenalina me acelera el corazón. Saco mis dos espadas y el primero en caer ante ellas es un licántropo. Le separo la cabeza del cuerpo con un movimiento rápido y letal. Sigo golpeando y peleando con la espada, puños y piernas. Los gritos y los gruñidos comienzan a apagarse y entonces, cuando parece que todo está a punto de terminar, me giro al escuchar un sonido a mi espalda; me quedo petrificada.

—Hola, muñeca —dice el hombre que sé que no puede estar vivo porque yo misma lo maté.

—Alex —susurro sin ser capaz de mover un solo músculo.

—¿Me echabas de menos? —Sonríe y un par de colmillos que sobresalen de su encía superior llaman mi atención. Es un vampiro.

—¿Cómo? Tú… Estás muerto.

—Casi —murmura, y pillándome desprevenida, me sujeta por el brazo y tira de mí. Doy la vuelta sobre mí misma y mi espalda impacta contra su pecho. Enseguida noto el borde de un cuchillo afilado en mi garganta—. Si te mueves, te rajo el cuello —susurra en mi oído.

—¡Tara! —escucho el grito de Zella, y al alzar la mirada compruebo que la batalla ya ha finalizado. Todos los que quedan aún en pie nos miran con fijeza—. Suéltala —ordena la bruja, con los ojos verdes brillando como nunca antes los había visto.

—Creo que paso —replica Alex, y aprieta el cuchillo más fuerte contra mi piel—. Tara y yo tenemos un asunto pendiente. ¿Verdad, cariño?

—¿Lo conoces? —inquiere Athan.

Asiento, tragando saliva e intentando asimilar lo que está ocurriendo. Alex es un vampiro. Yo lo maté. Estoy segura. Entonces… ¿Qué hace aquí?

—Supongo que te estarás preguntando cómo es posible que no esté enterrado a varios metros bajo tierra —dice, inspirando con fuerza mi pelo—. Mierda, muñeca, te he echado mucho de menos.

—Estabas muerto —repito.

—Sí, así fue, hasta que Silas vino a por mí y me dio una segunda oportunidad. Él me explicó quién eres. ¿No te alegras, muñeca? Lo que decían los loqueros era mentira, no le pasa nada a tu cabeza. Siempre pudiste verlos.

Cierro los ojos e inspiro hondo por la nariz. Esto está ocurriendo de verdad. Alex está aquí y va a matarme si no se lo impido.

—Tienes que soltarme —siseo.

—No. Ya sé que ahora estás cabreada, pero piensa que yo también tengo motivos para estarlo. ¡Me mataste! —Desvío la mirada hacia mis tres compañeros y noto la sorpresa en sus miradas, incluso en Darick estando en su forma oscura.

Alzo la barbilla e ignoro el hilo de sangre que se escurre por mi cuello cuando el filo del

cuchillo me corta la piel de manera superficial.

—Te maté entonces y volveré a hacerlo de nuevo. Silas es un hijo de puta que jamás debió traerte de nuevo a este mundo.

—¡No hablas en serio! —Me gira con un movimiento brusco y coloca la punta del cuchillo justo en el hueco de mi tráquea—. Tenemos una nueva oportunidad. Todo será como antes, pero mucho mejor. Ahora somos inmortales. Podemos estar juntos toda la eternidad. Aunque debo darte la razón en algo, el cabrón de Silas fue a por ti desde el principio. ¿Sabes que te estuvo siguiendo durante meses? Te vigilaba. Esperó el momento exacto, ese en el que más destruida y débil te encontrabas, para atacar y llevarte a su terreno. Maldito psicópata —se burla.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco. Por algún motivo, tener una cuchilla afilada en mi cuello no me produce ningún temor. Lo único que siento es rabia e ira. Va a resultar que yo era la única cuerda en mis relaciones amorosas. Silas, Alex… Son dos perturbados.

—Alex, como humano ya no te soportaba. ¿Qué te hace pensar que quiero estar a tu lado siendo inmortal?

—¡No digas eso! —sisea entre dientes, y sujeta la parte posterior de mi cuello con la mano que tiene libre—. Lo pasábamos bien juntos. Incluso esa última vez. Sé que no lo hiciste a propósito. Te asustaste y…

—¡¿Crees que lo pasé bien?! —exclamo alucinada—. ¡Maldita sea, Alex, me violaste! ¡Estuviste a punto de matarme de una paliza!

—Siempre te ha gustado que sea rudo contigo. En el fondo, lo disfrutaste como la perra que eres.

Aprieto los puños y siento cómo mi poder fluye a través de todo mi cuerpo.

—¿Sabes? En algo tienes razón. La primera vez que te maté lo hice sin querer, pero esta… —Clavo la mirada en la suya y sonrío—. Oh, ahora voy a disfrutarlo como la perra que soy.

Supongo que su mirada de confusión y pánico se debe a que me he transfigurado sin darme cuenta. No lo sé, y tampoco me detengo a pensarlo ya que, en lo que tarda en pestañear, un destello dorado sale de mi pecho e impacta en el suyo, atravesándolo y lanzándolo hacia el extremo opuesto de la destartalada sala. Camino hacia él, sintiendo cómo la rabia y la oscuridad se apoderan de cada partícula de mi ser. Alex se retuerce de dolor en el suelo. Parte de su pecho y uno de sus hombros están completamente calcinados. Ni siquiera sangra. Doy un par de pasos más y soy interceptada por Athan. Se interpone en mi camino y me sujeta por los hombros.

—Yo lo haré, Tara —susurra.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—No, esto es cosa mía. Alex y yo tenemos un asunto pendiente —digo, usando las mismas palabras que el hijo de perra de mi exnovio.

El vampiro asiente y se hace un lado para que continúe. Lo hago, doy un paso más y después otro y otro, con tranquilidad y parsimonia. No siento ningún tipo de duda o remordimiento cuando alzo a Alex por el cuello, tampoco cuando lo empujo contra la pared y mucho menos al hundir mi mano en su pecho, agarrar su corazón y arrancárselo de un solo tirón. Su cuerpo inerte cae a plomo contra el cemento desgastado y lanzo su órgano con fuerza contra la pared.

Al girarme, compruebo que todos me están mirando con los ojos muy abiertos. No soy capaz de descifrar la expresión de sus rostros. ¿Asco? ¿Miedo? Tal vez ambos. Al fin y al cabo, ahora todos saben ya lo que soy: una jodida asesina.

En el camino de vuelta a casa nadie se atreve a decir una palabra. La adrenalina en mi cuerpo va disminuyendo, y a cada paso que doy siento como si mi pecho se estuviese comprimiendo. La garganta se me cierra y me pican los ojos. No quiero llorar frente a ellos. En realidad, no quiero

llorar y punto, de ninguna manera. Ese desgraciado no se merece ni una sola de mis lágrimas. Hice lo que tenía que hacer y no me arrepiento. En cuanto llegamos a la sede, no espero que nadie me acompañe a la salida. Asciendo a la mansión y me meto en la ducha. Mis movimientos son mecánicos. No quiero pensar en lo que ha ocurrido esta noche, mucho menos en las consecuencias de mis actos. Al terminar, y aún sin haber derramado una sola lágrima, me seco y me visto a toda prisa antes de regresar a mi dormitorio.

—¿Cómo te encuentras? —Alzo la cabeza al escuchar la voz de Zella, y descubro que con ella también están Athan y Darick, justo al lado de mi cama.

—Quiero estar sola —farfullo, pasando al lado de la bruja.

Necesito que se vayan antes de que me derrumbe. Sé que ocurrirá en cualquier momento. La presión en mi pecho va en aumento y me veo obligada a pestañear rápido para mantener la compostura.

—Tara, si necesitas hablar…

—¡Solo quiero que me dejéis en paz! —exclamo en un tono más alto y agresivo de lo que pretendía.

Tomo una bocanada profunda y trago saliva con fuerza cuando las primeras lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. No alzo la mirada del suelo.

—Tara…

—Por favor —susurro.

Estoy segura de que van a seguir insistiendo, pero, de pronto, algo cambia. Antes de verlo lo siento, un olor intenso a especias. Un halo anaranjado me rodea y, sin que pueda reaccionar, noto cómo alguien me sujeta por la cintura y el suelo se mueve bajo mis pies. Dura solo un segundo, y enseguida soy consciente de que ya no estoy en la mansión. Ceridwen nos ha transportado al palacio de Agrabah.



Capítulo 23

Tara

Pestañeo con confusión por el cambio de escenario. ¿Qué coño…?

—Supuse que necesitabas una salida —dice, y, aunque intento contenerlo, no soy capaz de detener la avalancha de lágrimas que cae de mis ojos.

—No… Yo no… —Sollozo y coloco la palma de la mano en el centro de mi pecho.

Ceridwen me sujeta el rostro con ambas manos y busca mi mirada.

—Suéltalo, Tara. Solo tienes que dejar que salga y te sentirás mejor.

Hago un último esfuerzo en vano. Aunque he pasado mucho tiempo con el genio durante esta última semana, aún no sé si puedo fiarme de él, pero ahora mismo me da igual. No me resisto cuando me atrae hacia su cuerpo; me derrumbo, apoyando la cara en su pecho. Durante minutos, o tal vez horas, solo lloro. Ceridwen no hace preguntas ni me obliga a dar explicaciones, al menos no hasta que consigo tranquilizarme un poco. Solo entonces se aparta de mí, y usando la magia, hace aparecer un vaso de agua y pañuelos de papel justo sobre la mesa que está a nuestro lado.

—Gracias —susurro entre hipidos.

—No hay nada que agradecer. Ahora me gustaría que me lo contaras todo. Quiero saber qué es lo que te ha llevado a este estado. Tal vez, si lo entiendo, pueda ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —respondo con la voz ronca por el llanto.

—¿Probamos? —Suspiro, y compruebo que el genio me está mirando con expresión divertida y una ceja arqueada.

Me planteo negarme. No sé si puedo confiar en él, pero en realidad… ¿En quién puedo hacerlo? «Abraxas», resuena en mi cabeza. Oh, no, ese idiota se largó. No pienso perder ni un segundo de mi tiempo pensando en él. Inspiro hondo por la nariz.

—¿Tienes un par de horas y una botella de *whisky*?

—Veré qué puedo conseguir.

Y así lo hago. Durante las siguientes horas le cuento al genio todo sobre mí, empezando por

mi infancia en el orfanato y cómo me encerraron en un hospital psiquiátrico siendo una niña. Después mi vida como nómada, siempre de un lugar a otro; la adicción a las drogas para evadirme de la realidad; mi relación con Alex; lo que ocurrió esa noche cuando creí que lo había asesinado… Se lo cuento absolutamente todo.

—Ahora ya lo sabes. Me conoces mejor que nadie en este mundo.

—Es un honor —comenta sonriendo—. No me extraña que hayas explotado. Lo que has tenido que vivir es una carga demasiado pesada para cualquiera.

—No te compadezcas de mí, Ceridwen —pido.

—No lo hago. Debes empezar a entender que cuando digo algo nunca es en vano. Siento y creo todas y cada una de las palabras que salen de mi boca, y si de algo estoy seguro es de que tú, Tara, eres una persona y mujer realmente excepcional.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho durante la última hora? Mi vida ha sido un desastre. Mírame, son mis malas decisiones las que me han traído hasta aquí.

—Puedes llamarlo así o también el destino.

—Yo no creo en esas cosas —mascullo tras chasquear la lengua.

—Claro, porque que aparezcas en una profecía con miles de años de antigüedad es algo totalmente casual, ¿verdad? El destino existe, y tal vez te parezca cruel lo que estoy a punto de decir, pero quizá hayas tenido que pasar por todo ese desastre para convertirte en la persona que eres hoy.

—¿Quién soy según tú? ¿El fénix? Ni siquiera sabemos qué es lo que significa eso.

—Puede que hubiésemos averiguado algo más si hubiéramos sabido que tu poder no es algo reciente. Puedes ver la oscuridad desde niña, incluso en los humanos. Eso es algo inaudito.

—Algo inaudito que me llevó a un puto manicomio —farfullo—. Y si la Policía se entera de lo que hice, acabaré en la cárcel el resto de mis días.

—Las leyes humanas no nos afectan. Puedes estar tranquila. Lo que no entiendo es el motivo que te llevó a guardar silencio durante todo este tiempo. ¿No confías en la gente de Brax?

Bufo y hundo el rostro entre mis manos.

—No confío en mi habilidad para juzgar a los demás. Primero Alex, después Silas… —Niego con la cabeza—. He estado tan sola durante toda mi vida que tiendo a aferrarme a cualquiera que me demuestre una pizca de afecto.

—Ellos son tus amigos, Tara.

—Eso dicen —susurro.

—¿No les crees? ¿Y qué pasa con Brax? Él se ha propuesto protegerte a como dé lugar. ¿Tampoco confías en él?

—¿En el demonio ausente y escurridizo? —Resoplo y niego con la cabeza—. Soy una inmortal y maté a un humano.

—¿Temes que Brax se vuelva en tu contra si se entera?

—Es su trabajo —respondo, encogiéndome de hombros—. Yo lo maté.

—Él te atacó primero. Solo te defendiste. Además, fue un accidente. No sabías controlar tu poder, ni siquiera conocías su existencia.

—Yo lo deseaba. Quise verlo muerto —confieso.

—Como cualquiera en tu lugar.

—Esta noche he sido muy consciente de la existencia de mi poder, sentí la oscuridad en mí. Quise matarlo y lo hice. Le arranqué el corazón y no me arrepiento.

Ceridwen se queda callado unos segundos y después coloca su mano sobre mi rodilla.

—La forma en la que reconocemos y controlamos nuestra oscuridad es la que define nuestra

verdadera naturaleza.

—Yo no la he controlado en absoluto.

—Lo hiciste, Tara. Fuiste consciente de que la dejabas salir e impartiste justicia. ¿Crees que ese imbécil habría salido con vida de allí? Si no lo hubieses matado tú, cualquiera de tus amigos lo habría hecho por ti, o Brax al enterarse de lo que te hizo, incluso yo. —Vuelve a sostener mi rostro entre sus manos y sonríe—. Eres una buena persona, justa y caritativa. El hecho de que te estés cuestionando todo esto es prueba fehaciente de ello.

Suspiro y, por un instante, dejo que sus palabras calen hondo en mi mente. La idea de que pueda tener razón me tranquiliza lo bastante como para relajarme y que el agotamiento se apodere de mí. Bostezo y el genio suelta una carcajada.

—Lo siento. No es por ti. Solo…

—Lo dicho, eres única, Tara. Es la primera vez que una mujer se aburre conmigo.

—¡No seas idiota! Solo estoy cansada. Ha sido una noche larga.

—Ya. —Se pone en pie y da una palmada—. Te llevaré a casa cuando me lo pidas. —Inspiro hondo y soy consciente de que la idea de regresar a la mansión y enfrentarme a las preguntas de los demás no es algo que me entusiasme demasiado. Ceridwen parece leerme el pensamiento—. Si lo prefieres, puedes quedarte aquí hasta mañana.

—¿De verdad no te importa?

—En absoluto. Pediré que te preparen un dormitorio.

—Te lo agradezco.

—No hay por qué. —Chasquea los dedos y enseguida aparece una mujer vestida de pies a cabeza con colores llamativos. Es una de sus vírgenes, o como sea que se llamen—. Haisha, encárgate de que Tara se sienta cómoda en una de las habitaciones de invitados.

La chica asiente con una inclinación sutil y me señala el camino de la salida.

—Gracias por todo —digo de nuevo antes de empezar a caminar.

—Si necesitas algo, solo pídelo.

—¿Lo que sea? —inquiero sonriendo. El genio asiente—. Lo de los tres deseos y la alfombra voladora…

Rompe a reír a carcajadas. Yo sonrío y espero a que se reponga. Se acerca a mí y, una vez más, vuelve a sorprenderme al besar mi frente con sutileza.

—Única, Tara, eres única. Buenas noches.

—Buenas noches —susurro, y me marcho de la sala sintiéndome por primera vez en mucho tiempo un poco más liviana.

Brax

—No vuelvas a pedirme que haga algo así —escucho que dice Ceridwen en cuanto Tara se marcha y la puerta se cierra, dejándonos a solas.

Salgo del escondite mágico donde llevo horas observándolos y trago saliva con fuerza. En más de una ocasión he tenido que contenerme para no correr hacia ella y abrazarla. Ese hijo de puta… Si no estuviese ya muerto, ahora mismo estaría disfrutando arrancándole las tripas. Aún siento su dolor, su pena, su vergüenza. Cuando Zella me llamó para informarme, estuve a punto de ir a buscarla, pero pude resistir la tentación y envié a Ceridwen en mi lugar. Sabía que él podría ayudarla. Es un gran oyente y siempre tiene las palabras correctas en la punta de la lengua.

«Aún puedes hacérselo al genio. La ha tocado. La ha besado. La ha…». Apago la molesta voz de mi cabeza y me dirijo al lugar donde Ceridwen me espera con un vaso de licor para mí. Él se bebe el suyo de un solo trago y se sirve otro.

—Supongo que debo darte las gracias.

—No, lo que debes hacer es dejar de esconderte como un maldito cobarde y hablar con ella. No era mi consuelo el que necesitaba esta noche, amigo.

—No puedo —murmuro, negando con la cabeza—. Y mucho menos después de haber leído la tercera parte de la profecía. Ella acabará conmigo y yo la destruiré junto con el resto del mundo.

Resopla con fuerza y vuelve a beberse otra copa de golpe.

—¿Cuál es tu plan? ¿Vas a permanecer oculto hasta que todo se resuelva por sí solo? Eso es de cobardes. Te conozco y sé que no eres uno, así que deja de lamentarte de una maldita vez y afronta lo que está ocurriendo.

—¿No lo entiendes? El mundo en el que vivimos corre peligro. Nuestra misión…

—¡A la mierda la misión! ¡¿Dónde están los creadores?! ¡Hace siglos que nos abandonaron, Brax! ¡¿Es que no te das cuenta?! Tienes dos opciones: puedes apartarte de ella y sacrificarla para salvar el mundo, o quemarlo hasta las entrañas para estar con la mujer que ambos sabemos que amas. Es tu decisión, hermano, pero yo que tú me daría prisa porque no creo que Tara sea del tipo de chica que se pasa la vida esperando a alguien que no se arriesga por estar a su lado.

Lo miro, frunciendo el ceño, aunque no soy capaz de contestar a su provocación. En el fondo, sé que tiene razón. Ya tengo la profecía completa, sé lo que terminará ocurriendo. Esforzarme para evitarlo es inútil, sin embargo, no puedo dejar de intentarlo.



Capítulo 24

Tara

El genio me deja en la mansión y no tarda en marcharse. Aunque me sorprende de nuevo al besar mi frente a modo de despedida. Supongo que mis confesiones de anoche han creado una especie de lazo entre nosotros. Se siente bien, sin embargo, una pequeña parte de mí aún sigue desconfiando de sus verdaderas intenciones. Después de lo de Silas, creo que va a ser difícil volver a fiarme por completo de alguien más.

Paso por la ducha y me cambio de ropa antes de acercarme a la cocina. Sé que les debo una explicación a los chicos, y estoy segura de que me la pedirán. No obstante, pasar los días encerrada en mi dormitorio no puede considerarse una opción. Tengo que enfrentarme a ellos, y si me juzgan por lo que hice, lo aceptaré.

Inspiro hondo antes de caminar hacia el interior de la cocina con una sonrisa forzada.

—Buenos dí… —Me quedo a mitad del saludo al ver a Abraxas sentado a la mesa con los demás. ¿Ya ha vuelto? No me lo esperaba. Carraspeo—. Buenos días —repito.

—Hola, novata —contesta Athan. Se levanta y me tiende una taza de café con una sonrisa—. ¿Todo bien?

Aparto la mirada de la nuca de Abraxas. El muy capullo ni siquiera se ha girado. «Puede que esté pensando en la forma de matarte por lo que hiciste. Acabaste con la vida de un ser humano, Tara. Rompiste las reglas». Asiento y le agradezco al vampiro su amabilidad antes de desplazarme por la estancia hasta la ventana. Al menos, él no está cabreado conmigo. Supongo que eso es una buena señal. Desde mi nueva posición, Abraxas está de frente a mí, por lo que no tarda en mirarme.

—Buenos días, Tara —saluda.

—Hola —susurro, aunque él parece no escucharme porque enseguida continúa su conversación con Zella como si nada.

¿Acaba de ignorarme? ¿En serio? Pero ¿qué mierda le pasa a este demonio? Esperaba un reencuentro un poco más… «¿Caliente? ¿Apasionado?». Amistoso. Sí, justo eso. La bruja me

mira de reojo mientras pone al tanto a su jefe de pequeños detalles de las expediciones que hemos llevado a cabo esta última semana. No menciona nada sobre lo que ocurrió anoche, por lo tanto, debo dar por hecho que Abraxas ya está enterado. Ella jamás le ocultaría algo así.

Tras un buen rato en el que me siento como un jodido fantasma al que todo mundo ignora, decido marcharme, pero antes de salir de la cocina soy interceptada por la voz de Abraxas.

—¿A dónde vas? —Me giro despacio y frunzo el ceño bajo su atenta mirada.

—¿Me hablas a mí? —Miro a un lado y a otro—. Creí que era invisible o algo así.

—Te he saludado —replica en su habitual tono apacible.

—Después de salir huyendo sin dar explicaciones, ¿no? —Se cruza de brazos y apoya la espalda contra el respaldo de la silla.

—Bien, nosotros ya nos vamos —comenta Zella, poniéndose en pie. Darick la sigue en dirección a la salida, pero Athan decide quedarse a cotillear.

—¿Por qué me empujas? —se queja cuando la bruja tira de él—. Sabes que puedo oír lo que dicen en cualquier lugar de la casa, ¿verdad?

Escucho un golpe y después el quejido del vampiro antes de que se pierdan por el pasillo.

—¿Tienes algo que decirme, Tara? —pregunta Abraxas cuando al fin nos quedamos solos.

—¿Y tú? —Arqueo una ceja y puedo notar cómo una de sus comisuras se eleva. No contesta, y su actitud pasiva, como si no hubiese ocurrido nada entre nosotros, me frustra aún más—. ¿Nada? ¿En serio? Esperaba al menos una explicación.

—No creo que te deba nada de eso —masculla.

—Permíteme discrepar. Que te haya permitido follarme creo que me da el derecho de saber, al menos, por qué me ignoras y huyes de mí.

Exhala una gran bocanada de aire y frunce el ceño.

—Ya me he disculpado por eso.

—No busco una disculpa. Solo una maldita explicación —siseo.

Abraxas se pone en pie con tanto ímpetu que la silla cae al suelo y se estrella contra las baldosas con un enorme estruendo. Retrocedo un par de pasos y él ladea la cabeza con confusión.

—Me sigues temiendo —susurra.

No me da tiempo a contestar a su afirmación, pasa por mi lado como un vendaval y sale de la cocina. Estoy a punto de dejar que se marche para evitar un nuevo conflicto, sin embargo, tras pensarlo, decido seguirlo. Corro por las escaleras tras el sonido de sus pasos. Es extraño, creo que, desde que conozco a este demonio, jamás había notado que desprendiera tanta fuerza. Supongo que es ira, está realmente cabreado y yo lo estoy siguiendo. Tal vez no sea la mejor idea, pero no pienso amedrentarme ahora. Lo persigo hasta la biblioteca. Sé que él se ha dado cuenta de mi presencia al entrar en la estancia, solo que no se mueve de su lugar, justo frente al ventanal que da a la terraza.

—En algún momento tendrás que dejar de huir, Abraxas.

Resopla con fuerza. No sé si por lo que he dicho o por el hecho de que sigo refiriéndome a él con su nombre completo.

—¿Por qué no puedes dejarlo estar? Cometí un error al invadir tu habitación y asaltarte. Ya me he disculpado y prometo que no volverá a ocurrir. ¿Qué más quieres de mí? —Aunque me habla, no se gira. Sigue con la mirada fija en el otro lado del cristal.

—Para alguien que nunca hace promesas, conmigo…

—Tú eres distinta —me corta—. Créeme, todo lo que hago es para mantenerte a salvo.

—Estaría bien ser conocedora de eso que se supone que haces. Me sigues ocultando cosas, Abraxas. Te recuerdo que hicimos un trato.

—Lo estoy cumpliendo. —Se gira de golpe y clava su mirada en la mía. No parece cabreado. Sus ojos grises reflejan tristeza y pesar, nada más—. ¿Qué me dices de ti? ¿Cuándo pensabas contarme lo del vampiro de anoche?

—No es asunto tuyo. Si lo que te preocupa es que haya matado a un humano…

—¡Me preocupas tú, joder! —ruge—. Ese maldito hijo de puta te hizo daño. Si no estuviese muerto, te aseguro que ahora mismo estaría sufriendo lo que nunca antes nadie ha sufrido.

—¿No estás enfadado por lo que hice? —inquiero.

Abraxas resopla de nuevo y niega con la cabeza.

—Te defendiste de un jodido violador. ¿Cómo voy a enfadarme por eso?

—Creí que… —Suspiro, agachando la mirada.

—¿Hay algo más que quieras contarme? Como, por ejemplo, de dónde has sacado esto. —Alzo la cabeza y frunzo el ceño confusa al verlo agitar un trozo de papel.

—¿Qué es eso? —inquiero.

—Dímelo tú.

Chasqueo la lengua y me acerco en un par de zancadas. Le arrebato el papel de la mano y lo abro. Noto cómo mis mejillas se calientan y niego con la cabeza.

—Esto es… Es… Mierda.

—Responde a mi pregunta, Tara. ¿De dónde lo has sacado?

Echo un nuevo vistazo al papel. No es la primera vez que lo veo. En él está escrito de mi puño y letra el poema que ni siquiera sé de dónde me salió.

—No lo sé. Yo solo… —Bufo de nuevo—. Ni siquiera me gusta la poesía. Estaba distraída y empecé a garabatear en un papel. No creas que pensaba en ti o te echaba de menos. Quiero decir que… —Arrugo el papel en un puño—. Es una tontería.

Tarda unos segundos en volver a hablar.

—¿Lo has recitado en voz alta? —Niego—. Bien, nunca lo hagas.

—¿Por qué? Solo es un poema de mierda.

Abraxas cruza los dos pasos que nos separan. Cuando su mano toca la mía siento como todo mi cuerpo se enciende. Admito que echaba de menos su cercanía, aunque sigo cabreada con él. Me obliga a abrir la mano y coge el papel arrugado del centro de mi palma.

—¿Quieres saber qué es esto? Este poema de mierda, como tú lo llamas, es la clave para destruirme. —Vuelve a dejar el papel y se aparta—. Tienes en tu mano mi destino y el de toda la humanidad, Tara. Eso es lo que has hecho, y el principal motivo por el cual me veo obligado a seguir alejado de ti.

—Pero… —Niego con la cabeza. Extiendo el trozo de papel y empiezo a leer en silencio.

Abraxas, eres la cópula sagrada,
el amor y su homicidio, eres el santo y su traidor.
Eres la más clara luz del día y la más profunda noche del absurdo.
Verte significa ceguera, conocerte significa enfermedad,
rezarte significa muerte, temerte significa sabiduría,
no oponerse a ti significa salvación.
Dios vive detrás del sol, el Diablo vive detrás de la noche.
Lo que Dios engendra a partir de la luz,
el Diablo lo arrastra a la noche.
Pero tú, Abraxas, eres el mundo, su devenir y dejar de ser.

—No importa si lo entiendes, tampoco si te parece bien o no. Debo alejarme de ti. Eso es lo único que importa ahora.

Sin decir nada más, sale a la terraza y lo observo mientras extiende sus alas de plumas negras bajo el sol de la mañana.

—Espera… ¡Abraxas! —Tiro el papel al suelo y corro en su dirección. Sé que me escucha llamarlo, pero no se gira ni se detiene. Ya casi lo he alcanzado cuando, con un salto grácil y sin aparente esfuerzo alguno, se lanza a volar—. ¡Brax! —Lo veo girar en el aire, y justo en ese instante tropiezo e intento sujetarme al pequeño muro de piedra. No lo logro. Siento un apretón en el centro del pecho y empiezo a caer.

Brax

¡Tara está cayendo por la terraza! Me impulso con fuerza, haciendo batir mis alas para alcanzarla, pero temo haberme alejado demasiado. «¿Por qué te fuiste, imbécil? Te estaba llamando. ¡Corre! ¡Tienes que atraparla!». Vuelo lo más rápido que soy capaz.

—¡Tara! —grito, aunque ella no me escucha. Está a punto de estrellarse contra el pavimento. No voy a llegar a tiempo.

Contengo el aliento y cierro los ojos con fuerza. No quiero verlo. No puedo ver cómo pierde la vida la única mujer que he amado nunca. «¡*Noo*! ¡Hijo de puta! ¡Abre los ojos! ¡Lucha!». Por primera vez en mucho tiempo, decido seguir las órdenes de la voz en mi cabeza. Con el corazón acelerado, busco en el suelo el cuerpo de Tara, solo que ella no está. Entonces, un destello llama mi atención. Alzo un poco la mirada y me quedo boquiabierto al ver unas enormes alas en color dorado. Son muy similares a las mías, pero brillan bajo la luz del sol. Pegadas a ellas está Tara intentando mantener el equilibrio. Su expresión es de auténtico terror y confusión.

Vuelo hacia ella y la sujeto con fuerza por la cintura. Consigo arrastrarla de vuelta a la terraza y la dejo sobre sus propios pies.

—Tengo alas —dice alucinada.

Inspecciono y toco su rostro, después sus hombros y sus brazos en busca de alguna herida o contusión.

—¿Estás bien? —pregunto ansioso—. ¿Te has hecho daño?

—Abraxas, tengo alas —repite, y sacude la cabeza de un lado a otro—. Espera, ¿me he muerto y esto es una especie de sueño raro?

Resoplo. Solo a ella se le ocurre pensar algo así en una situación tan seria.

—Casi mueres —siseo, sujetando su rostro entre mis manos.

Tara clava su mirada en la mía y se encoge de hombros.

—Mejor para ti, ¿no? Así ya no tendré en mis manos la clave de tu destrucción.

Exhalo con fuerza y apoyo mi frente en la suya.

—La forma más efectiva de destruirme es haciéndote daño a ti —confieso.

Noto cómo su respiración se acelera y apenas soy consciente del momento en el que sus brazos se han enroscado alrededor de mi cuello. Tira de mí hacia sus labios, y por los creadores que hago todo lo que puedo por resistirme, pero no soy capaz de negarle lo que me pide. Nuestras bocas se unen y la beso con voracidad, saboreando su lengua y mordisqueando sus labios.



Capítulo 25

Tara

Nos estamos besando de nuevo, y esta vez he sido yo la que ha tomado la iniciativa. Por un momento creí que este era el fin, que al caer por la terraza mi vida acabaría, y con ella también los sentimientos que albergo hacia este escurridizo demonio. Sí, al fin puedo admitirlo, siento cosas por él, algo intenso y animal. Una atracción fuera de lo común y algo más, algo a lo que no soy capaz de poner nombre.

Sus grandes manos se aferran con más fuerza a mi cintura y gimo en el interior de su boca. Me da igual cómo se llamen esos sentimientos, necesito seguir aquí, bebiendo de él, disfrutando de cada roce de su lengua contra la mía, de la forma en que sus dientes se clavan en mi labio inferior.

—¡¿Qué ocurre?! —Abraxas se aparta con brusquedad cuando escuchamos la voz de Athan. Él, junto a Zella y Darick, sale a la terraza en tromba, con gestos de preocupación en sus rostros—. Escuchamos gritos y… ¡Tara, tienes alas!

Aparto la mirada de Abraxas, aún con la respiración alterada, e intento actuar de forma natural.

—Yo estoy tan sorprendida como vosotros, chicos. —Mi voz suena afónica y rasgada.

—¿Brax? —lo llama a bruja, aunque él sigue mirándome a mí, puedo notarlo.

—Eh… Sí. —Carraspea y lo escucho resoplar—. Se precipitó por el balcón, y de pronto estaba volando.

—Las alas son más duras que las tuyas —señala Darick, estira su mano y acaricia la parte superior de una de ellas, justo por encima de mi hombro derecho. Noto un leve cosquilleo y me remuevo incómoda. Es raro y placentero también—. ¿Te duele? —me pregunta.

—Deja de tocarla, Dar —gruñe Abraxas.

El licántropo enseguida aparta su mano y me lanza una sonrisa de disculpa. Por su reacción, debo suponer que eso es lo que él siente cuando tocan sus alas, ¿no? Placer, cosquillas, como si cada roce en una de las plumas enviara un impulso nervioso a través de su columna vertebral.

—¿Cómo ha pasado esto? —inquiere la bruja—. ¿Lo deseaste o algo así? ¿Fue algo intencionado?

—En absoluto. Yo solo… —Bufo y señalo con el dedo índice al demonio—. Fue su culpa.

—¿Mía?

—Sí, te fuiste volando y quise seguirte. Entonces tropecé y creí que moriría. Sentí una especie de latigazo en la espalda, justo entre los hombros, y me di cuenta de que estas estaban aquí. —Señalo las dos alas de color dorado que ahora mismo sobresalen de mi espalda.

—Una vez más, tus poderes se manifiestan a través de tus emociones —masculla Zella.

—¿Y ahora qué hago? Pesan bastante. ¿Voy a quedarme con ellas para siempre ahí?

—No lo creo. Supongo que, como el resto de poderes, es algo que puedes activar y desactivar cuando lo desees.

—¿Cómo lo hago?

—Solo hay una persona aquí que tenga alas —señala Athan, sonriendo socarrón.

Busco con la mirada a Abraxas y este bufa de nuevo.

—Está bien —farfulla. Viene hacia mí y se detiene a una distancia considerable—. Relájate, deja tu mente en blanco y busca en tu interior esa chispa que activa tus poderes.

—La oscuridad. Eso es lo que los activa.

—Bien, entonces úsala. Contrólala desde dentro. Después solo debes dar la orden de que desaparezcan y lo harán.

Hago lo que me pide, incluso cierro los ojos e inspiro hondo para tranquilizarme, pero no consigo encontrar ni una señal de la oscuridad que sé que vive en mí.

—Eso no va a funcionar con ella —señala Athan—. Hay que usar métodos más agresivos. Además, por lo que dijo anoche ese vampiro, se ve que le gusta que los machos sean duros con ella en todos los sentidos.

Aprieto los puños con fuerza y le lanzo una mirada furiosa. Noto cómo me hierve la sangre y mi corazón se acelera. ¿Quería oscuridad? Bien, la he encontrado. Estoy a punto de lanzarle un jodido destello directo a la cabeza, solo que antes de poder hacerlo, veo una sombra que se cruza en mi camino a toda velocidad. Al instante siguiente, Abraxas está sosteniendo al vampiro por el cuello a varios palmos del suelo. Su cara se ha convertido de nuevo en una calavera negra, con dos pozos sin fondo en el lugar donde deberían estar sus ojos.

—¡Brax, suéltalo! —grita Zella—. ¡Brax!

Veo cómo echa el brazo hacia atrás, y reconozco ese movimiento. Es lo mismo que hice yo hace solo unas horas, justo antes de arrancarle el corazón a Alex. Darick gruñe, empezando a transfigurarse, y el pelo de Zella se vuelve verde. Ambos están a punto de abalanzarse contra el demonio para salvar a Athan de una muerte segura, pero no creo que lleguen a tiempo.

—¡Abraxas! —bramo, y se detiene de golpe.

Gira la cabeza en mi dirección y la ladea, como si estuviese saliendo de un sueño profundo y acabara de reconocerme. De pronto, empuja a Athan y se abalanza sobre mí. Retrocedo, sin embargo, él es más rápido y consigue sujetarme por la cintura en solo un parpadeo.

—No dejaré que nadie te lastime. —Su voz suena tan grave y ronca como en la noche que pasamos juntos. Es como un graznido.

Sacude la cabeza y me suelta antes de que pueda decir nada. Poco a poco, su rostro va recomponiéndose, capa a capa, esa piel blanquecina cubre los huesos oscuros y sus ojos grises vuelven a brillar.

—¿Estás bien? —le pregunta Zella a Athan.

—Sí. —Tose un par de veces y viene hacia nosotros cojeando y haciendo muecas de dolor—.

¿Por qué siempre soy yo el que acaba en el suelo?

—Porque eres un maldito bocazas —señala la bruja.

—Joder, que solo era una prueba. —Me señala a mí con la mano—. Mírala, ya no tiene alas. Se supone que al cabrearse accede a la oscuridad.

Compruebo que tiene razón. Las alas se han ido. Supongo que, al fin y al cabo, su plan ha funcionado.

—Discúlpate con ella —le ordena Abraxas. Su voz sigue sonando distinta, aunque ha recuperado el tono apacible que lo caracteriza.

—Sí, claro. —El vampiro se dirige a mí con las manos en alto—. No lo decía en serio, Tara. De verdad, yo mismo habría matado a ese hijo de puta por lo que te hizo.

Inspiro hondo y asiento. Aunque sus métodos no han sido los más apropiados, sus intenciones no eran malas.

—Está bien, vamos a olvidar todo esto de una vez. —La bruja resopla y se echa la melena gris sobre el hombro—. ¿Tú estás bien, Brax? —El demonio asiente, aunque sigue cabizbajo. No acabo de entender su reacción. Sí, estoy de acuerdo en que Athan se ha excedido, pero tampoco era tan grave como para matarlo—. Genial. Volviendo a la nueva habilidad de Tara. Sería interesante que aprendiera a utilizarla como es debido.

¿Habla de volar? Oh, sí, eso me gusta. Sería increíble poder hacerlo sin matarme en el intento.

—¿Qué sugieres? —inquiere Abraxas.

—Tú puedes instruirla. Athan y Darick ya no son capaces de entrenarla sin sufrir las consecuencias. Es demasiado poderosa. Supongo que ha llegado el momento de que tomes el relevo.

—No —contesta de inmediato.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿En serio? Se supone que ibas a enseñarme a defenderme sola —intercedo.

—He dicho que no. Seguirás con tu entrenamiento, pero no seré yo quien lo imparta. Buscaré a alguien. Tal vez Ceridwen acceda a…

—Ceridwen no vuela —lo corto. Entrecierro los ojos—. No vuela, ¿no?

—No —confirma Athan.

—Entonces no tiene ningún sentido que sea él quien me enseñe a volar.

—No necesitas volar —sisea el demonio.

—Abraxas…

—¡He dicho que no! —exclama, alzando la voz.

Llevada por un impulso, me acerco de nuevo al muro y sonrío de oreja a oreja.

—¿Estás seguro de eso?

—Tara, apártate de… —Antes de que pueda terminar la frase ya me he lanzado al vacío.

Me asusto al principio, pero enseguida noto sus manos sujetándome, y en menos de cinco segundos volvemos a estar en la terraza, con los pies sobre tierra firme.

—¡¿Qué coño haces?! —me grita muy alterado.

—¡Demostrar que necesito que me ayudes! Si supiese volar, no tendrías que haber venido a por mí.

Se me queda mirando durante un rato con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada.

—¡Maldición! —masculla, dando media vuelta y dirigiéndose al interior—. Empezamos esta noche, y deja de tirarte por el puto balcón.

Sonrío de oreja a oreja mientras se pierde en el interior de la biblioteca. Zella me mira alucinada.

—Estás loca, chica. —Niega con la cabeza—. ¿Cómo sabías que iba a ir a por ti?

Inspiro hondo y vuelvo a mirar hacia el lugar donde hace unos instantes estaba Abraxas. No lo dudé ni un solo instante. Supe que no permitiría que nada malo me pasara.

—Supongo que confío en él —respondo, y esa revelación me deja sin aliento.

No solo tengo sentimientos por él, también le he confiado mi vida.



Capítulo 26

Tara

—Abre las alas y vuelve a plegarlas —me ordena Abraxas.

Resoplo con fuerza. Llevamos ya más de tres horas en una de las zonas más altas del castillo de Montjuic, y a estas alturas creí que ya estaría probando mis recién estrenadas alas en un paseo corto o algo así, pero lo único que he hecho ha sido abrirlas y cerrarlas una y otra y otra vez. Me duelen todos los músculos de la espalda, y los hombros también.

—¿No podemos hacer otra cosa? Ya sé cómo abrirlas —me quejo.

Niega con la cabeza. Está muy distante y poco hablador. Creí que, después de la forma en la que lo forcé a darme clases, cuando viniese a buscarme estaría cabreado, o al menos un poco gruñón, solo que no fue así. Solo apareció en mi habitación, me dijo que me preparara y, tras sujetarme con fuerza, salimos volando por la ventana. No se detuvo a mirarme, ni una sonrisa, ni una broma… Nada. No he recibido por su parte más que indiferencia, y creo que eso es lo que más me molesta.

—Tienes que fortalecer los músculos y controlar el movimiento de las alas antes de lanzarte a volar.

—Control, odio esa maldita palabra —siseo—. Tengo que controlar mi poder, la oscuridad, ahora las alas… ¿Algo más?

—Si contuvieras un poco tu carácter y esa lengua afilada, tampoco estaría nada mal.

Arqueo una ceja y se me escapa una sonrisa.

—¿Acabas de soltarme una regañina?

—No, yo solo… —Inspira hondo por la nariz—. Da igual. Sigue. Tú lo has dicho, el control lo es todo.

—No sé cómo hacerlo. Son demasiadas cosas a la vez.

—En realidad, todo es lo mismo. Si controlas la oscuridad, controlas tu poder, y lo de las alas viene con el entrenamiento. Tienes fuerza y resistencia física, pero te falta músculo. Tal vez deberías empezar una rutina de gimnasio para complementar tu entrenamiento.

—¿Vas a ponerme a levantar pesas? —Asiente—. ¿Por qué? Tú vuelas como si nada y nunca te he visto hacer ejercicio.

—Eso es porque no lo necesito. Llevo tanto tiempo volando que para mí es un acto tan natural como respirar.

—Tienes el control —mascullo—. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo consigues mantener la oscuridad controlada?

No sé por qué, pero mi pregunta parece molestarle. Lo noto en la forma en la que su mandíbula se tensa y aprieta los puños a cada lado de su cuerpo.

—Se acabaron las preguntas. Sigue plegando y desplegando las alas.

Bufo de nuevo y, cabreada por su falta de comunicación, hago que mis alas se desplieguen con tanta fuerza que acabo perdiendo el equilibrio. Estoy a punto de caer hacia atrás por el impulso, pero Abraxas corre hacia mí y me sujeta por los hombros.

—Gracias —susurro, clavando mi mirada en la suya.

Durante unos segundos se queda muy quieto, incluso puedo sentir cómo afloja el agarre sobre mis hombros y sus dedos se mueven despacio en una leve y sutil caricia. No obstante, no tarda en apartarse de forma brusca y frunce el ceño.

—De eso es de lo que estaba hablando. Si no eres capaz de hacer un movimiento tan sencillo como desplegar las alas sin caer de culo, seguirás sin volar. —Se cruza de brazos—. Ahora sigue.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquiero sin poder contenerme durante más tiempo—. ¿He hecho algo malo? Porque te estás comportando como un jodido patán y necesito entender a qué viene ese cambio de actitud conmigo.

—Así soy yo —sisea.

—Eso no es cierto. Estás raro desde que nos acostamos. Ya dijiste que para ti fue un error y te arrepientes. Bien, vale, lo acepto. Tampoco hace falta que te conviertas en un idiota.

Se queda callado un rato, observándome, y después niega con la cabeza.

—Sigue —ordena.

—No. —Me cruzo de brazos y alzo la barbilla de manera desafiante.

—Tara, si no quieres que te entrene, ¿por qué insististe en que lo hiciera? Me estás haciendo perder el tiempo.

—Pues te jodes —replico, encogiéndome de hombros.

—¿Cómo dices?

—Ya me has escuchado. Te jodes.

Vuelve a inspirar hondo y cierra los ojos durante un par de segundos. Cuando los abre de nuevo, coloca los brazos en jarras.

—Muy bien, ¿a qué viene este berrinche?

—Tiene gracia que yo tenga que explicarte todo lo que se me pasa por la cabeza y tú no me des una sola respuesta a mis preguntas. Creí que teníamos un trato. Nada de secretos, ¿recuerdas? Confiamos el uno en el otro.

—¿Tú confías en mí?

—Si no lo hiciera, ¿crees que estaría aquí contigo? ¡Me tiré desde un jodido balcón, Abraxas!

Exhala una gran bocanada de aire y su mirada se suaviza al negar con la cabeza.

—No lo hagas. No sigas confiando en mí.

Su actitud cambiante me frustra tanto que soy incapaz de contenerme. Hago que mis alas desaparezcan y me giro de forma brusca.

—Bien, en ese caso, estoy lista para irme —siseo entre dientes.

Lo escucho suspirar a mi espalda y espero a que llegue junto a mí.

—Tara… —Su voz suave, como un susurro en mi oído, hace que se me erice la piel y mi corazón se acelere, pero no me giro. Estoy cansada de esto, cansada de intentar entender a este demonio voluble y cabezota—. Tara, no te enfades conmigo, por favor.

—Olvídalo, ¿vale? Solo llévame de vuelta, y no hace falta que sigas perdiendo tu valioso tiempo conmigo. Buscaré la forma de aprender a volar por mi cuenta.

—Ni se te ocurra. —Tira de mi brazo para girarme y me encuentro de frente con su ceño fruncido—. Escúchame bien, te prohíbo que vueles sin mi supervisión, ¿entendido? Podrías matarte.

—¡¿Y a ti qué mierda te importa lo que me pase?!

—¡Claro que me importa! ¡¿Sabes el esfuerzo que estoy haciendo para mantenerte a salvo?! Prometí que…

—¡Olvídalo! ¡Te libero de esa puta promesa! Ya no tienes que cuidar de mí, ni vigilarme. Es más, entrégame a Silas si es lo que quieres, pero deja de actuar como si te importara porque no es así.

—¡¿Crees que no me importas?! —ruge con fuerza, llevándose las manos a la cabeza y girando sobre sí mismo. Nunca antes lo había visto tan… Ni siquiera sé cómo definirlo. Parece desesperado—. ¡Tú no entiendes una mierda, Tara!

—¡Pues explícamelo! Deja de tratarme como si fuese una muñeca de cristal.

—No lo hago.

—Por supuesto que lo haces. Eso fue lo que pasó cuando viste los cardenales en mi cuerpo después de que tú y yo…

—¡Tú y yo nada! —brama. Se acerca y me sujeta con fuerza por los hombros—. ¡Entiéndelo de una puta vez, entre tú y yo no pasó nada!

Chasqueo la lengua y lo empujo con todas mis fuerzas. Ya estoy harta de sus jueguecitos. Si quiere fingir que nunca pasó nada entre nosotros, pues que así sea.

—Tú ganas. ¿Quieres que piense que fue todo una fantasía? Mi mente me jugó una mala pasada, ¿no? Al fin y al cabo, ya me encerraron una vez por eso. Está bien, te seguiré el juego.

—¡No es un maldito juego! —grita con la respiración acelerada—. ¡¿Quieres saber la verdad?! ¡¿Es eso lo que quieres?! —Asiento de inmediato—. No recuerdo nada de lo que ocurrió esa noche porque yo ni siquiera estaba ahí.

Su pecho sube y baja con violencia mientras me observa, creo que espera una reacción por mi parte, aunque no sé muy bien cuál. En realidad, aún intento procesar lo que acaba de decir. ¿Cómo que no estuvo ahí? Yo lo vi, lo sentí. ¡Maldita sea, quiere volverme loca!

—No sé si es una broma o lo que pretendes es que vuelvan a ponerme una jodida camisa de fuerza. ¿Me estás diciendo que esa noche yo me follé sola? Porque recuerdo perfectamente tus besos, tus mordiscos, tu respiración en mi oído mientras te impulsabas dentro y fuera de mí. ¡Lo recuerdo todo!

—Porque ocurrió, pero no conmigo. —Frunzo el ceño con confusión. Sus ojos grises están empañados y brillan con fuerza.

—Nada, me follé a tu jodido fantasma —mascullo.

—No. —Carraspea y toma una gran bocanada de aire—. Quien estuvo esa noche contigo fue el otro.

—¿Qué otro? ¡¿De qué mierda estás hablando?! ¡¿Intentas volverme loca?!

—¡Abraxas!

—¡Tú eres Abraxas!

—¡No lo soy! Yo soy Brax, el otro, el que vive dentro de mí es Abraxas. Cuando él toma el control, me anula por completo.

Me quedo callada, intentando entender lo que quiere decirme. Creo que ya he visto esto antes, en la clínica donde me ingresaron había un par de pacientes con trastorno de personalidad múltiple. ¿Es posible que Abraxas…? ¡Mierda, no entiendo nada!

—Vas a tener que explicarme esto muy bien porque estoy flipando mucho ahora mismo. ¿Por qué crees que hay alguien más con la capacidad de tomar el control de tu cuerpo?

—Porque es la verdad. —Suspira y se sienta en el pequeño muro de piedra que delimita el borde de la zona en la que estamos del castillo—. Debí habértelo contado todo cuando él… —Niega con la cabeza—. Sabía que te deseaba. Escuchaba en mi cabeza todo lo que quería hacerte, pero creí que podría contenerlo. Estoy acostumbrado a ignorar sus macabros pensamientos.

Respiro hondo y me coloco frente a él, dejando un espacio considerable entre nosotros.

—¿Quién es él? —inquiero.

—Él soy yo, o parte de mí mismo. Mi oscuridad, mis… —Bufa y se pasa la mano por la mandíbula—. No podemos existir el uno sin el otro. Somos el equilibrio en estado puro, control y descontrol, el bien y el mal, la luz y la oscuridad.

—¿Esto es real? —susurro alucinada.

—Lo es, Tara, y lo siento mucho, siento no haber podido protegerte de él… de mí.

—No lo entiendo. ¿Siempre está ahí, escuchando y viéndolo todo? —Asiente y hace una mueca con los labios—. ¿Te está hablando ahora?

—Abraxas no habla. Él solo piensa, él… existe. Nuestras mentes coexisten en este cuerpo. Normalmente soy capaz de acceder a parte de su poder y controlarlo.

—Cuando te transfiguras —susurro—. Tu aspecto, el ángel de la muerte. ¿Es él?

—Somos ambos. —Esboza una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos—. Ángel de la muerte. No es la primera vez que nos llaman así.

—¿Y cuál es vuestro nombre real?

—Abraxas —responde—. Aunque en alguna época fuimos conocidos como Hugin y Munin.

—¿Los cuervos de Odín?

—Sí, fuimos su arma, su soldado, su mensajero… Erróneamente la historia nos definió como dos entes independientes, pero no lo somos. Siempre hemos sido uno solo.

Me quedo callada, intentando asimilar toda la información. Ahora entiendo por qué me pedía siempre que no lo llamara Abraxas, esa es su forma de mantener su propia personalidad apartada del otro, del malo, del que… ¡Oh, mierda! Me acosté con el otro. Dejé que… Por eso fue tan agresivo. Me pregunto si…

—¿Las veces que me has besado también era el otro?

—¿Qué?

—Quiero saber si esas veces que me besaste eras tú o…

—Sí —me corta—. Era yo, Tara, te lo prometo. Solo he perdido dos veces el control desde que te conozco. La primera vez fue cuando… —Suspira—. Yo no lo entendí hasta que vi los moretones y las marcas en tu cuello. No podía creerlo. Llevaba muchos años manteniendo el control.

—Pero esa noche no lo hiciste.

—No, y te juro que jamás me he sentido tan avergonzado y cabreado como esa mañana al ver lo que él te hizo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa conmigo? ¿Me odia?

—No, todo lo contrario. —Resopla y clava su mirada en la mía—. Te desea, Tara. Te desea tanto que fue capaz de derrumbar todas mis defensas y tomar el control solo para tenerte durante esa maldita noche.

—¿Y tú? —Contengo el aliento mientras espero su respuesta.

—¿De verdad tengo que decírtelo? ¿No sabes ya lo que siento por ti? —Niego con la cabeza. Abraxas… Brax se acerca y acaricia mi mejilla con suavidad—. Te amo como nunca he amado a nadie. Me tienes de rodillas a tus pies, Tara. Haría cualquier cosa por ti.

Suelto una gran bocanada de aire y no puedo evitar que se me escapen un par de lágrimas. Me ama. ¿Eso es lo que siento yo también? No lo sé. ¿Es posible que quien provoque esos sentimientos tan intensos en mí sea el otro? Al fin y al cabo, yo disfruté como nunca antes de lo que pasó esa noche.

—Me está costando asimilar todo esto —susurro.

Brax retrocede y cabecea de manera afirmativa.

—Lo entiendo, y no espero nada de ti. Lo único que quiero es mantenerte a salvo. De alguna manera, el destino ha entrelazado nuestros caminos. Debo evitar que él vuelva a llegar a ti y que la profecía se cumpla.

—¿La profecía? ¿Qué tiene que ver con todo esto? Espera… ¿Has conseguido encontrar la última parte?

—Así es. Ya sé por qué eres tan poderosa. Estás destinada a ser la que libere a Abraxas de su prisión. Vas a matarme, Tara, y cuando él sea libre acabará con el mundo tal y como lo conocemos.

—¿Qué?

Pestañeo varias veces y trago saliva con fuerza. Yo voy a matarlo y liberar al otro. ¿Por qué haría algo así? Yo no deseo la destrucción del mundo, no quiero nada de eso.



Capítulo 27

Brax

Tumbado sobre la cama, repaso en mi cabeza una y otra vez la profecía. Supongo que Tara estará haciendo lo mismo. Antes de irme de su habitación le entregué un papel escrito a mano con la profecía completa. Ahora ya lo sabe. Ella es la llave para la liberación de Abraxas. El poema, ese que ella escribió casi sin querer, no es más que un hechizo de invocación para él. Si alguien lo pronuncia en voz alta, yo desapareceré y el mundo tendrá que enfrentarse al ser más poderoso, cruel y despiadado que ha conocido nunca.

En los turbulentos días que se avecinan, cuando el fénix elija su camino, la balanza de equilibrio temblará, entre el bien y el mal, su destino se sellará.

Con fuego ardiente en su interior, posee un poder sin igual. Magia antigua que cambiará el rumbo de la humanidad.

Ignorante de su poder, el fénix será tentado por las dos caras de la oscuridad. Si su corazón se tiñe de sombras, liberará el mal dormido y llegará una nueva era de muerte y sufrimiento.

En la encrucijada de la elección final, el destino de todos quedará sellado. El fruto de la unión con su destino será la clave del equilibrio.

Con el legado del fénix y su elección, el descendiente encarnará la dualidad sin igual. El destino de la humanidad en sus manos se verá fundido, y el futuro será escrito por su elección final.

Las llamas del fénix pueden ser luz en este mundo desafiante y cautivador. Sin embargo, en su interior está la llave de la liberación de la oscuridad infinita. Si la llave cae en manos enemigas, el portador de la balanza ocupará su lugar en el olvido y el equilibrio entre el bien y el mal llegará a su fin.

«Tiene gracia, llevas miles de años buscando la forma de mantenerme bajo control y ahora llega ella, una chica insignificante, y trae consigo la única forma de anularte y liberarme». Gruño mientras lo escucho reír a carcajadas en mi cabeza. «Si hubieses sido un poquito más listo…

¿Por qué no te la follaste primero? Solo tenías que dejar de ser un cobarde y hacerlo, pero eso es demasiado para ti, ¿verdad, Brax? No, el santurrón jamás se atrevería a tanto».

Me dan ganas de ordenarle que se calle de una maldita vez, sin embargo, hace ya mucho tiempo que dejé de comunicarme con él. Es más fácil cuando lo ignoro. Consigo controlarlo mejor.

Paso varias horas mirando el techo en silencio. Desde mi dormitorio puedo escuchar a Tara, su respiración, sus suspiros… Se ha convertido en una costumbre escucharla hasta que se queda dormida, solo entonces soy capaz de descansar. Sin embargo, hoy parece que no tiene pensado acostarse porque sigue dando vueltas por la habitación, parece muy inquieta. De pronto, escucho que la puerta de su dormitorio se abre y me pongo alerta. ¿Va a huir? No la culparía por intentarlo. El cabrón de su exnovio la violó y después de eso, yo… «Ni se te ocurra llevarte el mérito. Tú no hiciste nada, idiota. Fui yo el que estuvo con ella. Joder, lo disfruté tanto…». Intento silenciarlo, pero solo consigo que vuelva a reír a carcajadas.

Estoy tan concentrado en mi tarea que solo soy consciente de la presencia de Tara en mi dormitorio cuando escucho que la puerta se cierra. Contengo la respiración y, sin apartar la mirada del techo, dejo que sea ella la que hable. No sé por qué está aquí o qué pretende, solo que debo controlarme para no asustarla aún más. «Déjame a mí. Yo no la asustaré. Al contrario. Conseguiré que pase un rato muy agradable».

—¿Puedo ayudarte en algo, Tara? —pregunto sin poder aguantarme más.

Cualquier cosa es mejor que tener que seguir escuchando los macabros pensamientos de mi otro yo.

—¿Cómo sabías que era yo? —inquiere en voz baja.

—Los latidos de tu corazón son inconfundibles. —Suspiro y desvío la mirada hacia ella. Yo puedo verla a la perfección a pesar de la oscuridad, pero sé que ella a mí no—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo dudas —dice, y escucho el sonido que emite su garganta al tragar saliva con fuerza. Está nerviosa—. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—Por supuesto. Todo lo que quieras.

Se queda callada unos segundos y, tras tomar una respiración profunda, empieza a hablar; pestañea varias veces para adaptar su vista a la oscuridad.

—Antes dijiste que desde que me conociste solo has perdido el control dos veces. La primera… Bueno, ya sé cuándo fue, pero la segunda no.

—Esta mañana, después de escuchar a Athan decir esas cosas sobre ti, no fui capaz de contener el arrebato de Abraxas. Él tomó el control.

—Oh, entonces… No lo entiendo bien. Se supone que tú no eres consciente de que pasa, ¿no? No recuerdas nada después.

«Dile que puede llamarlo por su nombre. Fue la noche en la que la hice ver todo el jodido firmamento repleto de estrellas». Lo ignoro y sigo mirando a Tara.

—Normalmente yo no me voy, sigo aquí, como él ahora mismo, lo escucho y lo veo todo, pero no puedo tomar el control sobre nuestro cuerpo. No sé qué fue lo que pasó esa noche, Tara. Él me apagó, y admito que eso es algo preocupante y esperanzador al mismo tiempo. Me preocupa que esa sea una señal de su poder, de que pueda seguir creciendo y termine neutralizándome por completo, pero por otro lado… Resulta bastante agradable pensar que, si él pudo apagarme a mí, tal vez algún día yo aprenda a hacer lo mismo con él.

—¿Qué es lo que quiere?

«Volver a estar entre tus piernas, preciosa. Probar tu dulce…». Con un bufido, al fin consigo hacerlo callar, aunque sé que no durará demasiado.

—Liberarse de su prisión.

—Entonces, si consiguió apagarte y tomar el control, ¿por qué ahora eres tú quien lo tiene?

—No dejo de hacerme la misma pregunta —mascullo.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Abraxas no suele ser demasiado comunicativo. Además, hace ya mucho tiempo que dejé de hablarle. Solo lo escucho en mi cabeza, pero nada más. A veces siento que intenta tomar el control y consigo contenerlo. Es una lucha constante.

—¿Ahora lo estás escuchando?

—No, lo he silenciado, por decirlo de alguna manera. No durará demasiado, pero al menos consigo unos instantes de paz y silencio en mi mente.

—Entonces, ¿él sigue ahí escuchando y viéndolo todo?

—Sí.

—¿Y si yo quisiera hablar con él…?

—¿Por qué harías eso? —inquiero, frunciendo el ceño—. Tara, creo que no te das cuenta de lo que Abraxas es capaz de hacer. Él es cruel y mezquino. No valora nada que no sea su propia supervivencia. Disfruta haciendo daño a los demás. —La escucho suspirar y se queda callada—. ¿Entiendes lo que digo? Si la profecía se cumple, si en algún momento desaparezco y él toma el control, debes huir y esconderte. Mantente alejada de él.

—¿Y si no es así conmigo?

—Tara…

—No, escucha un momento. Esta mañana, en la terraza, estuvo a punto de matar a Athan.

—Lo sé, yo estaba ahí, gritando desde dentro para que se detuviera.

—Pero no lo hizo hasta que yo pronuncié su nombre. —Me siento en la cama de un salto y frunzo el ceño. Tara pestañea de nuevo para intentar distinguir mi rostro a través de la oscuridad—. Dijo que no permitiría que nadie me lastimara. Creo que… —Suspira—. ¿Y si yo pudiera controlarlo?

—No sabes lo que dices. Nadie puede hacerlo. Yo a duras penas lo consigo.

—Yo podría ayudarte.

—¿De qué hablas? —Inspira hondo por la nariz y veo que empieza a caminar. Trago saliva con fuerza y espero a que se detenga justo frente a mí. Mi corazón se acelera. Me cuesta contenerme cuando la tengo tan cerca—. Tara…

—Comparte esa carga conmigo, Brax —susurra. Cierro los ojos y saboreo escuchar mi nombre en sus labios. Por una vez no soy Abraxas para ella, solo soy Brax. De pronto lo noto, un roce de sus dedos en mi rostro. Abro los ojos y contengo el aliento al ver cómo se acerca aún más, se sube a la cama y se sienta en mi regazo a horcajadas—. Quiero ayudarte a mantenerlo bajo control. Deja que lo haga.

Exhalo una gran bocanada de aire cuando su mano se desliza por mi pelo hasta mi nuca. Quiero apartarla, suplicarle que se marche y deje de intentar salvarme, pero no soy capaz de moverme. Estar así, a solo unos centímetros de su boca y no poder acercarme, es lo más doloroso que he vivido nunca.

—Tara, no hagas esto —siseo entre dientes.

—¿Qué estoy haciendo exactamente? —pregunta en un susurro.

Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello y se acomoda sobre mí. Sé que ahora mismo debe estar notando mi erección, es imposible que no lo haga. Sin embargo, sigo intentando contenerme con todas mis fuerzas. Me obligo a mantener las manos sobre el colchón y tomo respiraciones cortas y superficiales para que el aroma que desprende su piel no me haga flaquear.

—Me estás tentando, y eso no es bueno. —Suspiro—. El destino del mundo y todos los que viven en él está en juego.

—No lo entiendo. ¿Por qué crees que yo voy a matarte?

—El poema que escribiste es un hechizo de invocación. Si tú o alguien más lo lee en voz alta, él tomará el control para siempre.

—Oh —susurra.

—¿Entiendes ahora por qué es tan peligroso lo que estás haciendo? Lo más seguro para ti y para todos es que te vayas ahora mismo y te mantengas alejada de mí. Abraxas puede tomar el control de nuevo y obligarte a pronunciar el hechizo.

—Brax…

—No —la corto, y con solo un pestañeo enciendo las luces del dormitorio. Creí que la claridad rompería el ambiente íntimo entre ambos, sin embargo, poder ver por completo la forma en la que sus ojos brillan de deseo, provoca que mi excitación aumente y a duras penas sea capaz de contenerme. Aprieto las manos en puños, estrujando la colcha para no ceder ante el impulso de tocarla, y cierro los ojos con fuerza—. Vete, por favor.

—Brax, abre los ojos. —Sus manos enmarcan mi rostro y me acarician con suavidad—. Ábrelos.

Lo intento, juro que lo hago, pero, con un resoplido, termino cediendo y hago lo que me pide. Una sonrisa nerviosa me recibe, y soy consciente de que, por más que le pida que se aleje, yo mismo no seré capaz de dejarla ir. Es inevitable.

—Me estás matando —digo con un suspiro.

Otra sonrisa y sus dedos se deslizan por mi mejilla hasta llegar a mis labios, los acaricia con la punta del índice, primero el superior y después el inferior.

—Bésame.

Inspiro hondo por la nariz y no tardo ni medio segundo en colocar mis manos en su cintura y pegarla aún más a mi cuerpo mientras nuestras bocas colisionan.

Tara

Aún no sé de dónde he sacado la valentía para venir hasta aquí, entrar en su dormitorio y… ¡Por Dios, casi le suplico que me bese! Sin embargo, no me arrepiento de nada porque esas acciones me han traído a este momento, en el que Brax me tira sobre la cama y se abalanza sobre mí como un jodido animal salvaje.

En solo un pestañeo nuestra ropa desaparece. Me encantaría saber cómo lo hace, pero estoy demasiado ocupada retorciéndome y gimiendo de placer mientras Brax recorre con su lengua mi abdomen de manera descendente. La anticipación me está matando. Recibo por su parte una sonrisa pícara ladeada antes de que su cabeza se pierda entre mis piernas, entonces noto el primer roce de su lengua en mi sexo. Mi espalda se arquea de manera involuntaria. Me cuesta respirar y sé que esto recién acaba de empezar. Brax se dedica a devorarme mientras yo me retuerzo de puro placer hasta que alcanzo el orgasmo, solo entonces repta por mi cuerpo, y tras besarme, apoya su frente en la mía y se introduce en mi interior con un solo golpe de caderas. Gimo en alto y nos quedamos muy quietos, respirando de forma acelerada sobre la boca del otro.

—Eres perfecta, Tara. Me vuelves loco —susurra.

Sonrío y busco su mirada. Sus ojos grises se han convertido en dos pozos negros sin fondo. Él está ahí, Abraxas, puedo sentirlo, sin embargo, la forma en la que me trata, la sutileza, el cariño… No, todo eso sale de Brax. ¿Por qué tratarlos como dos individuos independientes? Ambos son Abraxas y, de alguna forma, yo estoy enamorada de los dos.

—Deja de contenerte —pido.

Brax inspira hondo.

—No quiero lastimarte.

—No lo harás, confía en mí.

Antes de que pueda decir nada más, se retira unos centímetros y vuelve a clavarse en mí con contundencia. A partir de ese instante sus embestidas se vuelven violentas y brutales. Me muerde los labios, clava sus dedos en mi piel y me mueve a su antojo de un lado a otro hasta que ambos llegamos al clímax al mismo tiempo.

Silas

Bajo de un salto de la cornisa y caigo sobre mis pies. Tras echar un último vistazo a la fachada de la mansión, decido abandonar el lugar antes de que alguien me descubra. Estoy furioso. Es suya. Ese maldito hijo de puta me la ha robado. Ni siquiera sé cómo pude contenerme cuando empezaron a… ¡Maldición, quiero borrar esa imagen de mi mente! Me sumerjo en una alcantarilla y recorro el resto del viaje por los túneles subterráneos. Al menos, la tortura de tener que ver a Tara en brazos de ese cabrón ha servido para algo. Hay un hechizo de invocación, una forma de traer a Abraxas, y sé exactamente cómo conseguirlo.



Capítulo 28

Brax

Llegamos a casa agotados y cubiertos de sangre y otros fluidos corporales de inmortales. Han pasado más de dos meses desde la última vez que tuvimos una pista certera del paradero de Silas. Parece como si se lo hubiese tragado la tierra. Miro de reojo a Tara y mi corazón se acelera. No he podido mantenerme alejado de ella. Sé que debería hacerlo, pero solo con mirarla soy consciente de que mi voluntad no es algo que me pertenezca desde el día en que puse por primera vez mis ojos sobre ella. La amo demasiado. Su seguridad y felicidad se han convertido en mi máxima prioridad, por encima incluso de mis obligaciones como guardián supremo del equilibrio.

—Necesito una ducha caliente —murmura, y mueve el cuello de un lado a otro haciendo una mueca de dolor.

«¿Has escuchado? A mí me suena a invitación. Deja que los perros se encarguen del trabajo y llévatela arriba». Como siempre, ignoro a Abraxas, aunque su sugerencia me resulta verdaderamente tentadora. Tara sonríe por algo que le dice Darick y mi corazón vuelve a latir con más fuerza. Es hermosa y perfecta en todos los sentidos. Veo que vuelve a mover el cuello y también los hombros. Tiene los músculos doloridos por el peso de las alas. Aunque ya consigue dominar el vuelo, aún le falta entrenamiento, y eso es algo que pienso remediar.

—Vete a dormir, Tara —ordeno—. Mañana a primera hora te quiero en el gimnasio.

La escucho resoplar e intento contener la sonrisa cuando me saca la lengua. Athan y Zella no pierden detalle y nos miran a uno y a otro, burlándose en silencio. Todos saben lo que existe entre nosotros. En la mansión no hay secretos. Entre el olfato de Darick, el oído de Athan y la intuición de Zella es imposible tenerlos. Bueno, tampoco es que seamos pareja de forma oficial o algo así. En realidad, no sé muy bien cómo funcionan esas cosas. En mi larga vida he tenido a muchas mujeres en mi cama, pero jamás he deseado mantener a una de ellas a mi lado por el resto de la eternidad, eso es algo que solo Tara ha conseguido despertar en mí.

—Yo voy a ver qué consigo sacarle a nuestro prisionero —dice Athan, señalando a su espalda,

donde uno de los guardianes arrastra al híbrido que hemos capturado durante la cacería de esta noche.

Asiento y dejo que cada uno siga con sus tareas antes de seguir el rastro de olor a fuego y cenizas escaleras arriba. Ignoro la sonrisa burlona de la bruja cuando me detengo frente a la puerta del dormitorio de Tara. Entro sin llamar y en lo primero que me fijo es en la ropa esparcida por el suelo, mi mirada se desvía a la puerta del baño. Desde aquí puedo oler el jabón y escuchar el agua impactando contra los azulejos. Me acerco despacio, sin emitir ningún sonido. La puerta está entreabierta, así que solo necesito tocarla para terminar de abrirla. Inspiro hondo y me cruzo de brazos al ver la perfección hecha mujer, de espaldas, mojada y con ese precioso trasero a la vista.

«¡Oh, sí! Dame el control, idiota. Deja que sea yo quien la disfrute al menos una vez». Cierro los ojos e intento apagar su voz. «Ni siquiera te atrevas. Solo una vez. ¡Maldita sea! Hijo de…». Suspiro al dejar de escucharlo y hago que mi ropa desaparezca antes de adentrarme en el baño con tranquilidad. Abro la puerta acristalada de la ducha y Tara se gira. En cuanto me ve, su mirada se ilumina y sonríe de oreja a oreja.

—Has tardado mucho —susurra, colgándose de mi cuello.

La sujeto por la cintura y hundo mi nariz en su cuello, aspiro hondo y gimo de puro gusto.

—Llego más a que a tiempo para lo que quiero hacerte.

—¿En serio? —Sus dientes se clavan en mi hombro desnudo y me aparto para mirarla a la cara—. ¿Qué es eso que quieres hacerme?

—Estás a punto de comprobarlo —siseo antes de atacar su boca.

Tara

Tumbada en la cama, sobre el pecho de Brax, me dedico a recorrer caminos imaginarios con mi dedo índice en su abdomen y soplo una pluma negra. Hay varias esparcidas por el dormitorio. A veces, cuando hacemos el amor, Brax despliega sus alas y… En fin, la definición de hacerme volar se queda muy corta. Estos momentos se han convertido en mis favoritos del día, cuando hablamos en calma y nos acariciamos. Incluso los prefiero al sexo. Bueno… Algunas veces, tampoco voy a ser hipócrita, el sexo es fantástico.

—Tu poder está creciendo muy deprisa —susurra Brax, y alzo la cabeza para mirarlo.

—¿Eso te preocupa?

—En algunos momentos. Temo que no puedas controlarlo. —Me encojo de hombros y él frunce el ceño—. ¿No te pone ni un poquito nerviosa saber que tal vez puedas lastimar a alguien sin querer?

—Ya he pasado por eso —mascullo.

Recibo un beso en la parte alta de mi cabeza a modo de respuesta comprensiva. Sabe que me refiero a Alex y lo que hice.

—¿Sigues culpándote por ello? Fue un accidente, y él se lo merecía.

—Lo sé. Además, en parte me tranquiliza saber que está ahí, ¿sabes? El poder, digo. Ahora sé que hay algo real en mi interior, que me siento distinta porque soy distinta. Esa carga que me ha acompañado durante toda mi vida ya no está.

Brax me sonríe y asiente. Después de esa primera noche juntos, no tardé en contarle todo sobre mí: mi infancia, mis problemas para distinguir la realidad de la fantasía, las adicciones… Se lo conté todo. Aunque el muy capullo me confesó que ya lo sabía. Estaba allí esa noche, cuando me desahogué con Ceridwen. Fue él quien lo envió a buscarme. Quise matarlo por ello, me cabreé mucho durante unos cinco segundos, después me besó y, como siempre, olvidé hasta

mi propio nombre.

—Nunca más volverás a sentirte de ese modo, Tara. Te lo prometo.

Sonrío y me muevo para colocarme a horcajadas sobre su regazo. No me importa estar desnuda, ambos lo estamos. Brax ya conoce mi cuerpo mucho mejor que yo misma.

—Se supone que tú nunca haces promesas —comento, arqueando una ceja.

—Contigo es distinto —susurra, y tomándome por sorpresa, estira la mano y pellizca uno de mis pezones. Suelto un pequeño grito agudo y él ríe—. Eres el ser más hermoso que he conocido nunca.

Antes de que pueda decir nada, escuchamos unos golpes en la puerta y ambos nos ponemos en pie de un salto.

—¡Dejad el romance para otro momento, chicos! —grita Athan justo antes de volver a aporrear la madera.

Empiezo a rebuscar en los cajones algo que ponerme, pero Brax, con solo un chasquido de sus dedos, hace que nuestras ropas de batalla cubran nuestros cuerpos desnudos de inmediato. Suspiro. Quiero aprender a hacer eso.



Capítulo 29

Brax

Tara y yo llegamos volando a las afueras en cuestión de minutos. Vamos a reconocer el terreno antes de que lleguen los demás. El híbrido que apresamos durante la cacería ha asegurado que Silas, Tamandra y el hada se esconden en un almacén abandonado. Le hago un gesto a Tara, señalando el tejado del almacén, y ella asiente. No tardamos en aterrizar en absoluto silencio. Agudizo el oído para intentar escuchar si hay alguien en el interior, pero no logro distinguir nada.

—Esperaremos a que llegue Athan —gesticulo con los labios, y ella vuelve a asentir.

Mis compañeros tardan apenas unos minutos en llegar, todos juntos en un todoterreno. Tara y yo bajamos del tejado y nos encontramos con ellos a varios metros de distancia de la puerta del almacén para no alertar a quien sea que esté en su interior.

—¿Es él? —inquiere Zella nada más vernos.

—No lo sé. Hemos dado varias vueltas para reconocer el terreno. No hay guardias en los alrededores y tampoco escucho nada fuera de lo normal. Tal vez el híbrido mintió.

—No lo creo —gruñe Darick. Ya se ha transfigurado, y en su apariencia de bestia su voz se vuelve mucho más grave.

Athan nos pide que guardemos silencio y ladea la cabeza para agudizar el oído. De pronto, abre mucho los ojos y sonríe.

—Está dentro. Acabo de escuchar su voz.

—¿Silas? —pregunta Tara.

—Sí, es mi hermano. Lo reconocería en cualquier parte.

—Bien, entonces entremos. Quiero a ese hijo de puta muerto antes del amanecer.

—¿No esperamos a los guardianes? —inquiere Zella—. Hemos movilizado a la mayoría. Estarán de camino.

—¿Quién los lidera?

—Basil —responde la bruja.

—Bien, avisad a Ceridwen. Estoy seguro de que querrá tomar parte en esta cacería. Le tiene

ganas a Silas.

Zella asiente de inmediato y se gira para llamar por teléfono.

—¿Vamos a esperar a que lleguen refuerzos? —me pregunta Tara—. No sabemos cuántos errantes hay ahí dentro. Pueden ser una veintena, un par de cientos o miles. El lugar es inmenso.

—No esperaremos a nadie. Cuando lleguen que se unan a la fiesta. Tenemos que apresurarnos. No quiero que Silas vuelva a huir.

—Tara tiene razón —señala Athan—. Es muy arriesgado. No hay vigilantes y Zella no ha detectado guardas mágicas. Si de verdad están ahí dentro, y eso es lo que parece, puede ser una trampa.

Inspiro hondo y me encojo de hombros.

—El peor error de Silas es llegar a pensar que puede enfrentarse a mí y salir bien parado. Me da igual cuáles son sus intenciones. Pienso entrar ahí y acabar con todos, así sean millones de errantes. Los mataré uno a uno.

—Así, humildemente —murmura Tara, haciendo una mueca.

Resoplo y me giro en su dirección.

—¿Tú estás segura de querer participar en esto? Puede ser muy peligroso, Tara. No quiero que…

—Ni siquiera pienses que vas a poder dejarme fuera —me corta, señalándome con el dedo índice. Contengo una sonrisa y cabeceo de manera afirmativa—. Muy bien. Entonces adelante. Nuestra prioridad es Silas.

Cinco minutos después mis manos están cubiertas de sangre de inmortal. Ya he perdido la cuenta de todos los que he matado, y siguen apareciendo más y más. Athan tenía razón, pretendía ser una trampa, aunque no creo que Silas esté muy contento con el resultado. Al fin y al cabo, estamos mermando su ejército con bastante facilidad, y eso que nuestros refuerzos ni siquiera han llegado aún.

—¡Está ahí! —grita Tara mientras arrasa con su rayo de luz a varios licántropos furiosos que casi consiguen alcanzarla.

Espero a que la intensidad del destello disminuya y entonces lo veo: al fondo de la sala, rodeado por lo que parecen ser cientos de híbridos mal formados, está Silas. Me mira y esboza una sonrisa burlona antes de cruzarse de brazos.

Ni siquiera me detengo a pensarlo. Atravieso la marea de errantes dejando una montaña de cadáveres a mi paso. Intento alcanzarlo, pero a cada uno de mis pasos aparecen más inmortales dispuestos a matarme, o a morir, no me queda demasiado claro.

—¡Silas! —bramo, y salto, llevándome la tráquea de uno de los híbridos conmigo.

—Brax, amigo, me alegra volver a verte. ¿Vienes a devolverme a mi chica? —El muy hijo de puta comienza a reír a carcajadas y me cabrea aún más—. Vamos, te espero aquí.

Sigo abriéndome paso, a base de golpes y amputando miembros, hasta que al fin logro llegar a su lado. Estoy a punto de abalanzarme sobre él cuando lo veo señalar al otro lado del enorme almacén. Por pura curiosidad, echo un vistazo y compruebo que Zella, Athan y Darick siguen combatiendo sin descanso. Busco a Tara y la encuentro en un sitio más alejado, está peleando contra varios vampiros a la vez y parece arreglárselas bastante bien. Vuelvo la mirada a Silas.

—Se acabó. Ha llegado tu hora —sentencio.

—¿Estás seguro? Puedes matarme a mí, pero entonces, ¿quién salvará a la chica?

Me giro a toda prisa y abro mucho los ojos al ver a Tamandra acercarse a Tara por detrás. Ella está tan concentrada en su tarea de matar a los vampiros que ni siquiera se da cuenta.

—No —susurro—. ¡Tara! —Me mira, una sola vez, y después Tamandra la sujeta por detrás.

El brillo de una hoja afilada en su mano me produce verdadero terror. Echo a correr en su dirección, pero ya es demasiado tarde. Veo cómo Tara intenta revolverse para librarse de ella justo cuando el filo de la daga se posa en su cuello y le corta la garganta de lado a lado—. ¡No! ¡Tara!

Consigo llegar a su lado al mismo tiempo que lo hace Zella. La bruja lanza una bola de energía de color verde intenso que impacta en el pecho de la súcubo. Me arrodillo frente a Tara e intento taponar la herida de su cuello con las manos. Ella tose y un enorme chorro de sangre recorre su barbilla.

—¡Tara! —Zella se arrodilla a mi lado.

—¡Haz algo, se está muriendo! —grito desesperado. Los ojos de Tara se abren mucho y su cabeza cae hacia atrás—. No, no, no… —La zarandeo, sintiendo cómo mis mejillas se humedecen—. Tara, despierta. No me hagas esto, cariño. Por favor.

—¡Oh, qué escena tan enternecedora! —Giro la cabeza y puedo ver que los errantes que aún siguen vivos se apartan para dejar pasar a Silas. A su lado camina el hada, Kenia.

—¿Qué has hecho? —siseo con rabia mientras sujeto el cuerpo sin vida de Tara entre mis brazos.

—Ahora sabes lo que se siente cuando te quitan lo que más amas. Eso mismo fue lo que yo tuve que vivir. Es doloroso, ¿verdad? ¿Ya estás notando cómo la culpa y el arrepentimiento te rompen en pedazos? Pasarás el resto de la eternidad pensando que tal vez podrías haber hecho algo distinto para mantenerla a salvo.

Echo un vistazo a mi alrededor. Athan y Darick han sido inmovilizados por los errantes. Ambos están de rodillas mirando con fijeza a Tara. Zella llora desconsolada, sujetando su mano.

—La has matado —susurro.

—Sí, y ahora haré lo mismo con el resto de tus amigos, uno a uno. Y ni siquiera pienses que tu ejército de guardianes vendrá a ayudaros. Basil no los ha avisado.

—Es uno de tus errantes —sisea Athan, revolviéndose para librarse del agarre de varios licántropos, pero uno de ellos coloca un hacha en su cuello y se ve obligado a permanecer quieto.

—Exacto. No sé cómo no lo habéis averiguado con lo listos que sois todos. —Silas se pavonea delante de mí y fija su mirada en el cuerpo sin vida de Tara—. Es una pena —susurra—. Ella podría haberse quedado conmigo. Si no te la hubieses llevado, ahora seguiría con vida.

—Voy a matarte —siseo entre dientes.

—Claro que lo harás, pero eso no te la va a devolver. De todas formas, yo gano.

Bajo la mirada y aparto un mechón de pelo manchado de sangre del rostro de Tara. No puedo imaginar que jamás volveré a verla sonreír, que nunca más podré besarla, que… Un dolor intenso se instala en mi pecho y se me corta el aliento. Dejo su cuerpo sobre el suelo de hormigón y me pongo en pie despacio, con la mirada fija en Silas. Doy un paso en su dirección. «Yo me encargo de él». Me detengo y respiro hondo. Yo puedo hacerle mucho daño, pero él… Abraxas hará sufrir tanto a Silas que deseará la muerte.

—Adelante, es todo tuyo —susurro antes de ceder el control a Abraxas.

Abraxas

Mi primer golpe va dirigido a Tamandra. La levanto del suelo y la elevo sobre mi cabeza mientras escucho cómo los gritos propios de una batalla se reanudan en el almacén. Los perritos falderos de Brax vuelven a estar en pie y peleando. Bien, al menos no tendré que hacerlo todo yo solo. Hundo la mano en el pecho de la súcubo y le arranco el corazón de un tirón antes de dejar

que se desplome.

—Una menos —susurro, lanzando el corazón al suelo, lo piso y sigo avanzando hacia Silas.

Por el rabillo del ojo me parece ver un destello en color anaranjado, y soy consciente de que Ceridwen y su ejército han decidido unirse a la fiesta. Los inmortales van cayendo uno a uno mientras el maldito hijo de perra de Silas y yo seguimos jugando al gato y al ratón. Sonrío. Tampoco es que tenga prisa por cogerlo, lo haré de todas formas. La adrenalina de la caza me pone cachondo, siempre ha sido así.

—Brax. —Me giro al notar que alguien me sujeta del brazo. Es la bruja. En cuanto me mira los ojos, se aparta muy asustada—. Abraxas —susurra.

—Encantada de volver a verte, preciosa —la saludo, haciendo media reverencia—. Te veo bien. Ahora apártate de mi camino o yo mismo te daré el destino del que te salvé al sacarte de esa hoguera en Salem.

—Brax, sé que estás ahí dentro. Tienes que luchar. No puedes dejar que… —Resoplo con fuerza y la empujo, haciendo que vuele varios metros antes de caer de espaldas sobre el suelo de hormigón.

«¡No le hagas daño!».

—Tú, calladito —murmuro—. Toma notas y aprende a ganar una jodida batalla. Si me hubieses dejado a mí, ella aún estaría viva.

«No, Abraxas. Eso no…». Apago su voz con extrema facilidad y vuelvo a sonreír, cargándome a todo aquel con el que me cruzo mientras camino tras Silas. El muy cobarde intenta huir, pero consigo alcanzarlo. Lo agarro del cuello y lo estampo contra la primera pared que encuentro.

—Abraxas, eres tú, ¿verdad? —gimotea. Ladeo la cabeza y amplio mi sonrisa—. Yo te he traído de vuelta. Lo hice todo para liberarte.

—No me digas… —mascullo, y aflojo el agarre en su cuello—. Sí, todo el plan era para que tú salieras. Ahora puedes liberarte. Conoces el hechizo de invocación. Dímelo y jamás tendrás que volver a ser el prisionero de Brax.

—Con que ese era tu plan. ¿Quieres trabajar para mí?

—¡Sí! —Espero unos segundos y lo suelto. Silas tose y se toca el cuello amoratado antes de agachar la cabeza a modo de respeto hacia mí—. Te seré fiel, Abraxas. Te proporcionaré todo un ejército de errantes. Juntos podremos devolver a los inmortales el lugar que les pertenece. Convertiremos a los humanos en nuestra fuente de alimento y mascotas.

—Suena interesante —murmuro.

Una vida en libertad, poder hacer lo que yo quiera y no lo que el santurrón de Brax decida. Suena genial.

—Sí, mi señor, todo esto es por ti.

—Supongo que la muerte del súcubo no es algo que hayas planeado.

—Eso da igual. —Sonríe y se encoge de hombros—. Tamandra siempre fue prescindible.

—¿Esa es la fidelidad que piensas jurarme a mí?

—¡No! Yo no… —Niega con la cabeza—. Lo importante era liberarte. Supe que, al matar a Tara, Brax enloquecería. La rabia y la ira le harían hacer cualquier cosa por vengarse de mí. Pasé por ello, sé lo que se siente.

—Claro, tú ya lo habías previsto todo, ¿cierto? —Me cruzo de brazos, arqueando una ceja, y él asiente muy orgulloso de sí mismo—. Pues siento decirte que has pasado algo por alto. —Doy un paso en su dirección y Silas abre mucho los ojos. Sonrío, ladeando la cabeza—. No te diste cuenta de que, al matar a Tara, también estabas matando a la mujer que yo amo.

—¿Qué? ¡No! Tú no… —Antes de que pueda terminar la frase ya lo he estampado de nuevo contra la pared.

Empiezo a golpearlo con los puños. Siento cómo todos sus huesos ceden y se resquebrajan bajo mis nudillos. Cuando me canso, lo lanzo a varios metros de distancia. Camino despacio hasta llegar a su lado y lo pateo una y otra vez. Silas apenas es capaz de moverse cuando le arranco un brazo, después el otro y al fin, cuando con sus últimas fuerzas abre la boca para exponer sus dientes en un patético intento de amenaza, sujeto la parte superior de su mandíbula y tiro con fuerza hacia arriba, separando su cabeza en dos partes. El cuerpo sin vida del vampiro cae a plomo y sonrío de oreja a oreja.

Me doy la vuelta y soy consciente de que la batalla ya ha terminado. Todos los errantes han sido derrotados y sus cuerpos sin vida se amontonan por el suelo. Athan, Darick, la bruja, el genio y sus hombres me miran con fijeza y en posición defensiva.

—No tengo muchas ganas de jugar hoy, chicos. Tal vez en otro momento —murmuro en tono burlón mientras me dirijo al lugar donde sigue tendido el cuerpo de Tara.

Me arrodillo a su lado y acaricio su mejilla con suavidad. Ella es el único ser que ha sido capaz de hacerme sentir algo en todos mis años de vida. Si hubiese tenido más tiempo… Tenía un plan. Con el hechizo habría funcionado. Ella y yo juntos, dominando y guiando a todos los seres que pisan este mundo. Ahora ya no va a ocurrir.

—Abraxas —me giro al escuchar la voz del genio.

—Hola, compañero. Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

—¿Qué piensas hacer? Este mundo no está preparado para ti. El equilibrio…

—Nunca me ha importado el jodido equilibrio. ¿Por qué debería hacerlo ahora?

Vuelvo a acariciar el rostro pálido de Tara y trago saliva con fuerza.

—Ella no hubiese querido que… —Antes de que pueda terminar la frase ya lo tengo sujeto por la camisa, o lo que sea que lleve puesto.

—No te atrevas a decirme qué es lo que debo hacer —siseo contra su cara.

—¡Oh, Dios! —exclama la bruja.

Me giro y suelto al genio al ver que un destello cegador rodea el cadáver de Tara. De pronto, el almacén se ilumina por completo. Me veo obligado a cerrar los ojos, y cuando vuelvo abrirlos la luz ya se ha apagado; en el lugar el que estaba Tara solo hay un rastro de ceniza.

—¡¿Qué mierda acaba de pasar?! —mascullo, mirando a un lado y a otro. ¿Dónde está Tara?

Tomándome por sorpresa, el destello vuelve, esta vez con más intensidad aún. Es tan brillante que incluso con los ojos cerrados consigue cegarme. Escucho maldiciones y también algún gemido de dolor y, una vez más, desaparece de golpe. Pestañeo un par de veces y trago saliva con fuerza. Ella está ahí de nuevo, tumbada sobre el suelo. Me acerco despacio, paso a paso, sintiendo cómo mi corazón se acelera a cada segundo. Contengo el aliento y me agacho a su lado. Toco su piel, que antes estaba fría y pálida, y me confunde comprobar que ha recuperado su calidez. Entonces, un movimiento en su rostro llama mi atención. Desvío la mirada y…

—¿Brax?

Tara

Sigo mirando esos dos pozos de oscuridad. La cara de Brax es la imagen del mismísimo ángel de la muerte, con los cuernos, los huesos expuestos en color negro y esas alas tétricas que salen de su espalda. Tardo apenas un segundo en darme cuenta de que a quien tengo delante no es Brax, sino…

—Abraxas —me corrijo.

El demonio toma una respiración profunda y desliza sus dedos huesudos por mi mejilla una vez antes de tirar de mí para ponerme en pie. Aún aturdida, me veo envuelta en sus brazos y apretada contra su cuerpo. Abraxas respira de manera acelerada contra mi cuello.

—Estás viva —susurra, y me aparta un poco para mirarme a la cara—. Creí que habías muerto.

—Creo que lo hice —murmuro.

Solo recuerdo la sensación de quemazón en mi cuello. Cuando me di cuenta de que Tamandra estaba justo detrás de mí era demasiado tarde. No pude detenerla y… Toco la piel de mi garganta. No tengo ni una sola herida. Miro a mi alrededor y compruebo que Athan, Darick y Zella están bien. Ella un poco magullada. También ha llegado Ceridwen con sus hombres. Todos miran a Abraxas manteniendo una posición defensiva. Abraxas, él… Mierda.

—No temas —susurra, sujetando mi rostro entre sus manos—. Jamás te haría daño.

Busco su mirada. Brax no está ahí. No lo encuentro por ninguna parte, pero Abraxas… ¿Por qué no siento miedo? Sé que no va a hacerme daño. Antes de que pueda reaccionar, se abalanza sobre mí y me besa. Al principio me quedo quieta. No sé qué hacer. El demonio que hunde su lengua en mi boca no es Brax, no del todo, pero en el fondo siento que una parte de él está aquí conmigo. Poco a poco, voy moviendo mi boca sobre la suya hasta que Abraxas se aparta y coloca su frente pegada a la mía.

—Silas…

—Está muerto. He hecho que ese hijo de puta conozca el verdadero sufrimiento.

—¿Y Brax?

Sus manos se tensan alrededor de mi cintura y frunce el ceño.

—Él ya no importa. Ahora somos solo tú y yo. Vamos a comernos el mundo, preciosa. Te daré cualquier cosa que desees. Solo tienes que decir el hechizo.

Me quedo callada unos instantes y suspiro.

—¿Cualquier cosa que desee? —Asiente y ladea la cabeza, sonriendo—. Quiero a Brax.

Su sonrisa se esfuma de inmediato y frunce el ceño.

—Tara, yo puedo ofrecerte mucho más que él. Haría cualquier cosa por ti. Convertiría este mundo en cenizas si me lo pides.

—Pero yo no quiero nada de eso. Solo deseo tener de vuelta a Brax.

—¡¿Por qué?! —Sacude la cabeza de un lado a otro—. Sabes que no te necesito para pronunciar el hechizo, ¿verdad? Yo lo sé. Podría hacerlo cualquiera a quien se lo pida.

Inspiro hondo por la nariz, y esta vez soy yo la que sujeta su rostro con las manos.

—Lo sé, pero no vas a hacerlo. —Niega con la cabeza de nuevo.

—¿Lo elijes a él? —Su voz ronca suena apagada, como si estuviese intentando contener el llanto.

—No, os elijo a ambos. Brax, tú… Ya es hora de que dejéis de veros como seres independientes. Ambos sois uno solo, y yo os amo por igual.

Abraxas cierra los ojos con fuerza, y cuando vuelve a abrirlos se aparta un par de pasos de mí.

—Me estás pidiendo que vuelva a la prisión donde llevo encerrado cientos de años. No lo entiendo. Si me amas… —Busco su mirada y él se queda muy quieto, como si comprendiera lo que pasa por mi mente sin necesidad de palabras—. Lo necesitas a él, ¿verdad?

—Sí. Ya he tenido bastante de muerte, caos y destrucción en mi vida. Aunque os quiero a ambos, al que necesito a mi lado por el resto de la eternidad es a Brax.

Exhala una gran bocanada de aire y frunce el ceño.

—Muy bien, pero tengo condiciones.

Fin



Epílogo

Brax

Cinco años después

Tumbado sobre la cama, observo a Tara mientras duerme y sonrío como un idiota. No hay día en el que no recuerde la devastación que sentí al pensar que la había perdido. Ese fue el peor momento de mi larga vida y, al mismo tiempo, también el más crucial. Desde ese día empecé a aceptar todas las partes de mí mismo como una sola, incluso a Abraxas, por muy molesto que sea.

«Eso dices tú, idiota. Anda, déjame un rato. Yo la despertaré como es debido». Pongo los ojos en blanco. —*No, está cansada. Deja que duerma* —le respondo. «Jodido calzonazos. Yo le quitaré el cansancio a poll…». Lo silencio y resoplo con fuerza.

—¿No es muy temprano para que empecéis a discutir? —pregunta Tara con voz somnolienta.

—Lo siento. ¿Te hemos despertado?

Tara se gira y, tras besarme en los labios, sonríe.

—No pasa nada. ¿Qué es lo que quiere Abraxas?

—Sexo —farfullo con un nuevo resoplido—. Ya lo conoces, no piensa en otra cosa.

—Tampoco suena tan mal —ronronea, deslizando su mano por mi abdomen.

De inmediato, mi miembro se endurece y sacudo la cabeza de un lado a otro con diversión. Hace algunos años me hubiese molestado que Tara prefiriese acostarse con Abraxas en vez de estar conmigo, ahora ya no. Al fin lo entiendo. Lo que obtiene él, también lo obtengo yo. Ambos hemos aprendido a disfrutar de las mismas sensaciones y sentimientos. Por lo tanto, cuando ellos tienen sexo, también estoy presente y participo activamente por momentos. Abraxas y yo nos hemos convertido en una especie de equipo en ese ámbito al igual que en el campo de batalla. Por ese motivo, la existencia de errantes es cada vez menor. Además, el trato que Tara hizo con él para que yo mantuviese el control incluye dejar que ambos pasen tiempo juntos. Supongo que es poético, el ser más cruel y detestable que ha pisado la tierra ha renunciado a su propia libertad por el amor de una mujer. Sí, eso sería algo que yo haría. Al fin y al cabo, no somos tan distintos.

«Aparta, aficionado. Deja que yo me encargue de satisfacer a nuestra hembra». Lo hago sin oponer resistencia y me veo cómo Tara nota de inmediato el cambio.

—Hola, preciosa —susurra Abraxas.

—Hola. Me han dicho que me echabas de menos.

—Eso siempre. Ven aquí. —Mis labios se pegan a los suyos y puedo notar su sabor. Aunque es Abraxas quien mueve la boca, la excitación y el placer lo sentimos ambos.

De pronto, escucho un sonido conocido. Abraxas se detiene y resopla con fuerza mientras los pequeños pasos se acercan cada vez más por el pasillo, al otro lado de la puerta cerrada de nuestro dormitorio.

—¿Qué ocurre? —inquiere Tara.

—Viene el mocoso. Me largo y dejo que el aburrido se encargue de esto.

Tara ríe y me golpea en el hombro.

—Sabes que lo adoras, idiota, por mucho que intentes negarlo.

Abraxas hace una mueca y río para que pueda escucharme. Por supuesto, Tara tiene toda la razón. El pequeño Arix no solo se robó el corazón de su madre y el mío con su primera respiración. En el momento en que Abraxas lo vio, fue la primera vez que sentí que éramos uno solo, con el mismo corazón latiendo a toda velocidad por nuestro hijo.

La puerta del dormitorio se abre de par en par justo cuando yo recupero el control, y un pequeño torbellino de ojos azules salta sobre la cama.

—¡Buenos días! —grita, tirándose sobre su madre.

—Buenos días, cielo. ¿Has desayunado ya? —le pregunta Tara.

—No, la tía Kenia está haciendo huevos, pero siempre se le queman. —Hace una mueca de asco y no puedo evitar poner mala cara.

Tara me recrimina mi actitud con una mirada de reojo, aunque sabe que es algo que no puedo contener. Kenia ayudó a Silas, ella fue en parte responsable de la muerte de mi mujer. Si dependiese de mí, habría corrido con la misma suerte que el vampiro y la súcubo, sin embargo, Darick quiso darle una oportunidad al percibir que había sido manipulada por Silas, y terminó encaprichándose por ella, así que ahora no solo tenemos que escuchar los constantes jadeos y gemidos provenientes de la habitación de Zella, también del licántropo. Todo muy divertido. Varias veces le he propuesto a Tara que nos mudemos a otro lado, pero ella se niega. Dice que aquí tiene a su familia y quiere que Arix crezca rodeado de gente que lo quiere. Aunque el que más lo consiente ni siquiera vive en la mansión. Ceridwen se ha tomado muy en serio su rol de padrino, y siempre que puede se lo lleva a su palacio para pasar tiempo con el crío.

—¿Quieres que te prepare yo el desayuno? —pregunto, acariciando el pelo negro de mi hijo.

—¡Sí! ¿Y después podemos ir a volar? —Tara y yo nos miramos y sonreímos a la vez. Hace unos meses que el pequeño empezó con sus clases de vuelo y no hay forma de que mantenga los pies en el suelo—. No, espera… —Se queda callado y frunce el ceño—. Él no quiere volar hoy. Es un cagado.

—¿Él? —inquiere Tara, frunciendo el ceño—. ¿Quién es él, cielo?

—La voz de mi cabeza, mamá.

—¿Hay una voz en tu cabeza? —Me siento de golpe y arrastro a Arix para sentarlo sobre mi regazo—. ¿Qué te dice esa voz? ¿Te trata mal? ¿Es malo contigo?

Mi pequeño niega con la cabeza y sonríe.

—¡Qué va! Es mi mejor amigo.

Tara y yo volvemos a mirarnos. Toda mi preocupación se esfuma al verla sonreír. Supongo que, en realidad, ella siempre tuvo la razón. El único motivo por el que Abraxas y yo nos

convertimos en dos seres independientes es porque yo jamás acepté esa parte de mí mismo. Eso no le pasará a Arix, no lo permitiré.

«Más te vale, imbécil. Si ese otro mocoso es tan jodidamente listo como yo, la llevas cruda».

Agradecimientos

Una vez más llegamos al final de un nuevo libro. Ya van unos cuantos y el nerviosismo y la ansiedad que siento en estos momentos es exactamente la misma que cuando puse la última palabra de mi primer libro. Esta historia deja de ser solo mía. Brax, Tara, Silas, Zella, Darick, Ceridwen… Ahora también son vuestros. Solo espero que os hayan hecho disfrutar tanto como a mí.

Una curiosidad respecto a Ceridwen. Él solo iba a ser un personaje de paso en esta historia, uno de esos que aparecen en contadas ocasiones y no aportan prácticamente nada a la trama, sin embargo, cuanto más profundizaba en ese personaje, más me enamoraba de él, e incluso llegué a plantearme crearle una historia en donde sea el protagonista. ¿Os apetece? Si es así, solo tenéis que pedirlo. Usad el hashtag **#ponungenioentuvida** y etiquetadme en redes sociales para que pueda verlo. Si su historia genera interés, prometo escribirla.

Dejando eso a un lado, quiero aprovechar para daros las gracias por haber llegado hasta aquí. Sois vosotr@s l@s que hacéis posible todo esto.

Nos vemos muy pronto.